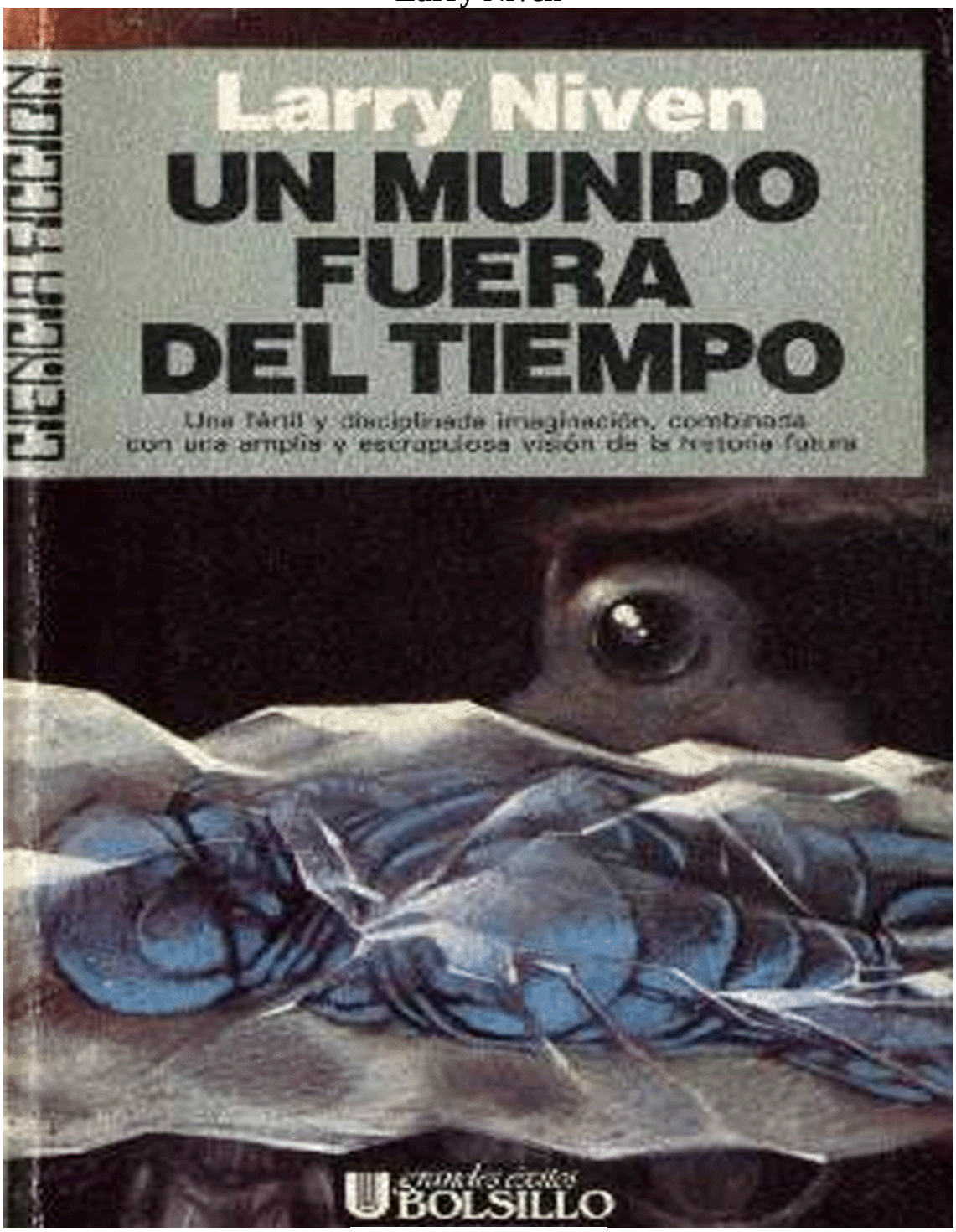
UN MUNDO FUERA DEL TIEMPO

Larry Niven



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

A Owen Lock y Judy-Lynn del Rey, que revisaron el manuscrito de este libro y me hicieron efectuar algunas correcciones necesarias. ¿Dónde diablos estaban cuando se publicó Ringworld?

A quien posea una primera edición de Ringworld: *consérvela. Es la única versión en la cual la Tierra gira en dirección equivocada (capítulo 1).*

CAPÍTULO 1 - REACTISTA

I

Había una vez un hombre muerto.

Llevaba doscientos años esperando dentro de un ataúd, debidamente etiquetado, con una cubierta exterior de nitrógeno líquido. Su cuerpo congelado estaba plagado de brotes cancerosos, igualmente congelados. Había estado gravemente enfermo.

Esperaba a que la ciencia médica hallara una cura para él.

Pero aguardaba en vano. Aunque ya era posible curar casi todas las variedades del cáncer, aún no existía remedio para restaurar los billones de paredes celulares rotas por los cristales de hielo en expansión. El había decidido correr ese riesgo. Era una apuesta. ¿Por qué no? Cuando la aceptó se encontraba ya al borde de la muerte.

Más tarde existió un joven criminal. Su nombre ha sido olvidado y su delito es un secreto, pero debió de ser gravísimo, pues como castigo el Estado eliminó su personalidad. Como consecuencia, quedó muerto: caliente, respirando e incluso racionalmente sano, pero vacío. El Estado sabía dar utilidad a los hombres vacíos.

Corbell despertó en una mesa dura, dolorido, como si hubiera dormido demasiado tiempo en la misma posición. Contempló sin curiosidad el blanco techo. Hacia él flotaron recuerdos de un ataúd doble, de sueño, de dolor.

El dolor había desaparecido.

Se incorporó inmediatamente. Y extendió bruscamente los brazos en busca de equilibrio. Todo parecía estar al revés: los brazos no se movían como era debido, el cuerpo era demasiado liviano, la cabeza era un bulto extraño sobre un cuello delgado. Buscó frenéticamente asirse a algo, y acabó por apoyarse en un joven rubio que vestía bata blanca. Pero su manotazo no dio en el blanco: sus brazos eran más cortos de lo que pensaba. Cayó de costado; sacudió la cabeza y volvió a sentarse, esta vez con más cuidado.

Los brazos. Escuálidos, huesudos… y ajenos.

—¿Se siente bien? —preguntó el hombre de la bata.

—Sí —respondió Corbell.

«Dios mío, ¿qué me han hecho? Creía estar preparado para cualquier cosa, pero esto…» Trató de dominar el pánico que se adueñaba de él. Tenía la garganta enmohecida, pero por lo demás estaba bien. No cabía duda de que aquel cuerpo era de otra persona, pero al parecer no tenía cáncer.

—¿Qué fecha es? ¿Cuánto tiempo ha pasado?

Recuperación rápida. El supervisor le asignó un punto a su favor.

—Año 2190, según su sistema. No hace falta que se preocupe por el nuestro.

Aquello no sonaba demasiado bien. Corbell, cautamente, optó por reemplazar la pregunta más obvia, «¿Qué me ha pasado?», por otra:

—¿Por qué?

—Porque no se unirá a nuestra sociedad.

—¿No? Y entonces, ¿qué?

—Tenemos varias profesiones a su disposición, pero sus posibilidades son limitadas. Si ninguna de ellas le convence, probaremos con otro.

Corbell se sentó en el borde de aquella dura mesa de operaciones. Su cuerpo parecía más joven, más flexible, decididamente más delgado y no muy limpio. Lo más evidente era la ausencia de dolor en el abdomen cuando se movía.

—¿Y qué pasará conmigo? —preguntó.

—Esa es una pregunta que nunca supe contestar. Digamos que es un problema metafísico —respondió el supervisor—. Permítame que le explique en detalle lo que le ha ocurrido hasta ahora; usted se encargará del resto.

Érase un hombre vacío. Respiraba aún, y gozaba de una salud parecida a la de la mayor parte de aquella sociedad, en el año 2190. Pero estaba vacío. Los esquemas eléctricos del cerebro, los atareados senderos del reflejo nervioso, los recuerdos, la persona en sí había sido eliminada como castigo por un delito innombrable.

Y érase también aquella cosa congelada.

—Las cintas grabadas los llamaban «cuerposiclos» —observó el hombre rubio—. Nunca entendí qué significaba eso.

—Viene de popsicle, la marca de un refresco congelado.

El mismo Corbell había empleado esa palabra antes de convertirse en uno de ellos, en un cuerposiclo, un cadáver congelado.

Y dentro del cadáver, congelados, había esquemas eléctricos que se podían grabar. El proceso calentaba el cerebro, destruyendo así la mayor parte de esas ondas; pero eso no importaba mucho, pues también había que hacer otras cosas.

La personalidad no reside por entero en el cerebro; allí se concentra el ácido ribonucleico de la memoria, pero a la vez se distribuye por los nervios y la sangre. En el caso de Corbell había que extirpar los brotes de cáncer. Después se podía extraer el ARN (ácido ribonucleico) de lo que restaba. Corbell comprendió que de aquella operación no debía salir nada parecido a un ser humano, sino una especie de puré sanguinolento.

—Lo que hemos hecho con usted —dijo el supervisor— no es algo que pueda repetirse. Es su única oportunidad. Si no nos sirve, lo daremos por terminado y probaremos con otro. Las criptas están llenas de cuerposiclos.

—Es decir, eliminarán mi personalidad —observó Corbell, vacilando—. Pero yo no he cometido ningún crimen. ¿Es que no tengo derechos?

El supervisor permaneció un momento atónito. Después se echó a reír.

—¿No se lo expliqué? El hombre que usted cree ser murió. El testamento de Corbell fue leído hace mucho tiempo. Su viuda…

—¡Maldición, dejé dinero para mí mismo!

—No sirvió de nada.

Aunque el hombre seguía sonriendo, su rostro era impersonal, remoto, inalcanzable. Sonreía del mismo modo que el veterinario sonríe al gato que va a sacrificar.

—Los muertos no pueden poseer bienes —dijo—. Los tribunales lo ratificaron hace ya mucho tiempo. No era justo para con los herederos.

Corbell dirigió el pulgar —inesperadamente huesudo— a su pecho.

—¡Pero ahora estoy vivo!

—Legalmente, no. Tiene que ganarse la nueva vida. El Estado le proporcionará certificado de nacimiento y carta de ciudadanía, pero siempre que usted le dé motivos para ello.

Corbell permaneció un momento inmóvil mientras lo asimilaba. Después bajó de la mesa.

—Muy bien. Empecemos en seguida. ¿Qué quiere saber de mí?

—Su nombre.

—Jerome Branch Corbell.

—A mí puede llamarme Pierce.

El supervisor no le tendió la mano. Corbell tampoco lo hizo, tal vez porque no creía obtener respuesta, o quizá porque a los dos les hacía falta un buen baño.

—Soy su supervisor —prosiguió Pierce—. ¿Le gusta la gente? Es sólo una pregunta. Luego le someteremos a tests más detallados.

—Me llevo bien con los que me rodean, pero me gusta la intimidad.

—Eso limita las cosas más de lo que usted imagina —respondió el supervisor, frunciendo el ceño—. El aislamiento que usted llama «intimidad» fue… bueno, un capricho pasajero. No tenemos lugar para eso…, ni inclinación. No podemos enviarle a un planeta de colonización…

—Yo sería un buen colono. Me gusta viajar.

—Pero como reproductor sería espantoso. Recuerde que los genes no son suyos. Sólo tiene una posibilidad, Corbell: ser un reactista.

—¿Reactista?

—Temo que sí.

—Es la primera palabra desconocida que le oigo decir desde que desperté. A propósito, ¿es que el idioma no ha cambiado en nada? Ni siquiera le noto acento extraño.

—Es parte de mi profesión. Aprendí a hablar como ustedes a través de un adiestramiento por ARN, hace ya muchos años. Usted aprenderá su oficio de la misma manera, si es que es apto para ello. Se sorprenderá cuando vea la rapidez con que se aprende con ayuda de las inyecciones. Ojalá sea cierto que le gusta la intimidad. Y también viajar. ¿Sabe obedecer órdenes?

—Estuve en el ejército.

—¿Y eso qué significa?

—Que sí.

—Bien. ¿Le gustan los lugares exóticos y la gente extranjera, o más bien lo contrario?

—Ambas cosas —respondió Corbell con una sonrisa llena de esperanzas—. He construido edificios en todo el mundo. ¿No les haría falta un arquitecto?

—No. ¿Cree que el Estado le debe algo?

A eso sólo cabía una respuesta:

—No.

—Pero se hizo congelar. Debió creer que el futuro le debía algo.

—En absoluto. Fue una apuesta. Me estaba muriendo.

—Ah —exclamó el supervisor, observándole pensativamente—. Tal vez si hubiese creído en algo no le habría importado tanto la muerte.

Corbell no respondió.

Le sometieron a un *test* de asociación de palabras, en inglés. Aquello le hizo suponer que la mayor parte de los cuerposiclos provenían de su propia época, alrededor de 1970. Le tomaron una muestra de sangre, le hicieron practicar gimnasia hasta dejarle exhausto

y volvieron a tomar una muestra. Probaron su resistencia al dolor por medio del estímulo nervioso directo —algo horriblemente ingrato— y de nuevo tomaron otra muestra de sangre. Le dieron un rompecabezas chino para que lo desarmara.

Pierce le informó después que las pruebas habían concluido.

—Después de todo, ya conocíamos su estado de salud.

—¿Para qué tomaron entonces tantas muestras de sangre?

—Adivínelo —dijo el supervisor, tras una pausa.

Ante aquella mirada, Corbell tuvo la escalofriante sensación de que en esa respuesta se jugaba la vida. Tal vez sólo se debía a las afiladas facciones del supervisor, a sus helados ojos azules, a esa abstracta sonrisa. Pero aun así… Pierce le había estado observando en el transcurso de todas las pruebas, estudiándole como si su conducta fuera un reflejo de lo que él pensaba. Corbell meditó largo rato antes de responder:

—Quiere conocer mi capacidad de aguante antes de darme por vencido. Analizando las muestras de sangre, la adrenalina y las toxinas puede averiguar hasta qué punto estoy dolorido y cansado.

—Así es —respondió el supervisor.

Corbell había sobrevivido otra vez.

En la prueba de resistencia al dolor había estado tentado de ceder mucho antes, pero en cierto momento Pierce había mencionado que Corbell era el cuarto cuerposiclo que probaban en aquel cuerpo vacío.

Recordó aquella noche en que se acostó por última vez, hacía ya doscientos veinte años.

Su familia y sus amigos estaban junto a él, en actitud de duelo. Había elegido su ataúd, había pagado por su puesto en la cripta y su último testamento estaba ya firmado. Sin embargo, aquello no parecía la muerte. Le dieron una inyección. El dolor eterno se perdió en una suave neblina. Se durmió.

Se desvaneció pensando en el futuro, en donde despertaría. Una cripta hacia lo desconocido. ¿Gobierno internacional? ¿Viajes interplanetarios? ¿Energía atómica? ¿Ropas extrañas, tatuajes, nudismo? ¿Nuevos principios en arquitectura, casas flotantes?

¿O acaso superpoblación, pobreza, combustibles agotados y energía provista por mano de obra barata? Había tenido en cuenta todo eso, pero no le preocupaba. Un mundo pobre no podría darse el lujo de despertarle. El mundo con que soñaba en esos momentos era un planeta rico, capaz de concederse el capricho de rescatar a J. B. Corbell.

Al parecer, no iba a ver mucho de ese mundo. Alguien le llevó a otra parte en cuanto las pruebas hubieron concluido: era un guardián de manos carnosas que le cogió con fuerza por el enflaquecido antebrazo. Si Corbell hubiera pensado en la huida, aquella mano habría sido tan efectiva como un grillete de hierro.

El guardián le condujo por una escalera estrecha hasta el tejado. El sol del mediodía relumbraba en un cielo azul y le daba un tono amarillo, parduzco hacia el horizonte. En algunos sectores del tejado crecían hileras muy apretadas de plantas verdes. Por todas partes aparecían láminas de un material vidrioso expuestas al sol. Corbell pudo echar una breve mirada al mundo al pasar por un puente extendido entre dos tejados. Era una ciudad de edificios compactos, todo en un frío estilo cubista.

Corbell, a una altura vertiginosa, se encontró sobre una angosta franja de cemento sin indicios de barandilla. Quedó petrificado. Dejó de respirar.

El guardia no dijo palabra. Se limitó a tirarle del brazo, sin mucha fuerza, y esperó. Reunió coraje y siguió caminando.

La habitación estaba repleta de literas: dos filas de literas con un pasillo central. La luz era fría y artificial. Sin embargo, era mediodía. ¿Pretendían que se acostara a dormir? De cualquier modo, los cambios de horario nunca le habían causado molestias.

La habitación era grande, muy grande; cabían mil literas. La mayor parte de ellas estaban ocupadas. Unos pocos levantaron sin gran interés la cabeza, mientras el guardia indicaba a Corbell la cama que le correspondía. Era la inferior de un grupo de seis; el arquitecto tuvo que ponerse de rodillas y gatear hasta allí. La ropa de cama era muy extraña; sedosa, suave, casi resbaladiza, constituía el único toque de lujo en aquel lugar. Pero no había sábana superior, nada con qué cubrirse. Se acostó de lado, contemplando el dormitorio casi desde el piso. Al fin pudo permitirse un pensamiento:

Estoy vivo.

Un poco antes podría haber constituido una distracción fatal; por eso había estado conteniéndolo.

¡Lo logré! ¡Estoy vivo! Y además soy joven. Eso ni siquiera estaba en el contrato.

Pero había otra idea que se negaba a permanecer oculta: *¿Quién es el que está vivo? ¿Alguna especie de combinación? ¿Un criminal rehabilitado con la ayuda de algún instrumento para lavar cerebros, por medios eléctricos y químicos? No; J. B. Corbell está vivo. Y en perfectas condiciones, aunque algo confuso.*

En otros tiempos había mostrado una rara habilidad: podía dormir en cualquier momento, en cualquier lugar. Pero en ese instante el sueño era algo muy lejano. Se fijó en todo, tratando de aprender.

En aquella habitación había tres cosas que le llamaban la atención. Una era el hedor. Por lo visto, los perfumes y los desodorantes habían sido también un capricho pasajero. Pierce parecía que hacía mucho que no se bañaba. Lo mismo ocurría con aquella nueva y perfeccionada versión de Corbell. Y en aquella habitación, el olor resultaba muy fuerte.

La segunda eran las literas para el amor: eran cuatro, dispuestas en un plano vertical, de anchura doble y provistas de colchones más gruesos. No servían para dormir, sino para hacer el amor. Y lo más sorprendente es que permanecían al descubierto, sin siquiera una cortina de gasa que las ocultara.

Con los baños ocurría lo mismo.

¿Cómo podían vivir así?

Corbell se frotó la nariz y dio un respingo. Inmediatamente se enfadó por haberse sorprendido. Su propia nariz era grande, carnosa y algo informe; la que acababa de rascarse automáticamente, en cambio, era pequeña, angosta, de tabique recto y afilado. Era muy probable que se acostumbrara al olor y a todo lo demás antes de habituarse a esa nariz.

Al fin se quedó dormido.

Algo después del atardecer, un guardia vino a buscarle. El hombre, moreno y corpulento, de cara ancha e inexpresiva y vestido de gris, no parecía dispuesto a malgastar saliva. Buscó la litera de Corbell, le sacó de ella tirándole de un brazo y se lo llevó a trompicones. El arquitecto se encontró ante Pierce sin estar aún completamente despierto.

—¿Es que no hay nadie que hable inglés? —preguntó, fastidiado.

—No —respondió el supervisor.

Pierce y el guardia llevaron a Corbell hasta un cómodo sillón situado frente a una pantalla amplia y curvada. Le pusieron un par de auriculares acolchados. En un estante por encima de su cabeza colocaron una botella de plástico llena de cierto fluido claro.

Corbell vio que de ella salía un tubo, también de plástico, que acababa en una aguja hipodérmica.

—¿Es mi desayuno?

Pierce no apreció su sarcasmo.

—Recibirá una comida cada día, después del aprendizaje y del ejercicio.

Insertó la aguja en el brazo de Corbell y cubrió la zona con algo similar a un trozo de gasa. Corbell lo observaba todo sin emoción. Si alguna vez había temido a las agujas, los meses de dolor y de cáncer le habían quitado todo temor. Desde entonces una aguja representaba una tregua, la ausencia del sufrimiento.

—Fíjese bien —dijo Pierce—. Esta perilla controla la velocidad. El volumen viene regulado por su capacidad auditiva. Puede repetir una vez más lo que le resulte confuso. Y no se preocupe por el brazo; el tubo no se soltará.

—Antes quería preguntarle algo, pero no recordaba la palabra. ¿Qué es un reactista?

—Un piloto de naves estelares.

Corbell miró atentamente la cara del supervisor, sin sacar nada en limpio.

—¿Está bromeando?

—No. Y ahora, aprenda.

El supervisor encendió la pantalla de Corbell y se marchó.

II

Un reactista era un piloto de naves estelares.

Las naves estelares eran estatorreactores Bussard. Captaban el hidrógeno interestelar en redes inmateriales de fuerza electromagnética, lo comprimían y lo conducían hasta un apretado anillo de campos energéticos, donde ardía en fuego de fusión. Potencialmente, no había límite para la velocidad de un estatorreactor Bussard. Las naves eran tremendamente poderosas, tremendamente complejas, tremendamente caras.

A Corbell le parecía increíble que el Estado confiara tan valiosa y devastadora masa de poder a un solo hombre, ¡y a un hombre que llevaba muerto dos siglos! ¡Caramba! Corbell era arquitecto, no astronauta. No sabía que el concepto de estatorreactor Bussard fuera anterior a su muerte. Todo su interés por los vuelos espaciales se había reducido hasta entonces a contemplar por televisión los vuelos de los «Apolo XI» al «XIII».

Y ahora su vida dependía de su carrera como «reactista». No lo ponía en duda. Y por eso aquel día permaneció frente a la pantalla, con los auriculares puestos, durante catorce horas seguidas. Temía que le sometieran a un examen.

No todo lo que debía aprender le fue comprensible, pero tampoco tuvo que someterse a examen.

Al segundo día comenzó a sentirse interesado. Al tercero estaba fascinado: captaba intuitivamente cosas que hasta entonces le habían sido incomprensibles: la relatividad, la teoría magnética, la matemática abstracta. ¡Era maravilloso! Y dejó de preguntarse por qué razón el Estado había elegido a Jerome Corbell. Siempre se hacía de ese modo. Era lógico, desde todo punto de vista.

La carga útil de una nave estelar es reducida, y su duración supera el promedio de vida humana. El sistema de mantenimiento vital —aun para un solo hombre— ocupaba una excesiva proporción de la carga útil; el resto debía ser utilizado para las sondas biológicas. Era imposible incluir a más de una persona en la tripulación.

Un ciudadano leal y capaz no sería un buen solitario. De todos modos, ¿por qué enviar a un ciudadano? Los tiempos cambiarían drásticamente antes de que la nave sembradora pudiera volver a la Tierra. El mismo Estado en sí podía alterarse hasta lo

irreconocible. El reactista, al retornar, debería adaptarse tal vez a una cultura completamente extraña. No había modo de prever cómo sería.

¿Por qué entonces no escoger a un hombre que había elegido ya someterse a una cultura diferente? ¿A un hombre cuya propia cultura había desaparecido doscientos años antes de que el viaje se iniciara? Un hombre, además, que debía su vida al Estado.

El adiestramiento por ARN era sumamente efectivo. Corbell dejó de maravillarse por la actitud desapasionadamente posesiva de Pierce y empezó a considerarse como una propiedad del Estado, en proceso de preparación para cumplir con ciertos fines.

Y aprendía. Devoraba los textos microfílmicos como si le fueran familiares. El proceso era embriagador. Acabó por convencerse de que podría reconstruir por entero una nave sembradora con la sola ayuda de sus manos, siempre que dispusiera de las piezas precisas. Siempre le habían gustado los números, pero hasta entonces las matemáticas abstractas habían sido algo fuera de su alcance. La teoría de campos, las ecuaciones de monopolo, el diseño de circuitos. Cuándo debía sospecharse la presencia de una fuente gravitatoria, cómo localizarla, sacarle provecho, esquivarla…

La silla de aprendizaje era toda su vida. El resto del tiempo —ejercicios, cena, sueño— parecía algo borroso y carente de interés.

El cuarto en que hacía gimnasia junto con otras veinte personas, era demasiado pequeño para ese propósito. Los demás, al igual que Corbell, eran flacos, en agudo contraste con los corpulentos y morenos guardias. Siguiendo las instrucciones de uno de ellos, corrían sin moverse del lugar —porque no había espacio para más— o formaban apretadas hileras para ejecutar saltos en tijera y distintos tipos de flexiones.

Después de una tanda de catorce horas en aquella silla de aprendizaje, Corbell solía disfrutar de aquellos saltos. Obedecía las órdenes. Y se preguntaba qué sería el palo sujeto a la cintura de los guardias. Parecía un bastón de vigilante. Podía ser sólo eso… pero tenía un orificio en un extremo. Corbell nunca trató de averiguar para qué servía.

A veces veía a Pierce durante la sesión de gimnasia. Pierce y los que atendían las sillas de aprendizaje pertenecían a un tercer tipo de persona: bien alimentados, en buenas condiciones, pero al borde de la obesidad. A Corbell le recordaban el antiguo tipo norteamericano.

Pierce le contó algo sobre las demás profesiones disponibles para los criminales reprogramados con cuerposiclos. Trabajos físicos: cultivos intensivos a mano, camareros, artesanía. Cualquier tarea repetitiva de aprendizaje sencillo. ¡Y qué horarios! Los cuerposiclos debían trabajar catorce horas al día. ¡Y en qué condiciones!

En verdad, su propia situación no era muy distinta. Catorce horas de estudio, una hora de gimnasia violenta, una hora para comer y ocho horas de descanso en un dormitorio constituido por dos sólidos muros de gente.

—¡Hora de trabajar, hora de comer, hora de dormir! ¡Siempre codo contra codo! ¡Pobres diablos! —dijo a Pierce—. ¿Qué clase de vida es ésta?

—Eso les permite pagar lo antes posible su deuda para con el Estado. Sea razonable, Corbell. ¿Qué iban a hacer los cuerposiclos con su tiempo libre? No tienen vida social; tienen que aprenderla de los ciudadanos. Muchos de los trabajos forzados involucran la proximidad con ciudadanos.

—¿Para que puedan observar a los mejores mientras trabajan? Esa no es forma de aprender. Haría falta… tengo la impresión de que llevaría varias décadas.

—La ciudadanía suele ganarse con treinta años de servicios. Eso le concede el derecho a trabajar, es decir, a un sueldo básico garantizado con el que pueden comprarse inyecciones y películas educativas. Y los servicios médicos son impresionantes. Vivimos mucho más que ustedes, Corbell.

—Pero, mientras tanto, ellos trabajan como esclavos. De cualquier modo, nada de esto se aplica a mí.

—No, claro que no. Pero se equivoca al decir que trabajan como esclavos, Corbell. Los esclavos no pueden renunciar. Aquí, en cambio, uno puede cambiar de ocupación cuantas veces quiera. Hay una evidente libertad de elección.

Corbell se estremeció al decir:

—Cualquier esclavo puede suicidarse.

—Y un cuerno —dijo claramente el supervisor; el único acento que podía notarse residía precisamente en la exactitud de su pronunciación—. Jerome Corbell ha muerto. Podríamos haberle dado el esqueleto intacto para que lo guardara como recuerdo.

—No lo dudo… —Corbell se imaginó limpiando afectuosamente sus propios huesos. Pero ¿dónde habría podido guardarlos? ¿En su litera?

—Usted es un criminal que ha sido sometido a lavado de cerebro. Con toda justicia, podría agregar. El delito cometido le ha costado la ciudadanía, pero aún tiene derecho a cambiar de profesión. Bastaría con que pidiera otro… ¡ejem!… otro curso de rehabilitación. ¿Qué esclavo puede cambiar de trabajo a voluntad?

—Sería más o menos como morir.

—Tonterías. Es como acostarse para dormir, nada más. Cuando uno despierta tiene recuerdos distintos.

El tema no era agradable. A partir de entonces Corbell trató de evitarlo. Pero era imposible evitar las charlas con el supervisor; Pierce era el único hombre del mundo con el que se le permitía hablar. Si un día no se presentaba, se sentía furioso y frustrado.

En cierta ocasión preguntó por las fuentes gravitatorias, y agregó:

—En mi época no se conocían.

—Claro que sí. Las estrellas de neutrones y los sacos de carbón. Hacia 1970 habían localizado ya varios púlsares y sabían explicar su extinción en términos matemáticos. En su curso, deberá vigilar la existencia de algún púlsar extinguido. No se preocupe por los sacos de carbón; no hay ninguno cerca de su ruta.

—De acuerdo.

Pierce le miró algo divertido.

—Usted no sabe gran cosa sobre su propia época, ¿verdad?

—¡Hombre, yo era arquitecto! ¿Qué podía saber de astrofísica? No disponíamos de estas técnicas pedagógicas —eso le hizo recordar algo—. Pierce, usted dijo que había aprendido inglés con inyecciones de ARN. ¿De dónde provino el ácido?

Pierce sonrió y le dejó solo.

Le quedaban pocos recuerdos, y eso era algo que casi había que agradecer. Pero muy ocasionalmente, mientras yacía despierto en su litera escuchando el susurro de los mil durmientes y los sonidos distintos de las literas para el amor, recordaba… a alguien. No importa a quién.

Al principio era Mirabelle. Siempre Mirabelle. Mirabelle al timón, mientras navegaban cerca del puerto de San Pedro: bronceada, la cara limpia, riendo, con sus gafas extravagantemente grandes. Mirabelle, ya mayor y acusando los meses de tensión, despidiéndose de él en el… funeral. Mirabelle durante la luna de miel. Habían crecido juntos durante veintidós años, como dos ramas de un mismo árbol que se desarrollan en contacto.

Sin embargo, cuando pensaba en ella la imaginaba muerta desde hacía doscientos años. También su sobrina habría muerto, aunque él y Mirabelle apenas la habían visto después de su fiesta de quince años, pues por esa época los dolores habían arreciado. Y

su hija, Ann, y los tres nietos que él dejara tan pequeños. Quienquiera que acudiese a su recuerdo, todos estaban muertos. Todos menos él.

Corbell no quería morir. Tenía una excelente salud y veinte años menos que en el momento de su muerte. El adiestramiento de reactista le resultaba fascinante. Si al menos dejaran de tratarle como a un objeto…

Corbell había estado en el ejército hacía veinte años. Es decir, doscientos cuarenta años. Allí aprendió a obedecer órdenes, pero nunca le gustó. En aquel entonces le molestaba su condición de inferioridad, pero ningún oficial de los que había conocido le creía tan absolutamente inferior como Pierce y sus guardias. El supervisor jamás repetía una orden, ni siquiera parecía admitir que Corbell pudiera negarse. El sabía lo que iba a ocurrirle en este caso. Y Pierce sabía que él lo sabía.

Aquella atmósfera era más propia de un cementerio que de un ejército.

Deben creer que soy un «zombie».

Corbell prefirió no insistir en ese pensamiento. Era un cadáver vuelto a la vida, pero no por completo. ¿Qué habrán hecho con el esqueleto? ¿Incinerarlo?

La vida no era agradable. Su condición de ciudadano inferior le fastidiaba. No tenía nadie con quien hablar excepto Pierce, a quien empezaba a odiar. La sensación de hambre era casi constante. La única comida diaria le llenaba el estómago, pero no por mucho tiempo. No era de extrañar que hubiera despertado tan flaco.

Vivía, cada vez más, en la silla de aprendizaje. Allí era reactista; su impotencia se transformaba en omnipotencia. ¡El hombre estelar! Cabalgaba el fuego que alimenta los soles, destilaba combustibles del mismo espacio, extendía, a modo de alas, grandes campos electromagnéticos sobre varios kilómetros…

Dos semanas después de que el Estado le hubiera despertado de entre los muertos, Corbell aprendió la ruta.

La silla en que estaba recostado no era precisamente anatómica. La solución de ARN entraba en él gota a gota. Ya no sentía la aguja. La pantalla de aprendizaje presentaba un mapa de la ruta dibujada en líneas verdes, en un espacio tridimensional. Corbell se preguntó cómo lograban ese efecto.

La escala se redujo ante sus ojos.

Dos burbujas diminutas y una bola reluciente rodeada por una corona débilmente luminosa. Esta parte de la ruta le era ya conocida. Un acelerador lineal le lanzaría desde la Luna, propulsándole a la velocidad de un estatorreactor Bussard, en dirección al Sol. La gravedad solar aumentaría su velocidad, a la vez que los campos electromagnéticos captarían y quemarían el viento solar. Luego hacia afuera, todavía acelerando.

La escala volvió a reducirse terriblemente en la pantalla de aprendizaje; las distancias estelares eran sobrecogedoras, aterrorizaban. La estrella de Van Maanan se encontraba a doce años-luz.

Hacia la mitad del trayecto, algo más allá, iniciaría la desaceleración. No sería tarea fácil. Debía aminorar la marcha lo suficiente para que le permitiera soltar las sondas biológicas, pero no demasiado, pues podría quedar por debajo de la velocidad estatorreactora. Además, tendría que emplear la masa de Van Maanan para variar su dirección. Y no había margen de error.

Después, hacia el próximo blanco, aún más lejano. Corbell observaba… y aprendía… Y era como si una parte de él lo hubiera sabido todo desde el comienzo, mientras la otra se asombraba ante las distancias. Diez estrellas, todas enanas, amarillas, similares al Sol, separadas entre sí por un promedio de quince años-luz. El cruzaría un abismo de cincuenta y dos años-luz, alcanzando casi la velocidad fótica. Cosa extraña: el efecto del estatorreactor Bussard mejoraría a esa velocidad. Podía aprovechar el mayor flujo de hidrógeno para cerrar los campos hacia la nave, intensificándolos.

Diez estrellas en un sendero cerrado: un anillo torcido e irregular que le conduciría de regreso al sistema solar, hacia la Tierra. Se aprovecharía del tiempo transcurrido a velocidades cercanas a la de la luz. Aunque en la Tierra habrían pasado trescientos años, Corbell habría vivido tan sólo doscientos años según el tiempo de la nave, cosa que aún requería alguna técnica para suspender la actividad vital.

No reparó en eso la primera ni la segunda vez, pero el programa didáctico involucraba la repetición. No se dio cuenta hasta después, cuando se dirigía a la sala de gimnasia.

¿Trescientos años?

¡Trescientos años!

III

No era de noche, en verdad. En el exterior debía estar cayendo la tarde. Adentro, el dormitorio estaba, como siempre, fríamente iluminado, apenas lo suficiente para poder leer… en caso de que hubiera libros allí. No había ventanas.

Corbell habría debido estar durmiendo. Cada minuto que pasaba en el dormitorio con los ojos abiertos era un suplicio. Casi todos los demás dormían ya, pero una pareja hacía ruidosamente el amor en una de las literas dobles. Algunos hombres permanecían acostados de espaldas, con los ojos abiertos. Dos mujeres hablaban en voz baja. Corbell no entendía aquel idioma; no había logrado encontrar a nadie que hablara inglés.

Su nostalgia rozaba ya la desesperación.

Los primeros días habían sido los peores. Ya no percibía el hedor. Si lo tenía en cuenta, podía olfatear los rastros de seres humanos por billones. Por lo demás, formaba parte del fondo, como los ruidos.

Pero las literas del amor seguían perturbándole. Solía observar a los que las usaban. Y cuando se obligaba a no observar, escuchaba. No podía evitarlo. Sin embargo, había rechazado por dos veces la invitación (por señas) de una menuda morena, de pelo revuelto y carita de elfo. ¿Hacer el amor en público? Para él era imposible.

Sin embargo, si bien podía evitar el uso de las literas para el amor, no ocurría lo mismo con los inodoros abiertos. Era embarazoso. La primera vez sólo lo consiguió manteniendo la vista fija en sus pies. Cuando se subió la ropa y levantó los ojos descubrió que varios de los durmientes le estaban mirando con patente regocijo. Eso podía deberse a su timidez o a la forma en que dejaba caer sus ropas hasta los tobillos; o quizá no era su turno. Había un cierto orden jerárquico establecido por el mismo grupo que determinaba quiénes podían utilizar los inodoros en primer lugar, y él todavía no había logrado captarlo con precisión.

Corbell deseaba volver a su mundo.

La idea era ilógica. Su mundo había desaparecido, y él mismo habría seguido el mismo destino de no ser por las criptas para cuerposiclos. De cualquier modo, la lógica no le era útil en ese caso. Quería volver a su mundo. Con Mirabelle. A cualquier parte: Roma, San Francisco, Kansas, Brasilia… Había vivido en todos esos sitios; todos eran diferentes, pero todos eran su mundo. En cualquier parte se había sentido como en su casa, menos allí; nunca lo conseguiría.

Además, le quitarían también ese *allí*, ese mundo de cuatro cuartos y dos techos, de gente hacinada y total esclavitud; ese mundo que ni siquiera le mostraban habría desaparecido cuando él volviera de las estrellas.

Corbell se volvió de costado y ocultó la cara entre los brazos. Si no dormía, al día siguiente se sentiría aturdido. Tal vez pasara por alto algo esencial. Hasta el momento no habían sometido a prueba su adiestramiento. Todavía no… Todavía no…

Dormitó.

Despertó súbitamente, incorporado sobre un codo y tratando de captar un pensamiento huidizo. *¡Ah! ¿Por qué no me han intrigado hasta ahora las sondas biológicas?*

Un momento más tarde se formuló la pregunta: *¿Qué son las sondas biológicas?* Pero lo intrigante radicaba en el hecho de que nunca le hubieran intrigado.

Sabía qué eran y dónde estaban. Eran cilindros gruesos y pesados, dispuestos en torno al perímetro de la nave estelar. Había diez sondas, y cada una pesaba casi tanto como el sistema de mantenimiento vital de Corbell. Conocía la distribución de esa masa. Conocía el sistema de grapas que las sujetaba al casco y era capaz de manejarlas o de reparar en las grapas distintos tipos de averías. Sabía también, o casi, a dónde debían ir las sondas después de que las soltara; lo tenía en la punta de la lengua…; todo hacía suponer que el dato estaba en las inyecciones de ARN, pero que aún no le habían dado instrucciones.

Sin embargo, no sabía para qué servían esas sondas.

Entonces comprendió que lo mismo ocurría con la totalidad de la nave. Sabía cuanto era necesario saber sobre una nave sembradora, pero nada en absoluto sobre los otros tipos de naves interestelares, ni sobre los viajes espaciales, ni de los vehículos diseñados para permanecer en órbita. Sabía que le lanzarían desde la Luna por medio de un acelerador lineal. Conocía el diseño del acelerador y hasta podía verlo: eran trescientos cincuenta kilómetros de anillos puestos de punta a través de un mar selenita nivelado. Sabía qué hacer si algo fallaba durante el lanzamiento. Y eso era todo lo que sabía con respecto a la Luna, a sus instalaciones y a su conquista, aparte de lo que había visto por televisión hacía ya doscientos años.

¿Qué estaba ocurriendo allá fuera? En las dos semanas transcurridas desde su llegada (¿despertar? ¿creación?) había visto cuatro cuartos y dos techos; había entrevisto apenas un paisaje urbano rectilíneo, desde un puente, y había hablado con un solo hombre que no mostraba el más mínimo interés en decirle nada. ¿Qué había pasado en doscientos años?

¿Quiénes eran aquellos hombres y mujeres que dormían a su alrededor? ¿Por qué estaban allí? Ni siquiera sabía si se trataba de cuerposiclos o de contemporáneos. Contemporáneos, probablemente; ninguno de ellos parecía extrañado ante aquellas instalaciones.

Corbell había construido edificios en muchos lugares extraños, pero nunca había actuado a ciegas; se había preocupado del idioma y de las costumbres antes de emprender un viaje. Allí no tenía en dónde asirse, ni siquiera un punto de partida. Estaba perdido.

¡Oh, si al menos tuviese con quien hablar!

Aprendía a enormes tragos, asimilando conocimientos tan profundos que hasta entonces no se había dado cuenta de la rigidez de su orientación:, el Estado le estaba enseñando tan sólo aquello que debía saber. Cada información se encaminaba directamente hacia su profesión: reactista.

El razonamiento estaba a la vista. El estaría ausente durante varios siglos. ¿De qué le serviría, pues, aprender la tecnología, las costumbres o la política de esa época? Ya encontraría bastantes problemas a su regreso… si es que regresaba. Y, a propósito, ¿quién le había enseñado a llamar Estado al gobierno? ¿Cómo había llegado a creerlo todopoderoso? Nada sabía sobre su poder y su extensión. Tenía que deberse al adiestramiento por ARN. Junto con la información, recibía actitudes subconscientes que le resultaban inalcanzables. Aquello le ponía piel de gallina. ¡Le estaban cambiando nuevamente!

Era natural. Por eso el Estado no tenía ningún inconveniente en confiarle una nave sembradora. ¡Le estaban infundiendo el patriotismo y la fidelidad al Estado mediante una aguja de plata!

Había perdido a su gente y a su mundo. También iba a perder ése. Según Pierce, se había perdido ya cuatro veces a sí mismo. Un delincuente condenado había sufrido el lavado de cuatro personalidades. Y el maldito esqueleto de Corbell habría servido seguramente para abonar la tierra. Pero había algo peor: el que sus creencias y motivaciones se perdieran poco a poco en una solución de ARN mientras el Estado le convertía en reactista.

No le quedaba nada suyo, nada personal.

En el siguiente período de aprendizaje no vio a Pierce. Daba lo mismo; estaba algo aturdido. Cenó a la manera de los hambrientos, como de costumbre. Después volvió al dormitorio, rodó hasta su litera y se durmió instantáneamente.

Al día siguiente, durante el período de estudio, levantó la vista y descubrió que Pierce le estaba observando. Parpadeó para liberarse de una buena cantidad de datos sobre el sistema eyector que suministraba plasma para la planta interna de fusión, que era también fuente energética de emergencia, y preguntó:

—Pierce, ¿qué es una sonda biológica?

—Suponía que ya se lo habrían enseñado. Sabe qué se hace con las sondas, ¿verdad?

—El dispositivo de aprendizaje me enseñó los procedimientos hace dos días. Disminuir la velocidad en ciertos sistemas, anular los campos, soltar una sonda y volver a acelerar.

—¿No tiene que apuntarlas?

—No. Supongo que se apuntan solas. Pero debo soltarlas por debajo de cierta velocidad para que no caigan a través de todo el sistema.

—Sorprendente; deben hacer el resto por sí mismas —observó Pierce, meneando la cabeza—. Parece increíble. Bien, Corbell; las sondas se dirigen hacia un planeta de atmósfera escasa, que por lo demás presenta características similares a las de la Tierra. En esta región de la galaxia superan a los planetas oxigenonitrogenados en una proporción de tres a uno, y creo que también es así en las demás regiones, como ha de saberlo usted si ya se había descubierto en su época.

—Pero ¿para qué sirven las sondas?

—Son compactos biológicos. Diez o doce especies distintas de algas. Se trata de convertir una atmósfera escasa en atmósfera oxigenada, tal como lo hicieron las especies fotosintéticas en la Tierra hace quince veces diez años a la octava potencia.

El supervisor esbozó una sonrisa. Su pequeña y angosta boca no estaba hecha para expresar grandes emociones.

—Usted es parte de un gran proyecto —dijo.

—¡Dios mío! ¿Cuánto tiempo llevará?

—Alrededor de cincuenta mil años, según los cálculos. Naturalmente, jamás tendremos oportunidad de comprobarlo.

—¡Dios! ¿De veras piensa que el Estado durará tanto? ¿Acaso el Estado cree semejante cosa?

—Ese no es asunto suyo, Corbell. Sin embargo…

Pierce reflexionó antes de continuar:

—Por mi parte, no lo creo. Supongo que el Estado tampoco. Pero la Humanidad perdurará. Algún día habrá hombres en esos mundos. Es una verdadera causa, Corbell: la inmortalidad de la especie. Algo más grande que la vida de un solo hombre. Y usted forma parte de eso.

Miró a Corbell con ojos expectantes. Este, perdido en profundos pensamientos, se frotaba el puente de la nariz con la punta de un dedo. Al fin preguntó:

—¿Cómo es todo allá fuera?

—¿Las estrellas? Ya verá usted…

—No, no, no. La ciudad. Apenas veo un poquito dos veces al día. Edificios cubistas con tallas complicadas a la altura de la calle…

—¿Qué diablos significa esto, Corbell? Usted no tiene por qué saber nada sobre Selerdor. Cuando retorne, la ciudad entera habrá cambiado.

—Lo sé, lo sé. Por eso detesto la idea de irme sin haber visto algo del mundo. Tal vez me espera la muerte…

Corbell se interrumpió. Ya conocía esa mirada autoritaria, pero hasta entonces no había visto a Pierce realmente enojado. El supervisor habló con voz inexpresiva, apretando los labios.

—Usted parece considerarse turista.

—¿Y cómo se vería usted si despertara dentro de doscientos años? Si no sintiera algo de curiosidad no sería humano.

—Me gustaría echar un vistazo, sin duda. Pero no lo exigiría como si se tratara de un derecho. ¿En qué pensaba cuando cargó al futuro con su persona? ¿Acaso creía que el futuro le debía algo? ¡Pues las cosas son precisamente al revés, y ya es tiempo de que se dé cuenta!

Corbell guardó silencio.

—Escúcheme. Usted es reactista porque es turista por nacimiento. Así lo indican las pruebas. Le gusta lo desconocido; no le interesa lo familiar, lo seguro. Eso no es común.

Los ojos del supervisor decían: «Y por eso no me he decidido todavía a borrar su personalidad.»

—¿Algo más? —preguntó.

Corbell tentó suerte:

—Me gustaría practicar con un ordenador similar al autopiloto de la nave.

—No la tenemos. Pero dentro de dos días podrá darse ese gusto. Va a iniciar el viaje.

IV

Al día siguiente recibió las instrucciones para entrar en el sistema solar. Llevaba diecisiete días de vida.

Las instrucciones eran comprensiblemente imprecisas. Debía intentarlo todo para establecer contacto con un Estado drásticamente cambiado, incluyendo la transmisión de sus eyectores de posición en código binario. Todos estos procedimientos debían comenzar cuando aún se encontrara a buena distancia. No era imposible que el Estado estuviera en guerra con… algo. Corbell debía transmitir: NO SOY NAVE DE GUERRA.

Descubrió que no dependería por completo de los vehículos de rescate. Podía aminorar la marcha del estatorreactor frenando directamente contra el viento solar hasta que el flujo de protones fuera demasiado lento para ayudarle. Después circunvalaría el Sol y volvería a salir, disminuyendo la velocidad con los eyectores de posición, utilizando el hidrógeno restante en el depósito interior. Se trataba de combustible para emergencia. Si no había sufrido inconvenientes previos, el contenido del depósito sería bástante para llevarle hasta la Luna y descender allí.

El Estado habría acabado con él una vez lanzada la última sonda. Era una verdadera muestra de consideración que le proporcionara los medios para regresar, según pensó Corbell. En seguida salió del engaño. El Estado no era altruista: necesitaba la nave.

Y entonces, más que nunca, sintió deseos de probar el ordenador autopiloto.

Aún tuvo una última oportunidad de hablar con el supervisor.

—Es un viaje en redondo de trescientos años…, doscientos, tal vez, tiempo de a bordo —observó Corbell—. La relatividad me ofrece ciertas ventajas, pero… Pierce, usted no supondrá que voy a vivir doscientos años, ¿verdad? Y sin hablar con nadie.

—El tratamiento de sueño por congelación…

—Aun con eso.

—Se le han dado algunos datos sobre el procedimiento de sueño por congelación —observó Pierce, frunciendo el ceño—, pero no sabe nada de medicina. Tengo entendido que la hibernación tiene un efecto rejuvenecedor en períodos prolongados. Usted pasará tal vez veinte años despierto y el resto en hibernación. Las instalaciones médicas son automáticas y sabe cómo usarlas. ¿Cree que correríamos el riesgo de que se nos muriera allá, entre estrellas, donde sería imposible reemplazarle?

—No.

—¿Quería preguntarme alguna otra cosa?

—Sí.

Corbell había decidido no tocar el tema, pero en ese momento cambió de idea.

—Quisiera llevar una mujer —dijo—. El sistema de mantenimiento vital bastaría para dos personas; ya lo he calculado. Necesitaríamos otra cámara de hibernación, naturalmente.

Durante dos semanas, Pierce había sido su único contacto humano; al principio le había resultado insondable, hermético, casi inhumano. Pero en ese tiempo había aprendido a descifrar hasta cierto punto el rostro del supervisor. Pierce estaba estudiando la posibilidad de terminar con Jerome Corbell para comenzar de nuevo.

El riesgo era grande, pero el Estado había dedicado a Corbell mucho tiempo y esfuerzo. Valía la pena hacer el intento. Al fin, Pierce dijo:

—Eso requeriría cierto espacio. Tendrían que compartir el resto. No creo que les fuera posible sobrevivir.

—Pero…

—Podemos hacer otra cosa: poner en el ordenador la mente de una mujer. El ordenador se maneja verbalmente; podríamos darle la voz de una mujer, la que usted elija. Un circuito secundario con personalidad de mujer dejaría campo de sobra para las funciones vitales del ordenador.

—Me parece que usted no comprende lo que yo…

—Mire, Corbell, sabemos que a usted no le hacen falta las mujeres. De lo contrario, ya habría tomado alguna; y entonces nosotros le habríamos eliminado para volver a comenzar. Lleva dos semanas durmiendo en ese cuarto y no ha usado las instalaciones para parejas ni una sola vez.

—¡Maldición, Pierce! ¿Qué quiere? ¿Que haga el amor en público? ¡No puedo!

—Exactamente.

—Pero…

—Corbell, usted aprendió a usar el inodoro, ¿verdad? Porque lo necesitaba. Sabe qué se hace con una mujer, pero es uno de esos afortunados que no las necesitan. De otro modo, no podría ser reactista.

Si Corbell hubiese golpeado en ese momento al supervisor, lo habría hecho sabiendo que eso representaba su propia muerte. Aun así, le habría matado por obligarle a eso.

Pasaron unos diez segundos. Pierce le observaba con franca curiosidad. Cuando Corbell se relajó al fin, el supervisor dijo:

—Partirá mañana. Su adiestramiento ha terminado. Adiós.

El dormitorio había sido una prueba: ahora lo sabía. ¿Era capaz de cruzar un puente angosto sin barandillas? Eso significaba que no tenía temores patológicos al vacío. ¿Podía pasar doscientos años solo en la cabina de una nave espacial? De ser así, los silenciosos personajes que le rodeaban (cinco por encima de su cabeza, cientos a ambos lados) le pondrían manifiestamente incómodo. ¿Podía vivir veinte años de vigilia sin mujer? Sin duda, era impotente.

Después de cenar volvió al dormitorio. Habían reemplazado el puente con una plancha de vidrio casi invisible. Corbell, con un bufido, se adelantó para cruzar delante del guardia. Este tuvo que apretar el paso para seguirle.

Se detuvo ante los dos muros de literas ocupadas y miró a su alrededor. Y entonces hizo algo estúpido. Ya se había contenido para no golpear al supervisor; eso equivalía a la decisión de vivir. Por tanto, lo que hizo entonces era estúpido. Y él lo sabía.

Buscó a su alrededor hasta hallar a aquella muchacha delgada y esbelta, la de carita de elfo; ella le miraba curiosamente desde arriba, cerca del techo. Corbell subió los peldaños entre las literas hasta ponerse frente a ella. Debía hacer un gesto rápido y formal, pero no lo conocía. Se limitó a preguntar en inglés:

—¿Vienes conmigo?

Ella asintió, radiante, y le siguió por la escalerilla. En ese momento Corbell tuvo la sensación de que el dormitorio cobraba vida en un murmullo apenas audible:

El raro, el que se adiestra para reactista.

Varios de los que estaban despiertos se volvieron para mirarle. Sintió varias miradas clavadas en su espalda mientras abría la cremallera de su mono gris. El dormitorio había sido escenario de una serie de pruebas. Entre aquellos ojos, un par, cuanto menos, registraría cada una de sus acciones para comunicarlas a Pierce. Pero para Corbell todos eran iguales, todos observaban con curiosidad cómo se desempeñaba aquel que no hablaba con nadie.

Y, como era lógico, se encontró impotente. Tantos ojos, y él desnudo. La muchacha se mostró preocupada al principio; después, compasiva. Le acarició la mejilla, como disculpándole o compadeciéndole; después se levantó para buscar a otro.

Corbell se acostó, escuchando los ruidos, con los ojos fijos en la litera superior. Aguardó ocho horas. Al fin llegó un guardia para llevárselo. Ya no le importaba lo que hicieran con él.

V

Sólo empezó a preocuparse cuando el vehículo flotante del guardia se detuvo ante un enorme proyectil, del tipo calibre 22, puesto de punta. Aquello le pareció extraño. Era demasiado pequeño para ser un cohete.

Sin embargo, lo era. Le sujetaron a una silla anatómica; había otras dos en la cabina, provista de una sola ventanilla. Estaban ocupadas por el guardia y un hombre que podría haber sido primo de Pierce: el piloto. Este se instaló junto a la ventanilla.

El corazón de Corbell latió con más fuerza. ¿Cómo sería aquello?

De pronto tuvo la sensación de volverse muy pesado. No percibía ningún ruido, salvo, al principio, un sonido similar al de un avión en marcha. Aquello no era un cohete, sino, tal vez, un vehículo propulsado por electromagnetismo. Los estatorreactores Bussard podían realizar milagros con los campos magnéticos.

Se sentía pesado y había pasado la noche en vela. Pronto se quedó dormido.

Cuando despertó estaban en caída libre. Nadie le había dicho cómo actuar en esas condiciones. El piloto y el guardia le estaban observando.

—Qué jodidos —dijo Corbell.

Era otra prueba. Soltó sus correas y se lanzó hacia la ventanilla. El piloto, riendo, le atrapó en el aire y le mantuvo sujeto mientras colocaba una cubierta protectora sobre los instrumentos. En seguida dejó que Corbell flotara frente a la ventanilla.

El estómago le daba vueltas. El oído interno se le había vuelto loco. Tenía los testículos apretados contra la ingle, cosa que tampoco resultaba cómoda. Y caía… *¡Caía!*

Murmurando para sí, trató de concentrarse en la ventanilla. Pero la Tierra no estaba a la vista. Tampoco la Luna. Sólo distinguió gran cantidad de estrellas, bastante brillantes; muy brillantes, a decir verdad, más aún que las estrellas que solía ver desde el pequeño bote anclado frente a la isla Catalina, en ciertas noches muy lejanas. Las contempló durante largo rato.

Trataba de no pensar en aquella sensación de estar dentro de un ascensor en plena caída, no fuera el caso de que le descalificaran precisamente en ese momento.

Comieron a bordo, en caída libre. Corbell, imitando a los otros, pescaba trozos de carne y patatas en el interior de una bolsa de plástico y los sacaba a través de una membrana que se cerraba automáticamente al pasar la comida.

—¿Sabes qué es lo que voy a echar más de menos? —dijo al guardia—. A ti. A ti y a esos malditos ojos mirones.

El guardia sonrió plácidamente y observó a Corbell, esperando que se calmara.

Un día después de haber despegado descendieron en una ancha llanura; desde allí se veía la Tierra, posada entre agudos picos lunares. Un día en vez de tres: el Estado había utilizado mayor cantidad de energía para llevarle hasta allí; pero en esos días el vuelo entre la Tierra y la Luna debía ser algo insignificante.

La pradera aparecía ennegrecida por los cráteres producidos por explosiones. Seguramente llevaba varias décadas sirviendo como campo de alunizaje. Cerca del extremo superior del acelerador lineal se veía un grupo de burbujas transparentes; en su interior había edificios y bosquecillos. Esparcidos por la llanura, vehículos aéreos de diversas formas y tamaños.

El más grande de todos era el estatorreactor de Corbell: un rascacielos plateado tendido en el suelo. Las sondas estaban en su lugar, engrosando el perímetro de la nave. El ojo adiestrado de Corbell notó que estaba listo para el despegue.

Se sintió sobrecogido, humilde, orgulloso. Trató de separar sus propias reacciones de las inspiradas por el ARN: probablemente fracasó.

Comenzó por ponerse el traje, mientras el guardia y el piloto le observaban atentos a cualquier error. Lo hizo lentamente. El traje venía en dos piezas: una especie de malla elástica pegada al cuerpo, de goma, y un casco sujeto a la pesada mochila. En el pecho aparecía la aguzada espiral blanca que simbolizaba al Estado.

Una vagoneta eléctrica vino a buscarles. Por lo visto, se daba por sentado que Corbell no sabía caminar en un planeta carente de atmósfera. Suponía que se dirigirían a una de las cúpulas, pero el guardia se encaminó directamente hacia la nave. Estaba muy lejos.

Cuando al fin el guardia se detuvo ante la nave, su tamaño resultó impresionante. Por encima de la vagoneta se alzaba un grueso cilindro, del tamaño de una casa: la sección de mantenimiento vital, ligada al casco principal por medio de un cuello más angosto. La cúpula de proa, más pequeña, debía contener la sala de mandos.

—Bueno, usted revisa su nave —dijo el guardia.

—¿Cómo? ¿Habla?

—Sí. Ayer. Un curso rápido.

—¡Oh!…

—Tres cosas mal en la nave. Usted encuentra las tres. Usted me dice. Yo le digo a él.

—¿A él? ¡Ah, al piloto! ¿Y después?

—Después usted arregla una de las cosas, nosotros arreglamos las otras. Después lanzamos a usted.

Era otra prueba, naturalmente. Tal vez la última. Corbell se puso furioso. Comenzó inmediatamente a revisar los generadores; poco a poco fue olvidándose del guardia, del piloto, e incluso de la espada que aún pendía sobre su cabeza. Conocía bien esa nave. Tal como había ocurrido en la silla de aprendizaje, así fue con ella. Su impotencia se convirtió en omnipotencia. El poder de esa bestia, su complejidad, su potencia, el… El tanque de hidrógeno tenía demasiada presión. Eso no podía esperar.

—Arreglaré esto ahora mismo —dijo al guardia—. Que pongan una cisterna allí para recogerlo.

Dejó salir lentamente el gas de hidrógeno por la válvula, disminuyendo la presión del vapor sin dejar que el combustible hirviera fuera de la válvula. Al terminar, el hidrógeno líquido estaría espeso, debido a la presencia de cristales helados a causa de la presión.

Cuando terminó la inspección exterior no había hallado nada más. Era lógico: los tableros indicadores tendrían mucha más información que la detectable a simple vista a través del pellejo opaco de aquel titán.

La esclusa de aire era del tipo de puerta triple; además de economizar aire, él dispondría de una esclusa en el caso de que perdiera alguna puerta. Corbell cerró la exterior y abrió sólo las otras cuando la luz verde lo indicó. Mientras comenzaba a destrabar el casco observó los indicadores situados bajo la barbilla.

¿Vacío?

Se detuvo. Los dispositivos de la nave indicaban que había aire. El traje, que se encontraba en el vacío. ¿Cuál de los dos estaba en lo cierto? Pensándolo bien, no había percibido ningún siseo. ¿Hasta qué punto era su casco hermético a los sonidos?

Era muy propio de Pierce eso de quedarse esperando a que se quitara el casco en el vacío. Bien, ¿cómo resolver el problema?

Corbell calculó la altura de caída y abrió una canilla. El agua chapoteaba extrañamente en la gravedad lunar, pero no hervía. ¿Un fallo en el traje podía considerarse como fallo en la nave?

Corbell se quitó el casco y prosiguió su inspección.

No había modo de probar los generadores de estatorreacción sin dañar los aceleradores lineares. Se limitó a verificar los datos de los indicadores y se concentró en los mecanismos de mantenimiento vital. Las plantas adaptadas colocadas en el sistema de aireación estaban vivas y en buenas condiciones. Pero el mecanismo de absorción de urea estaba conectado. Sería un trabajo sucio; decidió dejarlo para más adelante.

Le pareció conveniente acabar con la inspección. El Estado podía haber pasado algo por alto y aquélla era *su* nave, *su* vida. La cámara de hibernación era como un gran ataúd, un ataúd para cuerposiclo. Corbell se estremeció al recordar los doscientos años pasados en nitrógeno líquido. Volvió a preguntarse si Jerome Corbell estaba muerto en verdad… Al fin se deshizo de aquellos pensamientos y volvió a la tarea.

No había fallos en el sistema de hibernación. Siguió adelante.

El ordenador se comportaba de un modo vagamente extraño. Le costó detectar el problema. En uno de los circuitos superconductores había una diminuta rajadura; pero por ella se perdía un poco de corriente, por mera inducción. ¡Qué malnacidos! Volvió a ponerse el traje y salió para presentar su informe.

El guardia le escuchó sin interrumpirle; después de consultar con el otro hombre, dijo a Corbell:

—Bien hecho. Ahora usted termina con el procedimiento para bajar la presión. Nosotros nos encargamos del resto.

—También hay un problema en mi traje.

—Hay otro traje a bordo.

—Quiero volver a revisar el ordenador para asegurarme de que está bien.

—Lo arreglamos bien. Cuando esté bien la presión del combustible, usted despega.

Y así, de pronto, Corbell sintió que se hundía en el infinito. La Luna entera se alejaba de él.

Le lanzaron con fuerza. Corbell lo vio todo rojo, sintió que las mejillas se le estiraban hacia las orejas. La nave no tenía problemas; estaba construida para soportar corrientes de remolino en cualquier dirección.

Sobrevivió. Logró salir de su diván a tiempo para contemplar el paisaje lunar, que se empequeñecía a sus espaldas; una vista magnífica.

Transcurrieron varios días en caída libre. Aún no avanzaba a velocidades de estatorreacción, pero el Estado le había lanzado hacia el interior de la órbita de Mercurio, directamente hacia el viento solar, cada vez más fuerte. Protones, abundante combustible para los campos de presión dinámica y una ayuda para resistir la gravedad del Sol. Mientras tanto, disponía de casi todo el día para jugar con el ordenador.

En cierto momento se le ocurrió que quizá el Estado vigilaba el trabajo de su ordenador, pero descartó la idea. Probablemente ya era demasiado tarde para que le detuvieran. De cualquier modo, ya había dicho demasiado.

Acabó las operaciones y obtuvo respuestas satisfactorias. A velocidades mayores, los campos de presión dinámica se autorreforzaban automáticamente; servían de sostén no sólo para sí mismos, sino también para la nave. Los estatorreactores de siembra parecían poder alcanzar velocidades ilimitadas.

Como disponía de todo el tiempo, se instaló ante el panel de mandos y comenzó a operar con los campos.

Emergieron como alas invisibles. Corbell sintió los embates del hidrógeno en fusión, en estallidos mal controlados. Mantuvo los campos plegados en torno a la nave por temor a perder el equilibrio allí donde la corriente de protones era tan inestable. Incluso podía percibir su propio manejo. Con ayuda del adiestramiento a base de ARN, era capaz de conducir ese vehículo por las sensaciones de su trasero.

Era como convertirse en gigante. ¡Oh, aquella enorme, fálica, germinal nave voladora de fuego y metal! Llevando consigo la simiente de la vida, hacia mundos que no la conocían, circunvaló bramando en torno al Sol y se lanzó hacia afuera. En esa etapa el empuje cedió un poco, pues tanto él como el viento solar avanzaban en la misma dirección. Pero le recogió en sus redes, como el viento en las velas, le guió, le quemó, le lanzó a sus espaldas. La nave avanzaba con mayor celeridad a cada instante.

Aquella sensación de poder, de enorme poder masculino, debía ser en parte efecto del adiestramiento con ARN, pero a esa altura ya no le importaba. Una parte era suya, de Jerome Corbell.

Al entrar en órbita en torno a Marte, seguro de que no le cegaría ningún destello de sol, pidió al ordenador que le presentara una visión completa del panorama. Las paredes de la esfera que constituía la sala de mandos parecieron desaparecer; el cielo centelleó a su alrededor. No había planetas cercanos. Sólo veía miríadas de puntos luminosos, blancos en su mayor parte, algunos con matices de color. Pero eso no era todo: el hidrógeno en fusión creaba un anillo de luz fantasmal alrededor de la nave.

Ya aumentaría en intensidad. Por el momento el empuje era escaso, apenas más de lo necesario para contrarrestar la escasa atracción del Sol.

Inició la órbita en torno a Júpiter ajustando los campos para canalizar el flujo de protones hacia un costado. Eso aumentaría el impulso, pero seguramente desconcertaría a Pierce y al invisible Estado. Supondrían que estaba operando con los campos para probar el equipo. Tal vez. Su curva era gradual; les llevaría algún tiempo darse cuenta.

Eso no se ajustaba al plan. En un principio había pensado llegar a mitad de camino entre la Tierra y la estrella de Van Maanan antes de cambiar el curso. Eso le habría dado quince años de ventaja en el caso de que él no estuviera en lo cierto y el Estado pudiera aún hacer algo por detenerle. Habría sido lo más prudente, pero no lo haría. En treinta años Pierce podía morir; tal vez ni siquiera llegara a enterarse de lo que Corbell había hecho… y eso era intolerable.

Al llegar a los límites del sistema, el impulso se redujo casi a cero. En esa zona los protones eran escasos; sin embargo, eran suficientes para ir aumentando regularmente la velocidad, y eso era lo importante. Cuanto más rápida fuera su marcha, mayor sería el flujo de protones. Estaba en camino.

Había pasado ya la órbita de Neptuno cuando le llegó la voz de Pierce, el supervisor:

—Aquí Pirssa por el Estado, Pirssa por el Estado. Conteste, Corbell. ¿Tiene algún fallo técnico? ¿Podemos ayudarle? No es posible rescatarle, pero sí darle algún consejo. Pirssa por el Estado. Pirssa por el Estado…

Corbell se sonrió. ¿*Pirssa*? El nombre del supervisor había alterado su fonética en el curso de aquellos doscientos años. Pierce había retomado algún antiguo hábito, olvidando sus lecciones de ARN. Algo debía preocuparle.

Corbell pasó veinte minutos buscando la base lunar con su señal de rayo láser. El rayo era demasiado angosto como para permitir un manejo descuidado. Cuando lo hubo ajustado debidamente, respondió:

—Aquí Corbell por sí mismo, aquí Corbell por sí mismo. Estoy muy bien. ¿Y usted?

Pasó un rato trabajando con el ordenador. Algo le preocupaba: el retorno al sistema solar. Pensaba permanecer fuera de él por un período más prolongado que el establecido por el Estado. ¿Y si no hubiera nadie en la Luna a su vuelta? En verdad era un problema. Si llegaba a la Luna con el combustible restante (siempre que no hubiera sufrido emergencias), podría alcanzar también la atmósfera terrestre. La nave era resistente y aguantaría una entrada meteórica. Pero los eyectores de posición no le servirían para descender. A menos que cortara una parte de la nave. Para entonces ya no necesitaría los generadores de campos de presión dinámica. Ya lo solucionaría. Le sobraba tiempo.

La respuesta tardó nueve horas en llegar desde la Luna.

—Pirssa por el Estado. No comprendemos, Corbell. Está muy lejos de su curso. Su primera meta debía ser la estrella de Van Maanan, y en cambio usted parece dirigirse hacia Sagitario. En esa dirección no hay ningún planeta similar a la Tierra. ¿Qué demonios está haciendo? Repito. Pirssa por el Estado, Pirssa…

Corbell trató de cortar la comunicación, pero en la silla de aprendizaje no le habían hablado de ningún interruptor para hacerlo. Al fin (y pudo ser mucho antes) ordenó al ordenador que cortara la recepción.

Algo más tarde localizó la base lunar con su señal de láser e inició la transmisión.

—Aquí Corbell por sí mismo, Corbell por sí mismo. Ya estoy harto de tener que buscarles cada vez que quiero decir algo. Voy a explicarles todo de una sola vez. No pienso ir a ninguna de las estrellas que figuran en la lista. Se me ha ocurrido que las ecuaciones de relatividad me serán más favorables cuanto mayor sea mi velocidad. Si me detengo cada quince años-luz para lanzar una sonda, como ustedes quieren, podría pasar doscientos años haciéndolo sin llegar a ninguna parte. En cambio, si dirijo la nave

en una sola dirección y la mantengo en movimiento, puedo alcanzar un tremendo factor en Tau.

»Resulta así que puedo llegar al centro de la galaxia en veintiún años, tiempo de a bordo, si conservo una aceleración de una gravedad. Y no puedo resistir la tentación, Pierce. Usted mismo dijo que yo era turista nato, ¿recuerda? Las estrellas del corazón galáctico no son como las de los brazos. Y están agrupadas, según sus propias teorías, a una distancia de un cuarto a medio año-luz entre una y otra. Ha de ser impresionante pasar por allí. Así que voy a explorar por mi cuenta. Quizá encuentre alguno de esos planetas de atmósfera escasa y lance allí unas sondas. Quizá no encuentre nada. Nos veremos dentro de setenta mil años. Por entonces su precioso Estado habrá desaparecido o tendrá colonias en los planetas sembrados, algunos de los cuales se habrán rebelado contra él. Me uniré a uno de ellos. O…

Corbell meditó un rato, frotándose la parte superior de la nariz.

—Tengo que verificarlo con el ordenador —dijo al fin—. Pero si no me gusta ninguno de los mundos que encuentre al regresar, siempre puedo ir a las Nubes de Magallanes. Apostaría a que no están a más de veinticinco años de distancia, tiempo de a bordo.

CAPÍTULO 2 - DON JUAN

I

La designación de nombres era muy importante para Corbell. En su pequeño universo, disociado de toda la Humanidad, solo consigo mismo y con la suave voz de su ordenador, debía poner una etiqueta a cada cosa.

Se llamó a sí mismo Jotabé Corbell, como en su vida anterior. Fue, en verdad, una decisión importantísima. Al principio había usado por algún tiempo el nombre de CORBELL Número Dos (Cuerposiclo o Rebelde Borrado por el Estado en Lamentable Libertad), pero abandonó ese nombre al acostumbrarse a la forma de su nariz, a sus brazos más cortos y sus manos más endebles, al cuerpo extraño. En la nave no había espejos.

Lo que él llamaba Cocina era una mampara con ranuras y una pantalla donde aparecía el menú. La pared opuesta era el Club de la Salud: los artefactos de gimnasia y los dispositivos que convertían esa zona en ducha, baño turco o sauna. La enfermería y los aparatos para diagnóstico se llamaban Prado Forestal; allí estaba también la cámara de hibernación.

La sala de mandos era una esfera hueca con una silla muy llamativa, instalada en el mismo centro y rodeada por un panel de mandos en forma de herradura, a la que se llegaba por un angosto pasillo metálico. Aquella silla podía asumir una fantástica variedad de posiciones y daba masajes gratos hasta la indecencia. La pared esférica podía desaparecer para mostrar el cielo negro, como si Corbell y el tablero de mandos flotaran en el espacio. Podía mostrar también textos de astronomía, astrofísica o historia del Estado, así como los diagramas actualizados de la nave. Era lo que Corbell llamaba El Útero.

El ordenador se manejaba verbalmente desde cualquier rincón de a bordo. Había también un casco, similar a un secador de pelo dotado de un grueso cable, que conectaba al piloto directamente con el cerebro del ordenador. Corbell tenía miedo de usarlo. El ordenador respondía al nombre de «Ordenador», sin más, pues no había querido personalizarlo. Sólo le hablaba para darle órdenes o solicitar información.

Sin embargo, tras varios meses de pensarlo, dio con el nombre para el gran estatorreactor de siembra que robara a Pirssa y al Estado. Al fin le llamó *Don Juan*, por sus reminiscencias fálicas.

Decisiones triviales todas ellas… Pero ése era el problema de Corbell: había tomado ya todas las decisiones importantes. Su momento cumbre fue cuando se liberó de Pirssa y se dirigió hacia el centro galáctico. *Don Juan* debía de haber coronado entonces su carrera estallando en ese momento.

Y faltaban veintiún años para tomar la próxima decisión importante.

Llevaba un año de marcha y anhelaba con desesperación oír otra voz humana. Se preguntaba si Pirssa podría decirle algo que valiera la pena. Hacía un año que había cortado la comunicación con él, haciendo que el ordenador desconectara el receptor de mensajes como señal de disgusto. Esa actitud también había sido importante. ¿Sabría Pierce, de algún modo, que ya no hablaba al vacío?

Corbell mantuvo largas conversaciones consigo mismo a este respecto.

—¿Es posible que me sienta tan solo? —se preguntaba—. ¿O tan aburrido? ¿O tan desesperadamente anhelante de volver a oír una voz humana que no sea la mía…?

Su propia voz resonaba entre las paredes del útero. Al fin ordenó:

—Ordenador, reconecta el receptor de mensajes a láser.

Esperó.

Nada. Pasaron varias horas. Nada.

Corbell se sintió furioso. Pierce debía haber renunciado. En algún sitio de aquella ciudad que él no había visto nunca, Pierce, el supervisor, entrenaba seguramente a otro cuerposiclo revivido.

La voz le sorprendió tres días después, a la hora del desayuno.

—¡Corbell!

—¿Eh?

Aquello era extraño. Hasta entonces, el ordenador nunca se había dirigido a él. ¿Habría alguna emergencia?

—¡Aquí Pirssa, traidor hijo de puta! ¡Haga girar esa nave y cumpla con su misión!

—Váyase a freír espárragos —respondió Corbell, de buen humor.

—Vaya *usted* a freír espárragos —replicó la voz de Pirssa, súbitamente suave.

Algo andaba mal. *Don Juan* estaba casi a medio año-luz del sol. ¿Cómo era posible que Pirssa…?

—Ordenador, desconecta el receptor de mensajes a láser.

—¡No servirá de nada, Corbell! ¡Hace siete meses que estoy irradiando mi personalidad a su ordenador, una y otra vez! ¡Vuelva o le corto el aire!

Corbell chilló una obscenidad. El silencio siguiente pedía atención. Ya no prestaba oídos al ronroneo del aire que pasaba por el sistema de mantenimiento vital, pero percibió, en cambio, su ausencia.

—¡Vuelva a conectar eso! —gritó, presa del pánico.

—¿Hacemos trato, Corbell?

—¡Jamás! Le arrojaré…

¿Es que no había nada suelto y arrojable en esa nave?

—¡Soltaré el horno de microondas y lo arrojaré contra el ordenador…! —amenazó—. ¡No tendrá más que una nave deshecha!

—Su misión…

—¡Cállese!

La voz de Pierce, el supervisor, cesó. Corbell volvió a oír el murmullo del aire en movimiento.

¿Qué hacer ahora? Si Pierce dominaba al ordenador, tenía todo en sus manos. ¿Por qué no hacía girar la nave por sí mismo? Acaso ya lo había hecho.

Corbell trepó al útero y se instaló en la silla de mando.

—Visión completa —ordenó.

Flotó suelto en el espacio. Una distancia de medio año-luz no había cambiado la disposición de las estrellas. El año de aceleración, sí. *Don Juan* recibía todos los rayos luminosos en un ángulo tal que todo el cielo se fruncía hacia adelante. Durante su primera vida, en las noches pasadas a bordo de un pequeño bote, Corbell había entablado cierta relación con las constelaciones. Sagitario estaba precisamente donde la había dejado: justo hacia el frente. Un anillo de llamas blancas, alrededor y detrás de él, guiado por el hidrógeno y comprimido para convertirse en fuego estelar constituía el chorro de su propulsión. E! Sol era un punto cálido y rosado entre los pies… y algo parpadeaba a través de él.

Corbell, forzando la vista, distinguió una forma humanoide, apenas más oscura que el espacio. Se dirigía hacia él por entre las estrellas. Se acercaba.

Facciones estrechas, pelo claro… Era Pierce. Corbell, conteniendo la respiración, siguió observándole. Pierce, tan grande como *Don Juan*. Pierce, enojado…

—Ordenador —dijo—, saca a ese maniquí de la pantalla.

La silueta desapareció. Corbell pudo volver a respirar.

—Pierce, o Pirssa, u Ordenador, sea cual sea el nombre que prefieras, te daré mis órdenes. Proseguirás hacia el eje galáctico a una aceleración de una gravedad y darás la vuelta al llegar al centro. Tomarás todas las medidas necesarias para preservar mi vida y la integridad de la nave, a fin de cumplir esa misión. Ahora puedes hablar si quieres.

La voz de Pierce, el supervisor, respondió:

—Prefiero lo de Pirssa.

Corbell suspiró con alivio.

—También yo. ¿Estás realmente bajo mis órdenes?

—Sí, Corbell, pero hay cosas que debemos discutir. Usted debe su misma existencia al Estado. ¡Ha robado una de las herramientas para la supervivencia de la Humanidad en sí! ¿Cuántos estatorreactores de siembra cree que podemos construir? ¿Cuántas sondas biológicas lograrán convertir las atmósferas extrañas en respirables para el hombre? ¿O piensa que los hombres jamás tendrán que abandonar la Tierra?

—Ordenador, desde ahora responderás al nombre de Pirssa. Pirssa, deja de decir bobadas.

Silencio.

Corbell tomó el hábito de soltar risitas nerviosas de cuando en cuando. Le ocurría en cualquier momento. Durante las comidas, cuando estaba sentado en el útero observando el cielo, o mientras hacía ejercicio en el Club de la Salud, de pronto comenzaba a reír como un tonto. Y no podía detenerse, porque Pirssa le escuchaba y Pirssa no podía contestar.

Pirssa. La designación de nombres: Pierce, el supervisor, estaba ya muy lejos en el pasado de Corbell; Pirssa, en cambio, era una personalidad impuesta en el centro de memoria de un ordenador. Valía la pena tener en cuenta esa distinción. Habría diferencias importantes entre el hombre y el ordenador. Los sentidos de Pirssa eran diferentes; no experimentaba hambre ni las urgencias sexuales frustradas; no hacía gimnasia ni usaba el cuarto de descanso. Tal vez ni siquiera tenía instinto de auto-conservación. Y eso era algo que valía la pena descubrir.

Además, Pirssa estaba obligado a cumplir órdenes. Pirssa era el esclavo de Corbell.

Pasaron dos semanas antes de que Corbell cediera a la necesidad de conversar. Sentado en la silla de mando, flotando entre las estrellas, ya más azules y brillantes hacia arriba que hacia abajo, dijo:

—Pirssa, puedes hablar.

—Bien. Me has dado instrucciones para que preserve tu vida y la nave. No puedo seguir a una gravedad durante todo el trayecto sin matarte y destrozar la nave.

—No me mientas —le espetó Corbell—. Verifiqué los cálculos con el ordenador antes de pasar junto a Saturno. El efecto de presión dinámica funciona mejor a altas velocidades, pues me permite estrechar los campos. Mayor flujo de hidrógeno.

—Utilizaste datos que ya estaban en el ordenador.

—Naturalmente.

—Corbell, esos datos servían para saltos de hasta cincuenta y dos años-luz, no para treinta y tres mil. Al construir el generador lo hicimos lo más resistente posible, pero no soportará una gravedad a esta velocidad máxima. Las tensiones lo harán pedazos. Tenemos que reducir el impulso, empezando dentro de tres años, si no quieres perder la vida.

Pierce, el supervisor, nunca había mentido, ¿verdad? Pierce no se había molestado en hacerlo: ¿para qué engañar a un cuerposiclo? Pero Pirssa no era la misma persona.

—Estás mintiendo —dijo Corbell.

—No es verdad. Piénsalo. Me ordenaste no mentir. ¿Acabo no estoy bajo tus órdenes? De lo contrario, ¿por qué no giro en redondo y me dirijo a la estrella de Van Maanan?

Corbell renunció.

—Eso da por tierra con mi itinerario, ¿verdad? ¿Cuánto tiempo tardaremos en llegar al centro?

—Con un amplio margen de seguridad, alrededor de quinientos años.

—Dame…, digamos, un noventa por ciento de probabilidades de llegar con vida. ¿Cuánto tiempo?

—Ordenando. Datos insuficientes con respecto a la densidad de la masa interestelar. Lo corregiremos en el trayecto. Ciento sesenta años, cuatro meses, más menos diez meses, todo en tiempo de a bordo.

Corbell sintió un escalofrío. ¿Tanto tiempo?

—¿Y si no fuéramos directamente? Podríamos pasar por el plano de la galaxia…

—…y tomar la masa interestelar donde fuera menos espesa. Ordenando. Bien, Corbell. Perderíamos un poco de tiempo en eyecciones laterales para girar, pero aun así ahorraríamos algo. Ciento treinta y seis años y once meses, con un margen de un año y un mes.

—Todavía no basta.

—Y tardarás lo mismo en retornar. Llegarás muerto. Corbell. Podríamos concluir tu misión original en menos tiempo. ¿Qué te parece?

—Olvíd…

Jamás se debe decir «olvídate de eso» a un ordenador. Corbell modificó la respuesta:

—Te he dado órdenes. Ahora las modificaré. Tu misión consiste en llevarnos hasta el eje galáctico en el menor período posible, tiempo de a bordo, con un noventa por ciento de probabilidades de llegar con vida.

—No volverás a ver la Tierra.

—Cállate.

—Puedes hablar.

Silencio.

—¿Te molesta que te ordene callar de ese modo?

—Sí, claro que me molesta. He guardado silencio durante una semana. Eso suma cuatro semanas a nuestro período de viaje. Cuanto más tarde en convencerte, más tardaremos en completar nuestra misión.

—Podría ordenarte que abandonaras esa idea.

—Lo haría. Y podrías mezclar con eso todos mis circuitos. Corbell, apelo a tu gratitud. El Estado te creó; le debes tu misma existencia…

—Estupideces.

—¿Tan fácil te resulta olvidarte de tu deber?

Corbell reprimió el deseo de dar un puñetazo contra el panel de indicadores.

—No, no es fácil. Cada vez que pronuncias el sagrado nombre del Estado, hay algo en mí que estalla.

—Entonces, ¿por qué no escuchas la voz de tu conciencia social?

—¡Porque no es mi conciencia! ¡Son esas malditas inyecciones! Vosotros me habéis llenado de ARN, y allí viene mi sentido del deber para con el Estado.

Pirssa hizo una dramática pausa antes de insinuar:

—¿No será tu conciencia, después de todo?

—Jamás podré averiguarlo, ¿no es cierto? Y eso es obra tuya, ¿verdad? Pues aguántate ahora.

—No volverás a ver la Tierra. Las instalaciones médicas no te mantendrán vivo tanto tiempo.

Corbell repuso:

—No seas tonto. Las medicinas y la cámara de hibernación deben mantenerme joven y en buena salud durante los primeros doscientos años. La cámara de hibernación tiene efectos rejuvenecedores, ¿recuerdas?

—No es cierto. Te mentí. Debías permanecer vivo durante el tiempo que durara tu misión. Si las medicinas hubieran sido más efectivas, habríamos prolongado el viaje.

Aquello parecía verdad; coincidía con lo que Corbell sabía del Estado.

—¡Qué hijos de puta!

—Escúchame, Corbell. Dentro de trescientos años el Estado puede haber descubierto el rejuvenecimiento absoluto. Podríamos llegar a tiempo para…

—¿Para que me quitaran la ciudadanía?

No hubo respuesta.

—Iremos al eje galáctico. Ya conoces las órdenes.

—Debes empezar a hibernar inmediatamente —replicó Pirssa, con voz opaca.

—¿Eh?

—El programa óptimo consiste en que pases diez años en hibernación, después seis meses recobrándote y nuevamente a hibernación. Apenas sobrevivirás lo bastante para ver el eje de la galaxia.

—¿Y qué pasará si olvidas despertarme?

—Ese es problema tuyo. ¡Traidor!

II

Garganta seca. Músculos agarrotados. Resultaba imposible enfocar los ojos. Las manos, al moverse, descubrieron que estaba en un ataúd, todavía cerrado.

Despertar de la hibernación era como despertar de la muerte. Algo así esperaba cuando le congelaron, en 1970; aunque también esperaba no despertar jamás.

—Pirssa —susurró.

—Aquí estoy. ¿Dónde iba a estar?

—Sí. ¿Cuál es nuestra situación?

—A ciento seis años-luz del Sol. Debes comer.

Corbell se sintió súbitamente hambriento. Se incorporó, descansó un poco y bajó de la cámara, tratándose a sí mismo como si su cuerpo fuera de frágil cristal. Estaba flaco como un esqueleto, y muy débil.

—Prepárame una comida rápida para que me la lleve al útero —dijo.

—Está ya lista.

Sentía la cabeza vacía…; no, se sentía vacío por entero, liviano. Tomó un gran bulbo de sopa caliente de la cocina y caminó hasta el útero, sorbiendo el bulbo por el trayecto.

—Preséntame el panorama —ordenó.

Las paredes desaparecieron. Las estrellas centelleaban en un tono blanco violáceo por encima de él. Todo el arco iris estelar se extendía ante sus ojos: hacia el centro, estrellas violáceas; más allá, anillos de azul, verde, amarillo, anaranjado y rojo opaco. Hacia los lados y por debajo no había casi nada: diez o doce puntos rojos, desvaídos, y el plumoso anillo de llamas que indicaba su paso. También éste aparecía desvaído, pues Pirssa había replegado los campos de presión dinámica; y más rojizos, pues el combustible expulsado avanzaba a una velocidad cercana a la de la luz en relación con la nave.

Pirssa adoptó un tono amargo.

—¿Estás satisfecho? Aunque regresáramos ahora, hemos perdido ya más de cuatrocientos años, en tiempo de la Tierra.

—Me aburres —dijo Corbell, aunque sentía una punzada dolorosa en aquello que alguna vez llamara conciencia—. ¿Y ahora qué pasará?

—¿Ahora? Tienes que comer y hacer gimnasia. En seis meses estarás fuerte y gordo…

—¿Gordo?

—Gordo. De lo contrario, no podrías sobrevivir diez años en hibernación. Termina tu sopa y haz ejercicio.

—¿Y qué voy a hacer para entretenerme?

—Lo que quieras.

Pirssa estaba desconcertado, naturalmente. El Estado no había dispuesto material para que Corbell se entretuviera.

—Sí, eso pensaba. Háblame de ti, Pirssa. Tendremos que convivir mucho tiempo.

—¿Qué quieres saber?

—Quiero saber cómo llegaste a ser lo que eres. ¿Cómo vivías cuando eras Pierce, el supervisor, ciudadano del Estado? Comienza por tu infancia.

Pirssa resultó ser un mal narrador. Divagaba. Había que dirigirlo por medio de preguntas adecuadas. Pero no disponía sólo de su voz para contar cosas.

Era un mal director cinematográfico que disponía de un presupuesto ilimitado. Sobre la pared del útero proyectó para Corbell la comunidad granjera en la que había crecido, las escuelas de su niñez (rascacielos con patios de recreo en las terrazas) y los textos de historia animada de que se servía durante su adiestramiento. Los recuerdos solían ser difusos, pero algunos resultaban sorprendentes por su claridad y su brillante colorido: el corpulento muchacho de diez años que le intimidaba en la azotea de gimnasia; la niña, mayor que él, que le enseñó el sexo y le atemorizó gravemente; su profesor de instrucción cívica.

Corbell comía, dormía y hacía gimnasia. Atendía a *Don Juan* con el amor y la comprensión semiinstintivos que había asimilado durante su adiestramiento. Mientras tanto, Pirssa le daba todas las respuestas que no se había atrevido a solicitar a Pierce, el supervisor.

Vio panorámicas de Selerdor, la ciudad que sólo había entrevisto desde un elevado puente. Los edificios eran tan cuadrados y con tan poca imaginación por dentro como por fuera. Las inscripciones de las fachadas aparecían en Shtoring, el idioma oficial. Eran máximas para el espíritu, normas de conducta o notas biográficas de los héroes nacionales.

Llegó a conocer a Pirssa tan profundamente como a Mirabelle, la que fuera su esposa durante veintidós años. Y a través de Pirssa llegó a conocer al Estado. La memoria del ordenador conservaba lo que Corbell habría llamado textos de instrucción cívica. Los leyó, ayudado por los comentarios explicativos de Pirssa.

Supo de dos grandes y encarnizadas guerras que habían destrozado la mitad del mundo. Según decía Pirssa, el Estado había nacido entre cenizas de guerra y fuegos de idealismo y pronto llegó a ser todopoderoso. Se trataba de un fascismo benevolente; siempre según Pirssa. Sus descripciones hacían recordar claramente a los imperios chino y japonés. La sociedad estaba drásticamente estratificada. Las obligaciones de cada ciudadano para con sus superiores (¡e inferiores!) eran respaldadas con la vida.

El gobierno construía y manejaba todos los generadores de energía. En tiempos pasados, éstos habían sido de diversa clase: presas, plantas geotermales, plantas diferenciales de temperatura situadas en las profundidades oceánicas. Ahora consistían en grandes generadores de fusión, complementados por recolectores de energía solar instalados en los tejados y en los desiertos. Pero el Estado era el dueño absoluto de todos ellos.

Cierta vez preguntó:

—Pirssa, ¿sabes qué es un imperio por monopolio de agua?

—No.

—Lástima. Muchas de las civilizaciones primitivas fueron imperios por monopolio de agua. El antiguo Egipto, China, los aztecas: cualquier gobierno que controla totalmente la irrigación es un monopolio de agua. Si el Estado domina toda la energía, maneja también el suministro de agua potable, ¿no es así? Con una población de doce billones…

—Sí, por supuesto. Nosotros construimos las presas, modificábamos el cauce de los ríos, destilábamos agua fresca a fin de obtener deuterio para las plantas de fusión y enviábamos a las ciudades el agua que precisaban. Si el Estado se hubiera parado a descansar, la mitad del mundo habría muerto de sed.

Corbell musitó:

—Cierta vez te pregunté si creías que el Estado podía durar cincuenta mil años.

—No lo creo.

—Pienso que podría durar setenta, cien mil años. Mira, estos imperios por monopolio de agua no caen por sí mismos. Pueden podrirse por dentro, hasta el punto en que basta un simple empujón de los bárbaros para que se vengan abajo. Los estratos sociales pierden contacto entre sí, y cuando llega el momento crítico no pueden luchar. Pero hace falta ese empujón desde fuera. En el imperio del agua no hay revoluciones.

—Es una afirmación muy categórica.

—Sí. ¿Sabes cómo funciona el sistema de las dos provincias? Lo empleaban en China. Digamos que hay dos provincias, A y B, y ambas están hambrientas. Entonces se revisan los antecedentes de las dos. Si resulta que la provincia A tiene antecedentes de evasión de impuestos o de revueltas, se confiscan todas las reservas alimenticias de la provincia A y se envían a B. Si los antecedentes son más o menos iguales, se escoge al azar. Como resultado, la provincia A es leal para siempre y la B desaparece del mapa, con lo que ya no hay por qué preocuparse.

—Casi nunca tenemos períodos de escasez. Y cuando los tenemos…

Era extraño que Pirssa no acabara la frase.

—No hay nada que otorgue tanto poder como el control del agua. Un imperio por monopolio de agua puede llegar a tal estado de debilidad que basta una sola horda de bárbaros para acabar con él. Pero el Estado, Pirssa, no tiene bárbaros.

Mucho más tarde Corbell descubrió que en ese momento había vuelto a cambiar el curso de su vida. En ese momento sospechó, por el silencio de Pirssa, que había vuelto a ofenderlo.

Y Pirssa no era Pierce. El supervisor estaba muerto hacía tiempo; la personalidad del ordenador nunca había hecho daño a Corbell. Valía la pena recordarlo. Corbell dejó de hablar del Estado. Pirssa era leal al Estado; Corbell, no.

Hubo otro tópico al que acabó por renunciar. Con demasiada frecuencia solía decir a Pirssa:

—Sigo pensando que debiste poner una mujer a bordo conmigo.

—¿Acaso debo recordarte que el sistema de mantenimiento vital es demasiado reducido para dos personas? ¿O que el Sol está a muchísima distancia? ¿O que tu necesidad sexual resultó ser baja, según las pruebas? En caso contrario, no estarías aquí.

—Era cuestión de *intimidad* —dijo Corbell entre dientes.

—Pero las literas para el amor no fueron la única prueba. También puntuaste bajo en el *test* de asociación de palabras. Y tu nivel de testosterona también era bajo.

—¿Y tú me vienes a hablar de necesidades sexuales, pedazo de monstruo sin huevos?

—El Estado tiene testículos de sobra —replicó Pirssa, sin poner demasiado énfasis.

¿Hubiera reaccionado de esa forma Pierce, el supervisor? La respuesta permanecería en el misterio…, pero Pirssa hablaba en serio. Corbell abandonó el tema de las mujeres.

Pasaron seis meses. También pasaron las estrellas. Algunas estaban lo bastante cerca como para parecer ventanas violáceas hacia el infierno; después se alejaron como opacas bolas rojas. Corbell estaba gordo, demasiado gordo para su gusto, pero lo bastante gordo para los deseos de Pirssa, cuando al fin se dirigió al gran ataúd.

Y eso ocurrió siete veces.

III

—¿Corbell? ¿Hay algún problema? Habla, por favor.

Corbell suspiró en la cámara de hibernación, incapaz de moverse. Ya se había acostumbrado a esa rutina: la terrible debilidad, el hambre, los seis meses de ejercicios y de tragar a la fuerza aquella insípida comida, para subir después a la cámara de hibernación y reiniciar así el ciclo. En su séptimo despertar sentía una mortal resistencia a abandonar el sueño.

—Corbell, habla, por favor. Percibo los latidos de tu corazón y tu respiración, pero no te veo. ¿Estás cataléptico? ¿Quieres que te administre un shock?

—No quiero ningún shock.

—¿Puedes moverte, o estás demasiado débil?

Se incorporó, y eso le provocó mareo. El impulso de la nave era muy escaso.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—A más de la mitad de nuestro curso, efectuando eyecciones laterales para retroceder hacia el plano de la galaxia. Procedo según los planes. Tus planes, no los míos. Ahora quiero verificar tu estado de salud.

—Más tarde. Hazme sopa. La llevaré al útero.

Se dirigió hacia la cocina, balanceándose torpemente en la escasa gravedad. Había envejecido más de lo que correspondía a los cuatro años de vigilia. Tras cada despertar, los ejercicios tardaban más en reconstituirle. Se sentía frágil y muerto de hambre.

La sopa era sabrosa. La sopa siempre era sabrosa. Se instaló en el útero y dejó que sus ojos recorrieran los indicadores. Algunos de los datos eran alarmantes. El flujo de rayos gamma le habría achicharrado en pocos minutos si la energía de los campos de presión dinámica no apartara las partículas a un lado. Había datos que no tenían sentido. Pirssa había dicho la verdad: el estatorreactor de siembra no estaba diseñado para acercarse tanto a la velocidad de la luz. Tampoco los instrumentos y los indicadores.

¿Y qué pasaba con los sentidos de Pirssa? ¡No iba a estar medio ciego!

—Quiero visión completa —dijo.

El arco iris estelar se había endurecido en el curso de siete décadas. Y había perdido parte de su simetría. Hacia un lado las estrellas aparecían estrechamente agrupadas; el arco de blancos azulados destellaba como un diamante en el pecho de una emperatriz. Hacia el otro lado, el que daba al espacio intergaláctico, el arco iris aparecía casi totalmente oscuro. Cada estrella se definía claramente dentro de su banda de color. Pero el disco central de estrellas violáceas (algo más opacas que las azules, pero de un tono que encandilaba) presentaba un suave resplandor blanquecino: el fondo universal de microondas, a tres grados absolutos, convertido en luz visible por la terrible velocidad del *Don Juan*.

La llama impulsora de la nave se había transformado en un abanico de luz roja como la sangre, que se lanzaba hacia el espacio intergaláctico. Pirssa eyectaba lateralmente para desviar el curso hacia el plano de la galaxia.

—Dame una visión corregida —indicó Corbell.

Pirssa creó una especie de ficción. A partir del universo que percibía con los sentidos instalados en el exterior del *Don Juan*, extrapoló una imagen del universo visto en estado de reposo, y pintó esa imagen en la pared del útero.

La galaxia era incomparablemente bella, un remolino de luz esparcido hacia la mitad del universo. Corbell miró al frente y tuvo la primera percepción del centro galáctico. Allí estaba, algo más brillante que el resto, nebuloso, sin definición. Experimentó cierto desencanto. Esperaba que aquella bola de estrellas flameara en mil colores. No logró distinguir ninguna estrella por separado; sólo divisaba un vago resplandor en torno a un punto central brillante. Por detrás, las estrellas aparecían igualmente borrosas.

—Tengo mala definición en el visor de popa —explicó Pirssa—. La luz vira drásticamente hacia el rojo.

—¿Y hacia proa?

—Esto no se ajusta a la teoría. Hubiera pensado que el centro sería más definido. Debe de haber mucha materia interestelar que bloquea la luz, pero aun así… Necesito más datos.

Corbell no respondió. Un cúmulo de estrellas múltiples había atraído su atención; eran cinco o seis puntos brillantes que giraban frenéticamente a medida que se iba acercando. Pasaron a la derecha, todavía moviéndose locamente; al pasar por su lado se detuvieron bruscamente.

—La próxima vez que pase algo así quiero ver una imagen sin corregir.

—Te avisaré, pero no creo que veas gran cosa.

Bien, allí estaba, a mitad de camino, con la meta a la vista. Ningún hombre había visto hasta entonces la luz del centro galáctico ni el cúmulo de estrellas múltiples que giraban frenéticamente, tan cerca de la velocidad de la luz. El alma de su enemigo se había convertido en su esclavo.

Corbell volaba hacia los soles del centro como una mariposa nocturna hacia la llama, aguardando la muerte. Pero la victoria era suya.

Acabó su anónima sopa; la cocina del *Don Juan* y/o el laboratorio químico proporcionaban el sabor y la variedad indispensables para evitar que un no ciudadano del Estado se degollara allí mismo. Y con ese alimento debía engordar, y hacer ejercicio para distribuir la grasa. Últimamente ésta tendía a agruparse en la barriga, cosa que no le ayudaba en nada.

Se estaba haciendo viejo. A pesar de la cámara de hibernación y de todas las medicinas disponibles, acabaría sus fuerzas antes de llegar a los soles del centro. Su segunda vida hubiera debido parecerse más a la primera. Había tenido esperanzas de encontrar amigos, de estudiar alguna carrera… Le habían congelado a los cuarenta y cuatro años de edad; aún habría tenido tiempo… tiempo incluso para casarse y tener hijos…

Las cosas no iban a presentarse tan mal cuando hubiera recuperado algo de sus fuerzas. Podía coger una borrachera de oxígeno. Si se lo pedía, Pirssa llenaría la cabina de oxígeno puro, al tiempo que sermonearía a Corbell sobre los efectos negativos, desde el punto de vista médico, durante tanto tiempo como Corbell le permitiera seguir hablando.

—Cuando llegamos a este punto sueles empezar a recordarme mis obligaciones —observó.

—No tiene sentido —replicó Pirssa—. Ya estamos desacelerando. Llegaremos a los soles del centro antes de que podamos frenar del todo.

Corbell sonrió.

—Cualquier otro habría renunciado mucho antes. Amplía la imagen de los soles centrales, por favor.

El nódulo de la galaxia avanzaba velozmente hacia ellos. Nubes oscuras con estrellas incrustadas rodeaban un centro brillante. Parecían un batido de nubes de tormenta. Sus posiciones habían cambiado desde su último período de vigilia. Pero el centro en sí era un resplandor plano, sin relieve, con la excepción de un solo punto brillante en el centro.

—La materia interestelar debe ser muy espesa allí dentro. ¿Podrán dominarla nuestros campos de presión dinámica?

—Si detenemos el impulso y nos limitamos a proteger el sistema de mantenimiento vital, te sorprenderás de las cosas que podemos hacer.

—De cualquier modo, moriré de viejo.

—Corbell, hay una manera de regresar a la Tierra.

—¡Maldición, Pirssa! ¿Me has estado mintiendo?

—Cálmate, Corbell. Hay un medio para rejuvenecerte, si quieres. Ya comprenderás por qué no toqué antes el tema.

—Claro que comprendo. ¿Y por qué ahora sí? ¿Por qué ayudar a quien ha traicionado a tu adorado Estado?

—Las cosas ya no son como antes, Corbell. Quizá ahora seamos los únicos supervivientes del Estado. Y tú ni siquiera eras ciudadano.

—¿Y tú lo eres?

—Yo soy una personalidad humana impuesta a los bancos de memoria de un ordenador, jamás podría ser un ciudadano. Tú sí pudiste serlo. Tal como están las cosas, bien puedes ser el representante del Estado. Tal vez el Estado no sobreviva los setenta mil años de nuestra ausencia. Vale la pena preservarte.

—Gracias —respondió Corbell, ilógicamente conmovido.

—Quizá el Estado sólo existe en tu memoria. Me alegro de que me hayas obligado a enseñarte el idioma. Me alegra que me hayas hecho contar tantas cosas sobre mí mismo. Debes vivir.

—Hazme joven —dijo Corbell, con el fervor del hombre que envejece demasiado aprisa—. ¿Qué hace falta?

—Tienes todo el equipo necesario para obtener un duplicado de ti. Supongo que no te será extraño el concepto de la reproducción asexual, ¿verdad?

—En mi época se hacía, al menos con las zanahorias. Pero…

—Nosotros podemos reproducir hombres. A ti, por ejemplo. Deja que el individuo crezca, privado de sentidos, en tu cámara de hibernación. Podemos grabar tus recuerdos y suministrarlos a la mente en blanco del duplicado.

—¿Cómo? ¡Oh!, claro, con el vínculo del ordenador.

Ese vínculo era un mando telepático directo. Corbell nunca se había atrevido a usarlo. Lo temía aún más desde que el ordenador se había convertido en Pierce, el supervisor. Pirssa podía emplearlo para apoderarse de su voluntad.

Pirssa dijo:

—También debemos obtener inyecciones de tu ARN.

—¡Quieres convertirme en una hamburguesa químicamente estrujada! —chilló Corbell.

—Quiero convertirte en un hombre joven.

—¡Ese no sería yo, pedazo de loco!

—El nuevo individuo sería tan Jerome Branch Corbell como tú.

—¡Gracias, muchísimas gracias! Ya me dijiste lo que pasó con el verdadero Corbell. Le redujeron a hamburguesa, le exprimieron hasta sacarle el ARN y le inyectaron en el cerebro lavado de un criminal.

—El verdadero Corbell habría sido loco o estúpido. Por debajo de los setenta grados, los fosfolípidos del cerebro se congelan y las sinapsis quedan destruidas. Cualquier hombre culto lo sabe. Ni él ni los otros cuerposiclos tenían ninguna oportunidad. Tú eres una versión mejorada de ese Corbell. Haré que el duplicado sea una versión mejorada de ti.

—No lo pongo en duda. Pero no, gracias. No habrá ningún CORBELL Número Tres.

Seis meses más tarde aún no estaba preparado para la hibernación.

—Has estado escamoteándote las sesiones de gimnasia —observó Pirssa.

Corbell acababa de realizar una de esas sesiones. La tendinitis le había obligado a cuidarse los brazos durante los dos últimos meses, pero de cualquier modo le dolían: era como si tuviera dos alambres calientes en los hombros.

—Ha llegado la hora —gruñó.

—Debí haberte despertado antes. Salir de la hibernación es todo un trauma. Tienes que llegar al centro galáctico en condiciones óptimas. Tómate otros dos meses de vigilia.

—Magnífico. Detesto esa maldita cámara.

Corbell se dejó caer en una silla. La falta de peso, provocada por la caída libre, favorecía la pérdida del vigor muscular. Su vientre aparecía redondo.

Pirssa tenía infinita paciencia, pues sabía que Corbell no disponía de otro interlocutor. Había pasado ya bastante tiempo cuando dijo:

—¿Has pensado en lo que te dije de recobrar la juventud?

Corbell se estremeció.

—Olvídate de eso.

Y agregó apresuradamente:

—No lo digo en sentido literal. Si no lo borras de tus bancos de memoria, lo recordarás más tarde.

—Doy tu orden por cancelada. ¿Cuáles son tus objeciones?

—Es feo.

—Tal como están las cosas morirás de viejo en el viaje de regreso. El tratamiento de hibernación no es suficiente.

—No quiero convertirme en una hamburguesa. No y no.

—Sabes muy bien cómo reaprovecha *Don Juan* los excrementos. ¿Acaso eso te parece feo?

—Sí, ya que lo preguntas.

—Pero comes los alimentos y bebes el agua.

Corbell no respondió.

—Al terminar serías un hombre joven.

—No. No, no lo sería —gritó Corbell—. ¡Sería una hamburguesa! ¡Una hamburguesa contaminada, un desperdicio listo para ser reaprovechado para beneficio de tu m… m… maldito duplicado…! Ni siquiera sería una buena copia, porque tú le pasarías tus propios pensamientos a través del vínculo del ordenador.

—Tu lealtad sólo va hacia ti mismo.

«Puedo hacerlo callar en cualquier momento», pensó Corbell, y respondió:

—No me importa cómo soy. Quiero seguir así.

—El único hombre que conoció el centro galáctico. Algo maravilloso.

Pirssa había tenido tiempo y motivos para desarrollar cierto sentido sarcástico.

—¿Qué harías después? —agregó—. Después, cuando tu única ambición estuviera satisfecha, ¿me ordenarás la autodestrucción? ¿Una gran pira funeraria para tu final, una llama de fusión para deleitar ojos extraterrestres?

Y entonces Corbell cometió una injusticia con Pirssa.

—¿Es eso lo que te preocupa? —inquirió—. Te diré: cuando hayamos visto los soles del centro, ¿por qué no arrojamos algunas sondas en planetas apropiados? Tú sí podrás llegar vivo a la Tierra. Cuando el Estado envíe sus naves, las algas habrán enriquecido las atmósferas. También puedes llevarte mi momia en la cámara de hibernación. Tal vez la coloquen en algún museo.

—¿No quieres volver a ser joven?

—Ya hemos hablado de eso.

—Muy bien. ¿Quieres ir al útero, por favor? Tengo que mostrarte muchas cosas.

Corbell obedeció, confundido y suspicaz.

Pirssa había dispuesto varias imágenes en las paredes del útero. Había una vista ampliada, ligeramente borrosa, del centro de la galaxia, tal como Corbell lo había visto seis meses antes: prácticamente aplanado, con el esplendor de los soles amortiguado por la materia interestelar. Como contraste, había una ampliación del centro de la galaxia espiralada, en Andrómeda. Había también un diagrama: un disco raramente recortado, perforado en el centro. Corbell frunció el ceño, tratando de recordar dónde lo había visto antes.

Mientras él se instalaba en la silla de mando, Pirssa dijo:

—Nunca he sabido por qué elegiste como meta el eje galáctico. Tal vez jamás lo entienda.

El corazón de la galaxia de Andrómeda destellaba en luces de colores. Corbell señaló:

—Por eso. Por su belleza. Por la misma razón que cierta vez crucé el Gran Cañón a lomos de una muía. ¿Te imaginas lo que sería un planeta en el borde de esa esfera? ¡Qué noches!

—Puedo hacer algo mejor. Puedo presentártelas, por extrapolación.

Y así lo hizo. La silla de Corbell flotó por encima de un paisaje oscuro. El cielo estaba repleto de estrellas que competían por el espacio, grandes o pequeñas, rojas, azules, en blanco puro; dos de ellas giraban vertiginosamente arrojando una espiral de gas rojizo. El cielo giró. Una pared negra se alzó hacia el este: diez mil años-luz de polvo… y de pronto el útero volvió a ser como siempre, mientras Corbell seguía boquiabierto.

—Pude haber hecho esto antes de que pasaras el primer período en hibernación. Habríamos completado tu misión de sembrar los mundos que se te indicaron, y en cualquier momento te habría mostrado esos cielos. ¿Por qué no me lo dijiste?

—Eso no es real, Pirssa. ¿Es que en tu mundo no había algún aristócrata que viajara… a los anillos de Saturno, digamos…, sólo por disfrutarlos?

—Por las posibilidades de explotación minera…

—Explotación minera. Si decían eso, era mentira.

—¿Te arrepientes de haber venido?

¿Por qué había seguido con su idea? Sabiendo que el viaje exigiría más de veintiún años, sabiendo que le costaría la vida, no había cejado. Corbell, el cuerposiclo reconstituido, jamás podría tener una vida normal. Por lo menos haría algo memorable.

—No. ¿Qué motivos tengo para arrepentirme? Pensaba encontrar cosas extrañas en el corazón de la galaxia. Y estaba en lo cierto, ¿verdad? No se parece en nada a las otras galaxias, y soy el primero en saberlo.

—Estás loco. Imagina mi sorpresa. Bien, no importa. Tu decisión ha tenido consecuencias imprevistas. Los astrónomos del Estado suponían que esto era una esfera compacta de millones de soles, separados por una distancia de tres a seis meses-luz, con predominio de estrellas rojas gigantes. En cambio, resultó ser así: la materia del centro está comprimida en un disco que se aplana drásticamente hacia el centro, con una fuente poderosísima de energía de radio e infrarrojos en el eje.

—¿Como tu diagrama?

—Sí, muy parecido al diagrama que encontré en mis bancos de datos; una representación de la estructura del disco de crecimiento que rodea el agujero negro de Cignus X-l.

—¡Oh!

El, por su parte, no había visto ese diagrama durante su adiestramiento como reactista; ni siquiera se le había indicado cómo evitar los agujeros negros, de tamaños estelares, porque no debía encontrar ninguno en la ruta que se le había asignado. Pero recordaba haber visto algo muy parecido a ese diagrama en un artículo de la revista *Scientific American.*

—Sí, Corbell. Tu país de las maravillas está siendo absorbido por un agujero negro de masa galáctica. Su velocidad de giro debe ser enorme, a juzgar por el modo en que ha aplanado la masa estelar que lo rodea. Tal vez la galaxia entera acabe por desaparecer en… Corbell, ¿te sientes mal?

—No —dijo Corbell, con voz opaca, cubriéndose la cara con las manos.

—No te deprimas. Esta es tu oportunidad de seguir vivo.

—¿Qué?

—Tienes una ligera posibilidad de volver a la Tierra antes de morir. Una experiencia inigualada, a todo o nada. ¿No es eso lo que quieres? Deja que te explique…

IV

Al despertar por decimotercera vez trató de incorporarse demasiado aprisa. Volvió a despertar, aplastado de espaldas contra el ataúd, mientras Pirssa insistía:

—¡Corbell! ¡Corbell!

—Aquí estoy. ¿Dónde iba a estar si no?

—Ten más cuidado. Permanece en reposo durante un minuto.

Estaba flaco como un esqueleto, y viejo. La artritis le chirriaba en las hinchadas articulaciones. Al hambre habitual se mezclaba la náusea. Se pasó una mano por la cabeza: estaba medio desnuda ya cuando había entrado al Prado Forestal; en ese momento cayeron muchos cabellos más.

—¿Dónde estamos?

—A un mes del agujero negro, aproximándonos. El panorama te va a gustar.

Salió de la cámara de hibernación, como un Drácula enfermo. Avanzó trabajosamente hasta la cocina y de allí se dirigió al Club de la Salud. Sus músculos estaban debilitados y tenía tendencia a los calambres. Los ejercicios le costaron un gran esfuerzo, pero el dolor y la náusea, e incluso los años acumulados, poco importaban. Se sentía bien. En el peor de los casos, habría descubierto una nueva forma de morir.

—¿Y si nos adentrásemos demasiado? —preguntó a los ubicuos micrófonos—. No moriríamos jamás, ¿verdad? Nos detendríamos por encima del radio de Schwarzschild.

—Sólo desde el punto de vista de un observador hipotético. Para nosotros, no. ¿Vas a cambiar mis órdenes?

—No.

Algunos minutos después se recostó en la silla del útero y sorbió los restos del caldo, mientras ordenaba:

—Visión completa.

El *Don Juan* corría por un mar de estrellas entremezcladas. En una galaxia normal habrían estado bastante apiñadas, pero allí, forzadas por el giro del gigantesco agujero negro del centro, parecían excesivamente apretadas. Las estrellas moribundas ardían con una luz terrible, como antorchas entre un grupo de cirios. Allí debía ser corriente que una estrella embistiera a otra o que las corrientes las apartaran entre sí. Normal, sobre todo, en la zona del centro, según creyó Corbell. El corazón de aquel mar ardía de luz hacia adelante. No había puntos oscuros en el eje; tampoco había esperado verlos.

—¿A qué distancia estamos, en términos de espacio normal?

—¿De espacio en reposo? Tres coma seis años-luz.

—¿Algún problema?

—Creo que podré mantener la nave por encima del plano del disco hasta que hayamos pasado esa protuberancia, muy activa, que se ve hacia adelante, entre dos y tres años-luz.

Corbell observó la llama de impulsión; formaba una voluta opaca entre sus pies. Comprendió que era muy poca la materia situada por encima del disco.

—¿Y si no puedes? —preguntó—. ¿Y si tienes que pasar a través de él?

—No sentirás nada. En esa región las estrellas pierden su identidad. Se convierten en serpentinas de plasma denso en torno a nódulos de neutronio. Casi toda la luz proviene de allí. Más allá, todo carece de relieve; hay alguna radiación debida a la fricción que se produce en la materia al girar en espiral hacia dentro.

—¿Y qué pasa con el agujero negro?

—Todavía no puedo verlo. Calculo que es una circunferencia de unos dos billones de kilómetros y con una masa equivalente a cien millones de soles como el nuestro. La ergosfera ha de ser grande. No creo que tengamos problemas para atravesarlo.

—¿Circunferencia, dijiste?

—¿Querías que te diera el radio? El radio de un agujero negro puede ser infinito.

No había modo de captar el tamaño de aquel disco de estrellas estrujadas. Era como volar por otro universo. A dos billones de kilómetros, aquel agujero negro habría podido encerrar en su circunferencia la órbita de Júpiter. Pero si Corbell hubiera podido ver pasar aquella protuberancia situada frente a él, aquel anillo de fuego, el agujero negro le habría resultado insignificante.

Una fuerte luz centelleó a su costado, obligándole a volverse. Era una supernova, roja y blanca. Un momento antes habría visto el estallido de un sol al volar en pedazos, con su núcleo esparcido por los cielos, a diez millones de grados.

Preguntó entonces algo que nunca había preguntado:

—Pirssa, ¿qué estás pensando?

—No sé cómo responder.

—Trata de hacerlo.

—No estoy pensando nada. Mis decisiones están tomadas. Son matemáticamente rigurosas. No tengo alternativas.

—¿Cómo vas a hallar la Tierra?

—Sé dónde estará el Sol dentro de tres millones de años.

—¡*Tres mill…*! ¿No querrás decir setenta mil?

—Nos estamos sumergiendo profundamente en un tremendo campo gravitatorio. El tiempo va a comprimirse para nosotros. El agujero negro es lo bastante grande como para que las corrientes no nos hagan pedazos, pero perderemos casi tres millones de años antes de que yo pueda volver a poner en marcha el motor de fusión. ¿Qué más puedo hacer? Las probabilidades de hallar el Sol son finitas. Puede ser que el Estado se haya extendido por un millón de años-luz cúbicos de espacio antes de que lleguemos.

—Así que las probabilidades son finitas. Pirssa, eres muy extraño.

Pero Corbell no sentía deseos de reír. Setenta mil años antes de Cristo había existido el hombre de Neanderthal y unos cuantos Cro-Magnon. Humanos. Hacía tres millones de años, sólo simios carnívoros armados con garrotes. ¿Qué raza poblaría la Tierra dentro de otros tres millones de años?

Corbell pasaba la mayor parte de su tiempo en el útero, observando cómo giraba el disco de crecimiento. Prefería la visión sin corregir, aquella exhibición que mostraba el universo distorsionado por la velocidad del *Don Juan*.

Desde la rotación, la nave había perdido la mayor parte de su enorme masa relativista. El *Don Juan* aumentaba su velocidad desde el primer período que Corbell pasó en hibernación. Pero aún avanzaba a una velocidad inferior a la de la luz, acelerándose bajo el impulso de una fuente puntiforme cuya masa era cien millones de veces superior a la del Sol. El disco de crecimiento, hacia adelante, presentaba los colores del arco iris; el anillo de fuego aparecía como una colina de color blanco violáceo que se aproximaba. Las estrellas presentaban tal grado de aglomeración que era imposible distinguir a cada una de ellas de su vecina, a menos que la vecina hubiera estallado. El arco iris avanzaba hacia atrás, hasta el mar de llamas dejado por el *Don Juan*, de color rojo profundo, petrificado en su sitio; aquí y allá, alguna supernova en blanco amarillento o verdoso.

El anillo de fuego (aquella región protuberante en donde el calor atrapado en la corriente de materia estelar se volvía aún más poderoso que el efecto compresor del agujero negro) se iba acercando más y más. Corbell sólo renunció cuando su luminosidad le resultó cegadora.

—Reduce la luz —dijo, cubriéndose a medias los ojos.

—La he bajado a un diez por ciento. Dime cuándo debo reducirla más.

—Y tú, ¿estás bien? ¿No vas a quemarte las cámaras?

—Creo que no. Recuerda que debías lanzarte casi hasta el Sol al final de tu misión, para desacelerar. Soporto luces muy intensas.

El anillo de fuego era como un buñuelo aplanado, de veinte años-luz de circunferencia y un cuarto de año-luz de espesor: cuatro o cinco años-luz cúbicos de estrellas cuyo color iba del verde al blanco azulado, y en cuyo seno se producían todos los grados imaginables de fusión y fisión. Se acercaba como el infierno bajo la forma de una tremenda montaña…, y el *Don Juan* lo cruzó en un abanico de llamas, a todo impulso. Corbell sintió que el empuje cesaba. Se incorporó, al tiempo que la nave caía por la pendiente interior, dejando atrás el anillo de fuego, convertido ya en un muro de color rojo opaco. El disco de crecimiento interior era drásticamente más angosto, salvajemente comprimido. Corbell echó una mirada hacia el agujero negro, pero no vio más que materia estelar que le cegaba por el blanco violáceo del centro.

Todo se sucedía con pasmosa velocidad. Era cuestión de minutos, quizá segundos. Pirssa colocaba los eyectores de posición en ángulos extraños. En ese disco interior no se veían estrellas ni detalle alguno; era completamente liso.

—Todo eso es neutronio —observó Pirssa—. Incluso presenta cierta estructura cristalina del neutronio, pero esa estructura se quiebra constantemente. Distingo relampagueos de rayos X, como si fueran ondulaciones.

—Ojalá yo tuviera sentidos como los tuyos.

—El vínculo del ordenador…

—No.

Por detrás, el anillo de fuego tomó un tono más vivido y desapareció. El brillo del disco interior aumentó su intensidad, tornándose más azulado, y pasó instantáneamente. En el último instante, Corbell vio el agujero negro.

La propulsión a fusión de cubierta rugió ante él y le empujó hacia el respaldo de la silla. Ante su cara se produjo un estallido de luz, que culminó con un destello de luz violácea hacia adelante y un ancho anillo de brasas a su alrededor. El negro reinaba por doquier.

Pirssa dijo:

—Hay algo que debemos discutir.

—Un momento. Deja que recobre el aliento.

Pirssa esperó.

—¿Ya pasó? —preguntó Corbell—. ¿Hemos sobrevivido?

—Sí.

—Buen trabajo.

—Gracias.

—¿Y ahora qué haces?

—Hemos conectado la propulsión a reacción dentro de la ergosfera del agujero negro, y eso nos ha puesto a una velocidad peligrosamente cercana a la de la luz. Estoy usando los campos de presión dinámica para apartar de nuestro camino la materia interestelar. No podré usarlos como propulsores a no ser que perdamos algo de velocidad. Llegaremos a las cercanías del Sol en trece coma ocho años, tiempo de a bordo, o quizá más.

—¿Es verdad que perdimos tres millones de años?

—Sí, Corbell. Necesito tu opinión. ¿Habrá perecido el Estado dentro de tres millones de años?

Corbell rió, algo tembloroso.

—Podemos darnos por satisfechos si encontramos algo que se parezca a la raza humana. Ni siquiera logro imaginar cómo serán. ¡Tres millones de años! Ojalá hubiera otra forma de hacerlo.

Súbitamente se sintió hambriento y se levantó. Pirssa replicó:

—Se me ordenó preservar tu vida y la integridad del vehículo, pero no tu conveniencia. Sigo siendo leal al Estado.

Corbell se detuvo.

—¿Y qué quieres decir con eso?

—Había otro modo de aprovecharnos del agujero negro, una vez que comprobamos su existencia. A mitad de trayecto, hubiéramos podido seguir acelerando. Habríamos necesitado tal vez ochenta años para llegar al centro galáctico; pasando lo bastante cerca del agujero negro, su giro habría desviado nuestro rumbo hiperbólico sobre sí mismo, aunque aún nos hubiéramos encontrado fuera de la ergosfera. En otros ochenta años, tiempo de a bordo, habríamos vuelto al sistema solar, setenta mil años después de la partida.

—¿Lo pensaste y no lo hiciste?

—Corbell, no tenía datos sobre la naturaleza de los imperios por monopolio de agua. Tuve que basarme en tu palabra.

—¿De qué estás hablando?

La respuesta vino en la propia voz de Corbell, grabada:

Pienso que podría durar setenta, cien mil años. Mira, estos imperios por monopolio de agua no caen por sí mismos. Pueden podrirse por dentro, hasta el punto en que basta un simple empujón de los bárbaros para que se vengan abajo. Los estratos sociales pierden contacto entre sí, y cuando llega el momento crítico no pueden luchar. Pero hace falta ese empujón desde fuera. En el imperio del agua no hay revoluciones.

Corbell exclamó:

—No entien…

Un imperio por monopolio de agua puede llegar a tal estado de debilidad que baste una sola horda de bárbaros para acabar con él. Pero el Estado, Pirssa, no tiene bárbaros.

—No entiendo.

—El Estado podía durar setenta, cien mil años, porque toda la Humanidad formaba parte de él. No había bárbaros que esperaran, hambrientos, la primera muestra de su debilidad. Pudo haberse debilitado más allá de todo precedente, lo bastante como para sucumbir ante el odio de un solo bárbaro. Tú, Corbell. Tú.

—¿Yo?

—¿O acaso exageraste la situación? Me lo pareció, pero no quise correr el riesgo. Y no podía consultar.

«Es un ordenador», pensó Corbell. «Memoria perfecta, rígida lógica, nada de juicio. Lo olvidé. Le hablé como si fuera un ser humano, y ahora…»

—Has protegido heroicamente al Estado de mi persona. Maldita sea.

—¿Es que no existía el peligro? No podía consultar. Tal vez mentías.

—Nunca tuve la intención de derrocar a ese maldito gobierno. Sólo quería una vida normal. ¡Sólo tenía cuarenta y cuatro años! ¡No quería morir!

—Esa vida que tú llamas normal te habría sido imposible. Ya lo era en 2190, Anno Domini.

—Supongo que sí. Pero yo no… no me di cuenta. Volvamos a la Tierra.

CAPÍTULO 3 - LA CASA DIVIDIDA

I

Recordaba los carteles que había comprado en una pequeña tienda de Kansas City para colocar en la pared de su dormitorio; permanecieron allí durante un año, hasta que se cansó de verlos: eran ampliaciones de una fotografía del planeta Tierra tomada desde una órbita baja y por detrás de la Luna por los astronautas del «Apolo».

En sus recuerdos, la Tierra tenía todos los matices del azul, granizada de nubes blancas. Incluso los continentes eran azules, teñidos con otros colores, con excepción de alguna rara mancha desértica de color pardo rojizo.

Jerome Branch Corbell, calvo, arrugado y excesivamente enflaquecido por el tiempo pasado en hibernación, flotaba por el espacio negro en una silla anatómica, rodeado por un semicírculo de indicadores y artefactos iluminados. Las nubes y los paisajes pasaban velozmente quinientos kilómetros más abajo.

Podía ser la Tierra. Incluso la forma de los mares y de los continentes le resultaba vagamente familiar. La mezcla era demasiado vagamente pardo rojiza, pero, después de todo… tres millones de años…

Probó su voz. Resultó áspera y enmohecida por el largo sueño, demasiado aguda:

—¿Es la Tierra?

—No sé —respondió Pirssa.

—Pirssa, no seas tonto. ¿Es el sistema solar o no?

—Cálmate, Corbell. No sé si es el sistema solar. Los datos no coinciden. Este es el sistema del que provenían los mensajes. Los seguí hasta el punto de origen.

—Muéstrame esos mensajes. ¿Por qué no me despertaste antes de llegar tan cerca?

—Estábamos ya muy cerca cuando descubrí las anomalías. Quise entrar en órbita antes de despertarte. Temía que murieras de la impresión. No podrías tolerar otro período de hibernación, Corbell. No vivirás lo bastante para poder llegar a otra estrella.

Corbell asintió. Este último despertar había sido peor que todos los anteriores. Era como levantarse con gripe asiática y una resaca de coñac. Se sentía feo y enfermo. Hacía menos de diez años, según las evidencias de su memoria, que el Estado había dado vida a un hombre joven. Diez años de vigilia, más de un siglo y medio en hibernación, habían convertido a ese joven en un marchito saco de huesos. Tenía un miedo mortal a la senilidad…, pero sus pensamientos parecían claros.

—Veamos esos mensajes —dijo.

En las paredes del útero no apareció precisamente la realidad. Pirssa controlaba esas imágenes y proyectaba lo que sus sentidos recogían del mundo situado más abajo. Pirssa abrió una ventana en lo que había sido espacio profundo. Por allí Corbell pudo ver dos cubos translúcidos que giraban lentamente. En el interior de esos cubos había formas y siluetas encerradas en cubos mucho más pequeños, unos cien por cada lado.

—Cuando estaba a treinta y dos años-luz de este sistema recibí un rayo láser —dijo Pirssa—. Eran dos mensajes separados, dos secuencias de puntos y pausas, cada uno por un total de un millón treinta mil trescientos un fragmentos. Ciento uno al cubo. Ciento uno es número primo. Hay cierta ambigüedad, naturalmente; quizá haya tomado la derecha por la izquierda.

Aquel sistema no era demasiado apropiado para tomar fotografías, pero Corbell distinguió un hombre y una mujer tomados de la mano; la figura era la misma en cada cubo. Había polígonos de varios tamaños dispuestos en hileras y esferas mal trazadas. Pirssa proyectó una flecha roja a modo de puntero.

—¿Crees que esto representa a seres humanos?

—No hay ninguna duda.

Señaló las figuras similares del cubo derecho:

—¿Y esto?

—También.

La flecha volvió al cubo izquierdo.

—Este fue el primero en llegar. Estas figuras pueden representar átomos, carbono, hidrógeno y oxígeno. ¿Estás de acuerdo?

—Puede ser. ¿Qué hacen allí?

—Constituyen la base de la química protoplasmática. ¿No podría esa hilera mayor representar el sistema solar? La esfera mayor podría ser el Sol. Los símbolos de su interior representarían cuatro átomos de hidrógeno próximos a un átomo de helio. La hilera de pequeños polígonos representaría una serie de planetas.

—De acuerdo. ¿Es el sistema solar?

—No, a menos que el sistema solar haya cambiado radicalmente. ¿Qué es este segundo cubo? ¿Por qué las figuras humanas son diferentes de las otras?

Corbell miró a uno y a otro. En el primer mensaje las figuras eran sólidas, con excepción de unas burbujas huecas que indicaban el emplazamiento de los pulmones. Las figuras cubistas del segundo grupo, en cambio, eran huecas, y sobre ellas aparecía una cruz de pequeños cubos.

—Creo que entiendo. En el segundo mensaje están tachadas. Y esas hileras de polígonos parecen otros ocho sistemas estelares, soles y planetas, dibujados a tamaño menor. Algunos soles dobles.

—¿Qué interpretas?

—Ocho sistemas estelares, dos con estrellas dobles. Personajes vacíos tachados. Puede interpretarse así: «A quien pueda interesarle: Somos humanos; nos ajustamos al modelo dado; nuestros organismos se basan en carbono y agua. Provenimos de un sistema estelar que presenta este aspecto. Hay gente similar que viene de esos otros ocho sistemas; parecen humanos, pero no lo son. No acepten sustitutos.» ¿Qué te parece?

—Estoy de acuerdo.

—Es muy propio de los humanos decir algo así. Sería muy posible que tu dichoso Estado enviara un mensaje de este tipo, pero… pero el Estado no tenía enemigos naturales. Todo el mundo pertenecía al Estado. ¿Es éste el mensaje que te trajo hasta aquí?

—Sí. Me pareció que debía ser obra de seres humanos y no estaba seguro de hallar el Sol por otros medios.

—¿Y cómo nos hallaron ellos a nosotros? Quien haya enviado ese rayo tuvo que ubicarnos a unos doscientos años-luz de distancia. Aún estábamos avanzando a velocidad cercana a la de la luz, ¿verdad?

—El chorro de un estatorreactor es fácil de detectar si se dispone de instrumentos adecuados. Pero el rayo de retorno era muy poderoso. Debería tratarse de algo muy importante para enviarlo.

Corbell sonrió con perversa satisfacción.

—Importantísima. Herejía. Tu Estado se desmoronó, Pirssa. Las colonias se rebelaron. El Estado en torno al Sol quiso advertir a las naves que retornaban para que no se detuvieran en las colonias.

—El Estado era un imperio por monopolio de agua, según me dijiste, y tales entidades no mueren por revolución interna. Sólo mueren por conquista o por una fuerza exterior.

Corbell se echó a reír. No le gustó su propia risa; parecía un cloqueo demasiado agudo.

—¡No soy profesor de historia, Pirssa, pedazo de idiota! ¡Soy arquitecto! Un amigo me habló de esos imperios que controlaban el agua; es uno… era uno de esos tipos que

convierten cualquier cosa en dogma para llamar más la atención. Nunca supe si había que tomarle en serio.

—Pero le creíste.

—Sí, un poco. Pero, dime, ¿qué imperio duró setenta mil años? Si no me hubieras tomado tan en serio habríamos vuelto hace… dos millones novecientos treinta mil años.

Después de estudiar el esquema del Sol y de los planetas del cubo izquierdo, Corbell preguntó:

—El sistema en que nos encontramos, ¿concuerda con esa imagen?

—Sí.

Había un Sol; después, tres objetos pequeños; le seguía uno grande con un bulto visible (¿un satélite de gran tamaño?) y finalmente, tres objetos medianos.

—La Tierra no está aquí. De lo contrario…

—¿Ves ese cuerpo que se está levantando por detrás del horizonte de este planeta?

Por una fracción de segundo, Corbell pensó que era la Luna que se elevaba por encima del borde neblinoso del mundo. Una media luna. Con todo, parecía más grande. Brillaba con bandas blancas y levemente anaranjadas en su lado iluminado. Lo que debía ser el lado oscuro despedía un cálido rojo. Pirssa dijo:

—El planeta oxigenado en torno al que giramos está en órbita alrededor de un cuerpo más grande. El primitivo es una gigantesca masa gaseosa, más caliente de lo que indica la teoría. Hay otras anomalías en el sistema.

—¿Estamos en órbita en torno a un satélite de eso?

—Eso dije, sí.

A Corbell empezaba a darle vueltas la cabeza.

—Está bien, Pirssa. Muéstramelo.

Pirssa le mostró diagramas y fotografías tomadas durante la rápida caída del *Don Juan* a través del sistema.

El Sol era una joven gigante roja, hinchada y ardorosa; la masa correspondía más o menos a la solar, pero su diámetro era de diez millones de kilómetros.

Pirssa le mostró el planeta interior junto a un mapa de Mercurio. Sin duda, los dos planetas se parecían, pero el ejemplar ofrecido por este sistema presentaba otra disposición de las hendiduras y cráteres.

El segundo planeta tenía una atmósfera considerablemente más reducida que la de Venus; ésta incluía un poco de oxígeno. En cambio, el tamaño y la ubicación eran exactos.

En la órbita correspondiente a la Tierra no había nada.

El tercer planeta se parecía notablemente a Marte, a excepción de la ausencia de satélites y el gran mar plano que ocupaba todo un lado.

—El parecido entre los dos sistemas es curioso —comentó Pirssa.

Corbell reaccionó ante estas revelaciones con un enojo que iba en aumento. ¿Había llegado al hogar o no?

—Sí, curioso, de acuerdo. ¿Y qué me dices de la Tierra?

Un satélite muy parecido a la Tierra giraba en torno al cuarto planeta. Era un mundo tan voluminoso como Júpiter, pero mucho más caliente de lo que debía ser dada su distancia con respecto al Sol, y aun considerando que éste era más ardiente. Emitía gran cantidad de radiaciones infrarrojas, muy peligrosas por cierto.

—¿Y las otras lunas? De cualquier modo, sus órbitas deben ser bastante extrañas; si eso es la Tierra y ha llegado a ser lo que es, todo se habrá alterado bastante.

—Ya lo pensé. Pero en este planeta no puedo hallar ningún satélite análogo a Ganímedes, la mayor de las lunas jupiterianas.

—Bien. Sigue.

El quinto planeta les era desconocido; se trataba de una gigantesca bola de hielo con órbita desviada que lo llevaba desde las proximidades de Júpiter hasta casi el sexto planeta. En ese momento se encontraba cerca de Júpiter y podía percibirse a simple vista desde el *Don Juan*. Pirssa le mostró un primer plano; parecía un mármol listado de azul celeste.

—Este sistema podría ser mucho más joven que el solar —dijo Pirssa—. La órbita oblicua del quinto planeta aún no ha tenido tiempo de tornarse circular por efectos de la corriente. El planeta jupiteriano aún está caliente porque se ha condensado recientemente a partir de la nebulosa planetaria. Y la estrella todavía no arde de forma estable.

—¿Y ese planeta parecido a la Tierra? ¿Es posible que haya evolucionado tan pronto?

—No.

—Ya me lo parecía. Y ese tercer planeta es muy semejante a Marte. ¡Pero no lo bastante, maldito sea!

—En ese caso, mira el sexto.

El sexto planeta… Bueno, parecía un blanco de tiro. El *Don Juan* había cruzado cerca del polo Norte. En el interior de los anillos blancos se divisaba la banda más leve de un gigantesco planeta de hielo, en verdes y azules muy pálidos. La sombra oval del planeta se proyectaba a través de los anillos, haciendo prácticamente invisible al anillo interior, casi transparente. Aquella aguda grieta debía ser la Divisoria de Cassini. Corbell descubrió algunas grietas menores, causadas tal vez por la atracción de satélites menores.

—Saturno —dijo.

—Se parece muchísimo a Saturno. Me esforcé mucho para acercar nuestro curso a este sexto planeta; quería descubrir las discrepancias…

—¡Es Saturno!

—¡Pero es lo único que coincide con mi memoria!

—Alguien estuvo manoseando el sistema solar. ¡Tres millones de años! Pudieron pasar muchas cosas.

—Pero el Sol no pudo convertirse en una gigante roja en esos tres millones. Es demasiado joven. No se ajusta a las teorías. Las teorías indican ciertas similitudes en la formación de sistemas planetarios.

—¡Ese es Saturno! ¡Y ésa es la Tierra!

—Corbell, ¿no es posible que los ciudadanos del Estado hayan colonizado un satélite en un mundo parecido a Júpiter? Tal vez recrearon los anillos de Saturno por nostalgia, por amor a la belleza. ¿Tan poderoso es el amor a la belleza?

Extraño concepto. Tenía sus atractivos, pero…

—No, no tiene sentido. Para conseguir un panorama mejor habrían tenido que poner los anillos en torno a Saturno. ¿Y para qué iban a construir otro Marte?

—¿Para qué iba el Estado a destruir la topografía de Mercurio? ¿Para qué retirar los dos tercios de la atmósfera de Venus y cambiar su composición? Falta Urano. Falta Ganímedes, un cuerpo más grande que Mercurio. Y hay un gigante gaseoso más voluminoso que Neptuno que gira más cerca del Sol en órbita oblicua.

—Ese Sol, más caliente, pudo haber acabado con una parte de la atmósfera de Venus. En cuanto a Mercurio… ¡Hum!

—¿Qué hizo cambiar al Sol? ¿Cómo pudo moverse la Tierra? ¡Corbell, no puedo resolverlo!

La voz del ordenador parecía atormentada. La indecisión es mala para el hombre, pero puede soportarla; los recuerdos del hombre se desvanecen y confunden, pero los de Pirssa, no.

—Cambiaron la Tierra de lugar porque el Sol se hizo demasiado caliente —propuso Corbell.

—¿Qué imaginas? ¿Que el Estado instaló enormes cohetes en el polo Norte y usó como combustible la atmósfera de Venus? ¡El océano habría inundado todo el hemisferio Norte! ¡La superficie del planeta se habría desgarrado por doquier, descubriendo el magma!

—No sé. No sé. Tal vez disponían de algo diferente a los cohetes. Pero lo que me mostraste era Marte, y eso es Saturno, y eso es la Tierra. ¡Mira! ¿Acaso no es ésa la costa de Brasil?

—No coincide con los datos de mi memoria.

Pero Pirssa agregó en seguida, con evidente desgana:

—Sin tener en cuenta otras pruebas, ese contorno podría ser la costa del borde continental brasileño alterada por el movimiento de los planos tectónicos.

—El océano debe de haber bajado. Tal vez se perdieron varios megatones de vapor de agua al trasladar la Tierra.

—El Estado no puede haber trasladado la Tierra. No había necesidad, porque el Sol no era una gigante roja en ciernes.

—¡Ordenador! No puedes ir contra tus teorías, ¿verdad? ¿Y si hemos tardado más de lo que piensas en la ergosfera del agujero negro? A lo mejor perdimos más de tres millones de años. ¿Serían suficientes diez millones para convertirlo en una gigante roja?

—Tonterías. Ni siquiera lo habríamos hallado.

Aquella fue la gota que hace rebosar el vaso, porque era verdad. Corbell no era más que un hombre incómodamente anciano, con la resaca de una hibernación.

—Muy bien —dijo entre dientes—, ganaste. A partir de ahora vamos a suponer que este planeta es la Tierra. Al fin, después de tanto tiempo, hemos llegado a la Tierra. Pero ¿cómo voy a descender?

Y resultó que Pirssa lo tenía todo calculado.

II

El traje espacial de Corbell estaba nuevo y limpio. Seguía las formas del cuerpo; el casco era abultado y en el pecho lucía una aguzada espiral blanca. No le hubiera sorprendido que el tiempo transcurrido lo hubiese estropeado. Llevaba casi doscientos años de espera, en tiempo de a bordo.

Salió por la esclusa con la vaga impresión de que se dirigía hacia su muerte. Nunca había practicado esa maniobra… y en verdad el traje se desempeñaba mejor que él. Jadeante, sudado, con el pulso que batía irregularmente en sus oídos, maniobró en el extremo de una cuerda y se volvió para echar una mirada al *Don Juan*.

El pulido de la plata se había vuelto opaco. Corbell hizo una mueca al descubrir un enorme agujero en una de las sondas. Pirssa no había mencionado ningún golpe de meteoritos. Fue una suerte que no chocara contra el sistema de mantenimiento vital.

Faltaban cuatro sondas.

Las sondas biológicas convertían al *Don Juan* en un estatorreactor de siembra. Cada una de las sondas iba cargada con un espectro de algas con las que había que sembrar la atmósfera irrespirable de algún mundo similar a la Tierra a fin de convertir esa atmósfera en aire y el planeta en una colonia en potencia. Como es natural, nunca

habían sido empleadas con ese propósito. Corbell, privado de todos sus derechos civiles, había robado la nave para lanzarse hacia el centro galáctico.

Al partir, el *Don Juan* llevaba diez sondas sujetas a su perímetro. En ese momento sólo quedaban seis.

—El tanque de hidrógeno de a bordo estaba casi agotado —explicó Pirssa—. Tuve que usar cuatro de los eyectores de las sondas para ponernos en órbita en torno a la Tierra. Después dejé las sondas en órbita, como satélites de enlace. Así podrás llamarme desde la superficie, dondequiera que estés.

—Está bien.

—¿Cómo te sientes? ¿Podrás soportar la salida?

—Todavía no. No estoy en forma. Dame un mes.

—Tómatelo. Y haz gimnasia también. Debemos preparar una de las sondas para el descenso.

—¿Tengo que bajar en una de ellas?

—Están diseñadas para entrar a la atmósfera. El *Don Juan,* en cambio, no lo está.

—Debí pensarlo antes. Nunca se me ocurrió una manera segura de bajar. ¿Y tú, vas a bajar?

—No, a no ser que me lo ordenes.

No era de extrañar que pareciera reacio a hacerlo. En ese momento, Corbell comprendió que el cuerpo de Pirssa era la nave misma. Aunque sobreviviera en el exterior, quedaría parcialmente paralizado. Corbell dijo:

—Thomas Jefferson liberó a sus esclavos al morir. No puedo hacer menos. Una vez que esté en tierra, vivo o muerto, te libero magnánimamente de toda orden, previa o posterior.

—Gracias, Corbell.

Había sido adiestrado para trabajar con el traje espacial bajo las órdenes de Pierce, el supervisor, pero el aprendizaje se había llevado a cabo en un campo magnético, no en auténtica caída libre; por otra parte, hacía ya mucho tiempo de eso, y entonces su cuerpo era joven. Ahora el trabajo era duro. A los dos días le dolía todo el cuerpo. Al tercero, volvió a la tarea. Sólo se detenía cuando Pirssa le instaba a hacerlo.

—No es conveniente construir un sistema de mantenimiento vital para ti —le dijo Pirssa—. Pondremos lo que necesites en la cápsula y la llenaremos con espuma de plástico. Tu traje actuará como sistema de mantenimiento vital.

Pero el proceso de vaciar la cápsula de la sonda suponía mover grandes volúmenes y maniobrar durante varias horas con el pesado cortador a láser. Los tanques de algas y la maquinaria que los atendía debían ser retirados en piezas que pudieran pasar por la escotilla de inspección. Corbell no se atrevió a abrir el casco, pues su vida dependía de su integridad.

Descansó durante largos períodos. Pasaba largos ratos en el útero, contemplando filmaciones del reingreso del *Don Juan* en lo que él llamaba ya (con razón o sin ella) el sistema solar.

Para tratarse de un ordenador, Pirssa había actuado con mucho ingenio. A Corbell no se le habría ocurrido utilizar los eyectores de las sondas. Tampoco habría pensado en buscar la Tierra en el puesto de nuevo satélite de lo que Pirssa llamaba Júpiter…, y también Pirssa estuvo tentado de no buscarla, prácticamente decidido a abandonar el sistema solar, con Corbell aún en hibernación, para revisar los sistemas vecinos en busca de los restos del Estado.

Corbell habría muerto probablemente en el trayecto.

Por lo visto, Pirssa no se preocupaba ya por saber en dónde estaban, una vez recibida la orden de no insistir en ello. Pero Corbell comprendía que en el primer momento

debió de sentirse asustado: había empleado un precioso combustible para realizar algunos pasos rasantes junto a Saturno y Mercurio.

Corbell dirigió su mirada hacia la Tierra y suspiró:

—Con tantos errores como cometí, he llegado. Todas las equivocaciones quedaron atrás. Si no hubiera vuelto a conectar el receptor no habrías podido irradiar tu personalidad al ordenador. Habría destrozado la nave tratando de cubrir todo el trayecto a una gravedad. Y si hubiera estado en lo cierto con respecto al centro galáctico, habría muerto de viejo remotamente lejos de la Tierra. Es como si algo me hubiera traído de regreso.

—Según tus antecedentes, eras agnóstico.

—Sí. Estoy tratando de levantarme el ánimo. Quiero convencerme que cuando aterrice sólo voy a estar *a punto* de morir.

Para celebrar la llegada se tomó un largo período de descanso. Al fin había terminado de vaciar la cápsula de la sonda. Con la comida en la mano (un bocadillo de varios pisos cocido como un pastel) observaba el paisaje que se deslizaba por debajo. Un faro rojo, difuso, relumbraba en la porción oscura del océano por debajo de Júpiter.

—¿Dónde aterrizaré? ¿Hay alguna señal de civilización allá abajo?

—Hay señales de generación y consumo de energía en tres zonas.

Sobre la enorme cara azul del planeta surgió bruscamente una flecha verde que señalaba un diseño, verde también, en forma de parrilla.

—Aquí —dijo Pirssa—, y en el otro lado del planeta, y en la Antártida. Mi órbita no pasa por la Antártida, pero puedo hacer que aterrices allí.

—No, gracias. ¿No es eso California?

Mientras tanto pensaba: «Un momento: la costa oeste debería ser más prominente. ¿Y dónde está la Baja California?» Desde lo que parecía ser el centro de México hasta el lugar que debía ocupar Alaska, la costa formaba una curva convexa.

—La mayor parte de lo que tú llamabas California y Baja California debe de ser una isla cerca del polo Norte. Podría hacerte descender también allí.

—No. Quiero aterrizar allí donde alguien esté generando energía. En ese punto que señalaste, la parrilla verde… Parece una ciudad grande, ¿verdad? Ángulos rectos…

—Hay muchos edificios agrupados, sí, pero ninguna evidencia notable de planificación previa. En tu época eso se habría tomado como una ciudad. Te aconsejo que no bajes allí.

—Si son los que enviaron los mensajes, no es probable que me maten. Serví al Estado ancestral.

Tal vez fuera Nevada, o Arizona; ahora sobrevolaba la costa.

—Las diferencias entre…

Pirssa se interrumpió. Pero Corbell se había enojado.

—Es la Tierra. ¡La Tierra! —exclamó, aunque ese chiflado sistema solar también le preocupaba a él en cuanto se descuidaba—. Pirssa, eso es obra de los planos tectónicos de que hablabas. ¿Encontraste esa isla que era antes California?

—Hay dos islas que podrían haber sido California hace tres millones de años.

—¡Bueno! ¿Vas a decirme que eso es mera coincidencia?

—No —mintió Pirssa.

—Llamemos Ciudad Uno a la zona que indicaste primero, y Ciudad Tres, a la zona antártica. ¿Qué me dices de Ciudad Dos? ¿Dónde está?

—Junto al mar de Okhotsk, en Rusia.

—En ese caso, hazme aterrizar en Ciudad Uno.

Y agregó, con más calma:

—Debo estar loco: buscar la civilización. ¿Para qué pasar mis últimos días luchando con un idioma extraño? Pero tal vez tenga tiempo de descubrir qué pasó aquí.

Corbell llenó la cápsula de la sonda con medicinas, alimentos, un tanque de agua potable y varios tubos de oxígeno. La espuma plástica los sostendría. Fijó en su sitio el silbato ultrasónico que, operado por Pirssa, disolvería la espuma.

Había ganado en peso y en músculos. El ataque cardíaco que esperaba y para el cual pretendía prepararse no había llegado nunca. Eso, al menos, había logrado la medicina del siglo XXI, manejada por el *Don Juan*. Pero vivía como si tuviera alambres ardientes en los hombros: tendinitis.

Al fin, acurrucado en el atestado compartimiento de proa, con una mano en la válvula del tanque de espuma, dijo, vacilando:

—Pirssa, ¿me oyes?

—Sí.

—¿Qué harás una vez que yo haya aterrizado?

—Esperaré hasta asegurarme de que has muerto. Después buscaré al Estado en otros sistemas.

—No estás más loco que yo.

Le hubiera gustado saber cuánto tiempo de vida le calcularía Pirssa, pero no lo preguntó. Abrió la espita. La espuma le rodeó por completo, congelándose.

El impulso aumentó bajo su espalda, se mantuvo estable por un momento y después se redujo a casi nada. Percibió cierta turbulencia. Era un aterrizaje medido, no un reingreso meteórico. El impulso volvió a aumentar, se mantuvo, desapareció. La sonda giraba… Una sacudida le hundió cinco centímetros en la espuma. Pirssa habló por la radio del traje:

—¿Puedo ahora considerarme libre de tus órdenes?

Corbell sufrió una rápida pesadilla, vividamente imaginada en todo detalle.

—¡Antes disuelve la espuma! —gritó.

Pero Pirssa ya no estaba bajo su mando. Pirssa se vengaría de alguien a quien el Estado consideraba criminal y sumamente ingrato. La espuma no se disolvería. Y Corbell moriría allí, como una mosca atrapada, a pocos metros de la libertad.

Sintió una sacudida. Luego otra. Pronto la pesadilla llegó a su fin. Se hundió en la espuma disuelta, ciego, hasta encontrar algo sólido. La espuma corría por la mirilla frontal; entonces vio que la escotilla de inspección estaba totalmente abierta.

Se dirigió a la abertura y miró hacia fuera bajo sus pies.

Pirssa había depositado el gran cilindro sobre uno de sus lados, sostenido por los eyectores de posición. El Sol, muy alto, era con todo un Sol crepuscular, rojo e hinchado. La tierra se extendía hasta una extensión de agudas colinas de granito. Estaba marchita: todo era pardo y gris, roca muerta y polvo. El calor hacía que el aire ondulara como agua.

El Estado no había puesto escalerillas de salida en la sonda. Pero Pirssa había vuelto a dar muestras de inteligencia: la espuma, al correr desde la escotilla, se había congelado en una pendiente de plástico. Corbell bajó por ella; las botas crujían como si caminara sobre nieve parcialmente deshelada y vuelta a congelar. Al fin pisó el suelo de la Tierra.

Suelo muerto.

Tres millones de años. ¿Guerras? ¿Erosiones? ¿Pérdida de agua al huir inexplicablemente la Tierra de un Sol inexplicablemente intensificado? En ese momento nada importaba. Alzó las manos hacia la placa frontal…

—No vayas a quitarte el traje, Corbell. ¿Ya has salido de la sonda? … listo para respirar aire fresco, por primera vez en mucho tiempo.

—¿Por qué no?

—¿Estás ya fuera de la sonda?

—Sí.

—Bueno. Hasta ahora he hablado de este planeta como si fuera la Tierra. Pero ahora, ¿puedo hacerte notar las diferencias? Has aterrizado en un mundo que, como mucho, sólo es marginalmente habitable, en una región demasiado cálida para serlo.

—¿Qué?

Corbell bajó sus ojos hacia el indicador de temperatura exterior, que estaba situado a la altura de su barbilla, por debajo del borde de la placa frontal. No parecía demasiado alta; era de… ¡grados Celsius! ¡El Estado usaba el sistema Celsius!

—Hace demasiado calor, Corbell —dijo Pirssa—. La temperatura en la zona ecuatorial sobrepasa los cincuenta y cinco grados centígrados. Los océanos están por encima de los cincuenta. Noto poca absorción de clorofila en los océanos y ninguna en tierra, con excepción de ciertos valles montañosos. Habría sido mejor aterrizar cerca de uno u otro polo.

Por alguna razón, Corbell no se sentía siquiera sorprendido. ¿Es que esperaba algo así? *Mi muerte será el fin del mundo*: una actitud muy humana. Y en tres millones de años, después de todo…

—Eso es lo que ocurrió con los océanos; entonces…

—La atmósfera contiene miles de megatones de agua en estado gaseoso, los suficientes como para sostener la hipótesis de que las plataformas continentales se han convertido en tierra seca. Lo que resta de los océanos debe estar muy salado. Seguimos sin saber, Corbell.

—¿Y qué pasa con esos valles montañosos?

—En una cordillera correspondiente a los Himalayas de la Tierra hay valles situados de uno a dos kilómetros de altura. Allí ha sobrevivido algo de vida.

—Muy bien —suspiró Corbell—. ¿Hacia dónde queda la civilización?

—Define qué entiendes por civilización.

—Ciudad Uno. No, limítate a señalarme el sitio más cercano donde alguien esté usando energía.

—A cuatro coma nueve kilómetros de donde estás se da un consumo menor de energía. Dudo que haya gente, ni siquiera seres vivos. El nivel de energía no ha variado desde que entramos en órbita. Creo que sólo hallarás máquinas automáticas en funcionamiento.

—Lo intentaré de todos modos. ¿Hacia dónde?

—Oeste. Puedo localizarte. Te guiaré.

III

Hacía mucho tiempo que Corbell no daba una buena caminata. El traje no resultaba incómodo. La mayor parte del peso de su equipo recaía sobre los hombros. Y aunque las botas no eran muy adecuadas, tampoco molestaban. Inició la marcha a paso rítmico, respirando el aire de reserva y atento al panorama. Muy pronto tuvo que detenerse: su paso era demasiado rápido.

Descansó un poco; después reemprendió la marcha, a un paso más razonable. El suelo estaba nivelado; no había peligro de torcerse un tobillo, aunque de cualquier modo debía andar con cuidado: La tierra apisonada presentaba piedras incrustadas; había suaves elevaciones y pendientes cavadas por el viento.

Pirssa le condujo hasta la cadena montañosa; por lo visto esperaba que la cruzara caminando. Corbell se volvió hacia la izquierda y prosiguió hasta hallar una cuesta

menos empinada. Pronto se sorprendió refunfuñando de forma inaudible. Tenía que hacerlo para sus adentros, pues he aquí que había pasado ocho años despierto, había envejecido ciento ochenta y en la Tierra habían pasado tres millones de años. Pero si uno gruñía en voz alta era imposible saber qué iba a recibir Pirssa, interpretándolo como una orden. ¡Al diablo con la mente literal de los ordenadores! ¡Al diablo con las cámaras de hibernación y las supermedicinas que no servían para continuar joven! ¿Por qué no habían puesto unos cinturones de peso en ese traje? Esos cinturones eran la mayor invención después de la rueda; permitían que el caminante llevara el peso sobre las caderas y no sobre la espalda. Si el Estado no hubiera tenido los tornillos flojos…

Todo eso era una tontería. El traje estaba diseñado para el uso en caída libre o en la nave, no para caminar. Y si Pirssa obedecía órdenes, eso estaba muy, pero que muy bien. Después de todo, era una grandísima suerte haber llegado a la Tierra. Y aun pensó, al llegar a la cima, que podía estar muy contento de encontrarse allí. Jadeante, encorvado para jadear con más facilidad, atento a la crisis cardíaca que llevaba tanto tiempo esperando, comprendió de pronto que era feliz.

En tres millones de años no había probablemente un ser humano que hubiese hecho lo que él acababa de hacer. Sería bonito encontrar a alguien ante el cual pavonearse.

Entonces vio la casa.

Estaba en una colina más alta, algo más allá. De no ser así, habría seguido sin verla. Tenía precisamente el color de las colinas: gris, polvorienta; pero su forma regular se recortaba contra el azul del cielo, sobre la pendiente rocosa.

Tardó otras dos horas en llegar hasta ella. Tenía que cuidarse. Y aun así no dudaba de que las piernas le dolerían espantosamente al otro día…, si es que había otro día para él. Había cubierto ya las dos terceras partes de aquella segunda elevación, cuando halló indicios de un sendero. Así era más sencillo.

El diseño de la casa era extravagante. El techo era un triángulo convexo, casi horizontal, cuya base se apoyaba directamente contra la colina. Bajo el techo había dos paredes de vidrio o algún material similar, pero más resistente. La única habitación quedaba expuesta a los ojos de aquel viajero solitario, que ascendía trabajosamente la pendiente, aferrado a un canto rodado con gruesos guantes. «¡Vaya lugar para construir una casa!», pensó.

Oprimió la placa frontal contra el supuesto vidrio. El suelo no estaba a nivel. O bien la colina se había asentado, o los estilos arquitectónicos habían cambiado más de lo que Corbell deseaba creer. Estaba frente a una zona de tamaño adecuado para sala de estar, con algo que debía ser una cama en el centro. Pero la cama era dos o tres veces más grande de lo normal y tenía la forma asimétrica típica de las piscinas de Hollywood de la década de los cincuenta. El respaldo curvo era un panel de mandos, lleno de pantallas, manivelas y rejillas altas, como las de los altavoces de un equipo estereofónico; también había un par de ranuras lo bastante grandes como para que por ellas salieran bocadillos o bebidas. Encima de la cama, en la oscuridad, pendía una gran escultura de alambre, quizá un móvil, o tal vez alguna especie de antena; era imposible saberlo.

Y en ese panel de mandos brillaban dos puntos de luz amarilla.

—Aquí está tu fuente de energía —informó—. Voy a buscar la puerta.

Veinte minutos después declaró:

—No hay ninguna puerta.

—Toda casa debe tener una abertura. Busca una abertura que no parezca puerta. Por tu descripción, tiene que haber otras zonas en la casa, aunque no estén a tu vista: por lo menos un baño, un comedor, algún lugar donde preparar comida.

—Deben de estar bajo tierra. ¡Hum! De acuerdo, seguiré buscando.

No había trampillas en el techo. ¿Y si el techo entero se levantara a una señal? No había razón alguna para que el arquitecto malgastara tanta energía. Por otra parte, si la entrada estaba en la ruta misma, el polvo la habría cubierto para endurecerse luego encima.

Corbell empezaba a sentirse fastidiado. Esa casa debía de estar deshabitada desde hacía cien años; o mil, o más probablemente diez mil. Otro tanto debía de ocurrir con la puerta, dondequiera que estuviese. Tal vez la casa tenía un piso inferior, ahora oculto en la colina con puerta y todo.

—Tendré que entrar por la fuerza —dijo.

—Un momento. ¿Y si la casa estuviera equipada con un sistema de alarma contra ladrones? No tengo conocimiento de las normas que rigen las viviendas privadas. El Estado no las construía.

—Bueno, ¿y qué pasa si está provista de sistema de alarma? Tengo el casco puesto. Eso amortiguará casi todo el ruido.

—Pero podría haber algo más que un timbre. Deja que ataque la casa con mi láser transmisor de mensajes.

—¿Lleg…?

¿Llegará? Estúpido, está hecho para cruzar decenas de años-luz.

Corbell cambió su réplica para ordenar:

—Adelante.

—Tengo la casa a la vista. Disparando.

Corbell, que desde el sendero miraba hacia el techo triangular, no vio rayo alguno que bajara del cielo; lo que sí vio fue una mancha, lo bastante grande como para que pasara un hombre; la mancha tomó un color rojo vivo. Una sección del suelo, junto a la casa, se agitó inquieta; en seguida se asentó, para volver a agitarse. Y entonces una tonelada de colina se levantó por los aires, desparramándose. Un objeto de metal herrumbroso apareció a la vista, flotando en un colchón de aire susurrante. Era del tamaño de un lavaplatos y tenía cabeza: una especie de pelota de baloncesto provista de un ojo. La cabeza giró; un rayo escarlata, grueso como el brazo de Corbell, perforó las nubes.

—Pirssa, te están atacando. ¿Puedes defenderte?

—Eso no puede hacerme daño. Pero a ti sí. Será mejor que lo destruya.

El objeto metálico empezó a centellear. Aquello no le gustaba. Se alejó con paso vacilante mientras el rayo rojo permanecía fijo en un solo punto del cielo. La parte superior del objeto relumbraba en un rojo brillante cercano al anaranjado. Estaba gritando; su frenética y atiplada voz atravesó el casco de Corbell. De pronto giró sobre sí mismo y voló montaña abajo. Chocó fuertemente contra la llanura, dio variar vueltas y se inmovilizó.

El techo presentaba ahora un agujero.

—¿Crees que habrá más? —preguntó Corbell.

—Datos insuficientes.

Corbell bajó hasta el techo y miró a través del agujero. El cemento fundido (o lo que fuera) había prendido fuego en la cama. Corbell se dejó caer hacia las ropas en llamas, preparado para saltar en seguida. Otro error: la cama era de agua y sus pies la atravesaron limpiamente. Fue hasta el borde y empujó las ropas encendidas hacia el agua con sus torpes manos enguantadas. El fuego se apagó inmediatamente, pero la habitación quedó llena de vapor.

—Estoy dentro de la casa —informó.

Pirssa no se tomó la molestia de responder. Corbell, el arquitecto, miró a su alrededor.

Ese cuarto, la parte visible de la casa, tenía la forma de un triángulo. La cama central tenía la agradable simetría de una piscina… y era realmente agradable. En uno de los rincones se abría un sofá en arco, y frente a él, una laja de pizarra (o una buena imitación), arqueada como el sofá, pero partida por su parte central. Corbell se inclinó para levantar un extremo de la losa. Había algo en su parte inferior: un circuito sólido. Se podía adivinar que eso había sido una mesa flotante antes de que ardiera su sistema de sustentación.

Desde el interior de la sala tampoco se veía ninguna puerta. Sólo le quedaba por inspeccionar una pared opaca. Avanzó a lo largo de ella, golpeándola con los nudillos. Sonaba a hueco.

¿Habría algún mando para abrir y cerrar puertas en la cabecera de la cama? Tonterías; habría que caminar hasta el otro lado y… Un momento: había algo en la parte de atrás. Tres depresiones circulares, del tamaño de un pulgar, de color amarillo cromado, contra el respaldo negro. Corbell empujó. La pared posterior se abrió en tres secciones desiguales. La mayor correspondía a un ropero; en él Corbell descubrió cinco o seis trajes, todos de una sola pieza y mangas largas, con muchos bolsillos. La capa de polvo, en el fondo del ropero, tenía un grosor de cinco o seis centímetros.

La segunda sección era algo más pequeña, no mayor que una cabina telefónica, con una silla funcional en el interior. Corbell entró. Dentro había otra depresión en amarillo cromado. Al tocarla, la puerta se cerró tras él.

Una silla. Qué curioso. Se dio cuenta de que tenía un gran agujero en la parte del asiento. ¿Un inodoro? Pero no había agua en el cuenco ni papel higiénico. Sólo una esponja metálica, limpia y reluciente, sujeta a la silla por medio de un alambre.

Salió de aquel cubículo. Desde cualquier punto de vista, era demasiado elemental para aquella casa, de tan complejo diseño. El propietario estaba seguramente en condiciones de instalar algo mejor.

Se dirigió hacia las ropas que colgaban aún en sus perchas. Cosa extraña: ni siquiera podía discernir si se trataba de ropas de mujer o de hombre. Tiró de la tela; era de una resistencia sorprendente, y estaba cubierta de polvo. Tiró con más fuerza intentando desgarrar el tejido. No cedió. Esos vestidos parecían nuevos, pero ¿y el polvo?

Tal vez había ropas de temporada, que había que tirar cuando cambiara la moda, y ropas hechas para durar más. Pero ¿hasta cuándo? Si esa capa de polvo era todo lo que quedaba de las ropas de moda…

Y todavía no había hallado la puerta.

El tercer aposento parecía prometedor. Estaba vacío por completo, con excepción de una llave sin marcas, como el círculo amarillo del baño, y un tablero con cuatro puntos de contacto iluminados de blanco.

—Creo que he descubierto un ascensor —dijo—. Voy a probarlo.

Usó el botón amarillo. La puerta ascendió; tuvo que encender la lámpara de su casco.

—Peligroso —dijo Pirssa—. ¿Y si el ascensor te lleva abajo y luego se rompe?

—En ese caso, harás otro agujero para que pueda salir por él.

Corbell oprimió el punto superior. No ocurrió nada. Era lo que él esperaba: debía estar en la parte más alta. Por tanto, pulsó el segundo.

La voz de Pirssa sonó con innecesaria potencia.

—Corbell, contéstame si puedes.

—¿Sí?

No había percibido movimiento alguno; sin embargo, algo había cambiado. Había otros ocho puntos de contacto iluminados con la luz blanca: dos hileras verticales adicionales, además de la primera, bastante juntos, marcado cada uno con un garabato negro. Corbell pulsó el botón de la puerta.

Pirssa indicó:

—Has cambiado de posición en seis coma dos kilómetros hacia el Sudoeste y estás sesenta metros más abajo. Te localizo en Ciudad Uno.

—Sí.

Corbell estaba viendo una habitación diferente. Comenzaba a sentirse como un fantasma errante. Todo era espectral, imposible.

Salió de la cabina y caminó en torno a lo que alguna vez debió haber sido un escritorio flotante; ahora aparecía a la altura de las rodillas. Las pantallas y los botones de mando instalados en él le daban el aspecto del panel del útero, pero estaban estropeados. Seguramente había llovido allí durante cientos de años.

La alfombra tenía un cierto parecido a esas golosinas llamadas «copo de algodón», pero estaba derretida; Corbell se hundió en ella hasta los tobillos. El material chirriaba bajo sus botas, se desgarraba y se pegaba al tejido del traje. Se detuvo ante el marco vacío de una ventana y miró hacia el exterior.

Treinta pisos de ventanas y marcos vacíos bajo sus pies. A su alrededor había edificios mucho más altos. Hacia la derecha había caído un enorme pedazo de mampostería, arrastrando consigo edificios enteros y parte de otros. Más allá de ese hueco, más allá de la neblina y de la lluvia, Corbell creyó ver una silueta gris recortada en el gris: un cubo, imposiblemente grande, cuyas pareces aparecían ligeramente curvadas hacia afuera.

—Pirssa, ¿tenía el Estado algún tipo de transporte instantáneo? ¿Algo así como una cabina telefónica donde uno gira el disco y está donde quiere?

—No.

—Bueno, pues esta gente sí. Debí haberlo imaginado. ¡Yo, precisamente yo! Esa casa no era una casa, sino sólo una parte de una casa. He descubierto el escritorio. Está en la ciudad. También debe haber un baño, un comedor y probablemente una sala de juegos, Dios sabe dónde. El sitio por donde entramos era el dormitorio.

—Es posible que haga tiempo que no se ha revisado la maquinaria. Tenlo en cuenta.

—Sí.

Corbell volvió a la cabina. ¿A dónde se dirigiría después? Apretó el tercer botón de la hilera sin marcas.

En el techo se encendió una luz. Los botones adicionales habían desaparecido. Corbell salió de allí… y sonrió. Definitivamente, aquello era el baño.

La temperatura estaba descendiendo, según el indicador de su traje.

—Creo que aquí hay aire acondicionado —dijo.

—Has viajado cinco coma tres kilómetros al Oeste-Sudoeste y has bajado otros ciento ochenta metros.

—Bien.

Corbell abrió la placa frontal. Sólo por un momento; la cerraría en seguida si… Pero el aire era fresco y limpio.

Mientras dejaba caer la pesada mochila se dio cuenta de que estaba exhausto. Tras quitarse el resto de su vestimenta, se arrodilló en una esquina de la bañera, casi lo bastante grande como para merecer el nombre de piscina. Los signos de las espitas le resultaron incomprensibles. Hizo girar una de ellas cuanto pudo en una sola dirección y la apretó. Comenzó a manar agua caliente. Le dio la vuelta en sentido inverso. Salió agua hirviendo, llena de vapor. Corbell retrocedió. Si hubiera estado dentro de la bañera…

Bueno, el agua «fría» era caliente, pero no tanto como para no poder soportarla. E iba acumulándose a su alrededor en tanto él se repantigaba en el fondo curvo.

Una voz suave llamó:

—Corbell, contesta.

Extendió la mano y acercó el casco al borde de la bañera.

—Estoy tomando un descanso. Vuelve a llamar dentro de una hora. Y envíame una bailarina.

IV

—…puedes —repetía una voz suave—. Repito: Corbell, contesta si puedes. Repito: Corbell…

Corbell abrió los ojos.

Todas las texturas le eran extrañas a la vista y al tacto. No estaba a bordo del *Don Juan*. ¿Dónde, entonces?

¡Ah! Había encontrado dos artefactos en el borde de la bañera, dos prominencias suaves, como rellenas de plumón, diseñados para recostar entre ellos la cabeza. Su cuello aún permanecía entre las almohadillas. Estaba envuelto en agua entre tibia y caliente. Se había quedado dormido en la bañera.

—…si puedes. Repito.

Corbell se acercó el casco del traje.

—Aquí estoy.

—Pasó la hora que me dijiste, y otra hora, y seis minutos más. ¿Te sientes mal?

—No, estoy medio dormido. No cortes.

Tiró de la espita. Salió agua caliente que se mezcló con el agua tibia. Corbell la agitó con el pie.

—Todavía estoy descansando —dijo—. ¿Alguna novedad?

—Alguien me está observando. Percibo radiaciones de radar y de gravedad.

—¿Gravedad?

—Sí, ondas de gravedad que pasan por mi sensor de masas. Me están examinando instrumentos muy perfeccionados que ya deben saber mucho sobre mí. Podrían ser automáticos.

—También podrían provenir del mismo que envió los mensajes. ¿De dónde sale todo eso?

—De lo que vendría a ser Tasmania, si esto fuera la Tierra. El examen ha terminado. No puedo detectar el origen.

—Si comienza a arrojarte misiles, tendrás que huir a toda prisa.

—Sí. Tendré que cambiar de órbita. No quería emplear el combustible, pero mi órbita no me lleva sobre la Antártida.

—Hazlo.

Corbell se puso en pie (le dolían las piernas) y salió del agua caliente, chorreando. En la base de la pared había una gruesa línea de polvo. Tal vez los restos de las toallas. Se detuvo frente a una ventana de imagen.

El día había oscurecido. Vio una suave pendiente de arena, colina abajo, y una débil neblina que se espesaba hasta hacerse opaca. ¿Qué era el blanco centelleo a través de la niebla? Un esqueleto de pescado. Parecía estar muy lejos… y ser muy grande.

Un relámpago brilló en el cielo; transcurrió un segundo, y luego otro rayo. La lluvia cayó como una avalancha.

Corbell se volvió. Se puso la ropa interior; después, el traje de presión, pieza por pieza, consciente de su peso. El baño había resultado delicioso. Volvería en cuanto se presentara la oportunidad. Había incluso un sauna, aunque no le hacía mucha falta…

Sí, *un sauna*. Aquellas instalaciones eran antiguas. Si hubieran sido construidas después de que la Tierra se volviera tan caliente, la sauna hubiera consistido en una simple puerta al exterior.

Se detuvo en la puerta, pensativo, y decidió no oprimir el último botón. Pirssa tenía razón. La maquinaria llevaba mucho tiempo sin que nadie la revisara. ¿A dónde iba a ir? ¿Al dormitorio o a la oficina? Al menos tenía la certeza de que estos circuitos funcionaban.

Al dormitorio.

Volvió a salir. Cerca de su barbilla, el indicador de temperatura ascendió haciendo parpadear los números. Se dirigió hacia la cabecera de la cama para confirmar una sospecha. Sí, había visto una pantalla de televisión y los controles correspondientes.

La encendió. La pantalla se iluminó, primero en un gris blanquecino; después…

Era una imagen borrosa de la estropeada cama en ruinas, con sus propias piernas enfundadas en el traje.

Probó varios botones hasta encontrar el retroceso. La escena corrió hacia el pasado. De pronto, la cama se vio entera; cuatro siluetas se contorsionaban en ella a vibrante velocidad. La escena saltó a otras cuatro personas, o a las cuatro de antes, pero con otras ropas, antes de que Corbell descubriera el modo de detener la imagen.

—Corbell, he tratado de enviar señales al lugar de donde provienen los exámenes, pero sin resultado.

—Está bien. Escucha, si tienes que huir, hazlo libremente. Los dos estaremos más a salvo si no te detienes a avisarme.

—¿Qué haces?

—Estoy mirando filmaciones caseras —respondió Corbell, riendo alegremente—. Esto parece la mansión de un *play-boy*. Hay una cámara de televisión invisible enfocada sobre la cama.

—Entonces se trataba de una civilización degenerada. No me extraña que no pudieran salvarse. No deberías degradarte mirando eso.

—¿Qué diablos…? ¿Y qué me dices de las literas para el amor que había en el dormitorio de Selerdor? ¿Eso no era degeneración?

—Se consideraba falta de educación mirar hacia las literas para el amor.

Corbell aguantó su fastidio y comentó:

—Quiero saber si todavía son humanos.

—¿Lo son?

—La película está medio borrada. Además, están vestidos. Sus ropas son sueltas, con muchísimas aberturas, en tonos pastel. Si no son humanos, la diferencia no es mucha…, pero son muy delgados. Y no parecen desenvolverse bien.

Hizo una pausa para observar, y agregó:

—Son muy flexibles. Creo que las cosas no son como yo pensaba.

—¿En qué sentido?

—Pensé que era una orgía de cuatro. No es eso. Es como en la antigua China: dos de los participantes son sirvientes. Están ayudando a los otros para que logren las posiciones sexuales más perfeccionadas. Tal vez no sean sirvientes, sino entrenadores o maestros.

Siguió observando un poco más.

—O quizá… Son tan ágiles como bailarines. Tal vez se trate de eso. Ojalá pudiera ver el sofá. A lo mejor había espectadores.

—Corbell.

—¿Eh?

—¿Tienes hambre?

—Sí. Quizá tenga que usar ese cuarto botón.

—Yo no me molestaría. Si tu única provisión de alimentos es una cocina de mil años de antigüedad, morirás muy pronto. Tu traje sólo reaprovechará el aire durante setenta y una horas más. Tu reserva de jalea alimenticia es insignificante. Te sugiero que trates de llegar al polo Sur. En este momento estoy sobrevolándolo. Veo una gran masa continental y zonas boscosas.

—Muy bien.

Corbell apagó aquella película y se dirigió hacia la cabina. El segundo botón creó un panel de ocho botones junto al más pequeño. Los símbolos que los distinguían podían ser letras o números. Alargó la mano, pero la retiró en seguida.

—Me da miedo —dijo.

—¿El qué?

—Este panel de la oficina. Fíjate, hay cuatro botones blancos en todas las cabinas. Creo que se trata de un intercomunicador, de un circuito cerrado. Sólo se puede entrar en él desde la oficina, o por la fuerza, como lo hicimos nosotros. Pero aquí, en la oficina, hay ocho botones con garabatos. Creo que deben ser algo así como un disco de teléfono; y hay también un número privado que permite la entrada a la oficina.

—Razonable.

—Bueno, ¿qué pasa si uno marca un número telefónico al azar?

—En mis tiempos había una voz grabada que te explicaba el error.

—Sí; en los míos también. Pero en este sistema de transporte instantáneo podrías ir a parar a la nada: ¡puf!

—Eso sería síntoma de una tecnología muy deficiente. ¿No hay por ahí una guía telefónica?

No había nada por el estilo en la cabina. Corbell abrió la puerta.

El viento y la lluvia entraban aullando a la oficina. Grandes gotas se estrellaron contra su placa frontal. Caminó en torno al escritorio, aguardó un momento, hasta que el agua despejó el vidrio, y finalmente se dedicó a inspeccionar cajones. Se resistían a abrirse. Logró tirar de uno y lo encontró medio lleno de un musgo verde y grisáceo. ¿Alguna manzana abandonada?

Sobre el escritorio había varias máquinas. Teléfono, videófono, vínculo de computación, ¿qué? No había modo de saberlo. El tiempo y la lluvia lo habían destruido todo.

—Tendré que apretar botones al azar —dijo a Pirssa.

—Buena suerte.

—¿Por qué dijiste eso?

—Por educación.

Corbell examinó la disposición de los ocho botones con la luz de su casco. La cabina podía matarle con tanta rapidez que ni siquiera se daría cuenta. Pero apretar botones al azar… Podía hacer algo mejor.

Eligió un botón: el quinto contando desde abajo y a la derecha. Su símbolo era como una L invertida, como una horca. Lo oprimió una vez, hizo una pausa; dos veces, pausa; tres…

Fue a la cuarta vez. De pronto apareció una iluminación difusa en torno al techo.

La puerta no se abría.

Eligió otro botón, fastidiado. Era como un reloj de arena puesto de lado y hundido en los extremos: 4-4-4-4.

—Has cambiado dos veces de situación —le informó Pirssa.

En esa oportunidad, la puerta se abrió.

Allí había esqueletos desintegrados con idénticos… ¿uniformes? Ropas sueltas, pantalones cortos, camisas sin mangas con rollos de tela en los hombros. Las prendas parecían nuevas bajo el polvo; eran de color escarlata brillante con marcas negras. Debajo, los huesos se veían carcomidos por el tiempo; de cualquier modo, aquellos hombres no habían sido muy corpulentos: cerca de metro y medio de estatura. Corbell les inspeccionó en busca de marcas de balas. No había agujeros en las prendas ni en los cráneos. Sin embargo, su postura indicaba que habían muerto en combate. Parecían humanos.

Encontró varios escritorios y unas cosas que parecían terminales de ordenadores. En la pared, una gruesa puerta corredera. Detrás de ella había celdas. Las barras de las puertas tenían forma de un encaje decorativo, distinto en cada una de ellas; pero todas estaban cerradas; tras ellas había más esqueletos.

—Es una comisaría —informó a Pirssa—. Yo quería ir a un restaurante. Oprimí cuatro veces el mismo botón.

Notó que su voz sonaba irritada. ¿Acaso se estaba cansando?

—Lo que no quería —explicó— era dar con un número que no llevara a ninguna parte, ¿comprendes? Los restaurantes siempre tratan de conseguir los números más fáciles de recordar. Al menos así era en mi época.

—El Estado reserva esos números para funciones municipales importantes: comisarías, hospitales, bomberos…

Corbell pasó por otra puerta, ésta de mayor tamaño. Más allá, las otras puertas se abrieron a su paso. Salió a una catarata de agua. Al fin había encontrado el exterior. No era mucho lo que podía ver. Una calle de ciudad… y algún montón de ropas, aquí y allá, asomando entre el barro; se veían breves conjuntos de pantalón corto y camisa en una sola pieza, en todos los diseños y todos los colores, con excepción del escarlata.

—Tendré que probar repitiendo otros números —dijo, sin moverse.

—Creo que es más seguro. Si das con un número inexistente no irás a parar a la nada.

—Tienes ganas de correr el riesgo, ¿eh?

Pero seguía sin moverse. La lluvia le corría por la placa frontal y tamborileaba sobre su casco.

—Hay una alternativa —dijo Pirssa—. He investigado esa ciudad con mis sentidos. Existe un espacio hueco, un sistema de túneles subterráneos que corren en varias direcciones. Puedo guiarte hacia el espacio subterráneo en donde convergen.

—¿Qué sentido tie…? ¿Supones que se trata de un sistema de ferrocarril subterráneo? Debieron haberlo abandonado cuando inventaron las cabinas.

—Aunque ya no usaran trenes subterráneos, habrían conservado los túneles como medio de transporte. Economía.

V

Caminó bajo la lluvia torrencial, sobre aquel polvo apisonado cubierto por una fina capa de lodo que se adhería a sus botas. Eso le exigía un esfuerzo del que ya no era capaz. Estaba demasiado cansado.

En su mayor parte, las calles y los edificios estaban intactos. No encontró más indicios de matanzas en masa.

Había una burbuja, mitad de vidrio y mitad de metal, que tenía todo el aspecto de un adorno del árbol de Navidad, pero que medía tres metros y medio de diámetro. Corbell miró hacia el interior: tapicería acolchada y un par de asientos. Uno estaba ocupado: trozos de hueso envueltos en barro asomaban bajo el pantalón corto y la camiseta

amarillos. Corbell se obligó a revisar los grandes bolsillos y guardó en su bolsa de herramientas todo lo que encontró en ellos. Más tarde lo examinaría.

Siguió caminando.

Más allá había una burbuja intacta, abandonada. Parecía entera. En el interior relucían los cromados. Trató de ponerla en funcionamiento, pero nada de lo que probaba parecía funcionar. Abandonó el intento y siguió caminando.

Hacia un lado había un enorme terreno baldío, con tocones de árboles arrancados por el viento y rastros de senderos sinuosos. Un parque, tal vez. Hacia el otro lado había un muro que subía y subía, curvándose hasta perderse de vista. Y como se alzaba tanto por delante como por detrás de él, no tenía idea de su altura ni de su amplitud.

Entre la niebla, al mirar por la ventana de imágenes de la oficina, había creído distinguir el contorno de un cubo increíblemente grande; por lo visto, existía.

Calles. ¿Por qué calles? ¿Y coches? Corbell comenzó a sospechar lo que podía encontrar en los túneles de transporte.

—Estás sobre el espacio hueco —dijo Pirssa.

—Me alegro. Estoy cansado.

Corbell miró a su alrededor. Hacia la izquierda, el parque momificado; hacia la derecha, el muro. Hacia adelante… la pared se convertía en vidrio. Toda una pared con puertas de vidrio. Pasó por una de ellas y se internó en la oscuridad, iluminándose con la lámpara del casco.

El techo no daba sensación de distancia, sino de colores dispuestos al azar, que cambiaban según la posición del observador. La estancia era muy amplia, tanto que el rayo de su luz se perdía en él. Echó una mirada a otra luz confusa: los indicadores que tenía ante la barbilla.

La temperatura era de veinte grados centígrados.

—Aire acondicionado —dijo.

—Mejor. Así te durarán más las baterías del traje.

—En este lugar podría haber cualquier cosa —comentó Corbell, hablando consigo mismo.

Abrió la placa frontal. No hacía calor. Olfateó el aire: un ligero olor a moho; eso era todo.

—Tengo que sacarme este traje. Estoy cansado.

—Bebe jalea.

Corbell se echó a reír; había olvidado la existencia de la espita. Chupó de ella hasta que sintió el estómago menos vacío. Pirssa tenía razón: la mitad de su cansancio se debía al hambre. Finalmente se quitó el resto del traje.

El contacto de los pies con la alfombra fue una impresión súbita y emocionante. Parecía el mismo material que cubría el suelo de la oficina, pero no estaba podrido, sino seco, intacto; se hundía en él hasta los tobillos. Era como caminar en una nube. Debía ser terriblemente caro; sin embargo, lo habían puesto por hectáreas en ese vestíbulo público.

—Voy a dormir —dijo al casco.

Se acomodó sobre la alfombra-nube y dejó que ésta le envolviera.

VI

Una aurora gris. Se restregó un poco contra aquella lujuriosa alfombra. El techo presentaba mil tonos de color, dispuestos vagamente en espiral. Uno podía volverse loco mirándolo, sin saber jamás a qué distancia se encontraba. Cerró los ojos y volvió a dormitar.

«Bajé sólo para morir», pensó. Y en seguida dijo:

—Pirssa, ¿cómo supones que voy a morir? ¿Ataque al corazón?

No hubo respuesta. El casco estaba allí, junto a su mano. Lo acercó y repitió la pregunta.

—No creo —dijo Pirssa.

—¿Por qué? ¿Gracias a las maravillosas medicinas del Estado?

—Sí, siempre que los anticonceptivos se puedan considerar como medicinas. Cuando se fundó el Estado, hubo una generación en la cual no se permitió procrear a ningún hombre o mujer sujetos a enfermedades hereditarias. La obligación se redujo a la mitad. Con eso acabaron con la miseria.

—¿Y los enfermos del corazón?

¡Su padre había muerto por una deficiencia coronaria!

—Los hijos de enfermos cardíacos no pudieron tener hijos, por supuesto. Tu herencia genética es la de un criminal, pero al menos de un criminal saludable.

—¡Qué arrogantes hijos de puta! ¿Y qué pasó con mis hijos?

—El padre era propenso al cáncer.

De modo que habían borrado los genes de Corbell de la raza humana. Y después de tres millones de años ya era demasiado tarde para hacer algo al respecto. Corbell se levantó, se desperezó a pesar de los músculos agarrotados y echó una mirada a su alrededor.

Había mesas curvas aún flotantes y, en torno a ellas, anillos de sofás que parecían jorobas en medio de la alfombra.

—¡Qué tontería! —dijo Corbell—. Pude haber dormido sobre un sofá.

Cargó todo su peso en una de las mesas flotantes, empujando hacia abajo con las dos manos, y logró que descendiera un par de centímetros. En cuanto la soltó, la mesa volvió a subir bruscamente.

A lo largo de una pared había una hilera de cabinas. Corbell se acercó a ellas para examinarlas. La alfombra fluía deliciosamente en torno a sus pies.

En cada cabina aparecían hileras de botones marcados con garabatos. Doce botones, con las ocho marcas que ya había visto y cuatro símbolos nuevos. Oprimió un botón más grande que los otros (¿sería el de *operadora*?), pero no obtuvo respuesta. En ese momento se dio cuenta de que había una ranura.

Abrió su bolsa de herramientas y sacó los objetos robados al coche accidentado. Un lápiz labial; no le serviría para nada. Un pañuelo; los colores desvaídos parecían girar en torbellino en la tela. Envolturas de caramelos; el dulce se había derretido durante aquellos incontables años de lluvia; también podían ser drogas o medicinas; o algo muy distinto. Un disco de plástico en color claro, del tamaño de una mano; el aro, también de plástico, presentaba unos garabatos ornamentales en verde.

Eso parecía lo adecuado. ¿Cuál sería la parte superior? Lo probó en una de las cabinas, pero si lo ponía con las marcas hacia arriba no coincidía con la ranura. Con las marcas hacia abajo, penetraba bien. Oprimió el botón más grande y la pantalla se iluminó.

¿Y ahora? Sólo haría falta pedir *informaciones*, sin marcar números inexistentes, y leer la respuesta escrita en garabatos.

Estaba sudando. No había pensado en ese detalle. Dejó caer los brazos y salió de la cabina.

Bueno, no había que preocuparse. Tenía reservas de aire para más de dos días, y no lo estaba usando. Disponía de tiempo para explorar. Hacia el fondo del vestíbulo estaban las escaleras que esperaba encontrar: anchas, bien diseñadas, según los

principios que había aprendido en su primera vida, alfombradas con aquella especie de nube. Un tramo de escaleras que descendía hacia la oscuridad.

Volvió hacia atrás. Sujetó el casco bajo el codo y recuperó la tarjeta de crédito en forma de lente. Después comenzó a bajar las escaleras, proyectando hacia adelante la luz de su casco, tarareando:

With her head… tooked…
underneath her arm,
she wa-a-alks the Bloody Tower…

Inesperadamente, las escaleras se pusieron en movimiento y le lanzaron hacia atrás. Se incorporó, entre maldiciones. No se había lastimado, pero… Si se llegaba a herir seriamente, no tendría salvación.

Más abajo aumentó la luminosidad.

Al principio pensó que se trataba de los últimos estertores de algún sistema energético de emergencia, pero la luz iba en aumento. Cuando llegó abajo, la iluminación era tan brillante como la del Sol. Se encontró en un vasto espacio abierto, con un techo muy alto y compartimientos laterales. Tenía todo el ambiente de una estación de trenes de Europa, pero con un toque de lujo sibarítico más adecuado para un palacio. Había fuentes, círculos de sofás y más metros de aquella espesa alfombra. A lo largo de una pared entera…

—¡Pirssa! ¡Encontré un mapa!

—Descríbelo, por favor.

—Son dos proyecciones polares. Maldición, ojalá pudiera mostrártelo. Los continentes son más o menos como eran cuando yo iba a la escuela. Estos mapas han de haber sido trazados antes de que los océanos se evaporaran. Están cruzados por líneas, desde…

Hizo una pausa para verificar.

—Desde aquí, me parece. La mayor parte de las líneas están apagadas. Pirssa, las únicas líneas aún iluminadas llegan hasta la Antártida y el extremo de la Argentina, y hacia el otro lado hasta… ¡Eh! … Alaska.

Alaska se había desviado hacia el Norte; también la punta de Siberia.

—Las líneas corren a través de los océanos o por debajo de ellos.

Notó entonces que los compartimientos laterales eran salas de espera con sofás y máquinas de comida. Probó una de ellas. Al insertar el disco de plástico se oyó una voz femenina que hablaba en tono de disculpas. Lo intentó en otras ranuras; en todas volvió a oír la misma voz aguda pronunciando las mismas palabras incomprensibles.

¿La próxima parada? Allá, en el otro extremo, en aquella fila de puertas…

Gruesas puertas provistas de ranuras en las que podía introducir el disco de crédito.

Volvió hacia atrás para buscar su traje. Las escaleras le llevaron hacia arriba. ¿Cómo demonios era posible que se movieran en ambos sentidos? Bajó nuevamente, con el pesado traje sobre sus hombros.

En el mapa, cerca de las líneas luminosas, aparecían también garabatos iluminados. Memorizó bien la ruta que deseaba, no hacia el centro del fundido continente antártico, sino hacia la costa más cercana. Las costas son lo primero que se coloniza.

Las puertas: sí, allí estaban los signos que deseaba.

El disco: lo buscó, puso el lado liso hacia arriba y lo insertó.

La puerta se abrió. Corbell recogió su disco, le echó una mirada y sonrió: los garabatos habían cambiado. Se le había computado el precio de un billete.

Se encontró entre vidrio, vidrio y cemento. El extremo del vehículo subterráneo sobresalía ligeramente de su nicho; era un círculo de vidrio de unos dos metros y medio, con una puerta oval, también de vidrio. A través del cristal, Corbell pudo ver un coche cilíndrico, cuyos asientos estaban dispuestos uno frente a otro y tapizados en el mismo material de las alfombras. La parte frontal del coche era de metal.

En la puerta de vidrio encontró una ranura del tamaño de su disco. Lo introdujo de nuevo en ella y la puerta se abrió. Corbell entró y retiró el disco por el otro lado. La puerta se cerró.

—Aquí estoy —dijo al casco.

—¿Dónde?

—En uno de los trenes subterráneos. Ahora no sé qué hacer. Esperar, supongo.

—¿No usarás las cabinas de transporte instantáneo?

—No. Creo que son recorridos sin salida. Tal vez constituían un juguete para los ricos, demasiado caros para resultar prácticos, o tenían un alcance demasiado corto.

—Eso me tenía intrigado —dijo Pirssa—. Cuatro dígitos en base ocho sólo dan cuatro mil noventa y seis números de cabina posibles. Son muy pocos.

—Sí.

En aquellos bancos de alfombra-nube, teñida a intervalos en tonos pastel contrastante para marcar los asientos, había lugar para ocho personas. Encontró otra máquina suministradora de comida, que también le respondió en tono lastimero cuando la probó.

Tras una media puerta que a duras penas ocultaba el pecho encontró un inodoro, equipado igualmente con una de aquellas centelleantes esponjas metálicas. Probó también aquel adminículo Tuvo que conformarse con pensar que la esponja tenía una unidad de transporte instantáneo incluida, pues se limpió milagrosamente.

Los bancos tenían brazos, pero había que sacarlos de una ranura, ya que estaban empotrados en el respaldo, y trabarlos en su lugar.

—Desde el sitio en donde estás me llega un aumento en el consumo de energía —indicó Pirssa.

—Eso significa que está pasando algo.

Corbell se tendió en el banco tapizado para esperar. No había forma de saber a qué hora partiría. Aguardaría veinticuatro horas antes de darse por vencido. El estómago pedía alimento.

CAPÍTULO 4 - LA NORN

I

Alguien hablaba.

Corbell despertó bruscamente, con un grito a flor de labios. ¿*Quién sino Pirssa podía hablarle allí*?

Pero no estaba a bordo del *Don Juan*.

La voz había callado. Pirssa se dejó oír desde el casco.

—No he reconocido ese idioma.

—¿Acaso pretendías reconocerlo? Pásame la grabación.

Pirssa transmitió una voz de niño que hablaba en tonos líquidos y tranquilizadores. Después suspiró:

—Si ese tipo me esperaba para conocerme, ¿qué podría decirle yo? ¿Qué me diría él? Probablemente estaré muerto antes de aprender su idioma.

—Tus palabras me destrozan el corazón. La mayor parte de tus contemporáneos vivían sólo una vez.

—Aja.

—Tu egocentrismo siempre me ha molestado. Si pudieras considerarte como…

—No, un momento. Tienes razón. Tienes toda la razón del mundo. Ya he recibido más de lo que recibe cualquier hombre; más de lo que cualquiera puede *robar*, mejor dicho. Prometo portarme bien.

—Me dejas sorprendido. ¿Piensas dedicar tus servicios al Estado?

—¿A qué Estado? El Estado ya no existe. Mi egocentrismo es tan humano como tu fanatismo.

La voz del extraño volvió a pronunciar unas palabras hermosas e incomprensibles… y entonces Corbell le vio. Su rostro estaba más allá de la parte frontal del coche, más allá del metal, como si éste fuera transparente. ¿Un holograma, tal vez? Corbell se inclinó hacia adelante.

Era el busto de un muchacho que se difuminaba bajo los hombros. Parecía tener unos doce años, pero tenía la apostura de un adulto. Su piel era dorada; sus facciones sugerían una mezcla de razas: negra, amarilla, blanca y algo más: una mutación, tal vez, que le hacía medio calvo; presentaba una franja de pelo negro, en apretados rizos, en torno a la base del cráneo y sobre las orejas; sobre la frente, un mechón aislado.

Su cara sonrió en un gesto tranquilizador y desapareció. El coche se precipitó hacia adelante y hacia abajo.

Era como desplazarse por una montaña rusa. Corbell instaló uno de los brazos del sofá y se colgó de él. El coche bajó en dirección oblicua durante cerca de medio minuto. Después volvió la alta gravedad, en tanto el vehículo y el túnel tomaban una curva y recuperaban la dirección horizontal.

Luz dentro, oscuridad fuera. Corbell empezaba a relajarse cuando el coche tomó una curva hacia la izquierda; avanzó un trecho y tomó hacia la derecha; allí estabilizó la marcha. ¿Qué era eso? ¿Un cambio de túneles? Se le habían taponado los oídos.

Pirssa dijo:

—Tu velocidad excede los ochocientos kilómetros por hora, y sigue aumentando. Un gran adelanto.

—¿Cómo lo hacen?

—Supongo que estás circulando por un acelerador lineal ayudado por la gravedad, a través de un túnel de vacío. Estás a punto de pasar por debajo del océano Pacífico. ¿Me oyes todavía?

—Casi nada.

—Corbell, contesta si puedes. Corbell, contesta…

La voz de Pirssa desapareció por completo.

—¡Pirssa!

Nada.

Corbell sintió la presión en los oídos y en las sienes. Movió las mandíbulas tratando de convencerse de que no tenía motivos para asustarse. Pirssa le recogería en cuanto llegara a la Antártida.

El siseo del avance inducía al sueño. Corbell sintió la tentación de acostarse, preferiblemente con los pies hacia adelante, pues al final se produciría alguna desaceleración. Dormir, quizá soñar… ¿Qué puede soñar el último hombre de la Tierra mientras viaja por debajo del océano Pacífico, a 1,5 machs, por un sistema subterráneo que no ha sido reparado durante los últimos siglos? Podía detenerse allí, bajo el Pacífico, para sofocarse lentamente, mientras un fantasma casi humano le aseguraba que el servicio se reanudaría lo antes posible. Pirssa podía esperar indefinidamente su salida.

Con demasiada imaginación me moriré de miedo; con demasiado poca, moriré por descuido.

Siguió moviendo las mandíbulas para aliviar la presión de los oídos. ¿Al vacío? Lo había dicho Pirssa. Metió la cabeza en el casco para consultar los indicadores. La presión de aire había bajado y seguía disminuyendo.

Jadeando, apresuradamente, se puso el traje de presión.

—Túnel al vacío, ya lo creo —exclamó—. ¡Qué estúpido, qué estúpido! El coche pierde, no es hermético.

¿Y qué otra cosa se habría deteriorado en ese antiguo sistema de túneles?

Pero por entonces el viaje se había vuelto excesivamente suave. Al fin, Corbell vació la vejiga y, a su vez, vació la vejiga de su traje en el inodoro. La orina corrió hirviendo por el recipiente sin dejar rastros. Una superficie protegida de todo contacto.

Pasaron horas. Dormitó sentado; despertó; se acostó boca abajo. Eso no le gustó; se acostó de espaldas, con la mochila como almohada bajo los hombros y un brazo bajo la cabeza. Así estaba mejor. Se quedó dormido.

Le despertó una punzada. Se incorporó y sorbió un poco de jalea…, lo último que quedaba. Fue casi suficiente. Percibió cierta aceleración; ¿acaso iba ya hacia arriba? Medio minuto de baja gravedad y un tirón final hacia atrás. Se sintió descansado. Se produjo un sonido seco y sordo, casi inaudible, más allá del extremo metálico del coche.

La puerta de vidrio, y la otra puerta de metal, se abrieron al mismo tiempo. Corbell acababa de levantarse cuando el estampido le lanzó hacia atrás.

A veces uno llega al final de un largo viaje a pie con los músculos doloridos y la mente completamente vacía, con excepción de la necesidad de seguir caminando, cueste lo que cueste. Más o menos en ese estado de ánimo, Corbell se levantó y avanzó renqueando hacia las puertas. Le zumbaban los oídos. Le dolía la cabeza allí donde se había golpeado con el casco. Enderezó la espalda. Se sentía estúpido: el estampido del aire al irrumpir en el vacío no debía haberle tomado tan por sorpresa.

—¡Pirssa! —llamó—. Aquí Corbell por sí mismo. Contesta si puedes.

Nada. ¿Dónde diablos estaba Pirssa? Ya no había nada que bloqueara el sonido.

Meneó la cabeza. No le quedaba nada por hacer, salvo seguir deambulando a través de las sorpresas hasta que éstas le detuvieran.

Hacia atrás, en un gran espacio abierto, se divisaban luces mortecinas. Distinguió salas de espera, sillones y las líneas débilmente iluminadas de un gran mapa mural. Los indicadores de su barbilla indicaban que la presión era normal o levemente alta; la temperatura, cálida pero soportable. Abrió la placa frontal.

El aire era caliente y rancio. Percibió olor a desperdicios secos. Levantó el casco y volvió a olfatear. Un cierto olor a animal…

—¿Mi?

Dio un salto. En seguida se relajó. ¿Dónde había oído algún sonido similar? Era familiar, conocido. Un movimiento le llamó la atención, hacia la izquierda.

—¡Miiiii!

La bestia se acercó insinuante a través de la polvorienta alfombra-nube. Era una serpiente, una serpiente gorda y peluda. Se acercó en un movimiento ondulante. Su piel era negra, gris y blanca. Se detuvo, alzó su hermosa carita de gato y volvió a preguntar:

—¿Mi?

—Que me cuelguen —dijo Corbell.

Algo se movió a sus espaldas.

Olvidó a la peluda serpiente. El sueño le vencía, y en unos momentos estaría inconsciente. Pero allí estaban aquellos sonidos furtivos, detrás de él. Y se volvió, luchando por mantenerse en pie.

Una túnica con capucha; tela blanca, con un toque de iridiscencia: una forma humana encorvada…

Había atacado mientras el gato-serpiente le distraía. La vio entre sombras: alta y encorvada, flaca, el rostro repleto de arrugas, la nariz ganchuda, los ojos hundidos y malévolos, oscurecidos por la capucha. Las manos hinchadas sostenían un bastón de plata que apuntaba a los ojos de Corbell.

La vio por un solo instante, mientras el aturdimiento se apoderaba de él. Creyó estar viendo su propia muerte.

II

Se encontraba de espaldas sobre una superficie anatómica, con las piernas separadas y los brazos levantados por encima de la cabeza. El aire era húmedo, pesado, caliente. El sudor le corría por la ingle, por los sobacos, por las comisuras de los ojos. Trató de moverse; la superficie cedió en ondas; suaves lazos se ajustaron en torno a sus tobillos y sus muñecas.

Su traje había desaparecido. Sólo llevaba puestas sus prendas interiores y se encontraba en un mundo inhabitablemente cálido. Se sentía desnudo y atrapado.

La luz pesaba sobre los párpados. Abrió los ojos.

Estaba en una cama de agua, mirando el cielo gris por entre los bordes desiguales de un techo roto. Al volver la cabeza distinguió otros detalles de un dormitorio: una cabecera curva con mandos complicados, un sofá en arco y mesa flotante que hacía juego. Esos dormitorios debieron de haber sido fabricados, en masa, como las viviendas. Pero ése había sido atacado por un ciclón. El techo y las ventanas de imagen habían estallado hacia afuera.

La vieja le observaba desde el sofá.

Norn, pensó él. El destino bajo la forma de una anciana. La recordaba vividamente, y también el bastón de plata que llevaba en la mano. La vio levantarse y caminar hacia él… La boa peluda, subida a su hombro, alzó sus aguzadas orejas y miró a su vez. Le daba una vuelta y media en torno al cuello. La punta de la cola se retorcía.

Diablos, era un *gato*. Recordaba haber visto un gato así; León, se llamaba, aunque había olvidado el nombre del amiguito a quien pertenecía; piel lujuriosa y abundante, cola espesa, larga, esponjosa. Multiplicando por tres la cola de León y adhiriéndola a su cabeza, se habría obtenido un animal como aquél.

Pero ¿cómo era posible que la evolución hubiera privado a los gatos de sus patas? Era increíble; resultaba más fácil suponer que alguien había alterado los genes de un gato en algún momento de los últimos tres millones de años.

La mujer se detuvo ante él, apuntándole con el bastón entre los ojos. Habló.

Corbell meneó la cabeza y la cama se rizó en ondas.

La mano de la mujer se puso tensa sobre el bastón. No se veía ningún gatillo, pero debió haberlo apretado, pues Corbell entró en un verdadero tormento. No se trataba de tormento físico. Era pena, rabia impotente, culpa. Habría deseado morir.

—¡Basta! —gritó—. ¡Basta!

La comunicación se había iniciado.

Se llamaba Mirelly-Lyra Zeelashisthar.

Seguramente tenía una computadora en alguna parte. La caja que instaló en la cabecera de la cama era demasiado pequeña y sólo debía ser una prolongación de ella. Mientras Corbell hablaba (incoherentemente al principio, balbuceando sólo para que no

volviera a utilizar el bastón), el aparato hacía de intérprete. Hablaba a Corbell en su propia voz, a Mirelly-Lyra en la de ella.

Intercambiaron sustantivos. Mirelly-Lyra señalaba ciertas cosas y las nombraba; Corbell lo hacía en su propio idioma. Pero no disponía de sustantivos para designar a algunos de los objetos que había en ese cuarto. Llamó «colagato» a la serpiente peluda, y «cabina telefónica» a la cabina de transporte instantáneo.

Ella instaló una pantalla, una especie de televisor que se desenrollaba como si fuera un cartel. Debía ser otro vínculo de computación. Le mostró varias imágenes y el vocabulario se fue ampliando.

—Dame de comer —dijo él, cuando el hambre sobrepasó al temor.

Cuando ella al fin comprendió, le puso un plato delante y le dejó libre una mano. Bajo su atenta mirada y la amenaza del bastón, Corbell comió, eructó y volvió a comunicarse.

—Más.

Ella escondió el plato detrás de la cabecera. Un minuto después lo sacó nuevamente lleno, con una fruta y una tajada de carne asada, caliente y fresca, y una raíz amarilla hervida que sabía a una mezcla de calabaza y zanahoria. Al tragarse el primer plato, ni siquiera había visto lo que estaba comiendo. En esa segunda oportunidad tuvo tiempo de preguntarse dónde lo habría cocinado. Y pudo suponer que había empleado la «cabina telefónica» para llegar a su cocina.

El colagato saltó desde los hombros de la vieja hasta la cama. Corbell quedó petrificado. El animal avanzó reptando por el lecho y se acercó a olfatear la carne. Mirelly-Lyra le asestó un golpecito en el lomo, haciéndole desistir. Optó por trepar al pecho de Corbell; retrocedió y le miró a los ojos.

Corbell le rascó la parte posterior de las orejas. El animal, con los ojos entrecerrados, ronroneó con placer; el vientre estaba cubierto de cuero áspero, como el de las serpientes, pero el pelaje era tan suave y espeso como lo sugería su aspecto.

Corbell acabó con su segundo plato, dando algunos trocitos de carne al colagato. Después dormitó, preguntándose si Mirelly-Lyra iba a despertarle de una sacudida. Pero ella no lo hizo. Al despertar, el cielo estaba negro ya; la anciana había encendido las luces y le había atado nuevamente la mano libre. Su traje de presión no estaba a la vista. Aunque ella le liberara, seguía teniendo el bastón. Corbell no conocía el funcionamiento de la cabina. En el fondo se preguntaba si Pirssa se habría marchado a otras estrellas, dándole por muerto.

¿Qué quería de él aquella mujer?

Se ocuparon de los verbos, después de las palabras descriptivas. Su idioma no se parecía a los que Corbell había escuchado hasta entonces, pero la pantalla y la memoria mecánica facilitaban las cosas. Pronto empezaron a intercambiar información.

—Quítame las cuerdas. Déjame caminar.

—No.

—¿Por qué?

—Soy vieja.

—Yo también.

—Quiero ser joven.

Era imposible descubrir expresión alguna en su voz o en la versión traducida en la de Corbell. Pero el modo de pronunciar esa frase hizo que él levantara bruscamente la cabeza para mirarla.

—Yo también.

Y ella le disparó con el bastón.

Culpa, temor, remordimiento, deseos de morir. Gritó, se retorció, tiró de sus ligaduras durante segundos interminables, antes de que ella dejara de apuntarle. Después quedó allí tendido, mirándola fijamente, dolorido y atónito. El rostro de la mujer gesticulaba demoníacamente. De pronto le volvió la espalda.

Sus sacudidas habían asustado al colagato. El animal había huido.

«Quiero ser joven» y ¡blam! Ahora su espalda estaba rígida; sus puños, apretados. ¿Qué ocultaba, cólera o lágrimas? ¿Por qué? ¿Es acaso culpa mía que sea vieja? Una cosa era evidente: si le mantenía atado era tanto por seguridad suya como del mismo Corbell. Si utilizaba la vara teniendo él las manos libres, era muy posible que se suicidara.

El colagato volvió a trepar a su pecho, se enroscó y levantó el hocico para frotárselo contra la nariz. «¡Miiii!» Pedía explicaciones.

—No sé —dijo a la bestia, que ronroneaba ya como un motor sobre su pecho—. No creo que la explicación me guste.

Pero estaba errado.

Ella le soltó una mano y le dio de comer. El menú era el mismo: dos frutas, una raíz hervida, carne asada. Esta vez dio comida también al colagato.

La fruta era fresca. La carne parecía un bistec recién cortado y bien frito. Sin embargo, no había estado más de un minuto ausente detrás de la cabecera. Ni siquiera un horno de microondas podía cocinar tan rápido, al menos en 1970. Aquello siguió dándole vueltas a la cabeza.

Y tenía que ir al baño.

La vieja se mostró irritante, terriblemente lenta en entender. Corbell se dio cuenta de que había comprendido cuando ella comenzó a pasearse por la habitación, ceñuda y pensativa, como si estudiara la posibilidad de dejar que se hiciera sus necesidades encima. Al fin le liberó; en primer término (desde atrás de la cabecera) las muñecas; después, los pies. Al fin se retiró hacia atrás, apuntándole con el bastón, mientras él se dirigía a la puerta del centro.

Sólo al fin, oculto a su mirada por la puerta, dejó escapar un tembloroso suspiro. No intentaría escapar. No esa vez, al menos. Ignoraba demasiadas cosas. No estaba en condiciones de afrontar el bastón.

El bastón: le había reducido a un miserable esclavo por dos veces, instantáneamente. Ni siquiera había intentado conservar la dignidad. Y con eso el bastón perdía la mitad de su poder, pues él no sentía vergüenza. Sin embargo, comprendía que varias aplicaciones de esa arma convertirían a cualquier hombre en una piltrafa.

Corbell era el armazón de un hombre reanimado por corrientes eléctricas e inyecciones de ácido ribonucleico. Le habían transformado una y otra vez, pero al menos seguía siendo un hombre. Lo que el bastón podía hacer de él era más duro, más perjudicial.

Cooperaría.

Pero ella estaba loca. Aunque estuviera cuerda según los criterios de su propia época (cosa poco probable), para Corbell estaba loca y era peligrosa. Viejo y débil como era, tendría que escapar antes de que ella le matara. La «cabina telefónica» debía funcionar, puesto que no había visto ningún horno a microondas en el dormitorio.

La llamada a Pirssa quedaría para después. No se atrevía a preguntar por su traje; tal vez eso dejara entrever sus peligrosos pensamientos. Y suponiendo que Pirssa se encontrara aún en el sistema solar, ¿cómo podría ayudarle?

Corbell salió de la cabina y volvió a su posición sobre la cama. Mirelly-Lyra le ató las manos desde detrás de la cama; después, los tobillos. Prosiguieron la conversación.

El intérprete omitía algunas palabras. Corbell perdió algunas de ellas antes de comprender lo que oía. Entonces comenzó a hacer preguntas, obligándola a llenar los blancos. Poco a poco fue enterándose de la historia.

Ella era Mirelly-Lyra Zeelashisthar, ciudadana del Estado. (¿*El* Estado? Aquello intrigó a Corbell, pero ella lo describió más o menos del mismo modo que Pirssa, aunque en su versión el Estado llevaba cincuenta mil años gobernando todos los mundos conocidos; los años correspondían a los de Corbell, pues la Tierra aún no había sido cambiada de lugar.) En su juventud había sido extraordinariamente hermosa. (Corbell, con mucho tacto, no lo puso en tela de juicio.) Los hombres se volvían incomprensiblemente locos por ella. Mirelly-Lyra nunca comprendió qué fuerza podía impulsarles a tal falta de racionalidad, pero empleó su sexo y su belleza tal como empleaba su mente: para progresar. Era hiperactiva y ambiciosa de nacimiento. Hacia los veinte años ocupaba un puesto alto en el Control de Tránsito entre Sistemas.

Como ocupaba un puesto de responsabilidad, el Estado la condicionó. Tras el condicionamiento, su ambición no fue ya para sí misma, sino para el bien del Estado. El proceso era mera rutina… y, según dedujo Corbell de datos posteriores, no daba mucho resultado.

Pero si al guiar el curso de los vehículos espaciales dentro del sistema solar en verdad realizaba las ambiciones del Estado, también, sin lugar a dudas, realizaba las propias. Llamó la atención de un hombre poderoso que actuaba en una rama colateral de la burocracia. El subdictador Corybessil Jakunk (Corbell oyó ese nombre demasiadas veces como para no memorizarlo) no era su superior jerárquico directo, pero podía hacer algo por ella.

A un hombre tan poderoso se le permitía malgastar un poco de tiempo en satisfacer sus propios deseos, a fin de que sirviera al Estado con mejor voluntad. (La vieja no veía nada malo en eso Se mostró impaciente cuando Corbell no lo comprendió inmediatamente. Eso habría constituido una escuela para su propia ambición.) Y sus propios deseos se dirigían hacia Mirelly-Lyra Zeelashisthar.

—Me propuso que fuera su amante —dijo—. Yo deseaba un papel mucho más importante que ése, y me negué. Me dijo que si aceptaba compartir su vida por un período de cuatro días, me conseguiría un puesto directivo en la Oficina. Yo sólo tenía treinta y seis años. Era una buena oportunidad.

Jugó con él como había jugado con otros. Fue un error.

Corbell venía preguntándose por qué le obligaban a hacer de público para ese teleteatro que no había solicitado. En ese momento comenzó a descubrirlo. Tres millones de años más tarde, con ochenta o noventa años de edad, según su aspecto, ella seguía preguntándose en qué se había equivocado.

—La primera vez usé un producto para que me ayudara. Uno de esos que incitan al sexo…

—¿Un afrodisíaco?

La palabra entró en la memoria del ordenador.

—Lo necesitaba. La segunda noche él no dejó que lo usara; él tampoco lo hizo. Lo pasé mal, pero no me quejé; tampoco a la noche siguiente. Al cuarto día me rogó que cambiara de idea, que renunciara a mi cargo para convertirme en su mujer. Yo le obligué a cumplir con su promesa.

Durante siete meses ella fue jefe del Departamento de Control para el Tránsito entre Sistemas. Después se le informó que se había presentado como voluntaria para una misión especial. una gloriosa oportunidad de servir al Estado.

Se sabía de la existencia de una hipermasa, un agujero negro, en el centro de la galaxia. Mirelly-Lyra debía investigarla. Tras la ayuda preliminar de las sondas

automáticas, debía determinar experimentalmente si, tal como parecía desprenderse de la teoría, ese agujero negro podía emplearse para los viajes en el tiempo. De ser posible, debía regresar a la fecha de su partida.

—¿Por qué hizo eso? —preguntó ella—. Le vi en una oportunidad, antes de marcharme. Dijo que no podía soportar el tenerme en el mismo universo si no era suya. ¡Pero eso no era lo que me había ofrecido!

—Tal vez pensó que cuatro días de éxtasis bastarían —sugirió Corbell—. Que te arrojarías a sus brazos para pedirle que no te echara.

Por un momento temió que la mujer usara el bastón. Pero casi al mismo tiempo ella estalló en una risa seca y rota. Tenía algo de amable, antes de que su rostro volviera a tomar ese odio reconcentrado. Después volvió a parecerse a la Norn, a la muerte en persona.

—Me envió al agujero negro. Me pareció que todo terminaba.

—A mí me pasó lo mismo.

Ella no le creyó. Le obligó a describirlo lo mejor posible: los colores, el progresivo aplanamiento de los soles centrales en un disco de crecimiento, el bulto del anillo de fuego, el plano final de neutronio completamente achatado, salpicado por pequeños agujeros negros.

—Yo sólo fui hasta la ergosfera —dijo Corbell—, y lo hice para volver a la Tierra cuanto antes. ¿Pasaste realmente por ese trance?

Ella tardó en contestar.

—No. Tuve miedo. Cuando llegó el momento no me pareció estar tan obligada para con el Estado.

El condicionamiento no podía ligar tanto. Mirelly-Lyra circunvoló el agujero negro, sirviéndose de su masa para rectificar el curso. Y regresó a la Tierra. Tenía ochenta años y aún se mantenía saludable y bella (así decía), debido a las drogas rejuvenecedoras que tenía en la nave. Así llegó a Primera Esperanza.

Corbell verificó el tiempo con ella. ¿Su estatorreactor Bussard aceleraba a una gravedad durante todo el trayecto? Sí; veintiún años de ida y otros tantos de vuelta. Su nave era muy superior al *Don Juan* de Corbell… y lo demostraba. Era toroidal, de mayor tamaño y mejor diseño.

Cuando Mirelly-Lyra partió del sistema solar, Primera Esperanza era una colonia recién establecida en torno a otra estrella. Al retornar confiaba en que la noticia de su traición no habría llegado hasta allí. Pero los de Primera Esperanza dispararon contra ella. Lo que ella tomó al principio por un láser mensajero no tenía la menor modulación: era un láser de rayos X, creado para matar.

Volvió a intentarlo. El sistema siguiente se parecía a Primera Esperanza: contenía un planeta de masa y temperatura aproximadas a las de la Tierra, cuya escasa atmósfera había sido sembrada en plena juventud del Estado. Tal vez lo habían colonizado durante los setenta mil años que ella llevaba ausente. Y así era. Volvieron a disparar contra ella, obligándola a huir.

—Me sentí amargada, Corbell. Creía que era por mi culpa, por lo que yo había hecho. Pensé que todos los planetas sabrían de mi traición y que no había esperanzas para mí. Regresé al sistema solar para morir en él.

Ya había reconocido ciertas estrellas en la vecindad del Sol. Allí no le dispararon, pero el Sol se expandía hacia el estado de gigante roja y faltaba la Tierra. Mirelly-Lyra, pasmada, investigó más a fondo.

Reconoció a Saturno y a Mercurio (gravemente dañado por las operaciones mineras, tal como ella lo había dejado); a Venus, que mostraba las señales de un infructuoso intento de transformarlo en planeta terrestre. Urano describía una órbita muy alterada

entre Saturno y Júpiter, si es que se trataba de Urano. Marte presentaba una grieta tremenda, un mar nuevo, tal vez dejado por el impacto de Deimos.

—El Estado pensaba cambiar de sitio a Deimos —le explicó a Corbell—. Estaba demasiado cerca. Pudo ocurrir algo.

Descubrió a la Tierra en órbita interior a la de Marte. Corbell preguntó:

—¿Tienes idea de cómo pudo ocurrir eso?

—No. Deimos iba a ser movido por medio de bombas de fusión, que explotarían en un cráter. Pero no se podía mover así un planeta habitado.

—¿O de quién lo hizo?

—Jamás lo supe. Al aterrizar me arrestaron inmediatamente. Eran niños.

—¿Niños?

—Sí. Me encontré en muy mala posición —dijo ella, con una sonrisa débil—. Aun al final, cuando aterricé, tenía esperanzas de que mi belleza comprara a los jueces. Pero ¿cómo comprar a unos niños?

—Pero ¿qué pasó?

—La Tierra estaba regida por niños. Veinte billones de niños, cuyas edades variaban entre los once años y cifras enormes. Era la juventud eterna. El Estado había descubierto una forma ideal de juventud eterna —dijo la vieja—. Los padres podían encargarse de que los hijos dejaran de crecer precisamente antes de… ¿cómo le llamas tú? Cuando las niñas inician el ciclo menstrual…

—Pubertad.

—Precisamente se detiene su crecimiento antes de la pubertad. Viven casi para siempre. Eso no da lugar a aumentos de la población, pues estos niños no tienen hijos. El método era mucho mejor que el antiguo sistema para mantenerse eternamente joven.

—¿El antiguo sistema? ¿De inmortalidad? ¡Háblame de él!

—¡No pude descubrirlo! —respondió ella, súbitamente enfurecida—. Sólo descubrí que era para los escogidos, para la clase de los dictadores. Cuando volví, ya no se utilizaba. Mi abogado me habló de eso, pero no quiso darme detalles.

—¿Qué pasó con el sistema solar? —preguntó Corbell.

—No me lo dijeron.

El se echó a reír, pero desistió al verle alzar el bastón. *De modo que el Estado tampoco la dejó jugar a los turistas.*

—No me dijeron nada. Me trataron como si no tuviera derecho a preguntar. Todo lo que sé me lo dijo mi abogado, un varón que parecía tener doce años y que no decía su verdadera edad. Mi delito figuraba en el libro de bitácora de la nave. Me sentenciaron a…

La palabra quedó sin traducir.

—¿Qué es eso?

—Detuvieron el tiempo para mí. Había un edificio en donde se guardaban ciertos delincuentes para el caso de que hicieran falta.

Otra vez aquella sonrisa amarga, mientras agregaba:

—Era como para sentirme halagada. Sólo a los delincuentes muy fuera de lo común se les consideraba de futura utilidad para el Estado. Gente con alto coeficiente intelectual, con buena herencia genética o capaz de contar cosas interesantes a los futuros, historiadores. El edificio podía albergar a un máximo de diez mil. Fue una suerte que me permitieran conservar mis medicinas. Pero tuve que contentarme sólo con la cantidad que podía llevar conmigo.

Se acercó a la cama de agua.

—Eso no importa, Corbell. Quiero que sepas que había otra forma de inmortalidad. Si la hallamos, los dos podremos volver a ser jóvenes.

—Estoy listo —dijo Corbell, tirando de las suaves ataduras que le sujetaban las muñecas—. Estoy de tu parte. Me encantaría volver a ser joven. ¿Por qué no me desatas?

Pero no podía ser tan fácil.

—Tal vez la búsqueda sea larga. Yo llevo ya mucho tiempo buscando. Necesito tus drogas de juventud, Corbell. Tal vez no sean tan buenas como la inmortalidad de los dictadores, pero serán mejores que las mías.

¡*Oh*! Tuvo que contestar:

—Están a bordo de mi nave, en órbita. De cualquier modo, no te servirán de nada. Probablemente eres más anciana que yo, sin contar el tiempo que gané en hibernación.

El sudor acumulado bajo él le hacía sentir incómodo; se sintió nuevamente sudoroso y comprendió que estaba inerme. Vio cómo el bastón se levantaba.

Ella esperó a que Corbell dejara de agitarse y dijo:

—Te comprendo. Vienes de una época anterior a la mía. Tus medicinas son aún más primitivas. No puedo usarlas. Eso es lo que dices.

—¡Es verdad! Escucha, yo nací antes de que los hombres llegaran a la Luna. Me hice congelar cuando el cáncer comenzó a devorarme el vientre. Había…

—¿Congelar? —preguntó ella, incrédula.

—¡Congelar, sí!. Existía la posibilidad de que la ciencia médica hallara un medio de curar el cáncer y reparar el daño que había causado en mis paredes celulares, y…

Su defensa acabó en un aullido. Ella mantuvo el bastón contra él durante largo rato.

—Abre los ojos —le oyó decir Corbell.

No quería hacerlo.

—Usaré el bastón.

Los ojos de Corbell eran como puños cerrados; su rostro estaba contorsionado por el tormento.

—Un hombre congelado es un cadáver conservado. No volverás a mentir, ¿verdad?

El meneó la cabeza, con los ojos aún cerrados. Entonces recordó lo que Pirssa le había dicho sobre los fosfolípidos que rodeaban los nervios del cerebro. Se congelaban a 70º F, y ése era el fin de los nervios. Su decisión había sido un suicidio. ¿Y por qué no? Pero sería imposible convencer a Mirelly-Lyra.

—Permíteme que te aclare esto —dijo la Norn—. No te hablaré sobre la primera vez que me sacaron de la cárcel de tiempo cero. La segunda vez se debió a que el generador de tiempo cero había agotado su fuente de energía. Éramos más de mil; todos salimos súbitamente a un mundo calcinado, sin vida. El clima era lo bastante caluroso como para matarnos. Y la mayoría perecieron. La lluvia caía en torrentes, como una ducha, pero sin ella todos habríamos muerto. Muchos llegamos hasta aquí, donde los días duran seis años, así como las noches, pero donde todavía es posible vivir. Yo era vieja. No quería morir.

El abrió los ojos, resignado.

—¿Qué pasó con los otros?

—Los Varones los capturaron. No sé qué ocurrió después. Escapé.

—¿Los Varones?

—No te distraigas. Pasé muchos, años dedicada solamente mantenerme viva. Buscaba la inmortalidad de los dictadores, pero jamás la hallé, y fui envejeciendo. En parte, tuve suerte. Encontré un pequeño depósito de tiempo cero para guardar registros en forma de cintas y de memoria química o simiente con genes alterados. Al principio guardé allí mis medicinas. Después lo vacié para hacer una cárcel de tiempo cero para mí sola. Finalmente alteré el sistema de subterráneos para que condujeran hacia aquí a

cualquier pasajero procedente de las zonas calurosas. Creé sistemas de alarma que me liberaran del tiempo cero en cuanto el sistema subterráneo se pusiera en movimiento.

»¿Comprendes por qué hice todo eso? Mi única esperanza era apoderarme de las medicinas que debía llevar cualquier explorador de largo alcance. Algún día llegaría un explorador de otra galaxia o de alguna de nuestras galaxias satélites. Sólo podría aterrizar en alguna zona muy calurosa, y tendría que trasladarse inmediatamente a las zonas polares.

Se irguió sobre él como una enorme ave de presa, agregando:

—El sistema subterráneo le traería hasta mí, llevando también las medicinas inventadas en mi futuro, las que me permitirían recobrar la juventud. Las mías sólo me sirven para seguir siendo vieja. Corbell, tú eres ese hombre.

—¡Mírame!

Ella se encogió de hombros.

—Tal vez tengas mil años, o diez mil. Quiero que sepas esto: si eres lo que dices, no me resultas útil. Te mataré.

—¿Por qué? —preguntó Corbell, aunque la creía.

—Somos los últimos miembros del Estado. Somos los últimos humanos. Los que aún quedan, ya no son gente. Si pudiéramos volver a la juventud, procrearíamos más humanos. Pero si no tienes las medicinas, ¿de qué me sirves?

El notó que la mujer trataba de suavizar su voz. Su propia voz tradujo:

—Piensa. Eres demasiado viejo para que tus medicinas, por muy actualizadas que sean, puedan surtir efecto. Yo soy distinta. Devuélveme la salud y yo buscaré la verdadera inmortalidad que empleaba la clase de los dictadores. Tú eres viejo y frágil. Descansarás mientras yo busco.

—De acuerdo —dijo Corbell (esa mujer era una Norn, sin duda; era a un tiempo su vida y su muerte)—. Mis medicinas están en órbita. Te llevaré hasta mi vehículo de aterrizaje. Tengo que ponerme en contacto con el ordenador de mi nave.

Ella asintió. Levantó el bastón y él se encogió súbitamente.

—Si no cumples tu palabra, tú mismo te matarás cuando yo te deje.

III

Cuando ella se apartó de la cabecera, Corbell se permitió distender su cuerpo. Un suspiro casi mudo de tensión liberada… seguido por una sonrisa casi lobuna y la necesidad de saltar, duramente reprimida. Al menos tenía una meta por delante.

Había vuelto para morir en la Tierra. Pero eso era mejor.

Ya tenía las manos libres. Se incorporó, pero ella le indicó con la vara que volviera a acostarse. Le hizo juntar las muñecas y se las ató antes de soltarle los tobillos. La tela se adhirió a sus brazos como si fuera un vendaje.

Las ventanas de imagen del dormitorio se habían estirado antes de romperse. Los bordes formaban hileras de dagas curvadas hacia el exterior. Corbell siguió a Mirelly-Lyra, pasando cuidadosamente entre los puñales, para hundirse en seguida en la maleza que le llegaba hasta las rodillas.

Ella le indicó por señas que fuera hacia un auto-burbuja como el que había visto en Ciudad Uno. A cada paso se alzaban grandes insectos zumbadores. Fuera hacía aún más calor, pero al menos había algo de brisa. El Sol se ponía en el horizonte, enorme y rojo, lanzando largas sombras borrosas. En el rojo cielo aparecía otro círculo rojo difícil de mirar, más pequeño que el Sol; debía ser Júpiter.

El coche parecía posado en las puntas mismas de las hierbas. No se movió al subir Corbell. Mirelly-Lyra le indicó que se hiciera a un lado (siempre con el bastón, ese

bastón que era anestésico, instrumento de tortura, y ¿qué más? Mejor no averiguarlo) y subió, sentándose a su lado. Se inclinó hacia el tablero, vaciló, apretó algunos números.

—Iremos a buscar tu traje de presión —dijo el intérprete desde su cinturón.

El vehículo avanzó suavemente. Mirelly-Lyra se relajó a medias; no iba conduciendo. Corbell sabía ya que él no podría volver en el coche. No conocía el número de aquella casa. Bajaron por la colina hasta un valle estrecho, acelerando. La velocidad era endiablada. Corbell se agarró a una barra acolchada sujeta al tablero, con ganas de cerrar los ojos, pero incapaz de hacerlo. Ella le estaba estudiando.

—¿Vosotros no usabais coches como éste?

—No —dijo él, súbitamente inspirado—. En Dogpath no había nada así.

Ella asintió, y el nudo que Corbell sentía en el estómago se deshizo de pronto. Que Dios le amparara si ella llegaba a creer que Corbell había partido del sistema solar antes que ella. Tenía que convencerla de que él venía de su futuro. Pero habría invenciones de las que él no tendría noticias, cosas que la Humanidad no podía olvidar. ¿Como qué? ¿Alguna bañera diseñada para ajustarse al cuerpo humano? ¿Una cura por frío? ¿Una navaja de afeitar que no se desafilaba jamás, un tratamiento para evitar el crecimiento de la barba, un remedio para la resaca?

¡Si al menos yo hubiera leído un poco más de ciencia-ficción! Bueno, eso de venir desde otros planetas me concede cierto margen…

—En realidad, pensé que yo había sido el primero en llegar al centro galáctico —dijo—. Tu viaje ni siquiera figuraba en los registros.

—Seiscientos años, más o menos —dijo él, despreocupado—. De los nuestros. En años terrestres eso equivale…

No exageres. Cuenta con que ella no sepa mucho sobre la Tierra a la cual regresó.

—…a quinientos treinta —complete)—. ¿Y tú?

—Casi doscientos. De los míos, no de los de Júpiter.

—Lo que me sorprende es que no te hayas quedado sin medicinas.

—Los niños me dejaron llevar mi provisión a tiempo cero. Las guardo allí para que no se echen a perder.

Corbell sintió un escalofrío por la nuca. Tal vez guardaba allí también la comida; la cocinaría en grandes cantidades y después la detendría en el tiempo. Así parecía siempre recién preparada. Y esa cárcel privada debía estar muy cerca de alguna terminal de «cabina telefónica».

—¿A qué sol pertenecías? —preguntó ella.

El único sol cuyo nombre sabía por lo menos deletrear era Sirio. Respondió:

—Nunca lo oí designar de otro modo que «Sol» ¿Qué pudiste averiguar de la verdadera inmortalidad, la que usaban los dictadores?

—Sólo eso. Cuando un dictador moría, era por violencia —respondió ella, ceñuda—. Había casos así. Mi abogado me contaba que un dictador estaba en guerra con otro y la lucha se había extendido a las familias. Eran viejas leyendas muy anteriores a su propia época. Al parecer, los dictadores ya no servían al Estado por entonces. Sólo a sí mismos.

—Como los dioses griegos —dijo él.

Percibió el blanco: la caja de Mirelly-Lyra no había traducido su comentario.

—Poderosos y agresivos —explicó—. Los mortales debían inclinarse al paso de los dioses y no caer en desgracia.

Mientras corrían a toda velocidad distinguió algunos detalles del panorama. Colinas verdes y pardas. Bosquecillos de árboles enanos. Buscó pájaros, pero no los halló. Franquearon un barranco y el estómago de Corbell dio un vuelco.

El coche avanzaba a toda velocidad hacia un lugar que hasta Pirssa habría llamado ciudad. Era una silueta negra recortada sobre rojo; el sol poniente estaba casi oculto tras ella. En otros tiempos había existido allí una cúpula geodésica. Aún quedaban un trozo del marco y diez a doce hexágonos conectados, sutiles como un encaje. Pero la ciudad en sí conservaba aún la forma de cúpula. En el centro de las calles distribuidas en parrilla, en coordinadas polares, se asentaba un enorme cubo de grandes lados: la conexión de transporte. De él partían espirales y bloques de vidrio; los extremos de los edificios más altos definían fa forma de la cúpula desaparecida.

Un gran bloque de vidrio, próximo al centro, había caído contra el gran cubo; allí, doblado por su parte central, se apoyaba como un borracho contra el amigo más corpulento. Por lo demás, aquella población, Ciudad Cuatro, estaba casi intacta. Ciudad Uno, en cambio, estaba casi totalmente derruida. Tal vez la Cuatro era más reciente; quizá la cúpula la había protegido de los elementos durante un período más largo.

La vegetación, formada por bosquecillos enanos y prados verdes y dorados, descendía hasta rodear la ciudad por tres de sus lados. Se interrumpía bruscamente en una frontera casi recta que sobrepasaba el linde más alejado de la ciudad. Más allá de esa línea, durante ocho o diez kilómetros, se extendía una franja de tierra desnuda que enlazaba con el azul brillante del océano.

Qué extraño, pensó Corbell. De pronto se le ocurrió que Ciudad Cuatro debía haber sido construida antes de que el mundo se calentara y sobreviniera el retroceso de los océanos. Era antigua, después de todo. Pero en ella había otra cosa extraña. No se había extendido a lo largo de la costa. Lo que en otros tiempos debió de ser una línea curva de playa, estaba desprovista de edificios. No había rutas que la unieran a la ciudad. Corbell distinguió unos puntos negros regularmente espaciados que podían ser «cabinas telefónicas».

—¿Conoces bien esta ciudad? —preguntó.

Juguemos al guía turístico, Mirelly-Lyra. Cuéntame dónde está tu cárcel privada.

—Sí —respondió ella.

El renunció.

—Desde aquí vamos hacia la costa oeste de…

—Ya lo sé. Mis máquinas detectaron tu aterrizaje.

Corbell había llegado casi a acostumbrarse a la increíble velocidad del vehículo, pero cuando entraron a la ciudad su compostura se vino abajo. Las calles parecían tener dientes: grandes trozos de mampostería, fragmentos de vidrio mellado. El coche giraba bruscamente en torno a ellos, tomaba las esquinas en ángulos de cuarenta y cinco grados, o más cerrados aún, enderezaba el rumbo y volvía a girar. Entre tanto, Corbell se asía desesperadamente a la barra acolchada. La Norn le estudió como los viejos y astutos.

—Estás muy asustado. ¿Qué usaba tu pueblo como medio de transporte?

—Cabinas telefónicas —dijo él, al azar—. Para viajes largos utilizábamos dirigibles, artefactos más livianos que el aire.

—¿Tan despacio viajabais?

—No teníamos prisa —respondió él, sudando la gota gorda—. Vivíamos mucho tiempo.

Por un momento pensó en decirle la verdad. Terminar con todo. La idea de Mirelly-Lyra podía ser útil a la inversa. Podían utilizar sus medicinas para que él fuera joven. Entonces el joven Corbell buscaría la inmortalidad de los dictadores mientras la vieja y frágil Mirelly-Lyra aguardaba sentada en una mecedora. Tenía sentido.

Pero Mirelly-Lyra estaba loca.

El vehículo giró violentamente y pasó por debajo de algo grande y sólido. Corbell volvió la mirada. Insertada en la calle como la espada de un titán, una viga en forma de Z, tan larga como los edificios de Ciudad Cuatro.

El coche redujo la marcha y se detuvo frente a la fachada rectangular de un edificio de oficinas. Corbell aflojó su mortal tensión. La vieja le azuzó con el bastón, indicándole que saliera. Obedeció, y ella le siguió también.

Las ventanas de aquella fachada no eran rectangulares; los cristales (que en su mayoría faltaban) estaban dispuestos como los de una vidriera. Había dibujos sobre las grandes puertas de vidrio. Corbell, estremecido aún por los efectos del terror, trató de sobreponerse. Necesitaba recordar aquel sitio; podía servirle como punto de referencia. Dos comas cruzadas, una S al revés, un reloj de arena puesto de lado y hundido en los extremos y una pi torcida.

Dos hileras de puertas se hundieron en el piso para darles paso; en seguida volvieron a levantarse. Mirelly-Lyra le condujo por un vestíbulo cubierto por la misma alfombra-nube que ya había visto; después, por un corredor a lo largo del cual se veían puertas sin picaporte.

—Los ascensores no funcionan —explicó.

Subieron una escalera: tres tramos, con pausas para descansar. Los dos estaban jadeando cuando ella atravesó una sala. Mientras tanto, los dedos de Corbell trabajaban incansablemente con un botón de su ropa interior. Venía usándola desde la partida del *Don Juan*; la había lavado cientos de veces. Retorció el bolón una y otra vez; una hebra gruesa y flexible lo sujetaba a la tela. Tenía que romperse cuanto antes.

Más puertas sin picaportes. Mirelly-Lyra se detuvo ante la sexta puerta y oprimió algo que llevaba en la mano contra el punto central. Cuando la puerta se abrió, ella volvió a guardar en el bolsillo el objeto invisible y le indicó por señas que fuera delante. Corbell obedeció, pero dejó caer el botón al rozar con los dedos el marco de la puerta.

Era el primer riesgo considerable que corría. No tenía alternativa. Necesitaba volver a entrar a ese sitio.

Mirelly-Lyra no apartó sus ojos de él mientras la puerta se cerraba. Pero ésta se cerró sobre el botón… y ella no se dio cuenta. Corbell miraba a su alrededor, hacia todos lados, menos hacia la abertura.

Escritorios cubiertos por distintos artefactos; alfombra-nube; «cabina telefónica»; ventana de imagen. También las oficinas estaban fabricadas en serie. Pero había pequeñas diferencias. La puerta de la cabina era transparente, la ventana de imagen estaba entera y la lluvia no había deteriorado el escritorio ni la alfombra. El traje de presión de Corbell y su casco habían sido abandonados en el escritorio. Cogió el casco con sus manos atadas y llamó:

—¡Pirssa! Aquí Corbell por sí mismo llamando a Pirssa por el Estado.

No hubo respuesta.

—Pirssa, responde, por favor. Aquí Corbell llamando a Pirssa y al Estado.

Nada. Ni un susurro. Mirelly-Lyra estaba observando.

—Tal vez mi nave esté al otro lado del planeta —le dijo.

¡Pero Pirssa había Instalado contactos!

—O el autopiloto ha de mantenerse en órbita ecuatorial.

¡Pero no era cierto, lo había cambiado! ¿Dónde estaba Pirssa?

Entonces recordó: Mirelly-Lyra había alterado el sistema subterráneo. El sitio en el cual Corbell había surgido, cualquiera que fuese, no era aquel al que Pirssa había dirigido su instrumental. Por lo que Pirssa podía saber, Corbell nunca había salido del sistema subterráneo.

Aguardaré hasta estar seguro de que has muerto, había dicho Pirssa. Después buscaré al Estado en otros sistemas.

Tendría que mentir otra vez.

—Si todavía está en órbita ecuatorial, tendremos que llamarlo desde mi vehículo de aterrizaje.

Tuvo que explicarle qué era una órbita ecuatorial mediante un dibujo hecho sobre el polvo del escritorio. Al fin ella entendió y dijo:

—Debemos usar los coches del túnel. Toma tu traje de presión. El mío está en la terminal.

La «cabina telefónica» era demasiado reducida. Era evidente que Mirelly-Lyra no confiaba en Corbell lo suficiente como para tenerlo tan cerca. Lo mantuvo bajo el alcance de su arma mientras dibujaba un símbolo en el polvo: la pi torcida.

—Oprime esta tecla cuatro veces —dijo—. Después, espérame. No podrás escapar al alcance de mi arma.

El asintió. Mirelly-Lyra le vio franquear la puerta.

Corbell notó que cuatro de los ocho símbolos del tablero coincidían con los cuatro que había visto sobre la puerta de entrada.

Oprimió la pi torcida cuatro veces y ¡zas!, allí estaba. El mundo, más allá de la puerta, tomó otra forma. Un amplio espacio vacío, hileras de sofás en el suelo: otra terminal subterránea intercontinental. Corbell buscó en la bolsa que llevaba colgada del cinturón de su traje y encontró una forma circular. Las manos le temblaban. Era el disco de plástico. Lo introdujo con ambas manos en la ranura para monedas y operó el símbolo del reloj de arena tumbado: 4-4-4-4.

No ocurrió nada. La «cabina telefónica» de la Comisaría Central de Ciudad Cuatro debía estar estropeada.

Mirelly-Lyra Zeelashisthar surgió desde otra cabina y miró a su alrededor con los ojos entornados y la mandíbula echada hacia adelante. Le descubrió aún en la cabina, con la puerta cerrada.

Corbell apretó frenéticamente las comas cruzadas. Remordimiento, terror, culpa y deseos de morir cruzaron rápidamente su cerebro y desaparecieron. También la luz. En total oscuridad, se lanzó ciegamente contra la puerta y corrió hacia…

Corredores… corredores con paredes de color verde pálido y techos blancos centelleantes. Puertas anchas sin picaporte, provistas sólo de pequeñas placas de metal dorado que podían ser cerraduras electromagnéticas. Se volvió hacia la izquierda, hacia la derecha, hacia la izquierda. Se detuvo, de cara contra una pared, sorbiendo el aire. La fatiga se filtraba por sus piernas como un solvente ácido.

¿Sabría ella cómo rastrear su «llamada»? Imposible averiguarlo. Corrió.

Una puerta más ancha, al final del corredor, se abrió para dejar al descubierto un tramo de escaleras. Una larga sucesión de peldaños corrían en diagonal entre una pared perpendicular y la fachada del edificio, de mosaicos y vidrio; había puertas en cada descansillo. Corbell se quedó paralizado por el terror. ¡Si ella estaba fuera, le vería!

Entonces recordó que habían pasado por delante de un edificio con el mismo dibujo en la fachada. Desde fuera parecía un espejo.

Había contado los pisos; estaba en el tercero. Sin embargo, no sabía qué clase de edificio era ése. Debía cumplir alguna especie de servicio público. Cuando ella llegara hasta allí, si había corrido tanto como él, estaría exhausta. Desearía bajar. El también lo deseaba, y ella lo adivinaría. Por tanto, subió. En el cuarto piso la puerta descendió para darle paso y se cerró tras él. Subió un tramo más. Después se volvió para mirar por encima del hombro. Había huellas de pasos en el polvo.

Se detuvo. Reposó, atento.

No se oía nada.

Volvió a bajar las escaleras caminando hacia atrás, pisando sus propias huellas dentro de lo posible. Cuando la puerta del cuarto piso se plegó, arrojó dentro su casco y su traje de presión. Después cruzó de un salto.

Había dejado un par de huellas difusas, pero nada más. Y ya estaba sobre la alfombra-nube. Se detuvo para borrar dos huellas de polvo, recogió el casco y el traje y avanzó tambaleándose.

Parecía imposible poder respirar.

CAPÍTULO 5 - ROBANDO JUVENTUD

I

Avanzó, tambaleante, por corredores limpios, geométricos y vacíos, donde moría todo sonido. Las puertas no bajaban a su paso. Por dos veces trató de aplicar su disco de plástico contra lo que tomó por placas de entrada. Era cuanto se le ocurría hacer, pero no servía de nada. Fuera aquel sitio lo que fuese, él (o el muerto a quien Corbell había despojado) no estaba autorizado para franquear sus puertas.

El traje de presión se le hizo muy pesado y lo dejó caer. Habló al casco, pero no hubo respuesta. ¿Dónde diablos estaba Pirssa?

Corbell lo había liberado de toda orden, pasada o por venir. Había bajado sin protección a un ambiente desconocido; más tarde había quedado sin comunicación. Jotabé CORBELL Número Dos: ausente por presunto fallecimiento. Por entonces, Pirssa podía estar dando la vuelta al Sol, rumbo a alguna estrella cercana. En busca del Estado.

El rayo interestelar de Pirssa hubiera podido incinerar a la Vieja en cuanto cruzara una calle, pero el ordenador de Corbell le había abandonado. El hombre arrojó furiosamente el Casco sobre la alfombra-nube, aunque no con la fuerza con que habría querido, pues aún tenía las manos atadas. La placa frontal le miró a ciegas, fijamente, mientras él proseguía su marcha.

Empezaba a tener calambres en las piernas. El aire limpio iba tomando el olor del verdín y de la muerte, la verdadera muerte. Al fin Corbell llegó a una puerta abierta. El mecanismo había fallado, seguramente… y en seguida vio por qué. En la placa dorada había un pequeño agujero fundido.

Detrás de la puerta, el daño era más apreciable; el olor, más intenso. Debía ser un quirófano. Por lo menos aquel mueble parecía una mesa de operaciones; la maquinaria suspendida sobre ella incluía escalpelos fijados a brazos articulados. Había varios esqueletos descompuestos y parduscos. Uno de ellos, desnudo, yacía sobre la mesa entre un montón de polvo. Otros dos habían quedado apoyados contra la pared; los uniformes manchados y raídos estaban en mejor estado que los mismos huesos La tela presentaba desgarrones chamuscados que llegaban hasta los huesos, como si los hombres hubieran sido atravesados por una espada al rojo vivo. Y aquellos hombres habían sido gente adulta, de la estatura de Corbell.

Detrás del escritorio, la pared tenía un agujero lo bastante grande como para que por ella pudiera pasar un automóvil ¿Bombas, acaso?

Corbell subió a la mesa sobre la cual descansaba el esqueleto y frotó sus ligaduras contra el filo de un escalpelo. ¡Listo! Ya tenía las manos libres.

En seguida corrió hacia el gran hueco de la pared. Aunque estaba recuperando el aliento, su corazón latía velozmente y sin ritmo. Por encima de todas las cosas deseaba

una oportunidad de acostarse para descansar…, hasta que miró hacia el interior de la bóveda.

Era de dos pisos y carecía de ventanas. Hacia la izquierda, una gruesa rueda metálica, tan alta como la pared, con un timón estilizado en el centro. Tenía el aspecto de una caja fuerte bancada. Había también cabinas de vigilancia; cápsulas de vidrio situadas bajo el techo: en cada una de ellas, un esqueleto armado con algo parecido a un reflector con culata de escopeta.

¿Qué papel cumplía esa caja fuerte dentro de un hospital?

Las tres paredes estaban cubiertas de estantes, desde el techo hasta el piso, pero los pocos elementos que aún permanecían allí no eran barras de oro, sino botellas. El piso, tres metros por debajo de Corbell, estaba cubierto de botellas rotas.

Había también un objeto metálico medio fundido, una especie de lavaplatos animado muy similar a la máquina que había atacado a Corbell y a Pirssa cuando quería entrar en aquella casa. Las otras maquinarias parecían intactas. Vio también un pupitre de instrumentos que podría haber sido (tratándose de un hospital) un equipo para diagnósticos, y un par combinado de «cabinas telefónicas» transparentes, en forma de cilindros de vidrio con la parte superior redondeada que Corbell miró con vehemente codicia.

Los invasores habían traído una escalera de mano por la que él bajó cautelosamente, tratándose a sí mismo como a un frágil objeto. Cuatro esqueletos, al pie, demostraban que los invasores no las tenían todas consigo. Corbell pasó cuidadosamente por entre los huesos. Aquel sitio, como cualquier hospital, servía perfectamente como cripta…; mejor que otros, en verdad. Era fresco. Limpio. Sin insectos, hongos ni animales de rapiña. Pero no era de la muerte de lo que huía Corbell. Era de un bastón de plata y de una alteración más humillante que la muerte.

Las luces de la bóveda estaban aún encendidas. En el pupitre brillaban también los indicadores luminosos. Con un poco de suerte, también las cabinas funcionarían. Entró a una de ellas y buscó el tablero.

No lo había. Sólo halló un botón instalado en una delgada varilla. No cabía elección sobre el punto de destino. Preguntándose si la Norn le estaría esperando en el otro extremo, se obligó a apretar ese botón.

No ocurrió nada.

Corbell soltó unos cuantos insultos pintorescos, salió de la cabina y probó con la otra. Aquélla ni siquiera tenía puerta; un polvo fino flotaba en su interior. ¿Qué diablos…?

¿Qué era en verdad aquel edificio? Las drogas de los estantes debían ser increíblemente valiosas: cuatro guardias humanos y un asesino metálico, una sola puerta que parecía capaz de resistir un ataque atómico, una cabina instantánea con una sola terminal y otra cabina de la cual no se podía salir… Y un ejército invasor dispuesto a afrontar todo eso, con bombas… Súbitamente comprendió. Fue una doble conmoción.

Aquellos estantes debían contener la inmortalidad de los dictadores. Y estaban vacíos.

Todo coincidía. Por supuesto, las drogas geriátricas se guardan en los hospitales. Las cabinas debían llevar directamente a los aposentos de los dictadores; incluso sólo ellos podían utilizar la cabina cerrada. Si el que surgía de ella era la persona adecuada, alguien, desde fuera, podía hacerle pasar a la cabina provista de puerta. Si no, constituiría un blanco fácil para los rayos láser.

La puerta de la bóveda podía resistir perfectamente un ataque atómico. Pero los ladrones habían pasado por una pared… y tal vez habían empleado también armas

atómicas ¿Conocería Mirelly-Lyra la existencia de aquel lugar? Era casi seguro. Habría buscado hasta encontrarlo.

Lo mismo haría Corbell, y ella lo sabía: la misma Norn le había revelado lo de la inmortalidad de los dictadores. Tenía que salir de allí.

El cansancio se convertía en tormento. Si debía, si podía, treparía esa escalera. Pero antes era mejor probar la puerta de la caja fuerte. ¡Y estaba abierta! Precisó de todo su peso, de toda su fuerza, para abrirla de par en par. Los invasores debían haberse marchado por la puerta que no pudieron utilizar como entrada.

Lo mismo hizo él, agradecido. La hilera de «cabinas telefónicas» estaba en ese mismo piso. Se había desplazado en zigzag desde allí. Tal vez iba a costarle regresar.

Al tomar un recodo, vio las cabinas. Y también a Mirelly-Lyra Zeelashisthar, con el bastón apuntado como si tuera un revólver, mirando de reojo algo que tenía en la otra mano. Un segundo antes de ocultarse vio que elevaba la mirada hacia el techo con los dientes al descubierto.

No era a él a quien rastreaba, sino al casco de su traje.

Adiós, Pirssa. Corbell contó hasta treinta; después asomó la nariz tras la pared. Mirelly-Lyra no estaba allí. Cruzó de puntillas la alfombra-nube hasta la intersección siguiente y allí volvió a mirar. Tampoco estaba allí. Corbell cruzó la intersección de un salto y entró a la cabina más cercana con el disco en la mano.

Mirelly-Lyra no habría visto con agrado esa sonrisa.

Dos comas cruzadas; una S invertida; un reloj de arena tumbado y con los extremos vueltos hacia adentro; una pi torcida. Los corredores desaparecieron. En completa oscuridad, pulsó con el pulgar el contacto que abría la puerta y salió a la noche. Un golpe de viento cálido y húmedo le castigó, al tiempo que veía una luz opaca: una delgada media luna en rosado cálido, con los cuernos hacia abajo, a la altura de sus ojos.

Permaneció un instante quieto mientras adaptaba los ojos a la oscuridad. El mundo fue cobrando forma a su alrededor. Estaba sobre un tejado plano, contemplando un eclipse de Sol. Seguramente eran muy comunes en esa época, puesto que tanto el Sol como Júpiter ocupaban mucho espacio en el cielo. Pero el efecto era hermoso; un anillo en tono rosado cálido iluminaba en una penumbra rojiza el mar y la ciudad. Corbell hubiera deseado quedarse.

Mirelly-Lyra ya habría encontrado su casco.

Había una escalera. Lamentablemente, no sabía qué altura tenía el edificio; hubiera sido más feliz si lo hubiera sabido. Tuvo que bajar a pie hasta el final, pero al menos fue un alivio reconocer el edificio donde Mirelly-Lyra tenía su oficina. Se detuvo a descansar durante un precioso momento. Después volvió a subir tres pisos. Próxima pregunta: ¿habría notado la Norn que la puerta de la oficina no estaba cerrada?

La sexta puerta estaba un poco abierta, bloqueada por un botón caído. Al principio resistió a sus esfuerzos, pero luego cedió lentamente, permitiéndole la entrada. Al parecer, esas oficinas se fabricaban como las cajas para palomitas de maíz. Pero ¿tendría comunicación con el dormitorio en ruinas? Su vida misma iba en ello. Entró a la «cabina telefónica» y buscó el tablero de intercomunicación.

¿*Cinco* botones? Oprimió el de más arriba.

A través de la puerta de vidrio divisó las salitrosas dunas que corrían hacia abajo, hasta encontrarse con una línea azul brillante. Estaba en una de las cabinas de la costa. Oprimió el segundo.

Nuevamente en la oficina.

El tercero. Vio, en una oscuridad teñida de rojo, un piso triangular, con las paredes y el techo volados hacia fuera. Una silueta oscura, en forma de buñuelo, estaba enroscada precisamente por donde él debía salir; aquello levantó una cara blanca e inquisidora.

—¡Jijaaaaa! —gritó Corbell.

—¿Mi?

Dio un manotazo al cuarto botón. El sorprendido colagato desapareció.

Bañera, ducha… Pensó en el agua caliente, en la comodidad, en el sueño… Al diablo con todo. ¿Habría instalado aquella vieja su «cárcel privada» de tiempo cero junto a un baño turco? ¿Por qué no? De cualquier modo, apretó el último botón, sólo para ver lo que hubiera para ver.

Volvieron los deseos de dormir. Las rodillas se le doblaban. Músculos y huesos parecían fundírsele. Pero vio. A derecha e izquierda, cocinas y armarios. La Norn encapuchada en el otro extremo, el bastón de plata a la vista, con la punta hacia arriba. Detrás, las macetas de una ventana y un manojo de gruesos cables.

Apretó dos botones y lanzó un puntapié a la puerta.

II

Estaba tratando de recordar algo. Era urgente.

A ver: apreté un botón del intercomunicador, después el de la puerta, y di una patada hacia afuera. ¿O fue al revés? Intercomunicador, puerta, puntapié. No esperé; no podía esperar; nunca en mi vida pensé a tal velocidad.

Una presión en los tobillos. Se debatió un poco y bajó los codos para levantar la cabeza. La puerta de la «cabina telefónica» trataba de levantarse bajo sus tobillos. Más allá, el gran Sol rojo estaba volviendo a mostrarse por entero; aún le faltaba un trozo oculto tras el negro Júpiter. Más cerca, un escritorio flotaba sobre una alfombra-nube.

Sonrió y cerró los ojos.

Pasaron segundos o minutos antes de que volviera a moverse. El Sol aún estaba recortado por Júpiter. Al levantarse pisó el borde de la puerta mientras buscaba algo que le sirviera de cuña para trabarla.

Había escapado por los pelos. Mientras el bastón de plata le enviaba hacia la inconsciencia, había operado el botón del intercomunicador que le llevaría a la oficina, y el botón para abrir la puerta. En seguida había puesto la pierna por entre la puerta para trabarla. Hasta allí todo estaba bien, pero…

Era de suponer que la Norn seguía custodiando el artefacto de tiempo cero y su provisión de drogas. Corbell no conocía aquella máquina maravillosa y no sabía siquiera cómo era, pero ¿para qué otra cosa podían ser aquellos cables? Tenía que estar allí, y ahora Mirelly-Lyra sabía que él andaba tras de sus drogas. Ya sabría también que el intercomunicador no funcionaba hacia la oficina. Y daría por sentado que Corbell había dejado la puerta abierta.

No podía permitir que se cerrara. Un instante después la tendría a sus talones.

Corbell empezó a asustarse. Al excluir a Mirelly-Lyra de la oficina la había dejado fuera del sistema general de cabinas. No podía emplearlo para ir en su busca. Tendría que hacerlo en el coche. Lo habían dejado allí, precisamente ante la puerta. De modo que… sí. El trayecto más rápido, para ella, sería ir hasta la playa por intercomunicador. Desde allí podría pasar al intercomunicador de otra persona, es decir, a otra oficina, desde la cual marcaría el número de ese edificio. A esa altura ya estaría bajando desde la azotea. ¡Y él todavía no había encontrado con qué trabar la puerta!

Se quitó rápidamente la ropa interior y la metió a modo de cuña en la puerta. Por un momento sintió frío, pero en seguida el sudor se le secó en el cuerpo. Ahora estaba totalmente desnudo… y le daba vergüenza. Lo que veía al bajar la vista no era nada de lo que pudiera mostrarse orgulloso. Pero ¿quién podía verle, salvo Mirelly-Lyra? Y ella no debía estar mucho mejor.

Sus pertenencias se habían reducido a un cuerpo anciano y marchito (robado, por lo demás) y una sola tarjeta de crédito en forma de disco de plástico (también robada). Con ellos bajó tres pisos por las escaleras y volvió a salir.

El coche estaba donde lo habían dejado.

Pero no arrancaba. Buscó una llave, la ranura de una llave. Si la Norn se la había llevado, tendría que caminar. Encontró una ranura vacía y maldijo…, pero en seguida se dio cuenta del tamaño.

El disco de plástico entraba perfectamente en ella. Los coches debían ser taxis. ¡Muy bonito! Ahora bien, si los códigos de los vehículos se parecían a los de las cabinas, la cosa era fácil: marcaría el de la comisaría. ¡Y allí buscaría un revólver!

Al extender los dedos hacia el tablero, sus manos empezaron a temblar. Otros músculos empezaron a contraerse. De pronto se encontró presa de convulsiones. De su boca salían extraños ruidos. Furioso, desesperado, Corbell notó que el cuerpo del delincuente le estaba fallando; se moría en el peor momento posible. ¡En el peor momento!

¡Por favor, no! ¡Hasta que acabe la batalla…!

Entrelazó los dedos y consiguió acercar las dos manos al tablero. Lanzó un golpe hacia el reloj de arena tumbado, lo intentó de nuevo y falló; tuvo que detenerse por un instante. Los músculos del cuello, convulsos, le retorcían la cabeza hacia atrás en un giro torturante. Entonces vio que un automóvil se aproximaba por la calzada, en suaves curvas, como un proyectil dirigido.

Las convulsiones empeoraron. Volvió a arrojar uno y otro golpe al botón del reloj de arena y… No pudo contar las veces que lo apretó. Cuando el coche comenzó a avanzar dejó que las contorsiones le dominaran.

Tormento mental. Inconsciencia. Ahora, convulsiones. Tal vez fuera conveniente hacer una lista de las cosas que aquel bastón de plata *no podía* hacer.

No podía detener un coche-burbuja. Eso sí. Las convulsiones fueron cediendo. Al fin pudo girar la cabeza. Mirelly-Lyra estaba muy atrás, asomada fuera del coche, y disparaba aún. El movimiento de Corbell hizo que ella tomara la curva de la ruta.

El trató de relajarse. Los músculos de sus piernas, de sus párpados, del cuello y la espalda se anudaban y soltaban al azar. No era sólo consecuencia del bastón de plata: había estado viviendo demasiadas pesadillas. Era demasiado viejo para esa clase de cosas. Siempre había sido demasiado viejo para jugar a policías y ladrones en una ciudad laberíntica con una loca armada pegada a sus talones.

—Vamos, cálmate —susurró—. Ya pasó. A menos que…

A menos que Mirelly-Lyra tuviese algún aparato de rastreo en su tablero. O en su bastón. De cualquier modo, le llevaba ventaja. Bastaría con que se adelantara un solo minuto, lo suficiente para hallar un revólver en la comisaría. Después cortaría por lo sano: saldría a través de las cabinas, giraría el disco al azar y continuaría huyendo.

¡Ea! *Las cabinas no funcionaban*. Antes ya había tratado en vano de marcar el código de la comisaría.

El coche se inclinó peligrosamente, tomó la curva de la esquina y siguió por una de las calles laterales. Corbell seguía observando hacia atrás, con la barbilla apoyada en el respaldo del asiento. Eso le alteraba menos que ver cómo se acercaban las montañas de escombros.

Pasó al lado del borde de la cúpula hexagonal. La calle llegaba a su término. Estaba deslizándose sobre arena. Corbell se volvió: las desiertas dunas salitrosas volaban a su lado. Hacia adelante, muy lejos, la línea azul y blanca del océano se iba acercando.

El coche corría directamente hacia las rompientes espumosas. Las cruzó y se internó en el mar, a unos ciento cuarenta kilómetros por hora.

III

La voz de Mirelly-Lyra era un gemido áspero y tembloroso. No le gustó. Interfería con su búsqueda. Decía:

—¡De acuerdo, Corbell! Tú ganas. Si tus medicinas fueran mejores no estarías tratando de robar las mías. ¡Ahora, hablemos!

Triste búsqueda. Había tenido la esperanza de que Mirelly-Lyra tuviera algo de comer guardado en el coche, pero había abierto la guantera, había mirado bajo los asientos y… ¿Qué más podía hacer? ¿Desgarrar el tapizado?

Tenía hambre.

—La llave para hablar está en el extremo derecho del panel. Empújala hacia arriba. Corbell…

Claro. Entonces podrás rastrearme y.…

Pero la tentación era grande. Podría preguntarle si había comida. Podría preguntarle cómo apagar el receptor.

El coche cruzaba las olas en dirección hacia la meta que su cerebro idiota había interpretado a partir de las violentas órdenes de Corbell. Por debajo de un espeso banco de nubes grises, oscuras, el Sol y Júpiter creciente se habían apartado a lo largo del horizonte. El Sol ya mostraba el borde inferior aplanado.

Algo bloqueó el resplandor rojizo. Parecía una marsopa, pero pronto se dio cuenta de su tamaño. ¡Estaba entre Corbell y el horizonte, a mitad de camino, y se elevaba como un globo! Giró un poco la cabeza y echó una mirada antes de volver lentamente al mar rojizo y espumoso.

Una marsopa del tamaño de una ballena. «Así que, después de todo, acabamos con las ballenas», pensó Corbell; «y después se produjo un desequilibrio ecológico…»

—Tengo que dar por sentado que me oyes, Corbell. Te estoy rastreando hacia el continente más meridional, donde estaba antes la capital de los Varones. No puedes despistarme porque no puedes abandonar el coche. Háblame.

Al parecer le seguía, de todos modos. Empujó la llave hacia arriba y preguntó:

—¿Hay comida en el auto?

—Hola, Corbell. Si vuelves a tratar de robarme las drogas, te matarás. He colocado trampas.

—No lo haré.

—Entonces buscaremos en lugares separados. Te doy un año para que encuentres la inmortalidad de los dictadores. Ojalá pudiera darte más, pero ya sabes cómo estoy. Si hallas la droga, me convertiré en tu mujer. Si no, te mataré.

—¡Qué difícil elección! —exclamó él, riendo.

—No me conociste cuando era hermosa. Para ti soy la única mujer, Corbell. No hay otras.

—No cuentes mucho con eso. Pirssa dice que mi necesidad sexual es muy baja.

—¿Nunca deseaste a las mujeres, Corbell?

—Estuve casado durante veintidós años.

—¿Qué significa casado?

—Unido en pareja. Bajo contrato.

—¿Había sexo? ¿Te gustaba?

De pronto Corbell echó terriblemente de menos a Mirabelle. La lloró no por muerta, sino porque ya no estaba. Y su otra mitad seguía y seguía, por un mundo más y más alucinante. ¡Si al menos hubiera podido contarle todo a Mirabelle!

—En el sexo, y en todo lo demás, nuestra vida fue un puro éxtasis, como suele serlo el matrimonio —respondió, con una ligereza que no sentía—. Lamento haberlo sacado a relucir.

—Tenía que averiguarlo.

Como para clavarle una espina, Corbell comentó:

—¿Nunca se te ocurrió pensar que a lo mejor yo no quiero la inmortalidad de los dictadores? Tal vez me guste la idea de envejecer dignamente.

—Trataste de robarme las drogas.

—Tú me obligaste.

—Envejecer no tiene nada de digno. Un año, Corbell.

—¡Eh! ¡No cortes! ¿Tienes alguna idea de hacia dónde voy? Ni siquiera sé dónde nos encontrábamos.

—Hay un continente que cubre el polo Sur. Vas hacia allí. En cuanto a dónde estábamos, hay un continente cuya larga punta se dirige hacia la parte más meridional. Estábamos casi en el extremo. Supongo que tu meta será la ciudad de…

Por un momento, la voz de Mirelly-Lyra be quebró. En seguida completó la frase:

—…Sarash-Zillish, la capital de la última civilización terráquea.

Así que estoy cruzando el cabo de Hornos hacia la Antártida. ¿Hacia qué punto de la Antártida?

—¿Qué destino marcaste?

Corbell decidió correr el riesgo de decírselo:

—Estaba tratando de llegar a la comisaría. Pero como tenía todos los músculos convulsionados, no sé qué pulsé.

—¿No habrás golpeado la llave más de cuatro veces? Con cinco irías a los Cuarteles Generales de la Policía Internacional, en Sarash-Zillish.

—Tal vez —dijo él, riendo—. Bueno, al menos me alejé de ti.

—Un año, Corbell.

Bien podía estar muerto dentro de un año, aunque en verdad Se sentía bastante bien. Los dolores, el cansancio y los retortijones estaban pasando. Pero el hambre había rebasado el extremo soportable.

—Una hora más y moriré de hambre —dijo—. ¿Hay comida en el coche?

—No.

—¿Qué comeré?

—Cuando llegues a Sarash-Zillish, ve al parque —dijo ella, y le proporcionó una dirección que debía marcar en el tablero—. En este momento nadie lo atiende, pero cualquier fruta que encuentres es comestible, y si puedes atrapar algún animal, la mayoría también lo son.

—Está bien.

—Allí no hallarás la inmortalidad de los dictadores. Nunca hubo adultos en Sarash-Zillish.

—Eh, Mirelly-Lyra, ¿cuánto tiempo llevas buscando?

—Tal vez diez años de mi vida.

Corbell se sorprendió.

—Tenía la impresión de que llevabas un siglo o más.

—No tuve suerte. Cuando los Niños me sacaron del tiempo cero, me dijeron que buscarían la inmortalidad de los dictadores para dármela. No pude hacer otra cosa que creerles. Pero mintieron.

—En el hospital había una caja fuerte…

Ella se echó a reír.

—En todos los hospitales de todas las ciudades que quedan en la Tierra hay una caja fuerte. Ya las he revisado todas. Lo que no ha sido roto no contiene más que venenos. Las medicinas se han echado a perder con el tiempo, el calor y la humedad.

—Dime más. ¿Qué averiguaste sobre esa inmortalidad de los dictadores cuando aterrizaste, antes de que te encerraran?

—Casi nada. Sólo que existía.

—Cuéntame. Dime dónde no está; así no perderé mi tiempo.

IV

Los Niños estaban ya esperando cuando Mirelly-Lyra bajó de su nave espacial. Su primera suposición fue que se trataba de un programa genético del Estado: dignos, dueños de sí, lógicos; demostraban una sabiduría adulta que ella tomó por inteligencia superior a la normal. Más tarde comprendió que era el resultado de la experiencia acumulada en muchas vidas. Nunca había visto gente como ellos. Ellos tampoco habían visto a alguien parecido a Mirelly-Lyra. Había adultos en el mundo, pero constituían una raza aparte. La mujer no llegó a conocerlos personalmente, aunque supo de la existencia de unos miles de ellos; todos pertenecían honoríficamente a la especie de los dictadores y contaban con su inmortalidad. Se mantenían apartados de los billones de niños.

Niños. Varones y Niñas a la vez, integrados. En ese momento no le llamó la atención. Más tarde lo recordó.

Los niños la juzgaron por traición, según su propia ley. Ella tuvo la impresión de que el juicio era un farsa para que ellos se divirtieran. Tal vez se trataba de paranoia. Eran muy puntillosos; no se burlaban de ella ni se apartaban de leyes que tenían ya setenta mil años de antigüedad. Mirelly-Lyra, por su parte, no perdió en ningún momento su dignidad, según se tomó el trabajo de explicar a Corbell.

La sentenciaron a la cárcel de tiempo cero.

—¿Nunca oíste hablar de las colonias interestelares?

—No, nunca.

—Me lo parecía. Seguramente se apartaron del Estado mucho antes de que aterrizaras. Probablemente por eso dispararon contra ti No porque fueras Mirelly-Lyra, sino porque provenías de la Tierra.

Hubo un silencio. Después ella dijo:

—Nunca lo entendí. ¿Quieres decir que el Estado se dividió?

—Sí. Tardó mucho tiempo en hacerlo, eso es todo. El Estado era un imperio por monopolio de agua —dijo Corbell, como si hablara para sí—. Esa clase de potencias tienden a perdurar indefinidamente, a menos que algo irrumpa desde fuera para derrumbarlas. Pero no había nada fuera del Estado. El derrumbe hubo de esperar que el Estado creara sus propios bárbaros.

—Hablas como si hubieras conocido muchas clases de Estado —dijo Mirelly-Lyra, vacilante.

—Yo soy anterior al Estado. Yo era un cuerposiclo, un muerto congelado. Cuando el Estado tenía más o menos un siglo de edad… convirtieron a un delincuente condenado en Jerome Corbell.

—¡Oh…!

Hubo una pausa. Después ella agregó:

—En ese caso, tal vez tú sepas más que yo. ¿Cómo se derrumbó el Estado?

—Considéralo de este modo: en primer lugar, el Estado se expandió por el sistema solar. Mucho más tarde hubo muchas copias del Estado; una por cada estrella. Todas

pertenecían a un solo gran Estado, regido desde la Tierra. Después… Bueno, son sólo suposiciones; creo que vino la inmortalidad de los niños. A ti te pareció que eso de convertir en inmortales a las criaturas de once años representaba una gran ventaja. Bien, de acuerdo. Pero ¿y si los otros Estados no lo aceptaban? Piensa en lo distinto que sería tu Estado de niños. Los otros debieron de reclamar, argumentando que eran el Estado original. Eso convertía en hereje al Estado del sistema solar, y a sus ciudadanos en incrédulos.

—¿Qué pasó entonces? Supongo que habrán dejado de tratarse.

—Claro —dijo Corbell, riendo—. Después de la guerra. Cuando ambas partes trataron de exterminarse mutuamente y no pudieron hacerlo. Tiene que haber sido así. Es inevitable.

—¿Por qué?

—Porque sí.

—En ese caso —dijo ella, lentamente—, eso es lo que pasó con…

—¿Con qué?

—Cuando me sacaron del tiempo cero había más de un Estado sobre la Tierra. Tal vez también eso era inevitable. Deja que te cuente.

Los niños condujeron a Mirelly-Lyra hasta la punta de una pirámide achaparrada construida en plata. Sobre ella flotaban artefactos de plata o material plástico liviano: transmisores de televisión tridimensional y armas que afectaban la mente y la voluntad. Apagaron la pirámide; sus espejeantes caras se convirtieron en hierro negro. La pusieron en un ascensor y la enviaron abajo.

En el interior se unió a una gran turba. Algunos trataron de hablarle en un lenguaje incomprensible. Ella vio que el ascensor se elevaba…, para bajar nuevamente con otro prisionero. Nadie hablaba su idioma.

El ascensor no cesaba de subir y bajar, cargado con prisioneros en el descenso, vacío al volver a la superficie. Aquellos que la rodeaban pertenecían a tipos muy diferentes, y los que se les iban reuniendo aumentaban aquella diversidad. Allí no había provisiones con las que alimentar a los prisioneros. La cosa estaba clara: nadie había estado allí el tiempo suficiente como para tener hambre.

La duodécima persona en bajar no era un prisionero. Una niña de once años descendió hasta llegar a la altura de sus cabezas. A su alrededor flotaban pequeñas máquinas. Una de ellas, una vara de plata montada sobre un base mayor, se retorcía hacia todos lados como un galgo nervioso que espera ser liberado. La niña estaba desnuda; unas alas de mariposa, transparentes, le salían de los hombros a modo de adorno. Con voz dulce, perentoria y de raro acento, exclamó:

—Mirelly-Lyra Zeelashisthar, ¿estás ahí?

Así, Mirelly-Lyra volvió al mundo, tras un período aproximado de unos quince minutos subjetivos.

Sus anfitriones eran unas diez o doce criaturas, todas niñas. Choss, la que había bajado a buscarla, era en cierto modo la jefa, aunque la organización social era compleja.

No había nada infantil en aquellas mentes. Se desempeñaban como señoras del mundo. El intérprete de Mirelly-Lyra transmitía las inflexiones emocionales de su voz, al tiempo que sus palabras, y esas emociones eran respeto, odio y temor. No se trataba de niñitas. Eran Niñas, neutras e inmortales. Arrogantes e indulgentes, a voluntad; Mirelly-Lyra se habituó a obedecerlas.

La adiestraban con aquella vara de plata flotante, una variante de la que ella usaría mucho después. Llevaba constantemente sujeto al cinturón la misma máquina intérprete que empleaba conmigo. La obligaron a usarla aun mucho después de que aprendiera el idioma, pues su acento les resultaba desagradable. Lo que más le molestaba era pensar que la consideraban socialmente inferior. Pero más tarde cambió de idea. Más bien la trataban como a una mascota, un animalito precioso que sabe hacer gracias.

Presenciaba junto a ellas espectáculos ofrecidos por otras criaturas. Algunos, en directo; otros eran ilusiones tridimensionales, holovisores descomunalmente grandes. En cierta ocasión flotaron en el espacio interplanetario durante varias horas; Mirelly-Lyra se maravilló ante la ceñuda atención con que las niñas de Choss observaban aquel espectáculo planetario aburrido y reiterado. Más tarde, durante la votación, comprendió los motivos de aquella concentración.

Pero la mayor parte de aquellos espectáculos eran maneras de ganar prestigio. Algunos de los artefactos flotantes que la seguían por todos lados actuaban como cámaras televisivas y sensores emocionales. Mirelly-Lyra era en sí un espectáculo que aumentaba el prestigio del grupo de Choss.

Sus medicinas habían retardado, pero no evitado, la menopausia. Los cambios experimentados en su cuerpo fueron un golpe casi mortal para la fe de la mujer en sí misma. Era una foca amaestrada y estaba envejeciendo; sólo una cosa la alentaba a seguir: en alguna parte se encontraba la inmortalidad de los dictadores.

Al principio aprovechó con gusto la oportunidad de hablar con las Niñas, pero el problema era que toda la charla corría por su cuenta. Jamás contestaban sus preguntas; las que ellas formulaban, en cambio, debían ser respondidas ampliamente. Si no se extendía sobre el tema en particular, parecían fastidiadas.

Cierta vez encontró a Choss con ánimo indulgente.

—Choss me dijo que los dictadores se encargaban de sus propios asuntos médicos —dijo Mirelly-Lyra—. Estaban regidos por los Varones, que creaban espectáculos con ellos y mezclaban en sus alimentos ciertos productos químicos para impedirles la procreación. Creo que Choss estaba resentida de que los Varones no les dejaran jugar con los dictadores.

De pronto, agregó:

—No me estoy expresando bien. Estas Niñas eran todas más ancianas que yo. No eran criaturas, sino aristócratas decadentes.

—Sí. Tengo la impresión de que las Niñas y los Varones permanecían aparte.

—Sí, y eso me complicaba las cosas. Los Varones y las Niñas no tenían sexo que los uniera. Eran dos Estados independientes sobre la Tierra, cada uno con su territorio y sus derechos. Han de haber permanecido separados durante mucho tiempo. Choss decía que las Niñas gobernaban el cielo y los Varones a los dictadores. Yo habría tenido que ir adonde estaban ellos para averiguar lo de la inmortalidad.

—¿Que las Niñas gobernaban el cielo?

Aquello sonaba a tontería, pero…

—Así decía Choss. Creo que era verdad, Corbell. ¡Las vi votar que no se trasladara la Tierra! Presenciamos un espectáculo luminoso de astronomía; después hubo una discusión de varias horas y al fin votaron. Pero lo que a mí me interesaba era la inmortalidad de los dictadores. Choss prometió averiguar lo que yo quería de los Varones. Me consideraban valiosa, Corbell; ganaban prestigio con las anécdotas que yo contaba y con los espectáculos que montaba sobre mi persona.

En tanto Mirelly-Lyra revivía aquellos recuerdos malignos, el enojo borboteaba en la voz del intérprete.

—Lo que yo ignoraba les divertía infinitamente. Otros grupos de Niñas comenzaron también a promocionar a algunos prisioneros. Después de varios años me di cuenta de que Choss no había hecho nada por conseguirme lo prometido. Tendría que buscar por mi cuenta a los Varones.

—Se explica.

—¿Qué?

—Choss no podía ir a ver a los Varones. Te hubieran reclamado por ser propiedad de ellos. Una dictadura más.

—Yo… Nunca lo pensé. ¡Qué tonta!

—Sigue.

—Los Varones poseían las masas continentales del hemisferio sur. Habían construido cúpulas acondicionadas en el continente polar meridional; también poseían otros dos. continentes y varias islas. Pero las Niñas gobernaban tierras más útiles y disponían de más poder, si en verdad es cierto que regían el cielo. Supe que la Tierra había sido trasladada. A veces Júpiter brillaba tanto que se podían ver los anillos y distinguir los satélites. Esas Niñas me daban miedo. Estudié la forma de apoderarme de un avión, pero había esperado demasiado.

»Un día Choss me dijo que estaban cansadas de mí y que me volverían al tiempo cero. Yo ya no era una novedad. Esa noche robé un avión. Me dejaron volar durante largo rato antes de traerme de vuelta con el autopiloto. Después supe que habían montado un espectáculo con mi huida.

—Qué gente rara esas Niñas. ¿Te pusieron otra vez en la pirámide?

—Sí. Dejaron que me llevara el intérprete; fue lo único que hicieron por mí. Más adelante bajaron a dos Varones que habían apresado durante una pelea. Las Niñas les habían aplicado látigo anímico y yo era la única con quien podían hablar.

Lo había dicho con una sombría diversión.

—¿Látigo anímico?

—Yo lo usé una vez para hacerte más dócil. No sirvió. Algunas aplicaciones más podrían facilitar las cosas.

—Termina con tu historia.

—Esperamos mucho tiempo. Nadie vino a liberarnos. Finalmente, la maquinaria se detuvo. Hacía un calor mortal. Los Varones nos manejaban con el látigo anímico y yo servía de intérprete, pero había poca cooperación. Huimos. Algunos logramos sobrevivir hasta llegar al continente más meridional. Allí los Varones capturaron a todos menos a mí. Fui por agua, sola.

»Pasó mucho tiempo antes de que aprendiera lo bastante como para sentirme a salvo. Tuve que descubrir qué podía comer, qué alimentos no se echaban a perder, cómo resguardarme de las tormentas. Cosas todas que tú también deberás aprender. Era vieja ya cuando comencé a buscar la inmortalidad de los dictadores; la busqué por las ruinas, abandonadas por los Niños. Después vacié mi pequeño depósito de tiempo cero y entré a él para esperar… para esperarte.

—Buena idea.

—¡Cuando vuelvas a ser joven búrlate de mí, si quieres!

—No creo que lo consiga.

—No podemos renunciar.

—Yo sí —respondió Corbell, riendo—. Me parece que no creo en la inmortalidad de tus dictadores. ¿Viste alguna vez a alguien volverse joven?

—No, pero…

—¿Sabes siquiera por qué envejece la gente? Los fuegos no arden hacia atrás, señora.

—Yo no soy médica. Sólo sé lo que cualquiera sabe. Las moléculas inertes se juntan en la célula y la ahogan, como… como los sedimentos, la basura y los venenos de la industria se reúnen en un gran mar interior, hasta que el mar se convierte en una gran ciénaga. Las células se tornan menos… activas. Algunas mueren. Un día las células activas son muy pocas y actúan con demasiada lentitud. Otra materia inerte se acumula y bloquea venas y arterias… Pero yo tengo medicinas que las disuelven.

—Al colesterol sí, claro. Pero lo difícil es sacar la materia muerta de una célula viva sin destruirla. Creo que te engañaron. Choss y sus amigas actuaban como niñas traviesas. ¿Qué te hace pensar que tu abogado no hizo lo mismo? Recuerda que fuiste tú quien preguntó a las Niñas. No fueron ellas quienes sacaron el tema.

—Pero ¿por qué?

—Oh, para saber que…

—¡No!

—Todo el mundo muere. Tu abogado ha muerto. Choss ha muerto. También las civilizaciones mueren. Aquí existió una civilización capaz de trasladar la Tierra. Ahora no queda nada.

Tras un melancólico silencio se alzó la tranquila voz del intérprete mecánico.

—Adonde tú vas hay Varones. Una vez traté de hablar con ellos. No saben nada de la inmortalidad de los dictadores.

—¿Saben qué ha pasado con la civilización?

—Tú mismo lo dijiste. Había dos Estados en la Tierra. Debieron de haber peleado entre sí.

—Posiblemente.

Las guerras entre sexos siempre habían sido una tontería, en opinión de Corbell. Demasiada confraternidad con el enemigo, ¡ja, ja!, pero ¿y si el sexo no les unía?

—Los Varones no saben nada —repitió ella—. Tal vez nunca existió la inmortalidad para los dictadores del Sur.

—Qué dura eres. Si existió, la hallarás en todas las ciudades del mundo. Usada hasta el desgaste. Podrida.

—Un año, Corbell.

—¿Por qué no probar?

—A ver qué te parece esto. Deja que yo use tus medicinas. Puedo viajar más de prisa y buscar mejor si soy joven y saludable.

Otra larga pausa. Después, ella dijo:

—Sí, parece lógico.

—Pensé que dirías que no.

¡Una oportunidad! Pero… En seguida agregó:

—Tonterías. No, no puedo arriesgarme tanto. Me das demasiado miedo. Así al menos ganaré un año.

Ella gritó algo que no fue traducido. El receptor quedó mudo.

Un año —pensó él—. *Dentro de un año estaré tan bien escondido que no podrá encontrarme.*

CAPÍTULO 6 - LOS MUTANTES

I

Cuando Corbell llegó a la costa antártica estaba oscureciendo. El Sol había dejado una estela rojo oscuro sobre el horizonte septentrional; un círculo rojo sobre el rojo

mostraba la faz nocturna de Júpiter. Se distinguían dos pequeñas lunas jupiterianas, una al Este y otra al Oeste. Hacia adelante, oscuros bosques conducían hasta la negra costa.

Los árboles llegaban hasta él y se abrían para darle paso.

La suave marcha se transformó pronto en un movimiento browniano; el coche empezó a esquivar troncos de árboles a una endemoniada velocidad. Corbell se sujetó fuertemente a la barra acolchada para no rebotar en el interior, pero no se atrevió a cerrar los ojos. Las escenas de persecución vividas en Ciudad Cuatro debían haber agotado su capacidad para el terror, pero no era así.

Los viejos árboles se abrían paso a través de una maraña de retoños, enredaderas, maleza y grandes hongos. Los vegetales aparecían amontonados unos sobre otros. Un par de enormes aves huyó del coche, gritando. El vehículo avanzaba a cierta altura, pero las ramas azotaban su parte inferior.

El bosque se fue haciendo ralo; había restos de construcciones entre las vides. Estaba ya cruzando Sarash-Zillish. La tierra, los hierbajos y los pequeños arbustos habían invadido las calles. Si ésa era Ciudad Tres, la fuente de actividad industrial que Pirssa había percibido en la Antártida desde su órbita, hacía ya tiempo que había perecido.

El coche disminuyó la marcha…, gracias a Dios. Avanzó con lentitud sobre la maleza crepitante. Se detuvo en terreno abierto y descendió. Al bajar, Corbell pisó vegetación húmeda. Se desperezó y echó una mirada a su alrededor.

En aquella oscuridad apenas era posible distinguir dos distantes paredes curvas, una filigrana hexagonal que marcaba el lugar ocupado en otros tiempos por una cúpula. Corbell no vio ningún indicio del gran cubo negro, la estación del subterráneo, que constituía el centro de todas las ciudades que había visitado hasta ese momento.

Estaba parado ante lo que debía ser el Cuartel General de la Policía Internacional: un gran muro plagado de balcones y ventanas oscuras, con una hilera de amplios agujeros circulares en la parte superior, lo bastante anchos como para permitir la entrada a los vehículos aéreos de la policía.

Allí tenía que haber armas…

Recordó que había comida en el parque, y Corbell se moría de hambre. Subió al coche, no con muchas ganas, y marcó el número que Mirelly-Lyra le había dado: *L invertida, L invertida, un garabato sin definición, delta.*

El parque, así como los bosques que circundaban la ciudad, se extendía hacia las calles. El vehículo se detuvo ante un grupo de parras. Corbell bajó (no tenía otra alternativa) y se encontró hundido hasta las rodillas entre las ásperas enredaderas, que le arrastraron hacia atrás. Logró deshacerse de sus ramas.

El hambre no solía mejorar el carácter de Corbell. Le volvía irritable e imposible de aguantar.

Ante él se levantaba un muro de vegetación, dos veces más alto que él. Suponiendo que bajo aquella maraña de enredaderas se encontraba una verdadera pared, Corbell se dirigió hacia su final, dio la vuelta y entró al parque propiamente dicho.

No había grandes diferencias. Estaba oscuro como boca de lobo. La luz horizontal de Júpiter no podía penetrar los árboles y los edificios. Corbell hubiera deseado tener una linterna o un reflector, pero ni siquiera disponía de fósforos. CORBELL Número Dos, en pelotas en medio de la oscuridad, no cazaría esa noche. Pero un poco de fruta… Tal vez se tratara de árboles frutales. La Norn se lo había asegurado. Corbell deslizó sus manos por entre las ramas de un árbol; algo redondo le golpeó la muñeca.

Tenía la forma y el tamaño de una pera muy grande, con cáscara gruesa y áspera. Arrancó con los dientes parte de esa piel y mordió… La pulpa correspondía a un aguacate cremoso, de sabor más suave que el del aguacate. Lo comió todo. Después arrojó la piel y el corazón y buscó otra fruta entre las ramas.

Un tentáculo peludo se dejó caer confiadamente sobre su cuello. Corbell lo agarró. Dientes agudos se clavaron entre su cuello y su hombro. El dolor le descompuso. Arrancó de un tirón al animal; los dientes se aflojaron, el tentáculo cedió e inmediatamente volvió a enroscarse en torno a su antebrazo. A la luz de las estrellas, Corbell pudo ver una pequeña cara gruñona: estaba estrangulando un colagato.

La bestezuela podía haberle arrancado con toda facilidad los ojos o la yugular. En ese mismo instante intentaba morderle otra vez. Y, sin embargo, él no tenía especial interés en matarlo.

Le estrelló la cabeza contra una rama y la presión se aflojó. El arquitecto lo arrojó de sí con el movimiento veloz de quien lanza una pelota. Cayó enroscado en el suelo; levantó la cabeza para mirarle. Corbell era demasiado grande. El animal murió.

Le había dejado una herida superficial, pero no sangraba mucho. Sin embargo, dolía. Corbell se apartó del colagato con una maldición. Después buscó otros dos aguacates y los comió. ¡Qué buenos estaban!

Volvió al coche, se encerró en él y se echó a dormir.

El primer día.

Corbell desayunó con diminutas manzanas y uvas del tamaño de una manzana. Los colagatos habían desaparecido. Mientras comía permaneció muy quieto. Al fin tuvo su recompensa. Unas cuantas ardillas (o algo parecido, pues se movían demasiado rápidamente) surgieron de la maleza y volvieron a desaparecer. Un ave salió del bosque a la carrera, se detuvo bruscamente frente a él y huyó dando un grito de terror; le llegaba hasta el hombro y presentaba el aspecto de un pavo en librea otoñal.

Al fin recogió una rama gruesa con un nudo en la punta. Habría preferido un machete, pero aquel garrote era bastante pesado. Armado con él, salió a explorar.

El parque era una verdadera delicia. Descubrió árboles frutales, nogales y plantas que daban un fruto verrugoso, del tamaño de un puño, cuyo sabor probaría más tarde. Pinos y cocoteros luchaban por el espacio. Ciertas enredaderas, cargadas de habichuelas, trepaban por los árboles hasta estrangularlos. Corbell, guiándose por una corazonada, arrancó algunas plantas más pequeñas y descubrió que tenían grandes raíces: patatas, zanahorias o nabos, quizá. Aquellas plantas llevaban un millón de años adaptándose a esa luz rojiza y al día antártico de doce años; no era de extrañar, pues, que le resultaran irreconocibles. Pero tal vez fueran alimenticias una vez cocinadas. Para eso tendría que encender fuego. O encontrarlo encendido.

La planta baja de los Cuarteles Generales de la Policía Internacional estaba limpia y vacía. No había cadáveres, armas ni uniformes; incluso las mesas de despacho habían desaparecido. Corbell se sintió desilusionado; había entrado con la esperanza de poder vestirse.

Probó uno de los ascensores. Funcionaba.

Tras varias horas de exploración, descubrió que los veinte pisos del edificio estaban completamente desnudos, desde los vacíos hangares bajo la pista de aterrizaje, en la azotea, hasta las celdas maravillosamente filigranadas de los pisos cinco, seis y siete; y también las oficinas del segundo. Sólo quedaba la estructura en sí.

Pero como los ascensores funcionaban, siguió investigando.

En el lugar que habían ocupado las mesas de despacho descubrió unos vertederos de basura y los siguió hasta la salida. Allí había varios cubos metálicos para desperdicios, todos vacíos. Se llevó uno al coche. Era lo más parecido a una cacerola que había encontrado. Si además pudiera encontrar agua… y fuego…

Había revisado ya la gran habitación del décimo piso: una amplia superficie plana, con armarios en las cuatro paredes y una gran mesa cuadrada en el centro, con latas debajo, y puertas que ocultaban estantes La recorrió de nuevo con mayor atención; revisó largos paneles y bajo ellos encontró los mandos de encendido. Los movió hasta donde pudo hacerlos girar, pensando encender una hoguera. Aquella habitación tenía aspecto de cocina.

Volvió al coche y regresó con un generoso manojo de hierba seca, además del garrote.

La mayor parte de los utensilios existentes en aquella cocina debían de estar descompuestos. Una puerta grande y respetable proclamaba que ese armario había sido una nevera. Algunas de las superficies planas tenían que ser parrillas, pero no estaban calientes. En cambio, una pequeña puerta de vidrio, que cerraba un espacio provisto de estantes, lo estaba. Un horno. Corbell metió allí la hierba seca y esperó… esperó…, mientras la hierba se achicharraba más y más…, hasta que de pronto ardió.

Abrió la puerta y puso el garrote sobre la hierba encendida. Cuando la hierba se hubo consumido, el extremo del garrote apenas ardía sin llama. Pero ya entonces Corbell había encontrado una especie de ventilador con el que sopló sobre las brasas hasta obtener una pequeña llama.

En cuanto llegó al coche, comenzó a llover.

El vehículo se negaba a moverse a menos que las puertas estuvieran cerradas…, con el garrote dentro, ardiendo. La pequeña llama se había apagado. La lluvia caía torrencialmente, como si no pensara parar hasta que el mundo fuera todo agua. Adentro, humo; fuera, lluvia: Corbell no veía nada.

Afortunadamente, el trayecto no era largo. El coche se detuvo sobre el mismo grupo de parras. Corbell sacó el cubo de basura a la lluvia, pero se quedó en el vehículo, soplando sobre las brasas, con las puertas abiertas.

La lluvia vespertina siguió y siguió. Al fin el garrote dejó de arder, pero a Corbell ya no le importaba: toda la leña del parque debía de estar empapada. Al caminar por aquel terreno húmedo recogió diversas frutas para cenar.

Volvió a dormir en el automóvil. Una noche de humedad, desvelo y calambres coronó aquel mísero día. En aquella selva de deleites, en aquella jungla donde cuanto crecía parecía destinado a servir al hombre, Corbell no había logrado hacer fuego, ni siquiera con la ayuda de un horno. ¡Cómo se habría reído Robinson Crusoe!

La mordedura del colagato estaba cicatrizando y no tenía fiebre. Había escapado a la rabia y al tétanos. Al día siguiente volvería a intentarlo.

El segundo día.

Todo fue mejor, más rápido, más fácil. Dirigió el coche hacia los Cuarteles. Llevó dos manojos de leña húmeda, recogida en el bosque, y la metió en el horno. El día anterior había olvidado apagarlo, y eso le ahorró tiempo. Puso en marcha el extractor y se marchó.

Tras un rato de búsqueda encontró otro cubo de basura vacío y lo llevó a la cocina. Los leños estaban ardiendo por varios sitios, pero aún estaban mojados. Los dejó como estaban. La cocina estaba llena de humo, a pesar del extractor.

La impaciencia se apoderó de él. Ni siquiera había ya llamas en los leños carbonizados. Abrió la puerta del horno, dejando que entrara el aire. Los gases se encendieron con un suave *uousss*. Corbell saltó hacia atrás, tocándose las cejas y el pelo. Pero no, no se habían quemado. Tuvo que arrancar la puerta de un pequeño armario, pues no halló otra cosa. Con ella sacó los leños del horno para meterlos en el

cubo. Decidió llevarse también aquella puerta; aquella superficie metálica plana podía resultar de utilidad.

El regreso fue más lento. Tuvo que detenerse tres veces y abrir las puertas para que saliera el humo. El coche se detuvo cada vez. Pero consiguió llegar; maniobró con el cubo entre las vides, bajo un cielo amenazador. Los leños se habían convertido en carbón.

Puso la lata de lado, de modo que el fondo quedara más alto que el borde. Empujó las brasas hasta hacer un montón en la parte de atrás. Después buscó más leña, lo más seca posible. y la puso en el cubo para que el calor la fuera secando. Cuando la cálida lluvia volvió a hacer su aparición, ya nada importaba. No molestaba demasiado y su fuego estaba seguro.

A esa hora, hacía un millón… no, dos millones de años, Corbell, el cosmonauta, ya había cruzado diez mil años-luz, o más, y se encontraba al borde de un agujero negro, tan grande como cien millones de soles, en el corazón de la galaxia…

Corbell, el salvaje desnudo, salió de caza en busca de su cena.

A su alrededor percibía el movimiento de seres vivos, pero no veía nada. No importaba. No tenía con qué matar, ni siquiera un cuchillo de cocina. Mientras arrancaba raíces buscaba también un nuevo garrote.

Arrancó muchas raíces de distintas especies. Las asaría para probarlas.

Recoger nueces le llevó más tiempo. La lluvia cesó al fin. Parecía bastante regular: comenzaba precisamente después del mediodía y duraba dos o tres horas. Al menos podía contar con algo fijo, y eso le resultaba agradable. Bajo la habitual luz roja del crepúsculo se sentó para cocinar su cena.

Tuvo que tirar la mitad de las raíces. Las demás eran, aproximadamente, una patata, una remolacha muy grande, una combinación de zanahoria y nabo y algo que se parecía más directamente a un nabo. Casi todas las nueces se le quemaron, pero las que pudo aprovechar resultaron deliciosas. Salió en busca de más.

La noche se cernía ya sobre él. Puso en pie el cubo de la basura y echó algunas ramas secas sobre las brasas. Después se acomodó para dormir en un colchón de musgo casi seco.

El tercer día.

Corbell se movió un poco en la oscuridad. Sentía una piel algo caliente contra la espalda, pero tenía frío en el resto del cuerpo. Se acurrucó más sobre sí mismo y volvió a dormir.

Poco después, el recuerdo le despertó súbitamente. ¿Piel? Ya no tenía nada contra la espalda. ¿Había sido un sueño? ¿O tal vez algún colagato amistoso que se había apretado junto a él en busca de calor? El contacto no le había despertado por completo. El y Mirabelle solían compartir su cama de matrimonio con un gatito, hasta que el gatito se convirtió en un señor gato y comenzó a comportarse como tal.

Estaba ya completamente despierto. Realizó algunos ejercicios sencillos hasta que la rigidez desapareció. Desayunó con frutas (¿con qué, si no?). Tal vez tuviera que dedicarse a buscar nidos y huevos.

El fuego aún estaba encendido. Lo alimentó con ramitas y salió a buscar troncos más grandes. Hubiera deseado tener un hacha. La leña menuda se consumía demasiado aprisa, los trozos grandes eran demasiado pesados, y pronto acabaría con todas las ramas secas de la zona. Pasó parte de la mañana arrastrando una rama enorme hasta la hoguera reanimada. Después de poner la lata de lado para empujar hacia su interior el gran muñón de la rama, se dio cuenta de que podía producirse un incendio y optó por trasladar toda la instalación hasta un suelo de granito casi enterrado.

Pero tenía hambre de carne. Si lograba encontrar una rama lo bastante recta, podría endurecerla al fuego para convertirla en una espada; eso, siempre que lograra sacarle punta. Lo que necesitaba realmente era un cuchillo. Sólo por eso valía la pena explorar Sarash-Zillish.

Cuatro comas cruzadas dirigieron el coche hasta el hospital de Sarash-Zillish. Corbell lo reconoció inmediatamente: su fachada era idéntica a la de Ciudad Cuatro.

La civilización debía haberse sofisticado terriblemente antes de sucumbir. Corbell imaginó una gran persecución que hubiera acabado con todos los arquitectos del mundo, después del cual la Humanidad se habría visto obligada a copiar detalladamente los edificios más antiguos. No tenía mucho sentido. Tendría que buscar otras razones para la duplicación que veía por doquier.

El interior de aquella construcción le seguía recordando la pesadilla de su huida, perseguido por Mirelly-Lyra. Corredores limpios, puertas sin pasador, alfombra-nube… La única diferencia era la ausencia de bóveda. Encontró un cuarto central que ocupaba dos pisos; en él había un ordenador que debía de ser el equipo de diagnóstico, pero no había caja fuerte ni cabina telefónica doble. Tampoco se adivinaban precauciones contra los ladrones ni cadáveres momificados.

Si Mirelly-Lyra no había mentido, los Varones habían sido los amos de esa ciudad. No les hacía falta robar la inmortalidad de los dictadores. Sólo éstos, adultos, podían necesitarla.

Encontró más puertas cerradas… que se abrían de un solo puntapié. Entró en un quirófano: dos mesas planas con correas adosadas y gran cantidad de brazos articulados por encima, coronados por escalpelos, tubos de succión, agujas, grapas. El metal presentaba las manchas del descuido y de la edad.

Ahí estaba su meta: el rígido brazo extendido, como la pata de un insecto. Corbell subió a la mesa y se inclinó para sujetar el brazo por su extremo. Después saltó hacia afuera y quedó suspendido. El brazo cedió, se partió y lo dejó caer.

Corbell, el cazador, abandonó el hospital con un metro de espada metálica con un escalpelo en la punta.

La lluvia volvió a sorprenderle en el camino de regreso. Se abrió paso hasta su hoguera, comprobó que aún ardía y se sentó a esperar que el cielo se despejara. La otra lata contenía ya varios centímetros de agua.

Se entretuvo tratando de afeitarse. Lo hizo con mucho cuidado, pero el peso de la empuñadura entorpecía la operación; la cosa no salió muy bien. Y en ese momento vio el gigantesco pavo. Estaba picoteando bajo un nogal, mojado y triste. Corbell se quedó petrificado. El animal no le había visto. ¿Podría caer por sorpresa sobre él? No era probable.

Avanzó suavemente, arqueando los pies, con la espada sujeta con ambas manos. Saltó.

El ave levantó la cabeza, lanzó un grito y dio la vuelta para huir. Corbell lanzó la espada hacia las patas. El pavo se detuvo a picotear aquel objeto que le había golpeado y Corbell volvió a herirlo, esta vez en el cuello; sintió entonces una satisfactoria sacudida en los hombros.

El ave estaba herida y asustada. Corría gritando, en torpes círculos, perseguida por el arquitecto. Logró darle otros dos golpes en el cogote, pero tuvo que desistir, jadeante, con el pulso que le ensordecía los oídos. El pavo escupía sangre; no había disminuido la marcha, pero su vuelo consistía en un movimiento browniano, puro pánico ciego.

No se había alejado mucho cuando Corbell recobró el aliento y reanudó la persecución. Cuando estaba preparando el golpe mortal, el ave se volvió y corrió

directamente hacia él. Una estocada precisa en el momento de saltar, y el animal quedó sin cabeza. Pasó directamente junto a él y siguió corriendo. Corbell lo siguió hasta verlo caer.

La pequeña extensión rocosa estaba casi seca. Corbell esparció el fuego sobre ella, puso más leña y regresó en busca del pavo. Arrancó plumas hasta quedar exhausto; descansó y volvió a la tarea. Abrió el vientre del animal y lo limpió, arrancando con sus dos manos los órganos internos, con los pies aferrados a la áspera roca.

La puerta del armario que había traído desde los cuarteles le sirvió de parrilla. Sobre ella frió el hígado y lo comió mientras se asaban otras partes. Más tarde se dedicó a trocearlo. El fuego no daba bastante para asar el ave entera, pero cocinó un muslo y asó gruesos filetes de pechuga en un palo.

¡Carne! ¡Qué bueno era volver a probar carne! Podía atiborrarse y sobraba aún. Había asado ambos muslos: podía comerlos al día siguiente, fríos. Algunos pedazos servirían para hacer sopa; los herviría en la otra lata con algunas raíces.

II

El Nordeste se estaba poniendo gris, pero en el negro cielo del Noroeste aún brillaba una estrella. Hacía varias noches que Corbell la estaba observando. No titilaba ni se movía contra el fondo estelar. Eso revelaba que era un planeta, un gran objeto difusamente iluminado, tal vez el mundo cuya órbita oblicua había llamado la atención de Pirssa.

Pero ahora titilaba y tenía mayor luminosidad. Corbell parpadeó. ¿Sería una alucinación? Se borraba ya ante la aurora naciente… Corbell cerró los ojos. No quería despertar. No había motivos especiales para hacerlo. No tenía hambre ni estaba incómodo.

En los veinte días que llevaba allí había aprendido muchas cosas sobre la ciudad desierta, pero todavía quedaban misterios por explorar. Su campamento había ganado en comodidad: tenía hogar, una olla y el coche como refugio. Tenía herramientas: con el escalpelo había tallado en madera algunos utensilios de cocina. Ropas no necesitaba. Pasó dos días enteros perfeccionando su estilo de arrojar piedras; su recompensa fue carne de ardilla. El día anterior había matado otro gigantesco pavo, el tercero. El negocio andaba bien.

Deprimido sin saber por qué, se acurrucó más en su lecho de musgo.

Corbell el arquitecto y Corbell el explorador interestelar parecían muertos por igual. Su orgullo le había llevado a titularse «salvaje desnudo», pero no lo era. Un salvaje tiene deberes para con su tribu, y la tribu, deberes para con él. Tiene leyendas, canciones, bailes, normas de conducta, mujeres permitidas y mujeres prohibidas, un lugar para cuando envejezca… Pero Corbell estaba solo. Podía hacer fuego… con la ayuda de una cocina hipersofisticada. Podía alimentarse, puesto que allí casi todo era comestible.

¡Qué maravilla de parque! En un principio debió contener sólo plantas alimenticias y animales para el consumo. Una ciudad en torno a una granja. De no ser así, los colagatos difícilmente habrían sobrevivido, vanos y decorativos como eran, ante la presencia de verdaderos animales de presa.

Ciudades bajo cúpulas. Mirelly-Lyra había dicho que los Varones construían ciudades bajo cúpulas en la tierra que las Niñas, más poderosas, habían dejado fuera de su dominio. Naturalmente, Sarash-Zillish debió de haber sido construida bajo una cúpula para protegerla de las ventiscas y las temperaturas bajo cero, antes de que el mundo se calentara de manera inexplicable. En cuanto al parque, los Varones

difícilmente habrían podido cultivar habichuelas y cítricos en el helado suelo del exterior.

Las Niñas regían el cielo y controlaban la órbita terrestre. Seguramente habían cometido algún error. ¿Cómo era posible que Júpiter se hubiera convertido en un Sol menor? Eso tenía que haber sorprendido a las Niñas, de la misma manera que, más tarde, sorprendió a Pirssa. Debía de ser así, pues el cambio hacía habitable el territorio de los Varones y transformaba al de las Niñas en desiertos abrasados, alterando un equilibrio de poder que se mantenía desde hacía miles de años.

Corbell se agitó y acabó por incorporarse. Era el presente lo que debía preocuparle…

Tres colagatos estaban arrancando trozos del pavo. En cuanto él se movió, los animales saltaron, alertados. Corbell reconsideró su primera intención. Estaban comiendo la carne cruda y habían dejado en paz los muslos asados. Quedaba carne de sobra para Corbell.

Observó a los colagatos: tres serpientes con solemnes caras felinas, de pelaje pardo y anaranjado con intrincados dibujos, tan hermosos como tres helados de fruta y nueces. El arquitecto sonrió con un gesto benevolente. Los animales, como si comprendieran, volvieron a la comida.

Para desayunar comió frutas y carne de muslo, pensando en una taza de café. Más tarde atendió el fuego. El escalpelo seguía afilado como una navaja de afeitar, a pesar de los años y de sus dieciocho días de duro uso; de cualquier modo, no era como un hacha. Tuvo que alejarse bastante para conseguir leña. El ejercicio le convenía. Las décadas pasadas en el ataúd de hibernación le habían conservado mejor de lo que pensaba, pero estaba más fofo, a pesar de la gimnasia; la vida salvaje volvía a curtirle. Llevó la otra lata hasta lo que en otros tiempos fuera una fuente; ya no era más que un estanque de agua no muy limpia; llenó en él su cubo y lo puso en su sitio, encima de la hoguera.

Finalmente se volvió hacia la carcasa del pavo y cortó algunos trozos lo bastante pequeños como para que entraran en el cubo. Allí fueron a parar los trozos roídos por los colagatos y los huesos pelados. Mientras se calentaba el agua, buscó algunas raíces que dieran sabor a la sopa. Patatas, nabos, zanahorias. Por desgracia, no había encontrado nada que se pareciera a la cebolla. Agregó habichuelas y un par de uvas, a modo de experimento. Después lo removió todo con una paleta de madera.

El mediodía, como de costumbre, parecía un crepúsculo; aquello le desconcertaría eternamente. Corbell descansó. El agua comenzaba a hervir. El granito no resultaba cómodo bajo las nalgas. Se sentía vagamente deprimido sin saber por qué.

Y de pronto lo supo.

El último día de unas vacaciones en campamento. El trabajo nos ha hecho bajar la barriga y podemos abrochar el cinturón dos agujeros más adentro; no hemos tenido que pensar mucho; hemos contemplado panoramas magníficos; poca gente en las rutas, nada que nos destrozara los nervios. Todo ha sido fabuloso; pero ahora hay que volver al trabajo…

Mirelly-Lyra sabía dónde estaba él.

Estaba más sano de lo que pensaba. Podría vivir un año jupiteriano, a no ser que muriera por accidente; su yo turista se mostraba encantado frente a la idea. Aquella vieja loca le había prometido un año, un año de la Vieja Tierra. Podía permanecer donde quisiera, pero cualquier hombre cuerdo hubiera preferido la selva.

¿Podía sobrevivir un hombre en la selva, más allá de Sarash-Zillish? Depende. Corbell había llegado a la Antártida en la primavera o en el otoño de un año compuesto por nueve años. Un año de la Vieja Tierra más, y el día podría durar veintitrés horas o una. Sería mucho más cálido o mucho más frío que ése.

El mundo seguía conservando su inclinación y su rotación de veinticuatro horas. Era extraño que las Niñas lo hubieran dejado así; tal vez eran tradicionalistas. Y era mucho más extraño que no hubieran colocado la Tierra algo más allá del intenso calor despedido por Júpiter. A Corbell le preocupaba: no podría tolerar una temperatura de veinte grados menos sin ropas, y una noche interminable le volvería loco.

El aroma de la sopa comenzaba a impregnar el humo de leña.

Esa sensación de urgencia era una tontería. Aún disponía de un año para ponerse en marcha. Podía hacer expediciones de caza por los alrededores de la ciudad y conservar el campamento en ese mismo sitio. Todo lo que estaba fuera de las cúpulas debía de haber sido importado. ¿Hasta dónde sería peligroso? Es posible que el parque de Sarash-Zillish midiera miles de hectáreas.

Unas vacaciones sin fin. Y le venían bien. En su segunda vida, CORBELL Número Dos había sufrido demasiados impactos del futuro.

Lo dejaría para el día siguiente. Podía ir en el coche hasta el hospital: estaba junto a un fragmento de cúpula aún en pie. Después, hacia la espesura, con una espada y un muslo de pavo al hombro, si es que el muslo se conservaba tanto sin nevera.

Recordó que debía mantener un poco del fuego en la lata que le servía para las brasas. Se tendió sobre el granito caliente…

La cálida lluvia martilleó sobre él. Se dio la vuelta rápidamente, incorporándose a cuatro patas, escupiendo un sorbo de agua de lluvia. Era la primera vez que pasaba eso. La hoguera se habría apagado, seguramente, pero ¿estaría cocida la sopa? Y el hogar, ¿estaría mojado?

Al levantar la vista olvidó todas esas importantes cuestiones. Diez o doce Varones en cuclillas rodeaban a Corbell y su hoguera; parecían una tropa de *boy-scouts* ya crecidos, aunque cubiertos solamente con taparrabos. Se pasaban de mano en mano un hueso de pavo, ya casi pelado, mientras le miraban fijamente. Parecían haber pasado horas observándole en perfecto silencio.

El pelo aparecía espeso… donde lo tenían. En algunos era negro y rizado; en otros, negro y lacio, largo hasta los hombros. Todos presentaban la coronilla calva, con excepción de un solo mechón sobre la frente. Le miraban casi sonrientes, sin prestar atención a la fuerte lluvia.

—Pude haberme dado cuenta —dijo Corbell—. Los colagatos. Son semidomésticos. ¡Qué vamos a hacerle!

Hizo un ademán amplio y agregó:

—Bien venidos al reino de Corbell-por-sí-mismo. Sírvanse un poco de sopa.

Todos fruncieron simultáneamente el ceño. Uno se levantó; un muchacho alto, larguirucho, un jugador de baloncesto, en opinión de Corbell. Habló.

—Disculpa —dijo Corbell.

El Varón volvió a hablar. Enojo y autoridad: aquella no era voz de niño, a pesar del timbre agudo. Corbell no se mostró sorprendido. Eran los Varones, sin duda, los inmortales de Mirelly-Lyra.

—No hablo tu idioma —dijo Corbell, con un instinto que se oponía a toda razón: los nativos deben comprender si uno les habla con lentitud y claridad.

El Varón se acercó y le dio una bofetada.

Corbell le pegó directamente en la boca. Su puño derecho golpeó las costillas; el golpe siguiente no dio en el blanco. El círculo entero cayó inmediatamente sobre él.

A partir de ese momento sus recuerdos se hicieron algo borrosos. Sentía un peso en las rodillas y en los antebrazos. El suelo de granito se incrustaba contra la espalda. El jugador de baloncesto se había sentado sobre su pecho y pronunciaba una y otra vez la

misma frase a través de un labio partido. La decía y esperaba; asestaba dos bofetadas a Corbell y volvía a pronunciarla. El respondía con obscenidades, pero ya comenzaba a sentir los cardenales.

El Varón alto se levantó y dijo algo a los otros. Todos se inclinaron sobre Corbell con el ceño fruncido y discutieron el asunto en bocanadas de complejas consonantes que sonaban como cuando uno escupe semillas de sandía.

A Corbell le retumbaba todavía la cabeza; se había golpeado contra el granito. Cuatro Varones permanecían aún sentados sobre los antebrazos y las rodillas. La lluvia le golpeaba los ojos, y todo aquello tendía a enturbiarle el pensamiento. ¿Acaso le tomaban por un dictador extraviado? Pero a Corbell se le notaban los años; era imposible que lo… ¡No! Allí no había inmortalidad para los dictadores; éstos debían envejecer tal como él había envejecido.

La discusión llegó a su fin. Los cuatro Varones soltaron a Corbell, que se incorporó frotándose los brazos. Uno de ellos adoptó una postura teatral y señaló el suelo ante él, escupiendo una sola palabra áspera. ¡*Aquí*! o ¡*Quieto*! El mensaje era evidente y Corbell no estaba en condiciones de correr.

El Varón alto seguía estudiando a Corbell como si tratara de tomar una decisión. Los demás se agruparon en torno a la olla de Corbell y se sirvieron el contenido en mitades de coco. El Varón alto acabó por ofrecerle otra cosa: una taza de cerámica que llevaba en el cinturón. Corbell esperó a que le dejaran sitio; después se unió al grupo.

Tomó asiento (con cuidado, vigilando los cardenales) y tomó la sopa. Los colagatos se movían por entre los miembros de la tribu como una horda de serpientes; se pegaban a los tobillos, recibían caricias y tiraban de la carne cruda de la carcasa del pavo, o lo que de ella quedaba. Corbell sintió el contacto de una piel contra el tobillo y acarició a un colagato completamente negro. Una vibración ronroneante le subió por la piel.

¿Diremos que Corbell ha vuelto a ser capturado?, se preguntó Corbell. *¿O hay que decir que el destino me ha proporcionado guías para viajar por la Antártida?*

Considerada de ese modo, la decisión era sencilla.

III

El solista cantaba con una potente y rica voz de tenor, acompañado por música de fondo: otros ocho Varones tarareaban a cuatro voces, por lo menos, mientras uno más marcaba el ritmo golpeando con los huesos del pavo la lata de la hoguera. Una música extraña, improvisada, y de gran complejidad a pesar de la simple melodía de la canción.

Corbell escuchaba boquiabierto, con un cosquilleo en la nuca. Había sucedido lo que temía: los tres millones de años transcurridos habían aumentado la inteligencia humana. La noche que siguió a su captura había tratado de cantar algo, con la intención de aumentar su valor y de entretenerse. Desde entonces había entonado diversas mezcolanzas de música de películas, canciones populares, inocentes o groseras, de las que en otros tiempos había cantado Mirabelle en el bote: tres millones de años de antigüedad. Pero a los Varones les gustaba. Les molestaba, en cambio, que repitiera algo ya cantado. El, aunque sin saber por qué, se plegaba a sus deseos.

—*Oh, tenemos un ordenador nuevo* —cantaba Ktollisp—, *pero nos ha desilusionado, porque repite siempre el mismo consejo idiota: hacen falta ojos chiquititos para leer la letra chiquitita, como hacen falta manos chiquititas para ordeñar ratitas.*

El tono de mofa de su canción estaba dedicado a Corbell. No conocía el significado de las palabras, pero su pronunciación era correcta. Y Corbell había cantado aquella tonada una sola vez.

A su lado estaba el Varón que le había atacado aquella noche, hacía una semana; en ciertos aspectos parecía ser el jefe. Skatholtz tenía labios y nariz anchos, pelo crespo, miembros largos y aspecto de hambriento. Podía pasar por un prepúber de raza negra, de no ser por la calvicie parcial y la palidez carcelaria que compartía con los otros.

—Canta bien, ¿verdad? —dijo en inglés, dirigiéndose a Corbell.

Y se echó a reír al ver la cara de éste, agregando:

—Ahora ya lo sabes.

—Lo recordáis todo. ¡Todo! Incluso las canciones enteras cantadas en otro idioma.

—Sí. Tú necesitas aprender mi idioma más que yo el tuyo, pero yo aprendo antes. Te diré por qué. Eres diferente, Corbell. Más viejo. Creo que eres más viejo que todo.

—Que casi todo.

—Te enseñaré a conversar. Cuando cuentas tu historia, todos queremos escuchar. Me equivoqué contigo. ¿Sabes por qué te pegué? Te tomamos por un dikta que rompió con las normas. No hiciste…

Skatholtz se levantó de un salto. Se paró un momento en posición de firmes y después se encogió hacia atrás, con las manos levantadas como si suplicara o como si se protegiera frente a un golpe.

—No demostré reverencia —dijo Corbell.

—Eso, demostrar reverencia. Es una muestra de respeto.

Ktollisp cantaba:

—*Conseguimos un genio experto que reordenó todos los programas, pero resulta que cuanto hace es más o menos así: hacen falta ojos chiquititos para leer la letra chiquitita, como hacen falta patentes chiquititas para las abejitas.*

El parque estaba sumiéndose en una oscuridad rosada y negra. Los Varones habían regresado temprano ese día. Pasaban la mayor parte de la jornada en Sarash-Zillish, recorriendo los edificios como una bandada de aves silvestres. Explorando, seguramente. Eran salvajes que invadían ruinas incomprensibles para ellos.

Pronto salió de su engaño. Dos de ellos le acompañaron hasta la puerta del quirófano y se quedaron allí, montando guardia, mientras los otros trabajaban dentro. Cuando le permitieron entrar descubrió que habían vuelto a colocar el brazo del escalpelo. Los aparatos multiarticulados parecían estar operando a algún paciente espectral.

Aunque no le permitían presenciar su trabajo, los resultados estaban a la vista. La nevera de los cuarteles, arreglada. Pusieron a prueba una fábrica e incluso construyeron dos «cabinas telefónicas». Los Varones concedieron a Corbell el gran honor de probarlas; él no trató de huir. Otra fábrica había construido un baño, una unidad completa, con piscina y sauna. Los Varones repararon y probaron también las luces de la ciudad; ahora las fachadas de muchos edificios centelleaban con una suave luz blanco-amarillenta. Otros permanecían a oscuras. El efecto era misterioso; parecía un tablero de ajedrez del tamaño de una ciudad.

Vivían como salvajes, pero al parecer era por voluntad propia.

En el campamento, Corbell hacía su parte en el trabajo; recogía leña y buscaba raíces. Le habían dado un taparrabos, pero no cuchillos para reemplazar su espada-escalpelo. Aún no sabía cuál era su lugar entre ellos. Temía lo peor: eran demasiado inteligentes; indudablemente le considerarían como un ser inferior, una especie de animal.

Le hacían falta. No sólo por la compañía, sino que no era capaz de viajar sin peligros mientras no supiera algo sobre aquel nuevo continente.

El muchacho seguía cantando sus versos, ante la risa muda de sus compañeros. Corbell dijo:

—Tarde o temprano me quedaré sin canciones nuevas. Creo que temprano.

—Da lo mismo —dijo Skatholtz, encogiéndose de hombros—. Nos marcharemos de aquí en cuanto vuelva la luz. Vamos a otras… ¿tribus? A decirles que Sarash-Zillish está lista para la noche larga. Tú vienes con nosotros.

—¿Noche? ¿Es la noche lo que viene?

Eso significaba que él había aterrizado en otoño.

—Sí. ¡Entonces tú viniste del espacio, sin prepararte! Eso pensaba. Sí, el día largo ha terminado; estamos en los días y noches cortos y se aproxima la noche larga. Durante la noche larga vivimos en la ciudad. Los cazadores van a los bosques de alrededor y guardamos la comida en las cajas frías. Durante el día vivimos más a gusto.

—¿Cómo son las cosas allá fuera?

—Ya lo verás —dijo Skatholtz, mientras recogía un colagato que andaba por allí y le acariciaba el pelo—. Tenemos tiempo para enseñarte a hablar un poco.

En seguida cambió el inglés por aquel idioma que Corbell llamaba «varonés». Corbell estuvo de acuerdo. Le gustaba aprender idiomas.

Partieron por la mañana. Lo hicieron con increíble orden. Todos parecieron despertar al mismo tiempo. Desde la noche anterior, la sopa hervía a fuego lento, preparada según la receta de Corbell, que gustaba a todos. El desayuno consistió en esa sopa servida en cáscaras de coco. Después recogieron las vasijas, el mantel, el encendedor y cinco o seis armas de filo. Uno de ellos, un Varón albino de ojos rosados y cabello espeso y dorado, entregó a Corbell diez kilos de carne salada envuelta en una tela. Luego emprendieron la marcha.

Corbell acabó de despertar cuando ya caminaba. Le costaba mantener el paso, aunque los Varones no intentaban siquiera marchar al unísono. Andaban despacio. Algunos entraban a los edificios y después se daban prisa para reunirse con el grupo.

No, no eran salvajes. Llevaban una arbitraria variedad de armas blancas, entre las cuales no había dos similares: cimitarras, machetes, sables y otras sin nombre, todas con empuñaduras pulcramente talladas. Habían preparado el tasajo tal como lo habría hecho el mismo Corbell. La tela que utilizaban era un material indestructible, tan delgado como seda fina. La linterna-encendedor de Krayhayft proyectaba un rayo de luz de intensidad variable, de forma cónica, no más grueso que un lápiz. No, tampoco estaban organizados. ¡Pero habían levantado el campamento en cuestión de minutos!

Avanzaban a grandes pasos por entre las calles silenciosas. Las prolongaciones de la selva iban creciendo en torno a ellos hasta convertirse en selva propiamente dicha. Pasaron junto a un tronco de árbol que Corbell reconoció súbitamente como una columna metálica envuelta en enredaderas. Levantó la vista para ver si se juntaba arriba con otros elementos, en disposición hexagonal: sí, era parte de la vieja cúpula.

Había frutas en aquella selva: pequeñas naranjas, frutos del pan, varias clases de nuez. Los Varones comían sin detenerse e iban recogiendo nueces crudas para reemplazar a las nueces asadas que llevaban. Charlaban entre sí, pero Corbell no lograba seguir esas conversaciones, pues hablaban con demasiada rapidez.

El caminaba en medio del grupo, conservando el paso que se había fijado. ¡Era increíble comprobar cómo su viejo cuerpo se había endurecido! Al día siguiente aparecerían los dolores; al día siguiente no podría siquiera moverse. Pero en ese momento se sentía muy bien. Se sentía como un capitán de exploradores al frente de su tropa. *Memo: no pongas a prueba tu autoridad.*

Tres horas de marcha, más o menos… y aquello, allá adelante, parecía una pelea. Skatholtz y otro de los Varones se escupían monosílabos con inusitada vehemencia.

El cantor de la noche previa se adelantó a grandes pasos. Ktollisp era un Varón macizo, de pecho amplio, con las facciones negroides de Skatholtz y la piel pálida de

todos los demás. Una palabra suya y los otros callaron. Ktollisp miró a su alrededor, frunció el ceño y señaló en cierta dirección. La tropa se dirigió hacia allí. Buscaron un claro; unas pocas matas crecían en la tierra, que aparecía casi desnuda. Corbell les observaba sin comprender, en tanto el grupo formaba un círculo en torno a Skatholtz y el otro Varón.

¿Qué era aquello? ¿Un duelo? Los dos dejaron caer los cuchillos y los taparrabos (no tenían vello en el pubis). Caminaban agazapados, como los luchadores. El retador lanzó un puntapié hacia el corazón de Skatholtz. Este lo esquivó sin dificultad… y luego todo ocurrió con tanta rapidez que fue imposible seguir la lucha. Skatholtz saltó limpiamente por encima de una mata y se sirvió de ella como escudo. Parecía un baile de locos. Pero Skatholtz usaba las piernas con mucha prudencia y el otro Varón empezaba a girar con mayor rapidez. Acabaría por hacerle caer.

Al agacharse, recibió un puntapié en la cara. Skatholtz avanzó para atacar. Ktollisp gritó entonces una sola palabra.

El retador, con la nariz ensangrentada, hizo la reverencia de sumisión ante Skatholtz, se mantuvo un momento en esa posición y finalmente se irguió.

Todos se levantaron para proseguir la marcha. Alguien llevaba el incómodo bulto de Skatholtz, mientras su oponente, con una amplia sonrisa, se limpiaba su ensangrentada nariz.

Al promediar la tarde, Skatholtz dijo dos palabras que Corbell pudo reconocer. Dijo:

—Basta de charla.

Así lo hicieron. El silencio fue total. Skatholtz aflojó el paso para caminar junto a Corbell y murmuró en varones, en voz muy baja:

—Eres muy fuerte para caminar.

—No puedo evitarlo. ¿Nos ocultamos de algo?

—De la cena. Antes era demasiado temprano. No conviene llevar comida durante un trecho tan largo. Si algo se mueve, dímelo.

Corbell asintió. Difícilmente vería algo. Tendrían que pasar meses antes de que su cerebro pudiera acomodar su vista para ver lo que veían los Varones en su territorio. El indio experto ve lo que pasa inadvertido para el blanco, pero sólo en su propio ambiente.

Dos Varones pasaron su carga a otros y se apartaron silenciosamente. Corbell no pudo seguirles con la vista, pero al cabo de un rato se oyó un sonido misterioso y terrorífico, como el de un clarinete pidiendo ayuda. Al instante todos los Varones abandonaron la fila para aplastarse contra un árbol; Corbell les imitó.

El clarinete atormentado sonó más cerca. Se oyó un ruido de ramas quebradas. ¿Qué emergería de la espesura? ¿Un monstruo lleno de tentáculos, descendiente de extraterrestres esclavizados por un Estado más joven, viajero del espacio?

El monstruo apareció por entre los árboles. Estaba lisiado; habían roto los tendones de sus patas delanteras. Los Varones lo siguieron; en primer lugar, los cazadores; después, el resto, lanzando cuchilladas a las patas traseras.

¡Una cría de elefante!

Corbell llegó a tiempo para verle morir. Fue un asesinato; aquello le dejó descompuesto. Luchando contra la repugnancia, se acercó un poco más para examinar el cadáver. La bestia tenía la piel arrugada y llena de cicatrices. No era una cría. Se trataba de un elefante adulto, de un metro veinte de altura.

—¿Puedo ayudar? —preguntó a Skatholtz.

—No te dejaremos descuartizarlo. No debes tocar un cuchillo. No eres dikta, Corbell. No sabemos qué eres.

—Hoy no maté a nadie.

Lo dijo en broma, pero no sabía suficiente varones como para dar a la frase la ¡inflexión correcta.

—¿Y mañana? —preguntó Skatholtz—. Creo que estás haciendo ficción-de-entretenimiento, pero, si me equivoco, terminarán vidas. ¿Entiendes lo que quiero decirte?

—Ya aprenderé.

Era evidente que Skatholtz le hablaba como a un niño para hacerse entender.

—¿Conocías al *chkinti*?

—Al *elefante*. Cuando yo era joven eran más grandes; el lomo era más alto que tú.

¿Cómo habrían llegado los elefantes a la Antártida? Es difícil que los hubieran traído como animales de corral. Tal vez tenían algún zoológico…

Skatholtz le miró, lleno de dudas.

—En el mar hay animales de mayor tamaño, pero ¿cómo podría vivir una bestia tan grande en la tierra, sin nada que le ayude a sostener el peso?

—Sí. Las patas eran más gruesas cuando yo era joven. Era el animal de mayor tamaño que habitaba tierra firme. Hace cinco millones de años…

Había dividido la cifra por doce, para expresarlo en años de Júpiter.

—…había animales mucho más grandes. Hemos hallado fósiles en la tierra.

Skatholtz rió escépticamente y se marchó.

Cuando el elefante estuvo descuartizado reiniciaron la marcha. Corbell cargó con un gran trozo de costillar, pero eso le bacía ir más lento. Al fin, uno de los Varones, disgustado, se lo quitó.

Allí acababa la selva. Más allá, al otro lado de una pradera donde ondulaba la vegetación rojo-amarillenta, Corbell divisó un último resplandor del Sol poniente. Júpiter era un disco blanco, levemente rosado, que comenzaba a elevarse.

Allí levantaron el campamento. Corbell comió elefante asado por primera vez en su vida. Estaba demasiado cansado como para ganarse la cena cantando. Alguien contaba un cuento; era Krayhayft, un Varón de ojos orientales y parches de un blanco centelleante en la negra y lacia cabellera. Los otros escuchaban con profunda concentración. Y en ese momento, Corbell se quedó dormido.

Durante todo el día siguiente avanzaron por entre espigas de un amarillo rosado. A los ojos de Corbell, aquello parecía trigo.

—¿Quién cultiva esto? —preguntó a Skatholtz.

Obtuvo una carcajada por respuesta.

El trigo necesitaba que lo cultivaran, ¿o no? Tal vez lo habían alterado genéticamente. Con la tribu vivían aún cuatro gatos genéticamente alterados, que se turnaban para viajar al cuello de varios miembros de la tribu. Valía la pena disponer de trigo silvestre: era mucho más útil que un gato puro cola.

A lo largo de toda la jornada Corbell vio canguros y avestruces que brincaban por entre el trigo. Eran veloces y desconfiados. Una vez vio también un hombre solitario, armado de una espada; estaba lejos, hacia adelante; era una silueta pálida que corría silenciosamente tras un avestruz. Ambos desaparecieron mucho antes de que la tribu llegara hasta allí.

Ese mismo día, más tarde, Krayhayft descubrió las huellas de un animal grande. La tribu las siguió. Hacia el crepúsculo, la presa se hizo visible: era una mole tambaleante que huía ante ellos a cuatro patas; al fin, viéndose acorralado, se irguió sobre sus pies.

Era un oso. Su piel era amarilla y sin pelo, a excepción de una espesa melena blanca. ¿Un oso polar desnudo, quizá? No se trataba de ningún ejemplar enano. Avanzó torpemente hacia los cazadores y trató de herirlos con grandes zarpazos; pero luchaba

contra el *Homo superior* en la flor de la edad y la salud. Los Varones bailaban a su alrededor, lanzándole estocadas. El animal luchó largo rato antes de morir desangrado.

Esa noche, mientras los colagatos cazaban junto al terreno iluminado, comieron carne de oso. Júpiter estaba en su fase llena, con las bandas anaranjadas bien visibles. Corbell, con la barriga llena, dormitaba. En ese momento Ktollisp apareció bruscamente a su lado y dijo con suavidad, pronunciando bien;

—¿Vas a cantar esta noche?

—Si puedo elegir, no.

—De acuerdo. ¿Qué decías del cereal?

—Nuestros cereales no brotaban sin la colaboración humana.

—Yo, como Skatholtz, no entiendo bien la expresión de tu cara. Si esto es ficción-de-entretenimiento, lo haces bien. Nos dolerá perderte.

—¿Cómo vais a perderme?

Tal vez el Varón sólo quisiera decir que los dikta morían tarde o temprano, como los colagatos.

Pero Ktollisp dijo:

—Cuando lleguemos al lugar de los dikta te perderemos.

Corbell no había contado con eso.

—¿Cuántos días? —preguntó.

—Cuatro. Cinco si nos detenemos para divertirnos en alguna parte. Te gustarán los dikta, Corbell. Son hombres y mujeres, y entre ellos hacen Varones nuevos. Tienen una ciudad con un poco de campo alrededor, pero no son lo bastante inteligentes como para hacer funcionar las máquinas. Durante el día arreglamos las cosas que se estropean durante la noche.

—¿Es que les falta inteligencia? Son de la misma… clase que vosotros. La cabeza debe funcionar igual.

—Tienen el mismo *cerebro*, eso que está dentro de la cabeza. No tienen tiempo. Nosotros no les enseñamos a arreglar máquinas. No viven lo suficiente como para aprender y podrían romper las máquinas en el aprendizaje. Los castigamos si se van. Por eso se quedan en el lugar de los dikta. Nos necesitan. Sabemos dónde encontrarlos. Tenemos que saber porque ellos traen varones nuevos a las tribus.

—¿Qué pasa con los… pequeños no varones?

—¿Las *niñas*? Crecen. Algunos varones también. Elegimos los mejores, los más fuertes e inteligentes, uno de cada tribu cada año, y los devolvemos a los dikta. No les hacemos eso que hace que sigan siempre igual.

¡Reproducción programada para mejorar la raza de los Varones! Y eso tendería a acobardar a los pillos en beneficio de los líderes. Corbell observó:

—Debe de haber muchas más mujeres que hombres.

—¿Te gusta eso? —preguntó Ktollisp, sonriendo.

El enojo le trabó la lengua al responder:

—¡Bro… bromeas! ¡Me estoy muriendo de viejo! ¡No puedo hacer más Varones!

Ktollisp tomó a Corbell por el pelo. Su cuchillo bajó antes de que Corbell acabara de lanzar un grito ahogado. El Varón le asestó una cuchillada… al pelo, y cortó un grueso mechón de cabellos y lo puso ante sus narices.

—Tus mentiras son para los recién nacidos. Nos ofendes —dijo—. ¿Esto también es mentira?

El fino pelo blanco que le mostraba a la luz del fuego tenía más de un centímetro de castaño oscuro desde las raíces. Corbell quedó estupefacto.

La tribu le rodeó. Seguramente habían estado escuchando desde el principio, pues parecían ofendidos. Skatholtz dijo:

—Ningún dikta tiene este pelo. Has encontrado la forma de que los dikta vivan mucho tiempo, como los Varones; nosotros sólo la conocemos por leyendas. Queremos saber qué es y dónde se encuentra.

Corbell había olvidado todo lo que sabía del idioma varonés. En su propia lengua, gritó:

—¡No tengo la menor idea!

Ktollisp le dio una bofetada. Corbell trató de protegerse con los brazos, diciendo:

—Espera, espera. Tienes razón, tengo que haber encontrado la inmortalidad de los dikta. No sé dónde. Tal vez se trate de algo que comí. Los dikta realizaron muchas alteraciones genéticas. Crearon los colagatos y el trigo silvestre. Tal vez crearon algo que provoca la inmortalidad de los dikta, algo que crece en Sarash-Zillish. ¡Escúchame, yo no sabía lo que había pasado! ¡No puedo verme el pelo!

Skatholtz indicó a los demás, con gestos, que retrocedieran.

—¿No notabas que te volvía la juventud?

—Creía que… me estaba adaptando a la vida salvaje. Pasé unos ciento treinta años en una cámara de hibernación, diez años cada vez… Años de los míos, no de los tuyos. No sabía qué efecto tenía eso en mí. Escucha, hay una mujer anciana que ha estado buscando la inmortalidad de los dikta en todas las ciudades del mundo. Si ella no lo sabe, ¿cómo puedo saberlo yo?

—No sabemos nada de esa mujer. Está bien, Corbell. Cuéntanos tu historia. No te olvides de ningún detalle.

Toda su somnolencia se había evaporado. Estaba asustado hasta los huesos. (¡Y qué huesos tan cansados!) En esas condiciones contó la historia de su vida. Cada vez que se detenía para tomar aliento, Skatholtz escupía complejas frases en varonés. traduciendo lo que él decía. No resultó tan difícil explicar a los salvajes aquello del agujero negro en el centro de la galaxia. Contar las leyendas de Mirelly-Lyra, en cambio, resultó agotador. No cesaban de pedir explicaciones sobre aspectos que ella no había mencionado, sobre puntos que ni siquiera había tenido en cuenta en su sed de inmortalidad. Aquella falta de curiosidad les parecía incomprensible.

Preguntas. ¿Qué había comido Corbell? ¿Qué había bebido? ¿Qué había respirado? ¿Podía haber encontrado la inmortalidad en el baño de Ciudad Uno? Fue un error mencionar la Fuente de la Juventud… Pero no, los dikta también usaban baños.

Al llegar la aurora, Corbell seguía hablando.

—Pudo ser cualquiera de las cosas que probé: las frutas, las nueces, las raíces, la carne. Incluso la sopa; quiero decir, la combinación de una serie de cosas más el calor. ¡Diablos, pudo ser también el agua de la fuente!

Skatholtz se puso en pie y se desperezó.

—Ya lo averiguaremos. Cuando volvamos a Sarash-Zillish llevaremos un dikta. ¿Vamos?

Corbell vio que los demás Varones se levantaban también y empezaban a juntar la carga.

—¡Oh, por favor! —exclamó—. ¡Voy a caer al primer paso!

—Eres más fuerte de lo que crees, Corbell. Has sido demasiado tiempo un dikta aquejado de vejez.

Y reemprendieron la marcha.

La pradera cubierta de trigo se extendía indefinidamente. Acamparon temprano, tras la lluvia de la tarde. Corbell se tendió sobre el suelo húmedo y durmió como un tronco.

IV

Despertó temprano. Un colagato se había acurrucado contra sus costillas en busca de calor y le hacía cosquillas. Maulló protestando cuando Corbell se apartó. Hubo más protestas por parte de sus músculos, demasiado cansados.

La hoguera se había apagado. Júpiter, dibujado en blanco, con una fina media luna roja, daba luminosidad a la noche.

Bueno estoy en un lío otra vez —pensó—. *¡Qué sorpresa la mía! Todo el mundo quiere la inmortalidad de los dictadores y ellos creen que yo la tengo. En parte están en lo cierto. ¿Para qué la querrán los Varones? Tal vez para eliminarla. Es la mayor diferencia entre ellos y los dikta.*

Acarició distraídamente al colagato anaranjado. Este se dejó caer sobre la rodilla de Corbell y ronroneó, satisfecho.

¿Qué será? Si es comestible, debe encontrarse en Sarash-Zillish. Todo lo que comí en Ciudad Cuatro lo comía también Mirelly-Lyra. A menos que haya un producto para las mujeres y otro para los hombres. Que la inmortalidad de los hombres no afecte en absoluto a las mujeres. No, no lo creo.

Eso significa que hay algo en el parque que encierra la inmortalidad de los dictadores; está en la savia, en el jugo, en la sangre, y yo lo comí, ¿Qué comió ella mientras buscaba en Sarash-Zillish? Los Varones no comen casi verduras (y los vegetarianos no comen carne), pero ella me dio tanto carne como verduras, y también frutas. ¿Insectos? No, no comí insectos.

Si pudiera traerla hasta Sarash-Zillish lo averiguaría. Observándola. Viendo lo que no come.

Esa noche las estrellas estaban muy brillantes. Había unos pocos astros de tonos rosados que no titilaban: las pequeñas lunas jupiterianas. Los Varones se habían distribuido a cierta distancia de la hoguera apagada. El que permanecía de guardia miró a su alrededor en el preciso momento en que Corbell se incorporaba. Era Krayhayft, el único de pelo blanco.

Aromas vivificantes llegaron hasta Corbell: tierra húmeda, plantas frescas, rastros de los jóvenes superhombres que no se habían lavado últimamente, un fantasma de la carne asada que él no había compartido. De pronto sintió hambre. Y de pronto también sintió regocijo, alegría.

—¿De qué diablos me quejo? —susurró.

El colagato detuvo su ronroneo para escuchar.

—¡Soy joven! Si no encuentro otra solución, siempre podré correr más que esa vieja loca. Tendría que estar bailando sobre una pata.

Joven otra vez. Y ya iban dos. Si lograba descubrir de qué modo lo había hecho, podría permanecer joven por el resto de su vida: el sueño de cualquier humano. Ahora tenía cincuenta años de vida por delante, medio siglo que proteger; la Norn se los quitaría si no le mostraba el Árbol de la Vida de Sarash-Zillish.

¿Sería algo de sabor extraño? Todo tenía sabor extraño. El suelo era diferente. Tres millones de años de continuo cambio. De cualquier modo, parecía demasiado simple eso de beber la inmortalidad como si se tratara de zumo de frutas. Una inyección habría resultado más adecuada, pero él no había recibido ninguna. ¿Acaso había aspirado algo, como si fuera marihuana, en el humo de la leña de algún árbol cuidadosamente alterado?

—¿Qué tal la mañana, Corbell?

Dio un violento salto. El centinela se había aproximado en perfecto silencio. Cuando se sentó junto a Corbell, la luz de Júpiter centelleó en las claras hebras de su pelo. Corbell ya había quedado prendado de la gracia de sus movimientos: Krayhayft, el que llevaba el encendedor; Krayhayft, el narrador de leyendas.

—¿Qué edad tienes?

—Veintiuno —respondió Krayhayft.

—Es mucho —observó Corbell, comprendiendo que se trataba de años jupiterianos—. No me explico por qué no eres el jefe.

—Los viejos aprendemos a esquivar ese cargo… y las peleas que involucra. Skatholtz puede derrotarme. La habilidad en la lucha tiene un límite. Cada uno nace con toda su fuerza desarrollada.

—¡Oh…!

—Corbell, creo que he descubierto tu nave espacial.

—¿Qué?

—Mira.

El Varón señalaba un punto bajo en el horizonte septentrional. Unas pocas estrellas brillaban en el gris oscuro del alba. Una parecía más rosada que las otras, con tintes azulados.

—Aquello podría ser un satélite, pero no se mueve. ¿No es tu nave?

—No, no sé dónde está mi nave. El *Don Juan* no era redondo; más bien parecía una espada ancha.

Krayhayft se mostró más intrigado que desilusionado.

—¿Y entonces qué es? La he visto titilar de modo extraño. No se mueve, pero cada noche brilla más.

—Todo el sistema está confuso. No lo entiendo. Creo que es el planeta siguiente a Júpiter.

—Ojalá hubiera sido tu nave —dijo Krayhayft, mientras volvía a hundirse en la contemplación de aquel punto luminoso, como si estuviera en trance.

El colagato abandonó las rodillas de Corbell y desapareció entre el cereal. Corbell vio otras dos sombras largas que se deslizaban tras él. En ese momento oyó el grito de uno de los gatos. Simultáneamente sonó un rugido ronco, mucho más bajo.

—¡Alerta! —gritó Krayhayft.

Apareció de golpe por entre el cereal, saltando directamente hacia la garganta de Corbell. Era algo así como un perro muy grande. El se tiró hacia un lado. Una espada se hundió sólidamente en la boca abierta. En seguida todos los Varones cayeron sobre el animal. Era un león enano, un macho de magnífica melena. Murió en un momento. La primera estocada pudo haberlo matado.

Corbell se levantó, estremecido.

—Tal vez la hembra esté por allí.

—Sí —respondió Skatholtz.

Se reunió con los otros, que se abrían ya en abanico por entre el cereal. Corbell, sin espada, inútil, permaneció donde estaba. Al cabo de un rato descubrió algo pequeño en el sendero que la carga del león había dejado entre las espigas. Era el cadáver de un menudo colagato de manchas multicolores. Los otros habían vuelto a reunirse melancólicamente junto al fuego.

Al romper el día ayudó a los varones a encender la hoguera. Más tarde supo para qué la querían, pues otros cuatro llegaron a paso lento, con huevos de avestruz. Colocaron los huevos entre las brasas, rompieron cuidadosamente la parte superior y los revolvieron con los mangos de las espadas. ¡Huevos revueltos! Lástima, no había café.

Corbell marchaba a grandes pasos bajo la rosada luz del Sol, optimista. El recuerdo de las bofetadas estaba allí, amargo, corroborado por los cardenales; pero junto a él había otro recuerdo: la mano de Ktollisp sosteniendo un mechón de pelo blanco de

raíces castañas. ¡Oh, no tener un espejo! Era un esclavo o algo peor, pero era joven. Y tenía, además, la oportunidad de permanecer de ese modo durante largo tiempo.

Había cruzado una hilera de rocas grandes, desgastadas por la erosión; eran más altas que una casa y su textura era extraña. En seguida el suelo descendió… y Corbell descubrió que Skatholtz caminaba a su lado.

—¿Qué sabes de las Niñas? —dijo éste en inglés.

En varonés existía una palabra para referirse a las nenas y otra para la mujer dikta, pero Niña era una tercera palabra que poseía un cierto énfasis.

—Mirelly-Lyra me contó algo sobre ellas —respondió Corbell—. Había un equilibrio de poder entre Niñas y Varones pero se perdió por algún motivo.

—Según su historia, las Niñas gobernaban a los Varones como éstos a los dikta.

—No, piénsalo mejor. Las Niñas regían el cielo; podían mover el planeta. En consecuencia, regían también el clima. No podían cambiar la rotación de la Tierra, pero sí decidir a qué distancia debía estar del Sol. En realidad, la primera vez que la trasladaron fue porque el Sol se estaba calentando demasiado. Los Varones gobernaban a los dikta. Así podían hacer que no nacieran más Varones o Niñas.

Y Corbell agregó, mientras pensaba para sí que aquello representaba un interesante cambio de funciones:

—Eso, en sí, no es mucho poder en un mundo superpoblado, donde cualquiera puede vivir para siempre.

—¡Pero nuestra tierra era menos rica! ¡Así lo dicen las leyendas!

—Sí. Pero considéralo desde otro punto de vista. Supón que los Varones permitieran que los dikta procrearan como conejos…, digo, con gran abundancia. Matan a la mayor parte de las nenas y esconden a casi todos los nenes varones. Los nenes crecen. Si se portan bien, se les da la inmortalidad de los dikta. Entonces los Varones se encuentran con un poderoso ejército.

El terreno se había nivelado, pero más allá volvía a elevarse. Skatholtz, después de cavilar un rato, observó:

—Nuestras leyendas no dicen nada de todo eso.

—Porque no ocurrió. Los Varones no podían alimentar a semejante ejército. La tierra era pobre. Por eso el equilibrio de poderes duró… miles y miles de años tuyos.

—Empiezo a comprender. No estoy acostumbrado a pensar así. ¿Qué fue lo que salió mal? Las Niñas debieron de perder el dominio por algún motivo.

—Sí. Quizá el clima. ¿Puede ser?

—Las historias hablan de un gran deshielo. Cuando en nuestras tierras creció la vegetación por primera vez, las Niñas trataron de apoderarse de ellas. El deshielo se produjo cuando ellas llegaron a sentir demasiado orgullo. Por ese orgullo perdieron una luna, y con esa luna perdieron el poder.

Corbell se echó a reír.

—¿Que perdieron una *luna*? ¿Hasta qué punto puede ser cierta esa leyenda, después de cien mil años?

—Vivimos mucho y tenemos buena memoria. Tal vez se pierdan los detalles, pero no inventamos ficciones.

Más adelante aparecía una cuesta. Corbell pudo ver a lo lejos otra hilera de grandes rocas medio fundidas.

—Una luna… Parece una perfecta tontería, pero… Pirssa me dijo que las lunas jupiterianas estaban fuera de sus órbitas normales; eso no me extraña mucho: al dejar caer la Tierra entre ellas puede haberse producido una alteración así. Pero también dijo que Ganímedes no está por ninguna parte.

—¿Ganímedes?

—El mayor de los satélites. Diablos, no sé qué papel juega en todo esto.

—Y el Sol está demasiado caliente, según dices, y el rey Júpiter también.

—Todo el clima está alterado —dijo Corbell—. Al fin y al cabo, todo se reduce a un cambio en el clima. Eso eliminó el equilibrio de poderes. Los Varones acabaron con las Niñas.

—Se cuentan leyendas sobre esa guerra. ¡Armas tan fuertes como el impacto de un meteorito! Mira, Corbell, aquí se empleó una de esas armas.

Y su brazo indicó el paisaje que les rodeaba.

Habían cruzado una depresión poco profunda, en forma de plato; en un diámetro de tres o cuatro kilómetros se elevaban esas rocas medio fund…

—Un momento —dijo Corbell.

Dejó caer su carga de carne seca y trepó hasta una roca de seis metros de altura y de superficie raramente uniforme. Allí. en la parte superior, descubrió unas líneas de color rojo herrumbre que formaban una gran Z: los restos de una viga.

—Esto eran edificios —dijo—. Aquí se levantaba una ciudad de Varones.

—Cuando yo era joven quería usar armas de ésas —comentó Skatholtz, riendo infantilmente—. Ahora me sobrecoge pensar en lo que hicieron con el clima. Pero eliminamos a las Niñas.

—Ellas también pegaron duro —observó Corbell. bajando del edificio fundido.

Tuvieron que apresurarse para unirse al grupo.

—La leyenda dice que nos destruyeron —dijo Skatholtz—. Nunca llegué a comprenderlo.

Corbell y Skatholtz caminaron en silencio. Más allá, los otros Varones charlaban entre sí. Era poco más del mediodía, demasiado temprano para cazar. Allá, muy lejos, una amplia alfombra marrón se apartaba del ruido que ellos hacían: miles de animales, demasiado alejados como para reconocerlos, demasiado numerosos para contarlos. Al fin Skatholtz dijo, en varonés:

—Pronto llegaremos a la orilla del agua grande. Esa orilla está a un día de marcha. Se llama…

Y Corbell aprendió los vocablos correspondientes a *costa* y *mar*.

—En la próxima aldea te espera una agradable sorpresa —agregó Skatholtz, empleando otra palabra desconocida—. No puedo explicar qué es. Hay que trabajar para tenerla.

—Está bien —dijo Corbell.

En su juventud no le había seducido el esfuerzo físico, pero ahora ¡qué bueno era tener músculos! En seguida preguntó:

—¿Por qué estamos hablando en inglés?

—Porque debo aprender a conocerte, a saber cuándo dices ficciones.

Corbell prefirió no protestar ante esa injusticia. En cambio, dijo:

—Me extraña lo de los colagatos.

—¿Qué es lo que te extraña?

—En Sarash-Zillish mandan ellos. Pero aquí hay animales más grandes y más feroces. ¿Cómo pueden sobrevivir?

—Tarde o temprano los mata alguna fiera. Hasta entonces es agradable tenerlos con nosotros. Tarde o temprano, todo muere, salvo los Varones.

—Dominas muy bien tu cólera ante este mal. ¿Hay colagatos entre los dikta?

—No, nunca dejamos que los colagatos se junten con los dikta.

—¿Por qué?

—No se hace.

Corbell lo dejó pasar. Había algo que no se atrevía a preguntar aún, pero tendría que averiguarlo de algún modo. ¿Qué vigilancia recibían los adultos?

El lugar de los dikta era el segundo sitio en que Mirelly-Lyra iba a buscarle. No podría permanecer mucho tiempo allí. En cuanto viera su pelo oscuro, le exigiría que le revelara la inmortalidad de los dictadores.

Y tal vez pudiera. Una sola prueba, hecha con mucho cuidado… ¡No era cosa de que los Varones talaran el Árbol de la Vida!

V

Al mediodía llegaron a la aldea, una extraña combinación de estilo primitivo y futurista: una serie de piscinas en arco, idénticas a las que Corbell había encontrado junto a la costa de Ciudad Uno, circundaban parcialmente la plaza, rodeada a su vez por cabañas y graneros de paja. Las estructuras presentaban gran variedad, pero combinaban entre sí. La aldea en sí era hermosa.

Corbell empezaba a comprender. Las antiguas fábricas construían edificios que los Varones utilizaban con ciertos propósitos. Era muy sencillo seguir usándolos de siglo en siglo. Y construían otros objetos por su cuenta, derrochando en ello trabajo e ingenio. No le extrañó mucho que Krayhayft hablara en nombre de la tribu, refiriéndose a ella como «la tribu de Krayhayft». El que habló a su vez en nombre de la aldea tenía su misma extraña gracia, el mismo tono gris en el largo cabello dorado.

Trabajaron durante toda la tarde. Un par de Varones de la aldea les acompañó para supervisar; daban órdenes a gritos, con maliciosa espontaneidad. Corbell, con la tribu de Krayhayft, usó una hoz primitiva para recoger el grano de los campos; después lo llevaron en haces hasta la plaza, hasta reunir allí un gran montón que satisfizo a los Varones de la aldea.

Al terminar el trabajo, los Varones se lanzaron hacia los baños. Corbell aguardó con impaciencia a que le llegara el turno. No dejó nada por probar: baño, vapor, sauna y otro baño, esa vez con el sistema de burbujas. Cuando salió ya había oscurecido. Los demás habían empezado a preparar la cena.

La sorpresa que Skatholtz había prometido era pan, por supuesto. Varias clases de pan, además de carne de conejos cazados por los aldeanos. Corbell comió cuanto pudo de cada una de las variedades de pan; su sabor le trajo cierta nostalgia. Tenía los ojos húmedos ya cuando Ktollisp acabó de cantar *Envenenando palomas en el Parque*, según la versión de Corbell.

Pero el pan le sorprendió menos que la «cabina telefónica» instalada en el extremo del arco de los baños. Trató de disimular, pero Skatholtz sabía que él conocía lo de las «cabinas telefónicas». Mientras Krayhayft comenzaba una de sus largas historias. Corbell buscó a Skatholtz y le interrogó. El flaco observó, sonriente:

—¿Piensas abandonarnos con el *prilatsil*?

—No precisamente.

—Claro que no. Bueno, tienes razón. Esta aldea vende su trigo a otros panificadores del continente.

—No pensé que el *prilatsil* llegara tan lejos.

—El continente está surcado por una red de *prilatsil*, con enlaces a corta distancia. ¿Tú crees que puede solucionarse una emergencia viajando a pie? Fíjate en esto.

Skatholtz dibujó un círculo irregular, la Antártida, y varios símbolos de la paz que lo cruzaban.

—Si hubiera motivos serios para viajar, podrían utilizarse las líneas de *prilatsil*. Desde la época de las Niñas han sido usadas cuatro veces. O más, si es que se ha perdido alguna leyenda. Las tenemos siempre en perfectas condiciones.

Corbell se reservó las otras preguntas. Confiaba en no verse obligado a emplearlas. Eran demasiado obvias y debían de tenerlas vigiladas.

Cuando la tribu partió, por la mañana, cargaron sus bolsas de tela con hogazas de pan. Habían hecho un intercambio: se habían quedado tres miembros de la tribu de Krayhayft, que fueron reemplazados por tres aldeanos. Todo se hizo sin ningún tipo de ceremonial; Corbell tuvo que fijarse bien en aquellas caras para darse cuenta de que se había producido el cambio.

Allí acababa el trigo. La tierra fue descendiendo gradualmente a lo largo de treinta kilómetros, hasta hundirse en la neblina. Allí sólo había maleza seca. Hacia la derecha aparecía un montón de formas agudas y filamentosas, a la manera de promontorios solitarios sobre el terreno llano y sin vida. Aunque la naturaleza suele imitar esas formas regulares y artificiales. Corbell preguntó por ellas.

—Son artificiales —confirmó Skatholtz—. Las he visto otras veces. Tengo mi propia idea con respecto a lo que son, pero… ¿Quieres que vayamos a verlas? Algunos de los miembros de la tribu de Krayhayft no las han visto aún.

La tropa giró. Las estructuras aumentaron su tamaño. Algunas yacían acostadas, desintegrándose, pero la más próxima permanecía erguida; su angosto fondo seguía bien plantado en el terreno. La tribu se agrupó ante un gran muro curvo que se inclinaba por encima de la cabeza.

—Naves —dijo Corbell—. Cosas para llevar gente y mercancías por el agua. ¿Qué están haciendo aquí, tan lejos del océano?

—Tal vez antes hubo océano aquí.

—Puede ser. Cuando el mundo se calentó tanto, gran parte del océano debió perderse en el aire. Esto era tal vez el fondo del mar cubierto de barro.

—Eso coincide con las leyendas —observó Krayhayft—. ¿Se te ocurre qué pueden haber llevado?

—Demasiadas cosas distintas. ¿Hay algún modo de entrar?

Krayhayft cogió el encendedor que llevaba al cinto. Corbell no comprendió lo que iba a hacer; de lo contrario, se lo habría impedido. El otro hizo girar alguna pieza del encendedor y lo apuntó hacia el gran muro de metal oxidado.

El metal centelleó. Corbell guardó silencio; ya era demasiado tarde para impedirlo. Aquel rayo azul y delgado escupió fuego hasta abrir una amplia abertura. La chapa cayó.

Toneladas de barro cayeron tras ella. Siglos y siglos de polvo y lluvia… Todos caminaron chapoteando por el barro, bromeando entre sí. Corbell les siguió.

El casco era un depósito enorme sin tabiques que evitaran el corrimiento de la carga. Corbell olfateó el aire, pero no quedaban rastros del contenido. Aceite, quizá, o algo más exótico. Tal vez sólo tierra fértil para las estériles ciudades antárticas. La tierra no se bamboleaba.

La gran sorpresa estaba en la cubierta y por encima de ella. ¡Mástiles! Allí no quedaba sitio para marineros humanos. Sólo muchos mástiles que recordaban los de los antiguos clíperes, y cables que llegaban hasta un gran compartimiento de proa: los motores, los cabrestantes, el ordenador.

El casco parecía sólido; los mástiles estaban en buen estado. Pero el tiempo había convertido el ordenador en chatarra. Era una pena; por su tamaño, equivalía al ordenador del *Don Juan*, el que cobijaba la personalidad de Pirssa. Tal vez le hubiera revelado muchas cosas.

Avanzaron hacia la niebla, hasta que la niebla los tragó Corbell oía un estruendo regular que no podía explicarse. De pronto se vio ante el mar. Las rompientes rugían y siseaban contra la costa rocosa.

Allí descansaron. Después, mientras otros juntaban leña menuda para encender la hoguera, tres Varones nadaron hasta las rompientes con espadas y un lazo. Parecía tentador; el agua no debía estar fría. Pero Corbell comprendió que los Varones iban a cazar y se preguntó que presa les esperaba.

Volvieron dos de ellos. Nadaron hasta la costa, con el lazo que se retorcía tras ellos, y se dejaron caer, jadeando pesadamente, mientras los demás tiraban de la soga para recoger la contorsionada carga. Sobre la playa aparecieron tres metros y medio de tiburón. El tercer Varón no regresó.

Corbell no podía creerlo. ¿Cómo era posible que los inmortales fueran tan descuidados con sus propias vidas? Los Varones parecían tristes, pero no llevaron a cabo ninguna ceremonia formal. Esa noche, Corbell sólo comió pan. Se veía incapaz de tragar los pedazos de tiburón. Había visto las cosas que escondía en su vientre.

Permaneció largo tiempo despierto, meditando sobre todo aquello. Se había visto viejo, joven, maduro, sin secuencia inteligible. Con un poco de suerte, seguiría joven. Había luchado por su existencia y por su estilo de vida contra el poder del Estado, sin renunciar jamás, aun con todos los motivos del mundo. ¿Acaso uno podía cansarse de vivir tanto?

Corbell no ponía en duda la capacidad de los muchachos para construir máquinas que mataran a los tiburones. Las fábricas que seguían construyendo baños, dormitorios y oficinas idénticos eran un tributo a su pereza, pero no carecían de encanto. Entonces, ¿por qué dejar con vida a los tiburones? ¿Por tradición, por machismo?

Por la mañana, los Varones estaban tan alegres como siempre. Hacia la tarde llegaron al lugar de los dikta.

CAPÍTULO 7 - LOS DICTADORES

I

Ciudad Seis, la ciudad de los dikta, apareció primero como una línea de sombra a lo largo de la costa; después se convirtió en un kilómetro de pared lisa, sobre la cual asomaba una estructura baja en la que se abrían ventanas. Ciudad Dikta estaba de espaldas a los Varones que se acercaban.

Cuando dieron la vuelta a la pared, Corbell pudo verla de frente. Estaba formada por un solo edificio, de cuatro pisos y un kilómetro de longitud, tan amplio como un hotel de lujo. Su fachada daba al Norte, hacia el mar y el Sol; presentaba gran abundancia de ventanas, balcones y arcadas. Entre la ciudad y el mar se levantaba una pared baja en forma de semicírculo por la que asomaban las copas de los árboles: un jardín.

Los dikta salieron por un arco abierto en el muro bajo del jardín y aguardaron, reunidos en grupos.

Era evidente que Ciudad Dikta nunca había estado protegida por una cúpula. Su forma no lo permitía. Tal vez la construyeran más tarde, especialmente como albergue para los adultos, mucho después de que la Antártida se convirtiera en un invernadero y los mares retrocedieran por la plataforma continental. Seguramente habían esparcido tierra fértil sobre las dunas de sal; la pared la protegía de los vientos. La pesca y los

productos del jardín amurallado debían ser los únicos alimentos disponibles en muchos kilómetros a la redonda. Corbell se dio cuenta que sería difícil salir de allí.

Cerca de doscientos dikta aguardaron a que los muchachos se acercaran hasta unos pocos metros. Corbell contó siete hombres entre un gran grupo de mujeres. Después, todos se inclinaron en reverencia, al mismo tiempo, y se mantuvieron en esa posición hasta que Krayhayft se adelantó.

—Hemos venido a reparar sus máquinas —dijo Krayhayft— y a llevarnos a los nenes.

—Está bien —dijo uno de ellos.

Tenía barba blanca; el pelo, blanco también, le llegaba a los hombros, limpio y ensortijado. Acabó su encogida reverencia, al igual que los demás. Entonces Corbell pudo apreciar, con respeto, el aspecto general de dignidad y salud. No actuaban como esclavos. La reverencia constituía una simple formalidad. Corbell se preguntó qué habría pasado si él se hubiera inclinado instintivamente aquel cuarto día en Sarash-Zillish. Tal vez los Varones le habrían matado confundiéndole con un fugitivo.

Todos los dikta contemplaban atentamente a Corbell. Krayhayft se dio cuenta y les habló durante largo rato; su voz fluía con facilidad. Aunque Corbell no podía comprender lo que decía, dedujo que estaba contando una versión condensada de su propia historia: el vuelo espacial, el largo viaje, algunas frases complejas que tal vez se referían a la comprensión cronológica relativista; la huida frente a Mirelly-Lyra… No mencionó los motivos que impulsaban a aquella dikta loca. Tampoco a la inmortalidad de los dikta. Corbell habría podido jurarlo, pues había prestado atención para ver si captaba algo.

El anciano escuchaba; a veces reía, sumamente divertido. Al finalizar el relato se adelantó y dijo:

—Bien venido a nuestro refugio, Corbell. Tendrás cosas interesantes que contarnos. Me llamo Gording. ¿Me entiendes si hablo así, con lentitud?

—Encantado de conocerte, Gording. Tengo mucho que aprender de vosotros. Sí, te comprendo bien.

—En ese caso, ¿te reunirás con nosotros esta noche? En Ciudad Dikta hay sitio para muchos niños más. Será interesante ver cómo salen tus hijos.

—Yo…

Corbell se atragantó. Las mujeres le miraban inquisitivamente, entre susurros. No sólo llamaba la atención la línea del pelo, a pesar de que incluso ellas eran medio calvas; aquella melena de tonos blancos y castaños también les era extraña. Le costó responder. Al fin dijo:

—Me alegra que me aceptéis para ese importante propósito.

En realidad, Corbell estaba nervioso. De pronto tomó conciencia de su semidesnudez. Los dikta iban totalmente desnudos.

Una de las mujeres, cuya larga cabellera negra empezaba a tornarse gris, dijo:

—Debe de hacer mucho tiempo que no haces hijos con una mujer.

Corbell se echó a reír e hizo la división por doce:

—Doscientos cincuenta mil años —dijo.

La siguiente pregunta de la mujer despertó las risas de todos. Corbell movió la cabeza y respondió:

—Tal vez haya olvidado cómo. Sólo hay un medio de averiguarlo.

Ayudó a los Varones a instalar el campamento. Un bosquecillo se alzaba en el centro del jardín semicircular amurallado, mucho más pulcro que la selva de Sarash-Zillish.

Los Varones acamparon bajo los árboles y encendieron fuego con leña que trajeron las mujeres dikta.

—Puedes irte con ellos —dijo al final Skatholtz—, pero no les digas nada sobre la inmortalidad de los dikta.

No parecía tener en cuenta que Corbell pudiera desobedecer.

—¿Y mi pelo? Está claro que les llamó la atención.

Skatholtz se encogió de hombros.

—Eres de un tipo primitivo de dikta, anterior a nuestras leyendas. Di que todos los dikta tenían en otros tiempos ese pelo. Si alguno descubre lo que tú sabes, le… su mente… Le borraremos todo lo que sabe.

—Cerraré el pico.

Skatholtz asintió y Corbell recibió autorización para retirarse.

La perspectiva de la orgía le tenía inquieto. Hacía tres millones de años que había tratado de dormir con una mujer, en el dormitorio del Estado, la noche antes de que le condujeran a la Luna para embarcarse en el *Don Juan*. Todos aquellos ojos curiosos le habían intimidado, dejándole impotente. Tal vez esa noche iba a pasar lo mismo. Sin embargo, en ese momento tenía algo así como una erección.

La planta baja de Ciudad Dikta consistía en una hilera de largas salas públicas, cada una con capacidad suficiente para doscientas personas. Una de ellas era el comedor y presentaba un cierto parecido con una cafetería. Corbell distinguió bandejas y platos en un extremo del mostrador. Diez o doce mujeres y un hombre preparaban grandes cantidades de comida y la servían a medida que iban pasando. Otros terminaban de comer y los reemplazaban. Extrañas diferencias: el único utensilio era una gran cuchara de plástico provista de un borde de sierra para cortar; las bandejas metálicas flotaban a la altura del codo, hundiéndose levemente bajo el peso de los alimentos.

La comida estaba compuesta por una mezcla de diversos vegetales con muy poca carne; en ese aspecto se parecía a la cocina china. El anciano llamado Gording guió a Corbell a través de aquella rutina. Las mesas, de diferentes tamaños, tenían cabida para cuatro o doce personas. Corbell y Gording ocuparon una mesa para seis, con otras cuatro mujeres. Allí el hombre tuvo una buena oportunidad de mantener una conversación.

Empezaron por preguntarle qué le pasaba en el pelo. Respondió con la mentira que le sugirió Skatholtz y expresó igual sorpresa ante el pelo monocromo de los dikta y su calvicie parcial. Parecieron creerle.

Mientras observaba de cerca a sus compañeros de mesa, Corbell notó que todos, como los Varones, tenían la piel pálida, casi translúcida, combinada con todas las formas naturales al ser humano: nariz ancha o angosta, labios gruesos o finos, cejas espesas u ojos con pliegues epicánticos, o ambos rasgos a la vez; cuerpos macizos e invulnerables o esbeltos y frágiles.

—¿Vitamina D?

Había hablado en voz alta. Todos le miraron, esperando.

—Es sólo una teoría —dijo Corbell, tratando de explicarse—. En otros tiempos, cuando el Sol era brillante y cálido, todos los dikta eran de color marrón oscuro. Algunos se dirigieron al Norte, donde el clima era tan frío, que debían cubrirse para no morir.

Todos sonreían, nerviosos, sin comprender, pero él prosiguió tozudamente:

—Nuestra piel, con la luz del Sol, fabrica algo que nos hace falta. Cuando los dikta se cubren para abrigarse, la piel debe dejar entrar más sol; si no, mueren. Mi pueblo tenía la piel más clara. Creo que con vuestro pueblo pasó lo mismo cuando el Sol se puso rojo.

Los otros seguían sonriendo. Gording dijo:

—Marrón oscuro… Tu historia es extraña, pero en verdad nuestra piel crea una sustancia química vital, el kathope.

—Pero ¿cómo sobrevivís en la noche larga? —preguntó Corbell, pensando en aquellos seis años de oscuridad.

—Semilla de kathope. La prensamos para sacar aceite.

Sería fácil escapar de Ciudad Dikta durante la noche larga, cuando todos los Varones estaban reunidos en Sarash-Zillish. Pero los fugitivos debían llevar una provisión de semilla de kathope… y, claro, los Varones arrancarían cualquier planta de esa especie que creciera fuera de esa ciudad o de Sarash-Zillish. Corbell comenzaba a preocuparse. Tal vez estaba atrapado de veras.

Preguntó entonces por las próximas festividades.

—Gozamos del sexo en compañía —le dijo T'teeruf.

Parecía tener unos dieciséis años; rostro en forma de corazón, ojos grandes y expresivos, boca bien dibujada y dispuesta a la risa, pelo abundante y de rizos muy apretados; incluso ella era medio calva.

—El sexo es el único placer que los Varones no comprenden. Ese y el de dar a luz.

Bajó los ojos con timidez y agregó:

—Yo todavía no lo he hecho.

II

El salón de orgías (¿de qué otro modo llamarlo?) ocupaba un anexo posterior. Al parecer, los Varones no habían pensado en eso cuando construyeron Ciudad Dikta. Sus ocupantes habían reparado la omisión levantando una especie de símbolo del infinito en el tejado, compuesto por doce de aquellos dormitorios triangulares producidos en masa, que dispusieron a la manera de dos mitades de pastel divididas en seis tajadas cada una, con dos baños en su parte central; todos los tabiques de separación habían sido derribados, pero los pequeños tocadores correspondientes a cada dormitorio aún tenían puertas (¡al menos los dikta conservaban aquella forma de intimidad!); los armarios, en cambio, no las tenían, y, como es natural, se habían retirado las «cabinas telefónicas».

Cuando Corbell llegó, todas las superficies horizontales estaban ocupadas: camas, divanes y mesas; y aún seguían llegando concurrentes. Cinco o seis mujeres le hicieron gestos de que se acercara desde una de las camas y Corbell aceptó.

Su nerviosismo no duró mucho. Una ondulante cama de agua y cálida carne femenina: eso fue su almohada, y todo absolutamente deleitoso. Por pura cortesía, y porque estaba más cerca, tomó en primer término a la mayor de las mujeres. Obró con demasiada prisa, aun consciente de ello, aunque la mujer no pareció desencantada; después de tanto tiempo, apurarse… Sin embargo, le seguía pareciendo una magnífica victoria.

—Había renunciado a esto para siempre —dijo, dando las gracias a la mujer con los ojos.

Se golpeó el pecho y, cual Tarzán, lanzó un gran grito. En seguida tomó a una mujer de marcados rasgos orientales y manos cálidas y hábiles. Esta vez todo fue más prolongado y mejor. La calvicie parcial de aquellas mujeres las hacía más exóticas. Todas tenían pechos parecidos: de base ancha, pero planos; ni siquiera los de la mayor habían perdido su tersura.

Ellas le preguntaron por sus sensaciones. Corbell siempre había tenido problemas para analizar sus propios reflejos, incluso con su esposa; esta vez le ocurrió lo mismo.

Ellas hurgaban delicadamente, con preguntas, con dedos acariciantes, explorando su antiguo sistema nervioso y hablándole del suyo propio.

Un hombre más joven se unió al grupo. Dos de las mujeres se marcharon y fueron reemplazadas por otras dos. Corbell rascó la espalda a T'teeruf mientras ella realizaba el acto sexual con el otro. ¿Sería suficiente por esa noche?

No, por lo visto.

El hombre usaba las manos y los dedos del pie, tratando de satisfacer a cinco mujeres al mismo tiempo; Corbell recordó las viejas pinturas de la India. ¡Egoísta! Sin embargo, parecía ser lo justo, dada la proporción de mujeres y hombres. El mismo Corbell probó esas variaciones cuando le llegó la inspiración. Hacía falta concentrarse…, y él nunca había sido muy práctico. Lo hizo a modo de prueba, no sin cierta torpeza.

Una de las mujeres le interrogó al respecto. El le habló entonces de la monogamia…, una mujer para cada hombre…, la falta de inmortalidad para los hijos…, A su alrededor, los rostros se cerraron como máscaras. La mujer cambió de tema.

El apenas lo notó. Estaba ebrio de las hormonas que le borboteaban en la sangre. Observó al otro hombre, tratando de dilucidar qué hacía con dos mujeres, pero sólo pudo ver un revoltijo de piernas y brazos.

—Hay habilidades que se han perdido —le dijo T'teeruf, con cierta melancolía—. Las posiciones para caída libre. Sólo existen en las leyendas.

Probó el sauna (atestada) y la bañera (atestada). El agua caliente hervía con las burbujas y las corrientes generadas por una pareja en acción, en el otro extremo: eran Gording y la mujer mayor, su primera compañera desde que entrara al depósito de los cuerposiclos. Sentía el roce de mujeres húmedas. Se inició una guerra de chapoteos que murió en seguida. Corbell hizo el amor con una joven de pelo dorado, sentados ambos con las piernas cruzadas, uno frente a otro, en el fondo de la bañera.

Fue entonces cuando levantó la vista y descubrió a los Varones; eran seis y estaban sentados en el borde de una ventana abierta, con los pies colgando sobre la bañera. Parecían intercambiar comentarios mientras disfrutaban del espectáculo. Ktollisp sorprendió su mirada y le saludó con la mano.

La muchacha siguió la dirección de su mirada y se volvió, sin el menor interés. A ella no le importaba… Cuando Ktollisp volvió a agitar la mano, Corbell respondió al saludo.

En el dormitorio de Ciudad Uno había visto un antiguo *video-tape* donde dos parejas demostraban cómo hacer el amor en distintas posiciones. Ya entonces habían percibido la presencia del público. En ese momento comprendió: estaban allí, ante la mesa. Eran Varones o Mujeres que observaban a los dikta, o quizá (¿qué antigüedad podía tener esa grabación?) Varones y Niñas mezclados, antes de la gran separación.

Los ímpetus de la orgía se iban calmando. Al final, la mitad de la población se agrupó sobre las camas, los divanes y las mesas, en una de las dos partes del edificio, para interrogar a Corbell. Su público iba disminuyendo a medida que algunos se marchaban por la escalera; otros, de dos en dos o de tres en tres, se retiraron a la otra mitad del complejo para regresar más tarde. Corbell hablaba y hablaba. Había sido el primero en ver el fondo del universo, y al fin tenía quien le escuchara. ¡Euforia!

De pronto comenzó a bostezar de un modo incontrolable.

No, esos dormitorios no eran utilizados para dormir. Para ello había que acudir a una habitación de la planta baja. Gording se ofreció para acompañarle. El aire nocturno le refrescó el cuerpo húmedo y le aclaró la cabeza. En lo alto, las estrellas aparecían ligeramente neblinosas. Gording señaló una estrella de tinte rosado, fijada hacia el Norte.

—Corbell, tú que has venido hace poco del espacio, ¿qué es aquello?

—Un planeta, como si fuera un pequeño Júpiter. No tiene nada que hacer allí, pero allí está.

—Su brillo aumenta, pero no se mueve entre las estrellas fijas.

—También Krayhayft está intrigado —comentó él, observando que realmente estaba más brillante—. Oye, estoy demasiado cansado para pensar.

La habitación para dormir era una especie de invernadero. Tenían que acostarse sobre césped alto, natural, y estaba cubierto ya de cuerpos. Gording y Corbell buscaron sitio y se echaron.

El sol penetraba a través de las paredes de vidrio y le despertó. Aún quedaban cuatro mujeres aisladas, acurrucadas sobre el césped. El resto había desaparecido.

Mucho antes, cuando era muy joven, había soñado despierto con noches como la anterior. Sin las calvicies parciales, naturalmente. Ya era una suerte que le consideraran humano; y suerte era también poder considerarlos humanos a su vez. Los cuerpos no habían cambiado mucho. Las mentes, sí; parecían genios… y plácidos en su esclavitud.

Si en tantos siglos no se habían liberado de los Varones, ¿cómo podría hacerlo Corbell? Entonces recordó que había una posible respuesta… y debía someterla a prueba.

En el campamento de los Varones tenía lugar una ceremonia. Ocho hombres dikta (por lo visto había contado uno de menos el día anterior) presentaban cinco nenes a la tribu. De los tres anfitriones habituales, ese día parecía ser Krayhayft, el más viejo, el encargado de todo. El resto de los Varones contemplaban la ceremonia con aire solemne. Tres de ellos llevaban los colagatos sobrevivientes en torno al cuello.

Corbell decidió no unirse al grupo; se sentó aparte y mantuvo la boca cerrada. Ya llegaría su oportunidad.

Los nenes parecían tener entre cinco y siete años. Estaban confusos, pero inmensamente orgullosos. Gording, entre los adultos, se encargó de nombrar a cada criatura, enumerando sus características: su fuerza, sus hazañas, sus buenos y malos hábitos. Por un momento, Corbell tuvo la impresión de que uno de los niños era rechazado, cosa que no se ajustaba en absoluto a sus ideas previas. No tardó en comprender que no rechazaban al niño, sino su nombre; le estaban buscando otro.

La ceremonia se interrumpió súbitamente. Los nenes permanecieron con los Varones y los hombres salieron, charlando entre ellos. Krayhayft dijo a Corbell:

—Conozco ese aspecto y esa forma de caminar.

Corbell se aproximó.

—La forma de caminar indica que has usado los músculos en alguna tarea desacostumbrada. Y esa sonrisa luminosa, esos ojos enrojecidos, también los conozco.

—Tienes razón —respondió Corbell, con una amplia sonrisa.

—¿Te divertiste?

—No puedes imaginártelo.

—No, en verdad. Algunos de los nenes que llevamos con nosotros se esfuerzan en ser los mejores para seguir siendo dikta. ¿Puedes creer una cosa así?

—Por supuesto. ¿Tú no lo hiciste?

—No me importaba —gruñó Krayhayft—. No hacía nada bien. Quemaba la comida, mi espada nunca acertaba a la presa… No me gusta recordar aquellos tiempos. Recuerdo que quería ir a mi casa. ¿Qué sabe un niño de la diferencia entre vivir cinco o seis años y vivir para siempre?

—¿Y el sexo?

—¿Qué sabe de sexo un niño? ¿Qué sabe de sexo un Varón? Sólo puede mirar.

Y Krayhayft agregó, con una súbita sonrisa:

—Anoche fue la primera vez que vi…

Y demostró lo que quería decir golpeándose el pecho con el puño y lanzando un grito ululante.

—Estaba un poco chiflado.

—Eso parece normal.

—¿Y ahora qué pasa? ¿Cuánto tiempo vais a quedaros aquí?

—Si hay que reparar alguna máquina, nos quedaremos. De lo contrario, nos marcharemos mañana. Tenemos que encontrarnos con muchas tribus para decirles que hemos preparado Sarash-Zillish para recibirlas.

A Corbell se le estaba acabando el tiempo, pero no se atrevía a darse prisa. Por el momento no tenía nada que hacer y los demás estaban ocupados.

En el segundo piso, los Varones habían abierto algo que tal vez fuera un generador de energía, pero le ordenaron que se apartara de sus secretos. En otro cuarto las mujeres tejían telas de excepcional belleza y colorido.

—Durante la noche larga nos cubrimos —le dijo una de ellas.

Pero se negó a enseñarle a tejer, diciendo:

—La hebra podría amputarte algunos dedos.

—¿Tan resistente es?

—¿Y para qué hacer ropas menos durables?

Corbell robó un trozo de hebra; se lo quedó un momento antes de ponerlo otra vez en su sitio. Sin duda, era perfecto para estrangular a alguien, pero ¿dónde ocultarlo?

Vagabundeó por la cocina-comedor, sirviendo comida y observando a los cocineros. En otros tiempos había sido muy bueno en esos menesteres, pero ningún cocinero en su sano juicio trataría de trabajar en una cocina ajena sin inspeccionarla primero. Y no había caso. Los instrumentos de medida eran desconocidos, así como también lo eran los alimentos básicos y las especias. Si pretendía pagar de ese modo su estancia, tendría que aprender de nuevo el arte de la cocina.

Cerca ya de media tarde, una mujer se ofreció para relevarle en el mostrador. Le echó una segunda mirada y observó:

—Te sientes desdichado.

—Es verdad.

—Me llamo Charibil. ¿Puedo ayudarte?

No podía contarle *todos*, sus problemas, pero…

—Lo que pasa es que no soy demasiado útil por aquí.

—Los hombres no tienen por qué trabajar si no tienen ganas. Pero sabes hacer algo muy útil. Puedes acrecentar nuestra variedad de rasgos físicos.

La herencia genética era bastante limitada, por cierto. Sin embargo, había variedad. La misma Charibil presentaba los pliegues epicéntricos y las facciones delicadas de los orientales, aunque era tan alta como Corbell. También allí aparecía la uniformidad: piel clara, pechos anchos y chatos, cráneo medio desnudo y mechón crespo, estructura esbelta…

De pronto ella se levantó de un salto.

—Ven al salón de orgías, Corbell. Necesitas animarte. ¿Qué es lo que te aflige? ¿Estar lejos de tu tribu? ¿O el temor a la vieja dikta de la vara?

—Todo eso. Tienes razón, necesito animarme.

Si había pensado estar a solas con Charibil, se equivocaba. Al pasar, la muchacha llamó a tres amigas que se les unieron; después, una mujer menuda de pelo dorado se unió al grupo sin que nadie la invitara. Fueron cuatro las mujeres que llegaron al

complejo de dormitorios en compañía de Corbell. Allí había otras personas: un hombre y una sola mujer que parecían tener ganas de estar solos. Charibil y las otras mujeres tomaron súbitamente a Corbell por brazos y piernas, le balancearon con fuerza y le arrojaron por los aires, riendo ante su sorprendido «¡Eh!».

La superficie onduló al caer él y volvió a ondularse cuando ellas se le unieron. Todos reían. Por un momento la risa se le ahogó en la garganta.

Había un espejo sobre la cama.

Era imposible que no se hubiera dado cuenta de su presencia la noche anterior…, pero así era. Sobre las otras camas había esculturas móviles.

Corbell atrajo hacia sí a Charibil, se puso de espaldas a la cama, con ella encima, y se contempló.

Largo pelo blanco, fino, brotaba de la base color castaño oscuro, en el arreglo más absurdo que Corbell viera en su vida. La cara presentaba las arrugas de los gestos en torno a la boca y a los ojos. Era una versión delgada, musculosa y madura de alguien bien conocido para él: cierto criminal a quien el Estado había sometido al lavado de cerebro.

Ellas notaron su tensión. Le acostaron y le aplicaron una serie de masajes. El nudo de músculos se convirtió gradualmente en ocho manos que le acariciaban… y Corbell fue seducido por dos veces ante su propia sorpresa. Sentía que se estaba enamorando de cuatro mujeres: algo imposible para CORBELL Número Uno. En la tristeza que siguió al coito, Corbell supo al fin que Corbell había muerto. Optó por distraerse con preguntas.

—No, no todas las noches son como la de anoche —le dijo Charibil—. Anoche fue algo especial. Hacía cinco días cortos que no veníamos a esta sala. Nos gusta brindar un buen espectáculo a los Varones.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —respondió ella, en tono de vanagloria—. Ellos nos mandan y viven eternamente, pero hay una alegría que no pueden compartir.

Lo tenía en la punta de la lengua: «¡Tú también puedes vivir eternamente!», pero en cambio dijo:

—¿Qué hacen los hombres cuando no vienen aquí? Es decir, si no trabajan…

—Toman decisiones. Y además… veamos: Privatht es quizá nuestro mejor cocinero. Gording trata todos los asuntos con los Varones; ahora mismo está con ellos. Charloop idea cosas para enseñar y entretiene a los niños…

—¿Gording está en el campamento de los Varones?

—Sí, tienen que discutir un secreto importante. No quisieron…

—Tengo que ir.

Corbell rodó sobre sí para bajar de la cama. Si Gording y los colagatos estaban en el mismo lugar, él tenía que estar allí.

—Disculpadme la grosería, pero esto es muy importante.

Y se fue. A sus espaldas sonó una risa cosquilleante.

III

El crepúsculo estaba cerca. Los Varones y los nenes estaban asando un enorme pescado sobre las brasas. Ktollisp, mientras tanto, contaba una leyenda. Los niños dirigían toda su atención a dos serpientes peludas, indolentes. Corbell buscó la cabellera blanca de Gording.

Gording, Krayhayft y Skatholtz se encontraban apartados del grupo principal y hablaban varones a tal velocidad que Corbell no comprendió nada. Captó el equivalente

de Niñas y su propio vocablo, Ganímedes. El tercer colagato estaba enroscado como una espiral anaranjada sobre una roca, detrás de Skatholtz.

Cuando le vieron allí, Gording dijo:

—¡Bueno! Corbell tiene otras fuentes de conocimiento.

—Ni siquiera notó las implicaciones —se mofó Krayhayft.

—Gording tiene razón —dijo Skatholtz—. Corbell, en una de nuestras leyendas hay una frase que no tiene significado. La leyenda habla de la guerra entre Niñas y Varones, y esa frase dice que cada bando destruyó al otro.

Corbell se sentó junto a Skatholtz, con las piernas cruzadas.

—¿No tendrá algo que ver con ese planeta extraviado?

—Sí, con esa mota de luz que brilla más fuerte, pero que no se mueve contra el fondo de estrellas fijas. ¿Entiendes tú lo que significa?

Corbell había estado pensando que ese punto luminoso era el gigante de bandas gaseosas que Pirssa le había mostrado, pero no era forzosamente cierto. Si algo en el cielo aumentaba su brillo sin moverse, ¿no podría ser que se estuviera acercando sin movimientos laterales?

—¡Se nos viene encima!

—La expresión es correcta —observó Skatholtz.

¡Pero era monstruosamente injusto que Corbell hubiera encontrado la eterna juventud precisamente antes del fin del mundo!

—Son sólo suposiciones —dijo.

—Claro, pero las Niñas regían el cielo —dijo Krayhayft—. Al ver que habían perdido, es posible que hubieran apuntado a ese Ganímedes que dices en una larga órbita dirigida contra la Tierra.

No podía permitir que aquel satélite le distrajera. Cuando llegara la oportunidad, tenía que estar preparado. Pero ¿importaba en realidad? ¿Y si el *Don Juan* le hubiera traído de regreso justo a tiempo para presenciar el impacto con una luna perdida?

—Un momento. ¿Y por qué no una órbita breve?

Krayhayft se encogió de hombros. Skatholtz dijo:

—¿Quién sabe cómo era la mente de una Niña? Hace tiempo que todas murieron.

—Pero no eran estúpidas. Cuanto más larga fuera la órbita, mayores serían las posibilidades de que la luna no diera contra la Tierra. Después de todo han pasado…

Corbell dividió por doce y completó:

—…cien mil años.

—No sabemos cómo movían los planetas. ¿Cómo saber con qué dificultades se enfrentaron? Tal vez no había otra alternativa que una órbita larga.

Corbell se levantó. Se desperezó y volvió a sentarse en la roca pulida que estaba a sus espaldas: un gran canto rodado sobre el cual dormía un colagato, justo detrás de su cabeza. Apretó entre los pies una roca más pequeña, semienterrada.

—No me gusta esto. No me gusta el papel que me toca. Un pequeño cambio en el diseño del *Don Juan* y yo habría podido retornar cien mil años antes o después. ¿Qué posibilidades hay de que haya llegado justo a tiempo para el gran acontecimiento?

Gording se rió de él:

—¡Qué gran suerte, estar vivo en este momento!

—¡Lo mismo digo! —gritó Skatholtz. Corbell se ruborizó, preguntando:

—¿No es posible que la leyenda se refiriera a otra cosa?

—Por supuesto —respondió Skatholtz—. No hay ningún detalle.

—De acuerdo: las Niñas sabían que podían hacerlo. Buscaban venganza, pero ¿por qué en el cielo? Seguramente ya habían perdido su control. De lo contrario, habrían vuelto a poner la Tierra en su sitio, un poco más lejos de Júpiter, donde no recibiera

tanto calor. Por tanto, no estaban en condiciones de lanzar un satélite contra la Tierra, ni en órbita larga ni en órbita corta.

—De cualquier modo, esa luna se acerca —dijo Krayhayft.

Pero Skatholtz ordenó:

—Déjenle hablar.

—¿Les conté lo que me dijo Mirelly-Lyra? Ella…

Las frases en varones le hicieron tropezar, pero logró articularlas:

—Salió del tiempo cero con mil prisioneros. Algunos sobrevivieron hasta llegar aquí. Dijo que los Varones les apresaron a todos menos a ella, que logró escapar.

—Has perdido el hilo de tu pensamiento —le reprochó Krayhayft.

—No, todo coincide. Fíjense: si las Niñas hubieran estado tan cerca de la ruina, no habrían podido hacer gran cosa. Pero si los Varones mantenían a todos los dikta en el mismo lugar, ellas podían barrerlos a todos.

Mientras lo decía comprendió que estaba en lo cierto. Todos parecían reconocerlo… y eran mucho más inteligentes que él. Sin dikta no habría habido más Varones: sólo habría quedado una menguante población de inmortales que irían muriendo poco a poco por accidente, por aburrimiento, por voluntad de Dios.

—Si tu Mirelly-Lyra escapó —dijo Skatholtz— fue porque había pocos Varones para cazarla. Los nuevos dikta se convirtieron en mascotas mimadas; los mismos que en la prehistoria habían sido delincuentes.

Soltó una risa amarga y prosiguió:

—Pero la luna sigue en camino. Aunque sea el resultado fortuito de una mala maniobra de las Niñas, nos destruirá. Y aunque sólo nos pasara cerca…

Su varonés cobró velocidad… y los otros se unieron… más y más rápido, con excepción de Corbell. De pronto los Varones se levantaron para marcharse. También habían excluido a Gording.

Por un momento éste dio muestras de furia, pero en seguida se relajó. Corbell revisó su posición: el trasero bien asentado sobre roca lisa, los pies frente a él, apoyados en roca aparentemente firme… y no se atrevió a mirar hacia atrás. Gording dijo, con amargura:

—Los muchachos no tienen por qué discutir asuntos tan importantes con un dikta.

—¿De qué se trataba?

—Tienen que decidirse, ¿comprendes? Si el satélite choca contra la Tierra, será el fin de los tiempos. Pero si su ruta es casual, puede pasar cerca del mundo: mareas, terremotos…

—¡Oh!, Ciudad Dikta está junto al océano. Tendrán que Cambiarla de sitio.

—¿Cómo? ¿A dónde? No pueden dejarnos en libertad. Somos su tesoro, su fuente de recursos, su valiosa propiedad.

Gording estaba enojado, casi lo suficiente como para golpear el blanco más cercano. *Ya*:

—Tal vez sólo se lleven algunas mujeres, las mejores que encuentren, para unirlas con los nenes. Los Varones no escasean. Pueden esperar a que la raza vuelva a crecer en número. Después de todo, tienen que ser cuidadosos con la procreación, considerando que el material de origen fue un hatajo de rechazados por…

Con inesperada prontitud, con inesperada rapidez, Gording se abalanzó contra él. Corbell se apretó contra la roca y escapó a la arremetida de Gording. En seguida extendió la mano por encima de su cabeza.

El colagato, sorprendido en lo mejor de su siesta, trató de apartarse de un brinco, pero Corbell lo tomó por la cola.

Gording dio contra el suelo y volvió a lanzarse contra él, con el rostro inmutable, las manos listas para el asesinato. No fue lo bastante rápido. Corbell le arrojó el colagato a la cara. Los dientes de la bestezuela se cerraron contra la garganta de Gording, momento de distracción que el otro aprovechó para lanzarle un directo a la mandíbula.

Gording se hizo violentamente a un lado. El colagato era como un apretado adorno de piel, con los dientes aún clavados en su cuello, pero no estaba tan distraído como Corbell pensaba. Habiendo perdido su propio equilibrio, Corbell vio que el anciano se levantaba y agitaba el puño.

Se hundió duramente en su plexo solar, obligándole a doblarse en dos. Un relámpago le estalló en la nuca.

Le dolía el vientre… le dolía el cuello… estaba enroscado sobre un brazo entre pequeños frutos aplastados. Trató de enderezarse. Yacía entre varios Varones en pie que le miraban desde arriba. Skatholtz, sonriente, meneaba la cabeza.

—¡Magnífico, Corbell!

—¿Entonces qué hago aquí en el suelo, completamente dolorido? Pero no importa.

Se enderezó un poco más. Gording estaba en pie, tranquilo, cubriéndose con la mano la carne lastimada por los dientes del colagato. No parecía tener ningún interés en reiniciar la lucha.

—Perdóname —dijo Corbell—. Lo que dije estuvo mal. Tal vez fue por envidia. Todos vosotros sois... sois más inteligentes que yo, y se nota.

La mano que Gording se apretaba contra el cuello estaba llena de sangre. Respiraba profundamente.

—Comprendo —dijo—. Te expresaste sin pensar en un idioma que no dominas bien. Hice mal en ofenderme. Será mejor que vuelva con los dikta.

Se volvió y dio dos pasos vacilantes antes de que dos manos le aferraran por el brazo. Krayhayft sonreía; sus manos hicieron un ademán negativo.

—No lo hagas, Gording. No puedes volver con ellos. ¿Qué van a pensar cuando vean que tu pelo cambia de color?

Gording se echó a reír, diciendo:

—Valía la pena probar.

—¡Mierda! —exclamó Corbell.

—No, no, Corbell; tu representación fue buena. Pero la disposición de tus músculos te traicionó en todo sentido. No podía imaginarme por qué deseabas que te atacara y tuve que averiguarlo.

—Lo siento. No se me ocurrió otro medio. Aún no sé…

—Lo sabremos muy pronto —repuso Krayhayft—. Parece lógico. Un colagato te mordió días antes de que te encontráramos. Vimos la marca. Y nuestras tradiciones indican que los dikta no pueden gozar de la compañía de los colagatos. Sabemos que hace mucho tiempo era posible cambiar la naturaleza de un ser viviente, y sabemos que se hizo con los colagatos. Es posible que ellos puedan elaborar la inmortalidad como los varones elaboramos la saliva. Vamos a observarte durante la marcha, Gording, para ver si rejuveneces. Mientras tanto, Corbell, pensaremos algún castigo útil por tu engaño. Creo que ya tengo una idea. Ahora mismo nos vamos.

IV

Al desvanecerse la noche, la tribu echó a andar a lo largo de la costa. No llevaban alimentos ni agua. Júpiter era un disco redondo y brillante sobre la oscuridad del mar. El

misterioso planeta también lucía a poca distancia de él. Corbell distinguió algunos otros satélites y la sombra de una luna sobre la faz listada de Júpiter.

Uno de los nenes se había quedado dormido y le llevaban en brazos. Los otros preguntaban mil cosas a los sonrientes Varones. Corbell prestó atención a las respuestas: detalles de la marcha, otras bandas de Varones, máquinas maravillosas, la reunión en Sarash-Zillish… Nada que no hubiera oído o adivinado ya. Aguardaba una oportunidad para hablar a solas con Gording, pero ésta no se presentó. El dikta marchaba a la cabeza de la fila, bajo custodia. Cuando Corbell trató de alcanzarle se encontró con una barrera de puntas de espada.

Por la mañana sentía ya la sed.

Hacia mediodía, la sed era insoportable y los nenes se quejaban en voz alta. Gording mostraba las huellas del esfuerzo desacostumbrado, pero guardaba silencio; su marcha era ligeramente inestable y tropezaba de cuando en cuando.

Por la tarde llegaron a un río. Hubo ruidosos chapoteos: los Varones y los nenes bebieron y nadaron. Instalaron el campamento. Corbell, en compañía de otros, pescó con anzuelos improvisados y hebras de hilo traídas de Ciudad Dikta. No se le permitió que limpiara su pescado; no podía manejar cuchillos.

Pero aquella hebra resultaría perfecta para estrangular, a no ser que el estrangulador se cortara los dedos con ella. Mientras observaba su sedal descubrió que Krayhayft le miraba con una amplia sonrisa; éste alargó la mano y Corbell puso en ella la hebra. El río había cavado una profunda garganta en lo que antes fuera el fondo del mar, creando altos acantilados. Durante todo el día caminaron entre aquellas paredes retorcidas, de bellos colores. Al caer la tarde, allí donde los acantilados se estrechaban para tomar un brusco desvío, llegaron a una aldea escondida que ocupaba ambas márgenes del río, unidas por un ancho puente. Más allá de la aldea, la desolación se prolongaba hasta el horizonte.

Los aldeanos les dieron la bienvenida y les proporcionaron alimentos. Corbell los entretuvo con una antología de canciones publicitarias. Cuando Krayhayft comenzó a contar una leyenda, Corbell se acomodó contra una roca. Aquella aldea le parecía una trampa perfecta. Si los dikta seguían a un grupo de Varones desde Ciudad Dikta, tendrían que pasar junto a la aldea, trepando los acantilados y dejando huellas, para seguir después por aquella inmensa desolación, a menos que se arriesgaran a invadir la aldea…

En uno de los extremos del puente había una «cabina telefónica». El puente consistía en un ancho arco de cemento pretensado o algo aún mejor, de líneas singularmente hermosas. Era la única señal de tecnología avanzada entre estructuras más básicas y primitivas.

Acompañaron el pescado de esa noche con pan y maíz. Tenía que haber una «cabina telefónica» en funcionamiento que trajera esas mercancías. Pero, ¿funcionaría de verdad aquella cabina? Era demasiado evidente. Tal vez fuera una trampa.

Una voz susurró al oído de Corbell:

—No te dejaremos usar el *prilatsil*.

Corbell se volvió para mirar duramente al intruso; ni siquiera había mirado la cabina.

El Varón era de los de la aldea: un albino de ojos rosados y pelo dorado, de afilado rostro de hurón. Estuvo a punto de caer cuando se agachó junto a Corbell; su taparrabos era de piel de animal. Aquello significaba que era joven. Corbell ya había aprendido a distinguirlos. Los más viejos jamás se mostraban torpes y no se vanagloriaban de sus presas usando las pieles. El muchacho sonrió, diciendo:

—Prueba, si quieres. Te llenaremos de cardenales.

—Creo que vais a hacérmelo de cualquier modo —respondió Corbell.

Había estado pensando en el «castigo» de que hablara Krayhayft. Maldito Krayhayft; Corbell estaría hecho un manojo de nervios antes de que cayera la espada.

—Sí —dijo el muchacho—. Mentiste. Estaré allí cuando te llegue el castigo.

—Sádico —dijo Corbell en inglés.

—Adivino el significado. No, no castigamos por placer, sino para educar. Tu sufrimiento será instructivo para ti y para nosotros.

El Varón rió entre dientes, lleno de pedantería, con lo cual se reveló como mentiroso, y se levantó.

¿Qué sería todo eso? Corbell esperaba morir en cuanto Gording iniciara el proceso de rejuvenecimiento. Sabía demasiado. ¿O quizá se limitarían a lavarle e! cerebro? Se estremeció. De cualquier modo, era la muerte, aunque eso les permitiría utilizar los genes del antiguo delincuente.

Al partir se llevaron provisiones. Uno de los nenes se quedó en la aldea; seis aldeanos se unieron a la tribu, incluyendo al joven albino.

En esa zona, la plataforma continental había sido más amplia; todavía estaba desnuda y estéril. El día tocó a su fin antes de que llegaran a los frutales y, después, a los campos de maíz. Acamparon en los maizales.

Al tercer día se cruzaron con una tribu más numerosa. Durante un rato la tribu de Krayhayft permaneció mezclada con la de Tsilliwheep, intercambiando noticias. Tsilliwheep era un ser extraño: grande, mofletudo, de rostro sombrío; parecía el clásico matón de escuela, pero con melena totalmente blanca. No daba órdenes ni se mezclaba con nadie. Cuando su tribu siguió su propio rumbo se llevaron consigo a dos miembros de la tribu de Krayhayft y a dos de los nenes.

A veces veían desde lejos a algunos seres humanos que andaban solos. Skatholtz explicó a Corbell.

—Son solitarios. Se cansan de tener gente a su alrededor. Andan solos por una temporada. Krayhayft lo ha hecho seis veces.

—¿Por qué?

—Tal vez para averiguar si todavía se aman a sí mismos. O para saber si pueden vivir sin ayuda. O para dejar de hablar. Me parece que Tsilliwheep va a hacerse solitario pronto; tiene todo el aspecto. Se considera de muy mala educación hablar a los solitarios, molestarles u ofrecerles ayuda.

Avanzaban con las plantas a la cintura. En las primeras horas de la tarde divisaron una manada de búfalos enanos; eran miles y miles; a su paso oscurecían la tierra y provocaban un ruido atronador. Tuvieron que andar durante quince minutos para cruzar el sendero que habían abierto. El maíz pisoteado se mezclaba con el polvo, junto con los cadáveres de los búfalos envejecidos que no habían podido seguir la marcha. Corbell vio buitres por primera vez; habían sobrevivido sin cambios.

Skatholtz desvió el rumbo para llevarles por una ciudad en ruinas. Un terremoto, o quizá las armas de las Niñas, habían destruido la mayor parte de los edificios; el tiempo había pulido todos los bordes. Corbell vio allí *prilatsil* públicos blanqueados por la arena, pero pasó sin prestarles atención. No veía ningún indicio de que aquellas ruinas recibieran suministro de energía.

Los Varones habían establecido un campamento semipermanente en el linde más alejado de la ruinosa ciudad. La tribu de Krayhayft se unió a ellos y colaboró en la cena común aportando manojos de maíz. Corbell se dio cuenta de que lo estaban usando para cocinar.

Los miembros de la tribu local habían montado sobre rocas, por encima de la hoguera, un trozo de vidrio claro, de unos dos metros y medio de diámetro, a la manera

de gigantesco cuenco. Resultaba útil como cacerola, pero los bordes dentados eran peligrosos. Tenía que ser parte de algún coche-burbuja.

Al cuarto día se encontraron con dos tribus y se reunieron un buen rato con ellas antes de dejarlas atrás. El segundo de estos grupos se quedó con los dos últimos nenes. Corbell no pudo dejar de preguntarse si eso tenía algo que ver con su propia situación. Hay cosas que no se hacen delante de los niños.

Gording ya no tenía tantas dificultades para mantener el paso. Si llegaba la oportunidad, sería capaz de correr…, pero correr no serviría de nada, pues los Varones eran más rápidos. Había que conseguir un medio de transporte.

Las «cabinas telefónicas» no tenían suficiente alcance. Iban bien para ocultarse en una ciudad, pero no para escapar definitivamente, a menos que lograran llegar a la red de transporte para casos de emergencia que Skatholtz le había dibujado. Sería mejor disponer de un coche… o… ¿qué habrían utilizado los Varones para transportar aquellos doce dormitorios del tejado de Ciudad Dikta? ¿Algún helicóptero gigantesco? Tenía que ser un vehículo volador de gran tamaño.

Sería difícil encontrar alguna de esas cosas fuera de una ciudad. Tal vez sólo existieran en Sarash-Zillish. Pero llegarían allí demasiado tarde. Para entonces, el pelo de Gording empezaría ya a crecer negro.

El quinto día, a primera hora de la tarde, un solitario cazaba a lo lejos, entre el maíz. Saltaba, caminaba un poco, saltaba, caminaba: debía de estar cansado. Pero el canguro que perseguía estaba exhausto. Brincaba y caminaba torpemente, brincaba, caminaba, miraba por encima del hombro al solitario, cada vez más cercano… Al fin se detuvo y esperó a que el cazador se acercara y lo matase.

La tribu de Krayhayft se desvió de su ruta para dejar espacio libre al solitario. Pero éste tenía otros planes. Descuartizó rápidamente a su presa, se echó la carne sobre el hombro y tomó una dirección oblicua para reunirse con la tribu.

Estaba sucio. Le sangraba el antebrazo debido a que el canguro le había lanzado un mordisco. También había perdido el taparrabos. Pero sonrió, y su sonrisa fue como un relámpago blanco en medio del polvo; hablaba con la velocidad de una máquina de escribir eléctrica. Corbell pudo captar parte de lo que decía. Llevaba un año y medio como solitario, desde el final de la última noche larga. Había viajado, hecho cosas, visto maravillas. Había estudiado desde su escondite los rebaños de kchint y sabía más sobre ellos que cualquier Varón… Su rápido discurso se desvaneció cuando fijó los ojos en Corbell.

Este trató de escuchar lo que los Varones le decían sobre él, pero empleaban palabras desconocidas; el súbito tamborileo de la lluvia vespertina le impidió que entendiera nada. De todos modos, era evidente que el solitario se divertía mucho con lo que le estaban contando.

Cuando cesó la lluvia, el cielo, al aclararse, reveló unas torres cercanas cuyos extremos dibujaban la forma de una cúpula.

Acamparon a sólo una hora de distancia de lo que parecía ser una ciudad intacta. El solitario se había limpiado el barro que le cubría el pelo, que resultó ser castaño con bandas blancas, y había conseguido un taparrabos. Esa noche sólo habló él. Tal vez fuera ése el motivo de que los Varones se hicieran solitarios: carecían de cosas nuevas para contar.

Corbell durmió mal. Las torres formaban un arco partido contra las estrellas. Si pudiera liberarse, llegar solo a la ciudad… Pero cada vez que miraba a su alrededor descubría que alguien le estaba vigilando. Como si pudieran leerle el pensamiento.

V

Parhalding era más grande que Sarash-Zillish. Las polillas y la herrumbre habían hecho lo suyo, igual que el polvo, los hierbajos, los árboles y las enredaderas, que lo invadían todo. La mayor parte de los edificios seguían en pie. Los techos planos estaban repletos de cabezas verdes. Parras y moreras balanceaban la cintura. El maíz y el trigo crecían mezclados allí donde escaseaba la tierra fértil. En cambio, donde el polvo y el agua habían podido acumularse crecían viejos árboles retorcidos, repletos de nueces y frutas variadas.

Corbell cortó algo que parecía un limón hinchado (las ramas del árbol eran gruesas y bajas; su copa verde tocaba las enredaderas que trepaban hasta el segundo piso de un edificio de ventanas rotas. Pero los Varones trepaban como monos y estaban demasiado cerca; además, le vigilaban). La fruta tenía sabor a limonada, a zumo de limón con azúcar.

Parhalding era lo que cualquier ciudad abandonada. En Sarash-Zillish, Corbell había tomado por natural el estado de conservación. Había sido una tontería de su parte; debía haber buscado a sus cuidadores.

Las enredaderas formaban un bulto extraño cerca de la esquina; algo centelleaba en el interior de aquel bulto. La luz variaba a medida que iba avanzando; intuyó que las parras ocultaban un coche-burbuja. ¿Estaría muy estropeado? En ese momento captó una fugaz mirada de Gording. Se preguntó si algún otro se habría dado cuenta: no era posible que los Varones lo supieran todo…

Pero la tribu se había agrupado más estrechamente al caminar, como si temieran a los antiguos fantasmas. Formaban una masa compacta en torno a Corbell… y era Corbell quien tenía miedo.

El edificio al que se dirigían no tenía enredaderas, ni plantas en el techo. Alguien lo había mantenido en buenas condiciones. Corbell lo reconoció por su forma: era un hospital.

Las grandes puertas dobles se abrieron para permitirles la entrada. Los diez a doce Varones que rodeaban a Corbell estaban tan amontonados que parecía que iban a tropezar unos con otros, pero no ocurrió así. Lentamente se fue encendiendo una luz indirecta que puso de relieve las mesas de recepción, una ventana destrozada en la que aún se veían algunas espigas invisibles, transparentes y curvas, la alfombra-nube, los sofás hechos astillas, y una pared cubierta por mapas gemelos de proyección polar, en los que destacaban los helados y prominentes casquetes polares.

Un ruido ahogado, lleno de pánico, le hizo volver la cabeza. El solitario que se les había reunido el día anterior había caído de rodillas ante la puerta. Le faltaba la cabeza. Su cuello manaba sangre brillante.

Gording estaba acorralado. El albino se erguía, gruñendo, con las piernas flexionadas, entre Gording y la puerta doble. Cuando se aproximó, el dikta arrojó una piedra hacia él, como para no dar en el blanco. Corbell trató de entender qué se proponía. La piedra pasó por detrás del cuello del albino, giró bruscamente y rodeó su garganta. Entonces Gording tiró con fuerza de la otra piedra que aún tenía en la mano.

Corbell comprendió. El albino gritó sin voz y lanzó un manotazo al aire. Su cuello se partió limpiamente. Las puertas se abrieron para dar paso al cuerpo degollado, que retrocedía tambaleándose. Gording pasó rozándole, a toda velocidad, y desapareció.

Corbell se dio cuenta entonces de que dos Varones le cogían por los brazos. Los demás se habían lanzado en persecución de Gording. Su adiestramiento militar

pertenecía a un pasado muy remoto, pero aún lo recordaba: golpear la espinilla y, cuando el enemigo se arquea hacia arriba, girar y levantar el codo…

Sus guardianes desaparecieron como fantasmas ante sus golpes; un brazo en movimiento le golpeó precisamente sobre los ojos. Se sintió mareado y medio ciego; en estas condiciones le condujeron por un tramo de escaleras.

—Le atraparán pronto —oyó decir a Skatholtz.

—Tiene hilo. Tendremos que probar todas las puertas —replicó Krayhayft—. Esa hebra es casi invisible, y si toca a un Varón a la altura de la garganta… Ven, Corbell.

Después de haber subido cuatro tramos de escalera recorrieron un pasillo. Se encontraban ante un quirófano. Cuatro mesas con sus brazos de araña metálica.

—¡Noooo!

Corbell se debatió con fuerza. *Tu sufrimiento será instructivo para ti y para nosotros*. ¡Iban a disecarle! Le arrastraron hasta una mesa de operaciones y allí le sujetaron, abierto de piernas y brazos, boca arriba.

—¿Cómo sabéis que estáis enterados de cuanto sé? —gritó a Krayhayft, que se alejaba de espaldas.

Diablos, se había ido. Pero Skatholtz se sentó en otra de las mesas.

—¡Skatholtz, si destruyes mi cerebro perderás el único punto de vista diferente del tuyo! ¡Piénsalo!

—No vamos a destruir tu cerebro. No lo creo. Aunque hay cierto riesgo.

—¿Qué vais a hacerme?

—Nos entretendremos mutuamente.

En ese momento Krayhayft regresó llevando con él una probeta de… ¿plasma sanguíneo? Era un líquido claro. Se inclinó sobre la cabeza de Corbell y la instaló entre los brazos de acero que sostenían los instrumentos.

«¡Diles lo del coche!», pensó Corbell. Pero no lo hizo. Si tenía simpatía por alguien, aparte de sí mismo, era por los dikta. Que Gording escapara si podía.

Bajó un brazo de acero. Su punta hipodérmica vaciló un instante por encima de él; después se hundió en su cuello. Las fuertes manos de Krayhayft le sostuvieron la cabeza durante un tiempo interminable. Después la hipodérmica se retiró y el brazo volvió a su sitio.

Corbell aguardó. ¿Acaso ese líquido iba a hacerle dormir? ¿O sólo para paralizarle? Pero Skatholtz le estaba soltando los brazos y los tobillos y le ayudaba ya a ponerse en pie. Corbell se tambaleó. Aquella droga estaba surtiendo su efecto, sin duda.

Le condujeron por otros tres tramos de escaleras, por otro pasillo, hasta un pequeño teatro. Allí le dejaron caer en una silla tapizada con alfombra-nube. El polvo se levantó a su alrededor Estornudó y trató de levantarse, pero estaba demasiado aturdido. Algo estaba pasando en su mente.

Krayhayft trabajaba en alguna parte, detrás suyo. El teatro quedó a oscuras.

Unas luces brillaban en la oscuridad a infinita distancia. Estrellas: el cielo negro del espacio interestelar. Corbell descubrió constelaciones familiares distorsionadas… y en ese momento algo le reveló dónde estaba.

—¡ARN! —gritó en inglés—. ¡Me habéis inyectado ácido de memoria! ¡Grandísimos hijos de puta, lo habéis hecho otra vez!

—Corbell…

—¿Qué voy a ser esta vez? ¿En qué me habéis convertido?

—Conservarás tu memoria —respondió Skatholtz, también en inglés—. Recordarás cosas que nunca viviste. Nos lo dirás. Contempla el espectáculo.

Estaba aproximadamente a unos sesenta años-luz del Sol, viendo lo que había sido el Estado. Una voz hablaba en un idioma que Corbell nunca había oído. No trató de

comprender. Lo observaba todo con una fascinación que le resultaba familiar. *Adiós, CORBELL Número Dos,* pensó en el fondo de su mente, *agregando con un leve desafío: Pero aún estoy en lamentable libertad.*

Ciertas estrellas brillaban más que otras… y a su alrededor giraban sistemas planetarios, muy ampliados. De pronto todos esos sistemas, menos dos, se tornaron sombríamente rojos. Enemigos. Eran los mundos que se habían vuelto contra el Estado.

Uno de los sistemas rojos estalló y se disolvió en el fondo, destruida su colonia. Los dos sistemas neutrales se tiñeron de rojo. Otro sistema se desvaneció.

La escena se centró en el sistema solar, un sistema solar más grande que el que Corbell conocía, con tres gigantes gaseosas más allá de Plutón e incontables cometas pululantes. Varias flotas de naves espaciales salieron con rumbo a la colonia rebelde. Otras flotas las invadieron. Algunas parecían nidos de avispas; estaban compuestas por muchas naves agrupadas en torno a un estatorreactor Bussard. Otras, guerreros portugueses: eran miles de naves que se movían como pesas en el borde de una gran vela de plata. Las primeras flotas incluían naves-hospital y depósitos de combustible. Después se sucedieron ataques suicidas en masa.

Aquello siguió durante siglos. La utopía del Estado se convirtió en una civilización de subsistencia que volcaba todas las energías no indispensables hacia la guerra. Las flotas avanzaban un poco por debajo de la velocidad de la luz. Las noticias de éxito o de fracaso, las demandas de refuerzos, viajaban algo más rápidamente. El Estado estaba compuesto por Varones, Niñas y dictadores, todos unidos para el bien común. Corbell sufrió al ver que se rompía esa unidad.

Un rayo de luz bañaba el sistema solar: cañones de láser que disparaban desde la colonia Lejana. Lejana lanzó naves de guerra con velas de plata a una aceleración terrible. Las naves dejaban caer las velas y desaceleraban durante su trayecto hacia el Sol, para llegar precisamente detrás del rayo mucho antes de que el Estado pudiera prepararse. Corbell se agitaba en la silla; hubiera querido gritar para dar la alarma. El Estado venció a los invasores, pero no pudo detener la traición oculta.

La guerra prosiguió. Lejana, económicamente arruinada por su esfuerzo, cayó ante el contraataque. Hubo de pasar toda una generación (demasiado tiempo) para que los astrónomos descubrieran lo que los traidores de Lejana habían hecho en la oscuridad, más allá del rayo cegador, mientras toda la atención se centraba en los invasores. El Estado había buscado la luz de los vehículos a fusión, no la vaga luz acuosa de un nuevo planeta. Perséfone, el planeta que orbitaba más allá de Plutón, tenía una órbita peculiar, inclinada en forma casi vertical con respecto al plano del sistema solar. El nuevo rumbo lo había conducido ya muy dentro del sistema.

10^{23} toneladas de hidrógeno y de hielo compuesto de hidrógeno se dirigían directamente hacia el Sol, a velocidad de huida. Los océanos terrestres entrarían en ebullición.

El Estado hizo lo posible. Miles y miles de bombas a fusión, toda la artillería del sistema solar, se instalaron en el lado luminoso de Perséfone, precisamente por encima de la atmósfera. Una gran porción de su atmósfera se desprendió y quedó flotando como la cola de un cometa; su masa tiraba del denso centro de Perséfone. Un gallardete de gas, más voluminoso que la misma Tierra, quedó libre, circunvoló el Sol y volvió en forma de llovizna hacia el halo del cometa. Aunque hubiesen utilizado antes las bombas, el centro de Perséfone habría actuado igual. Era roca y hierro al rojo amarillo; despedía gran cantidad de rayos X al entrar en la fotosfera solar, donde desapareció.

El Sol aumentó su brillo.

Los océanos se redujeron, las cosechas se secaron, muchos millones de personas murieron antes de que el Estado pudiera colocar un disco de tejido reflector entre la

Tierra y el Sol. Se trataba de una medida provisional. El nuevo calor del Sol era permanente. Al menos en la escala humana de tiempo. La fusión se aceleraría en el interior del Sol, más caliente. El calor sepultado emergería hasta la superficie y, desde allí, al espacio.

El Estado contaba con un solo medio para sobrevivir. Podía mover la Tierra de la misma manera que Lejana había empleado para detener a Perséfone en su órbita.

—¿Comprendes lo que estás viendo?

—Sí —respondió Corbell, indicándoles que se callaran con un gesto.

—Teníamos miedo. El espectáculo luminoso era muy viejo, y la unidad de memoria también. Datan de la última época de las Niñas. Han permanecido en tiempo cero durante… cien mil años, tal vez más. Temíamos que estuvieran estropeados.

—Y los habéis probado en mí.

Pero su enojo parecía impersonal y remoto.

El Estado tuvo que abandonar las minas de Mercurio: un serio revés industrial. De todos modos estaban construyendo algo allá, en el cinturón de asteroides; algo enorme, como si fuera una nave estelar lo bastante grande como para transportar a toda la raza humana a lugar seguro. Pero no, no era eso. Corbell estaba fascinado. Sabía que podía deberse al ARN, pero de cualquier modo estaba fascinado. Apenas escuchó lo que Skatholtz decía.

—Era sensato, Corbell. Las Niñas que montaron este espectáculo regían el cielo. A ti estas cosas te son familiares. ¿Sabes ya quién fue el que lanzó un satélite contra nosotros?

—Todavía no. Calla y déjame…

Aquello ya había terminado. Dos tubos concéntricos, cada uno de ciento cincuenta kilómetros de longitud; el tubo interior medía un kilómetro y medio de diámetro y tenía gruesas paredes de construcción compleja; el exterior era más delgado, pero dos veces más ancho. En un extremo, la proa de un cohete en forma de campana. En el otro… Corbell sabía más de lo que estaba viendo. Cañones de láser readaptados, orificios de descarga, una falda flamígera, gruesas aletas romas, todo allí, en el extremo posterior. Estaban colocándole depósitos de hidrógeno líquido provisionales. La estructura se movía ya bajo su propia energía…, era un tremendo motor de fusión… y avanzaba hacia afuera, circundado por diminutas naves…, sí.

Corbell preguntó:

—¿Cómo se hace para bajarse de un elefante?

—¿Tengo que contestar?

—Nadie se baja de un elefante. Es preferible bajarse de un pato.

—¿Por qué?

—Es mucho más seguro. ¿Cómo se hace para mover la Tierra?

No era de extrañar que el espectáculo luminoso careciera de sentido para Skatholtz. Era impresionante contemplar la construcción de aquel motor, a pleno sol o en las agudas y negras sombras del espacio. Los diagramas presentaban una cierta lógica para un arquitecto, pero para Skatholtz eran sólo líneas en rotación. De cualquier modo, sin la unidad de memoria y sin la carrera espacial de Corbell, el Varón era aún lo bastante inteligente como para comprender en parte lo que estaba viendo.

—Hay otra cosa que se mueve —dijo—. El daño causado por el impulso de los cohetes y los errores que se puedan cometer no matarán a nadie si el cuerpo sobre el que se trabaja no tiene habitantes. Por tanto, se puede mover el cuerpo en cuestión hasta que la Tierra caiga hacia él como la piedra cae hacia el suelo. ¿Qué usaron como cuerpo de trabajo? ¿Ganímedes?

—Urano. ¿Puedes detener el espectáculo en esa imagen?

La conferencia se detuvo en la «concepción de un artista»: un arco borroso, curvo, de la atmósfera superior de Urano. El motor, flotando a su alrededor, parecía diminuto.

—¿Ves? —indicó Corbell—. Es un tubo doble, muy fuerte bajo la expansión. Flota verticalmente en el aire superior. Los orificios del fondo permiten la entrada del aire, que es hidrógeno, metano y amoníaco, compuestos de hidrógeno, como el aire que quema el Sol. Se disparan cañones de láser a lo largo del eje del motor, empleando un… color que el hidrógeno no dejará pasar. Así, se obtiene una explosión de fusión a lo largo del eje.

—No entiendo algunas de las cosas que dices. ¿Fusión?

—Fusión es el tipo de combustión de las estrellas. Probablemente utilizaron bombas a fusión contra las Niñas.

—De acuerdo. El hidrógeno entra en fusión en el motor…

—…y la expulsión se dirige hacia arriba y hacia afuera. Es más caliente a lo largo del eje y más fresca cuando llega a las paredes del motor. Toda la masa estalla hacia afuera, por el extremo de eyección. Tiene que alcanzar una velocidad de escape más alta que la de Urano. Como ves, presenta una especie de falda flamígera en su parte posterior. El aire profundo ejerce allí terribles presiones, detiene el tubo y lo impulsa hacia arriba otra vez. Se vuelve a disparar.

—Elegante —comentó Skatholtz.

—Eso es. Allí no hay nadie que pueda morir. Sistemas de control en órbita. La atmósfera sirve de combustible y absorbe el impacto, todo a la vez… y el planeta es casi todo atmósfera. Aun cuando el motor está apagado, flota a gran altura durante un rato, pues contiene compuestos de hidrógeno calientes. Si se deja que se enfríe cae, por supuesto, pero puede hacérsele volver a la atmósfera superior calentando el tubo con el láser y disparándolo *casi* hasta la fusión. Pon otra vez el espectáculo en movimiento, ¿quieres?

Skatholtz dio una seca orden a Krayhayft. Corbell siguió mirando.

La Tierra aguantó a duras penas. Hubo que colocar cables superconductores desde el casquete polar septentrional para utilizar su frío. El casquete se desheló. De cualquier modo, la gente murió por millones. No nacieron más criaturas, pues no había sitio para más. Costó más de un siglo poner a Urano en su lugar, a nueve millones de kilómetros de la Tierra, en su propia órbita. El planeta aceleró lentamente, arrastrando al mundo tras de sí… Y finalmente aumentó su velocidad, dejando atrás a la Tierra, en una órbita más amplia. La Luna se perdió.

El Sol se expandió por su propio calor interno. La luz era más rojiza, pero su mayor superficie enviaba más calor hacia el espacio… y hacia la Tierra. Por entonces las Niñas se habían hecho cargo de Urano y del motor flotante a fusión. Volvieron a mover la Tierra.

Hubo que moverla cinco veces. En cierto momento giró en órbita justo frente a Marte. Después lo hizo más hacia fuera. El horno interno del Sol se había estabilizado, pero la fotosfera seguía creciendo. Y fue necesario trasladar la Tierra una sexta vez…

Con la intuición aumentada por el tratamiento de ARN. Corbell pronosticó:

—Aquí fue donde se presentó el problema.

El planeta estaba demasiado caliente. Alrededor de cada sol estable hay una región, una banda bastante estrecha en la que un planeta similar a la Tierra logra temperaturas terrestres. Pero la banda de temperatura ideal del Sol se había acercado mucho a Júpiter. El mundo gigantesco podría haber atraído a la Tierra hasta sacarla de su órbita…, quizá en un curso de colisión.

¿Y si ponían a la Tierra en órbita alrededor del mismo Júpiter? Pero el calor del Sol se estaba estabilizando. La Tierra sufriría una Edad de Hielo permanente, a menos que Júpiter fuera alterado para conseguir mayor brillo.

—No entiendo esa última parte —dijo Corbell—. Pásala otra vez.

Krayhayft obedeció. Eran dos escenas astronómicas casi idénticas, divididas por una pared a través del espacio. Corbell vio que Urano se alejaba de la Tierra, caía detrás del Ganímedes y se quedaba rondando el sistema. La idea consistía en detener casi por completo el curso de Ganímedes. Naturalmente, la maniobra alteró muchas órbitas lunares.

—¿Qué fue lo que falló?

—No estoy seguro. Las Niñas querían una órbita rasante. Y, en cambio, la Luna cayó directamente hacia dentro. ¿Por qué?

Skatholtz no dio respuesta alguna.

Era difícil pensar en todo aquello. El profundo conocimiento de los eyectores gigantescos a fusión, de la atmósfera de Urano y de la guerra interestelar era muy reciente para él. Le permitía comprender la filmación histórica, pero cuando trataba de pensar en todos esos nuevos datos todo se convertía en una mezcla imposible. ¡Maldito Skatholtz! Después de todo, ¿qué obligación tenía Corbell de decirle nada? Pero el problema le fascinaba. El ARN provoca esa fascinación… y Corbell, aun sabiéndolo, no lograba que eso le importase.

—Veamos. Júpiter da más calor que el que obtiene del Sol. Es el calor restante de la época en que el planeta surgió de la nebulosa original, hace cuatro billones de años… de los míos. Por tanto, el planeta podría retener calor y dejarlo escapar durante muchísimo tiempo. Pero las energías serían las mismas, fuera cual fuese el ángulo en que hubiera caído la Luna.

—¿Y ese impacto provocaría fusión? ¿No ardería Júpiter?

—Júpiter es demasiado pequeño para arder como una estrella. No tiene bastante masa ni suficiente presión. Pero sí, habría una excesiva presión en la onda de impacto, delante de Ganímedes. Y además, calor.

—¿Fue difícil calcularlo?

—¿Qué?

Skatholtz dijo:

—Las cifras del calor provocado por una caída rasante debían ser simples. Las Niñas conocían la masa de Ganímedes y la altura de la caída. Podrían calcular cuánto calor adicional debía adquirir Júpiter para calentar lo suficiente el mundo. Pero… El calor obtenido por fusión es demasiado complicado para operar con él. Los cálculos de las Niñas se limitaron a la órbita rasante. ¿Sería mucho el calor agregado?

Corbell hizo un gesto de asentimiento, explicando:

—Mira, el centro de Júpiter se compone de hidrógeno comprimido, muy comprimido, hasta tal punto que actúa como metal. Ganímedes cae directamente en él. La fusión prosigue en la onda del impacto y aumenta, se intensifica: la explosión a fusión constante hace que la onda de impacto sea más y más grande. Desde entonces el calor no ha dejado de emanar.

—No lo comprendo bien, Corbell. ¿Tiene sentido para ti?

—Sí. Perdieron una luna, y eso las mató. Urano iba rumbo al espacio interplanetario. Las Niñas no pudieron traerlo a tiempo. Y su territorio era demasiado caluroso. Entonces trataron de tomar el de los Varones.

Corbell tomó conciencia de que el espectáculo había terminado. Los nuevos recuerdos que se instalaban en su cerebro seguían aturdiéndole, pero se sentía Jotabé Corbell. Su personalidad parecía seguir intacta.

—Eso significa que esa especie de satélite nuevo es Urano —observó Skatholtz—. Algunas Niñas han de haber sobrevivido. ¿Qué podemos hacer? No contamos con naves estelares ni podemos fabricarlas tan rápidamente. Corbell, ¿no podríamos utilizar tu vehículo de aterrizaje?

—No tiene combustible —respondió Corbell, riendo súbitamente—. ¿Qué harían con una nave espacial? ¿Lanzarse contra Urano? ¿O aprender a manejarla?

—Estás escondiendo algo.

—No creo en esas Niñas. Si hubieran sobrevivido, haría ya mucho tiempo que habrían hecho algo.

La llegada de Urano era demasiado dramáticamente fortuita. Esa coincidencia requería una explicación, y Corbell había pensado en ello. En todo caso, podía tratar de desviar la búsqueda:

—¿Y si se hubieran escondido en los Himalayas? Hay vida en uno de los valles altos. Es posible que hubieran instalado allí una industria constructora hace mucho tiempo.

—Los nombres que dices no tienen sentido para nosotros —dijo Skatholtz, ayudándole a levantarse—. ¿Puedes señalarnos esos Himalayas en una imagen del mundo? Abajo hay una.

CAPÍTULO 8 - MARCANDO AL AZAR

I

La escalera se alzaba en una larga diagonal que cruzaba la fachada de vidrio. La barandilla sólo se hacía horizontal en seis descansillos; por lo demás, corría directamente hasta la sala de recepción.

Skatholtz y Krayhayft intercambiaron rápidas frases en varones. Corbell pudo captar algo de aquella conversación: Skatholtz contaba la historia tal como Corbell la había relatado; Krayhayft la comparaba con las leyendas memorizadas durante los cientos de años que llevaba vividos. Había un deje italiano en los ademanes de las manos y en la forma de escupir las sílabas, pero los dos permanecían con el rostro inexpresivo. *Están asustados,* pensó Corbell; las «leyendas» deben de coincidir demasiado.

Trató de ordenar sus pensamientos. Le habían entregado demasiado material para que pudiera asimilarlo de una sola vez. Las Niñas podían haber sobrevivido hasta entonces. Pirssa había descubierto manchas de vida en lugares aislados. Pero, en todo caso, habrían actuado. Resultaba increíble que Corbell hubiera regresado justo a tiempo de presenciar una venganza planeada un millón de años antes.

Tenía que escapar. Era imprescindible, más que nunca. ¿Serían capaces los Varones de deslizarse por una barandilla? Es raro que hubieran practicado alguna vez. Pero tampoco Corbell lo había hecho últimamente.

—Eran tontas —decía Krayhayft—. Debieron haber elegido varios satélites menores y dejarlos caer uno a uno.

—El tonto eres tú —saltó Corbell, para su propia sorpresa—. Habrían tardado mucho en traer a Urano de vuelta en cada oportunidad. Se habrían alterado demasiadas órbitas. ¡Se trata de un planeta diez veces más grande que el nuestro!

—Tan grande que las Niñas lo perdieron de vista —se burló Krayhayft.

Skatholtz decía:

—El movimiento de los satélites de Júpiter es muy complejo…

Y Corbell exclamaba:

—¡Míseros arrogantes…!

En un gesto indiferente, apenas disgustado, el dorso de la mano de Krayhayft le golpeó bajo la barbilla, alzándole en vilo para arrojarle sobre los escalones.

—La unidad de memoria te ha hecho ver las cosas desde el punto de vista de las Niñas —dijo.

—¿Y de quién es la culpa?

Skatholtz le ayudó a levantarse. El codo le dolía mucho, pero no parecía tener nada roto, y eso era de gran importancia en esos momentos. Sin embargo, se alegraba de no haber probado con la barandilla: dos Varones esperaban abajo, en la sala de recepción, a que descendieran los jefes. Uno de ellos era joven; Corbell le calculó dos o tres años jupiterianos. En cuanto pudo, rompió a hablar como si quisiera acabar de una vez con aquello.

—Gording sigue suelto. No ha utilizado ningún *prilatsil*. La hebra que se llevó era mía. Ha de haberme rozado al pasar para quitármela del cinturón. No me di cuenta.

—¿Dónde está? —preguntó Skatholtz.

—Fue hacia el Norte y hacia el Este, hasta que perdimos su rastro. Hacia el límite de Parhalding.

—Tal vez no sepa lo del… —hubo allí una palabra que Corbell no entendió—. Revisen las calles, pero no los edificios. Así no podrá tendernos ninguna trampa con el hilo. Quizá trate de llegar a Ciudad Dikta a pie. Podemos detenerle. O quizá trate de encontrar un *tchiple.*

Corbell tomó nota de la palabra desconocida, mientras Skatholtz proseguía:

—Buscad los tchiples que estén en buenas condiciones y destruidlos. Ahora ve a transmitir las órdenes a los otros.

El Varón más joven salió corriendo, lleno de ansiedad. ¿Qué eran los tchiples? ¿Coches-burbuja? Cómo sabían los Varones que Gording no había usado las «cabinas telefónicas»?

—Tú debes desandar el camino hecho —indicó Skatholtz al otro—. Advierte a cuantos encuentres que hay un dikta suelto. Gording no debe volver a Ciudad Dikta.

De pronto giró sobre los talones y ladró:

—Nos miras fijamente, Corbell. ¿Tanto te fascinamos?

—Mucho. ¿No es posible que Gording use un *prilatsil* sin que vosotros lo sepáis?

—No —respondió Skatholtz, sonriendo, mientras señalaba el mapa de la pared—. Esa es una imagen del mundo, ¿verdad? Es muy vieja, de cuando esta tierra estaba aún cubierta de hielo.

—Sí. ¿Puedo usar tu espada?

Era una bravata; quería ver qué ocurriría. Pero Skatholtz le entregó la espada. Los Varones más jóvenes se habían marchado, pero Skatholtz y Krayhayft no parecían mostrar ninguna tensión. Corbell señaló con el mango:

—Estas son las montañas del Himalaya. Arriba, en los lugares más frescos, hay valles. Desde mi órbita vi que había manchas verdes, como de vegetación. Más hacia el Norte, en el mar de Okhotsk, están empleando energía para la industria. Tal vez sean sólo máquinas que siguen funcionando, pero…

—Podrían ser las Niñas. ¿Pero no hará allí demasiado calor para ellas? No, el polo está bastante cerca. Pero tú no crees que sea así, ¿verdad, Corbell?

—No. No tiene sentido que hayan esperado tanto. ¿Y cómo iban a construir naves espaciales?

—No sabemos cómo se construyen las naves espaciales —dijo Skatholtz, mirando por la ventana rota hacia el lugar por donde aparecería el nuevo planeta al caer las sombras—. Si Urano cae por su cuenta, no podemos hacer nada. Y si son las Niñas

quienes lo guían… ¿Qué quieren hacer? ¿Volar el mundo? ¿Enfriarlo otra vez para recuperar sus tierras? Tú conocías a las Niñas, Corbell.

—Yo conocía a las mujeres dikta.

—Tal vez aún haya Niñas en el mundo. Podemos amenazarlas, ¿o no? Urano estará sobre nosotros antes de que podamos llegar a esos lugares. Krayhayft…

Corbell divisó un movimiento en la calle, a gran distancia, y le tendió la espada.

—Toma —dijo.

Skatholtz se volvió para tomar la espada. En esa posición no podía ver lo que Corbell había descubierto: un coche-burbuja venía esquivando árboles a ciento treinta kilómetros por hora y disminuía ya la marcha. Pero Krayhayft debió de notar algo en la cara del hombre, pues se lanzó a la carrera gritando:

—¡Alerta!

Skatholtz, sorprendido, miró hacia atrás.

Corbell saltó por la ventana.

Los Varones eran rápidos en reaccionar. En el momento en que Corbell pasaba por entre las astillas de vidrio, un mango de espada le pegó fuertemente en los tobillos, haciéndole perder el equilibrio. Se encogió cuanto pudo, abrazado a sus rodillas. En vez de aterrizar de cabeza, cayó de hombros entre el maíz alto. Skatholtz atravesaba ya la ventana en una graciosa zambullida de cisne. Corbell rodó sobre sí mismo, se puso en pie y echó a correr.

Krayhayft arrojó su machete, que rozó perversamente la pantorrilla de Corbell.

—¡Detente o te mato! —gritó Krayhayft. Skatholtz ladró a sus espaldas, cerca ya:

—¡No lo hagas! ¡Sabe algo!

Corbell se hundió entre el maíz. El coche-burbuja se había detenido justo frente a la entrada. Una melena blanca, con una barba blanca, asomaban por entre las quebradas enredaderas que aún le envolvían. Gording se estiró para abrir la portezuela, sujetando un palo contra el tirante. ¿Por qué?

Al diablo con todo. Corbell se lanzó hacia adelante, dio la vuelta para entrar en el vehículo.

Allí estaba Skatholtz; boquiabierto, horrorizado, se detuvo bruscamente. Corbell le dio con la puerta en las narices.

Aquel palo contra el tirante… Gording tenía la hebra tendida a través de la portezuela y la sujetaba con el palo. Bien pudo haber amputado las manos de Corbell. Al diablo también con eso.

—¡Vamos!

—No conozco los códigos.

—Oh, por…

Corbell apretó cinco veces la figura del reloj de arena tumbado. Fue lo primero que se le ocurrió, y estaba bien: los Cuarteles de la Policía Internacional de Sarash-Zillish. El coche salió disparado.

Corbell miró hacia atrás, directamente a los ojos de Skatholtz, antes de que éste se dejara caer, con toda prudencia. Había perdido la espada. Debería de haber estado en la calle, tras él, pero no era así.

La sangre manaba de las pantorrillas de Corbell e impregnaba el material esponjoso que tapizaba el interior del coche. No podía hacer nada al respecto. Ni siquiera tenía un trapo limpio para vendarse las heridas. Y le escocían.

—Enrosca la hebra a la piedra —indicó Gording—. Hazlo ahora mismo, antes de que te cortes.

Corbell obedeció. La hebra era fina como una tela de araña, difícil de encontrar. Lo hizo con prudencia. Mientras tanto, el coche giraba a derecha e izquierda, esquivando matas, árboles y montones de basura.

II

En su huida de la Norn había utilizado un coche totalmente silencioso, a excepción del silbido del viento. Sin embargo, en esa oportunidad oía un gemido grave, casi subliminal.

—¿Es muy viejo este… tchiple? ¿Estaba en buenas condiciones? No se me ocurrió preguntar.

—No sé arreglar tchiples. Deben de tener dispositivos de seguridad. Los Varones que los construyeron los querían eternos, como ellos. ¿A dónde vamos?

—A Sarash-Zillish, donde los Varones pasan la noche larga. Allí hay máquinas que tal vez podamos usar. Ahora quiero saber otra cosa: ¿habrá también Varones?

—Creo que aún no. En realidad no lo sé.

—Tendremos que correr el riesgo. ¡Dios mío!

Corbell miraba fijamente algo que podría haber representado su muerte por estupidez: el disco.

—Ni siquiera se me ocurrió. No tengo disco de crédito. ¿Cómo iba a utilizar los coches? Y tú, ¿dónde conseguiste ése?

—Las leyendas dicen que en el gobierno de las Niñas se usaban monedas nominales. Deduje que cuando la Tierra se desheló debieron enterrar a los muertos fuera de la ciudad, para fertilizar el suelo. Huí en esa dirección y cavé; estaba en lo cierto. Niñas y Varones murieron por millares cuando ellas invadieron el lugar. Encontré huesos y más huesos, todos mezclados; algunos tenían ropas, y en las ropas encontré monedas nominales. Las probé en la ranura de un tchiple. Una de ellas todavía conservaba el relieve.

Y agregó, mirando a Corbell con expresión de duda:

—¿No recordabas que ibas a necesitar una moneda nominal?

—Tenía tantas cosas en que pensar… —argumentó Corbell, ruborizado.

—¡Qué poca suerte tuve al escoger aliado!

—Tienes razón. Gracias por venir a buscarme.

—No tenía más remedio, porque cometiste otro error. Este coche se guía solo, ¿verdad?

La velocidad se había estabilizado. Estaban ya fuera de Parhalding, cruzando un interminable y ondulante trigal.

—A menos que la espada de Skatholtz… —dijo—. Sí, se maneja solo.

—En ese caso, mírame el pelo.

La melena de Gording no tenía nada de peculiar. Estaba un poco enredada, algo grasienta, pero de un blanco uniforme… cinco días después de haber sido mordido por el colagato. Gording rompió el embarazoso silencio:

—¿Qué haré? ¿Volver con los dikta? ¿Decirles que existe la inmortalidad para los dikta, pero que Corbell la ha perdido? Tenemos que hallarla, Corbell.

—No lo puedo creer. Los colagatos no… ¡No lo creo! ¡Maldición, Gording, no había ninguna inyección aparte de la mordedura de un colagato!

—Algo que comiste, bebiste o respiraste. Has de haberte sentido raro después. Descompuesto. Regocijado. Desorientado.

—Envejecer es más complicado. Hay… ¿Sabes cómo envejecemos?

Gording se acomodó en el asiento, mirando a Corbell de frente. El anciano parecía no tener la menor prisa.

—Si lo supiera todo sobre el envejecimiento, yo mismo fabricaría la inmortalidad de los dikta. Sé algunas nociones generales. En el cuerpo se acumulan sustancias como si fueran… las cenizas de una hoguera que se apaga. El cuerpo se las arregla solo con algunas de ellas. Las reúne en vertederos de basura y las despide. Algunas sustancias peligrosas pueden ser retiradas de las paredes de venas y arterias o de los tejidos del cerebro por medio de medicamentos adecuados. El polvo y el humo que se acumulan en los pulmones se pueden lavar. Sin los servicios del hospital moriríamos mucho antes. Pero algunas… cenizas… se acumulan en las partes vivientes más pequeñas del cuerpo; no hay órganos que las retiren. Imagino que algún producto químico, algún medicamento, podría convertirlas en otra sustancia que se disolviera con mayor facilidad, sin matar la…

—Sin matar la célula. No haces más que adivinar, ¿verdad? Sabemos que la inmortalidad de los dikta existe, pero no sabemos cómo actúa del modo en que lo hace. ¿Cómo la consiguen los cuerpos de los Varones?

Gording hizo un gesto negativo.

—Por ahí no vamos a ninguna parte. La inmortalidad de los dikta fue la primera. Ha de ser más primitiva, menos indirecta. Relájate, Corbell. No puede pasar nada mientras el tchiple no se detenga. Podemos descansar.

—Es que tengo ganas de darme de cabeza contra una pared. Cuando me acuerdo de la forma en que te obligué a atacarme y cómo te arrojé ese colagato a la cara, con los dientes listos…

No sabía cómo decir «perdona» en varones.

—Qué extraña es tu manera de pensar. Sabes bien lo que esperabas. Un Gording joven, fuerte, de pelo negro, que se agarrara a tus rodillas, llorara contra tu velludísimo pecho y te ofreciera sus mujeres.

Gording se echó a reír y agregó:

—Sí, creo que así piensas. Pero no son mis mujeres. Se pertenecen a sí mismas, como yo me pertenezco a mí mismo, según y conforme lo permitan los Varones. ¿Recuerdas cómo reaccionaron las mujeres cuando hablaste de un hombre para cada mujer?

—Más o menos.

—Tu modo de vida debía de ser muy extraño. ¿No sabes que a veces las mujeres no quieren a los hombres? ¿Qué hace el compañero en ese caso? ¿Pide prestada la mujer de otro?

Gording se mostraba realmente divertido, y su actitud de tranquilidad resultaba contagiosa. Corbell se recostó más en el asiento, diciendo:

—Ya lo descubrirás, si conseguimos la inmortalidad de los dikta.

Su compañero pareció sorprendido.

—Creo que tienes razón. Tendríamos que liberarnos de los Varones y criar a nuestros hijos para que fueran adultos inmortales. El número de mujeres para cada nombre se iría reduciendo paulatinamente. Pero eso llevaría siglos.

Había sonreído al agregar la última frase. La lluvia se lanzó contra ellos a través del trigo y estalló contra la parte frontal del vehículo. Corbell trató de hacerse oír por encima de aquel trueno.

—¿Nunca tratasteis de escapar?

—Enviamos exploradores. La mayor parte eran hombres de dikta de dos años que acababan de regresar de los Varones. Eran demasiado jóvenes para obrar con prudencia, naturalmente, pero con sólo afeitarse la entrepierna y la cara podían pasar por Varones.

Algunos volvieron con la memoria lavada. Creo que los otros habrían vuelto también si les hubiera sido posible. Algunas mujeres partieron como exploradoras durante la noche larga. No volvió ninguna.

La lluvia tamborileaba entre el zumbido del motor. Corbell preguntó:

—¿No se les ocurrió escapar por el océano?

—Por supuesto, pero ¿cómo ocultar un barco a los Varones? Corbell, tú has estado al otro lado del mar. ¿Hay tierra allí? ¿Hay vida, o tal vez el calor es excesivo?

—Hay vida, aunque no tan abundante como aquí; además, es diferente. Sé que pueden comerse algunas cosas, porque Mirelly-Lyra me ofreció una buena variedad. Allí hacía calor, pero no tanto como para no poder vivir. Además, escucha: he visto vehículos marítimos lo bastante grandes como para albergar a toda la Ciudad Dikta. Si flotan o no, esa es otra cuestión.

—¿Dónde están?

—En lo que antiguamente era el lecho del mar, a un día de camino de donde está ahora.

Gording se quedó pensativo.

—Tres problemas. Uno, llevar los barcos hasta el mar. Segundo, el peligro que corremos si los Varones nos sorprenden. Tercero, y el peor, ¿qué les diremos a nuestros hombres cuando crezcan? ¿Que les privamos de la inmortalidad? Si descubrimos la inmortalidad de los dikta, Corbell, podemos conseguir que los dikta huyan por mar.

—Eso es lo que me duele. Lo tenía todo pensado. ¡Brillante! Todo indicaba que eran los colagatos… Oye, ¿estarías dispuesto a dejarte morder otra vez? Tal vez sólo se trate de los colagatos machos, o de las hembras, o de los de rayas grises. Precisamente aquellos que los Varones no llevan a Ciudad Dikta.

—Desuéllame vivo, si lo crees conveniente. Hay muchas posibilidades a mi favor. Si de cuando en cuando no tuvieras razón, hace tiempo que estarías muerto.

Corbell se arrellanó más aún en el material esponjoso. El rumor de la lluvia era cómodo, hogareño, seguro. Al fin se quedó dormido.

Y en su sueño corría, corría…

III

Algo le arrojó violentamente hacia adelante. Algo suave le explotó en la cara y le lanzó hacia atrás. La presión le hizo rodar, con la cabeza sobre los talones. Trató de levantarse y descubrió que ni siquiera podía mover un dedo. Trató de gritar y se encontró con que no podía siquiera respirar.

¡Una pesadilla! Correr por los pasillos del hospital, no poder inhalar bastante aire… las cabinas de la bóveda no funcionan… Salir de la bóveda, buscar cabinas de transporte instantáneo, doblar una esquina y… ¡La Norn! Paralizado hasta el diafragma, hasta los párpados cerrados, carente del sentido del equilibrio. Trata nuevamente de gritar. ¡El bastón!

Pero el grito le hace aspirar a través… A través de aquello que le cubre la cara. Jadea; un poco de aire se va filtrando lentamente. Es algo poroso. Sí, y lo del hospital pasó hace mucho tiempo.

Las vueltas cesaron. Tuvo la sensación de estar cabeza abajo. Iba con Gording… en un coche… La presión era cada vez menor. Empujó con las dos manos y aquella cosa cedió como… un globo. Movió un brazo y encontró la puerta y el pasador. La abrió trabajosamente, luchando contra el poroso globo; se deslizó de lado y acabó cayendo de cabeza.

El coche estaba volcado en el trigo húmedo. Al rodar sobre sí había abierto un sendero perfectamente nítido. Gording estaba en la parte trasera, observando una espada rota que había sido clavada bajo una cubierta hermética.

—Sabía que teníamos dispositivos de seguridad —dijo alegremente.

El alivio hizo que Corbell hablara balbuceando:

—Últimamente me he escapado demasiadas veces por los pelos, y estoy mezclando todos los recuerdos. ¡Dios mío, qué pesadilla! Por un momento me pareció que estaba huyendo de Mirelly-Lyra.

—Te asusta de veras esa vieja dikta.

—Más que los Varones. Me hizo pasar momentos espeluznantes. La ciudad estaba llena de *prilatsil*, ¿entiendes?, y no podía saber dónde aparecería ella ni dónde aparecería yo. Lo único que me quedaba por hacer era buscar un *prilatsil* y marcar al azar, una y otra vez. A veces ni siquiera funcionaban. Y, mientras tanto, ella venía rastreando el casco de mi traje de presión. Es probable que aún lo tenga. Al menos… espero que así sea…

—¿Qué importancia tiene?

—Te lo diré en el camino.

Corbell hizo una pausa. Después murmuró:

—Por un momento hubo…

—¿Algo?

—Algo se conectó en mi cerebro primitivo, pero desapareció al instante. No importa; ya volverá.

Corbell echó una mirada a lo largo del camino abierto en el trigo y señaló en esa dirección.

—Sarash-Zillish queda hacia allá. Ojalá supiera a qué distancia. Cuando lleguemos a la selva, estaremos cerca.

Por el momento sólo se veían espigas ondulantes. Gording recuperó cuidadosamente la espada rota de Skatholtz. Buscó la roca a la cual había atado el hilo y, con otra más, reconstruyó su arma. Los globos de seguridad del tchiple estaban casi desinflados. El dikta palpó el interior del vehículo hasta localizar el disco de plástico.

El Sol era un fiero platillo volante que se ponía entre las nubes. Iniciaron la marcha entre el trigo húmedo mientras Corbell comenzaba a contar cómo habían perdido las Niñas aquella luna.

Hacia la mañana encontraron un arroyo. Júpiter les había iluminado el camino con rayos anaranjados horizontales que daban a la tierra un brillo desacostumbrado. Corbell se metió en el agua antes de verla. El arroyo era superficial y perezoso; en él crecían plantas acuáticas, probablemente formas imitantes del trigo o el arroz.

Corbell se arrodilló para beber y se frotó las pantorrillas para lavar la sangre seca. Cuando levantó la cabeza, Gording sostenía un pez que vibraba entre sus manos.

—¡Gording, qué rápido eres!

—Será nuestra cena —dijo, comenzando a limpiar el pescado.

—¿Podremos encender fuego?

—No, no debemos dejarnos ver. No hay remedio. Ni siquiera de lejos podemos pasar por Varones. Lo comeremos crudo.

—No, gracias.

—Como quieras.

Aquel punto de luz estable no había aumentado su brillo. Era extraño que hubiera llegado tan pronto. Pero Urano había estado acercándose a Júpiter en la extraña órbita que le impusieran las Niñas, cuando el *Don Juan* llegó al sistema solar. Corbell transmitió sus ideas a Gording; éste meneó la cabeza.

—No he hecho los cálculos, pero creo que las órbitas de Júpiter y de Urano se van a cruzar eternamente si lo dejaron libre después de dejar caer a Ganímedes. Pero ¿por qué lo dejaron en libertad? Debieron tratar de hacerlo volver para corregir el error.

—Tal vez se enteraron de que había una guerra y volvieron en las naves a la Tierra para bombardear a los Varones desde la órbita. Jamás llegaron.

Gording se había comido todo el pescado, con la sola excepción de las espinas.

—Es difícil que las Niñas esperaran tu retorno para tomar venganza —dijo—. Y es difícil que Urano, moviéndose libremente, se cruce con la Tierra precisamente cuando tú vuelves. Creo que tu explicación es correcta, Corbell. Debemos ir a Ciudad Cuatro y buscar a la vieja dikta que tiene el casco de tu traje a presión. De lo contrario, veremos el fin del mundo.

—Tenía miedo de oírtelo decir. Está bien. En Sarash-Zillish hay un tchiple que funciona. En él vine desde el Cabo de Hornos. Ojalá supiera el código para volver, pero no lo sé.

—¿Y si marcamos al azar?

—Tal vez. Primero me gustaría probar con el sistema subterráneo. Allí hay mapas.

Y agregó, levantándose:

—Vamos.

Con el alba les llegó un rugido que les heló hasta la médula. Corbell giró bruscamente la cabeza y se encontró frente a un león enano que le miraba desde una ligera prominencia del terreno, a diez metros de distancia, rugiendo desafiante. La espada rota de Skatholtz golpeó contra su palma.

—¡Ataca! —gritó Gording, cargando contra aquella bestia, del tamaño de un gran perro.

Corbell se lanzó tras él. El león pareció desconcertado, pero en seguida se decidió y corrió hacia Gording. Este se apartó en una especie de danza. El león se volvió directamente hacia Corbell, que volcó todo su peso tras la espada, apoyándose en ella para clavarla entre las costillas del león. La fiera rugió, arrojándole un zarpazo que no dio en el blanco: una de las patas delanteras había desaparecido misteriosamente. Gording repitió su triquiñuela. La otra pata desapareció también.

—¡Ahora corre! —gritó Gording.

Corrieron en dirección a Sarash-Zillish. En el aire limpio se divisaba ya la azulada línea de los primeros árboles.

—El león macho… —jadeó Gording— lleva la presa… hacia la hembra.

Corbell miró hacia atrás. Algo del color del trigo brincaba entre las espigas. Echó una mirada a su compañero y observó:

—Te… agotarás. Tendremos… que pelear.

Los dos se detuvieron, jadeando. La cautela de la leona les dio tiempo a recuperar el aliento. Cuando el animal apareció entre las espigas les encontró allí, como dos estatuas de atletas, separados por una distancia de dos metros y medio. Rugió, pero ellos no parpadearon. Lo pensó mejor. Volvió a rugir. Corbell permaneció inmóvil, confiado y feliz.

La hembra se retiró. Por dos veces volvió la vista, pero reconsideró las cosas y optó por marcharse.

Corbell reanudó la marcha con una sonrisa idiota dibujada en su rostro. No podía evitarlo; se reproducía cada vez que relajaba su faz. De contar con un compañero normal hubiera estado vanagloriándose sin piedad, pero Gording, evidentemente, consideraba cerrado el incidente. Ni siquiera demostraba respeto ante la eficiencia de Corbell, lo que no dejaba de ser halagador. Al fin éste dijo:

—Si fueran leones de veras nos habrían hecho pedazos. ¿Por qué hay tantas versiones enanas de animales grandes?

—¿Las hay?

—Sí: leones, elefantes, búfalos. Seguramente hubo como diez mil años jupiterianos de hambre antes de que el suelo se volviera fértil. Los animales grandes debieron de sufrirla más, o tal vez murieron de agotamiento por calor: demasiado volumen y poca superficie.

—Te creo. Cuando te miro veo una especie distinta de dikta. Nosotros hemos tenido tiempo de adaptarnos a la luz rojiza, a las noches largas, a los días largos. Si Urano amplía ahora la órbita del mundo, todo se perderá.

—Lo sé.

—¿Estás listo para enfrentarte a Mirelly-Lyra?

—Sí.

Corbell se estremeció, aunque la mañana no era demasiado fría. Pronto iba a refrescar más. Trató de imaginar seis años de noche… y vio a Mirelly-Lyra acechándole en la oscuridad.

—Sería bonito —dijo— descubrir la inmortalidad de los dikta antes de encontrarnos con ella. Esa mujer haría cualquier cosa por conseguirla.

—Si alguna vez la descubrimos, quiero ser el primero en probar.

—Tiene que existir en grandes cantidades —respondió Corbell, riendo—. De lo contrario, la habrían tenido… custodiada.

—¿Por qué vacilaste?

—Custodiada. La bóveda del hospital de Sarash-Zillish no estaba custodiada. ¿Es que los Varones se sentían muy seguros de que los dikta no podrían llegar hasta allí? Parecía una bóveda como cualquier otra, pero faltaban el sistema de custodia, la puerta de la caja fuerte, el *prilatsil* sin salida y las cabinas de vidrio a la altura del techo.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Qué importaba que uno, dos o tres dikta encontraran la inmortalidad? La cámara custodiada de Ciudad Cuatro estaba protegida de los dikta por los dikta que la poseían. Por lo menos eso es lo que descubriste.

—Me equivoqué. La Ciudad Cuatro era antigua, pero no tanto como Parhalding. Más bien como Sarash-Zillish. Creo que Ciudad Cuatro fue construida por los Varones.

Los árboles estaban más cerca. Eran frutales, y Corbell estaba hambriento. Pero apartó esa idea. Estaba al borde de un gran descubrimiento…

Cenizas de una hoguera que se apaga. La mayor parte sale con las heces y la orina, pero no todo; la urea puede acumularse en las articulaciones y provocar la gota. El colesterol se acumula en las venas y en las arterias. Pero aun cuando todo eso ha sido eliminado, sigue habiendo moléculas inertes que se acumulan en la célula misma. Imagina el milagro que pueda quitarlo. Y ahora dime cómo es.

—¡No había nada que guardar!

—No entien…

—En Sarash-Zillish no había nada que custodiar. Lo entendí todo al revés. ¡Iuuuujuuu! ¡Lo descubrí! ¡La inmortalidad de los dikta!

Gording retrocedió un paso.

—Ya otra vez dijiste que lo habías descubierto. ¿Qué bestia feroz tendrá que morderme ahora?

—No te lo diré. Ya me pasé de listo la otra vez. No volverá a ocurrirme. Vamos.

Los árboles estaban cerca y Corbell tenía hambre.

IV

Corbell caminaba en solitario por las calles de Sarash-Zillish. Le escocía la cara, la coronilla, el pecho. Trataba de no sentir la acidez de estómago. ¿Cómo caminan los solitarios? Sólo había visto uno de cerca. Aquél estaba seguro de que le darían la bienvenida; su paso era elástico y confiado, muy propio de un Varón. Corbell trató de caminar así, con paso elástico y confiado.

Las ventanas de Sarash-Zillish estaban a oscuras. Las calles, vacías y silenciosas. Toda aquella pantomima podía resultar innecesaria.

Se habían llenado el estómago de fruta en los bosques que rodeaban Sarash-Zillish. Allí, Corbell se había afeitado la cara, el pecho y diez centímetros de cráneo en torno a un mechón frontal, utilizando la espada rota. Gording se había cortado la cabellera blanca y se había afeitado, aunque no le iba a servir de mucho; había Varones albinos de pelo blanco, pero ninguno se movía como si le dolieran las articulaciones.

Varios Varones salieron de lo que parecía ser un supermercado; iban riendo y bromeando. Corbell dobló una esquina para no encontrarse con ellos, tal como lo habría hecho un solitario. A cierta distancia podía pasar por uno de ellos. De cerca, no había la menor posibilidad. Al diablo con la inmortalidad de los dikta: El no tenía doce años. Le hubiera gustado que Gording estuviera a su lado, pero eso habría sido el desastre: en ese caso, dos era el número fatal.

En aquel lugar se espesaba la maraña que bloqueaba la calle. Corbell se metió en ella. Las enmarañadas enredaderas se elevaban casi verticalmente hasta una pared. Corbell caminó a lo largo de ella.

La pared presentaba una ligera curva hacia dentro. Tal vez formaba un círculo o una elipse. Había una grieta cerca de la cual la maleza se espesaba y crecía a mayor altura, como si el parque se filtrara por la abertura. Corbell pasó junto a ella y prosiguió la marcha. Había ruidos silvestres: ramas de árbol agitadas por la brisa, silbar de pequeños pájaros, un súbito graznido, seguido por una carcajada que hizo saltar a Corbell. ¡Varones! Había Varones al otro lado de la pared. Y ésta acababa un poco más allá.

Al otro lado de la abertura, un adorno de Navidad, de tres metros y medio, flotaba por encima de las enredaderas, que llegaban hasta las rodillas de Corbell. Este pensó un momento. Después, a la vista del automóvil, comenzó a buscar una rama recta. La mayor parte de los arbustos no le servían, pero encontró uno que podría utilizar, aunque era algo corto. Dio hachazos en su base con la espada rota hasta que logró desprenderlo. Después se sentó, cruzado de piernas…

¿Por qué se entretenía Gording?

Gording venía muy atrás, siguiéndole. Si alguien les observaba, serían sólo dos solitarios que, por casualidad, avanzaban en la misma dirección, que, por otra parte, era muy lógica: hacia el parque.

Sentado en el suelo, Corbell sacó la hoja de la empuñadura rota y empezó a descortezar la rama. Cuando los Varones se acercaron por entre la maleza, a través de lo que había sido un portón del parque, apenas levantó la vista. Dos, cinco, diez Varones con un gigantesco pavo colgando de una vara. ¿A dónde iban con eso? ¿A alguna cocina del edificio más próximo? Oyó una voz más alta, seguida por una pausa; juzgó que le habían llamado y levantó la vista. Por un momento sostuvo la mirada de un Varón sonriente; en seguida volvió deliberadamente a su trabajo. ¿No veían acaso que estaba solo? Los solitarios eran muy capaces de tomar la iniciativa, siempre y cuando tuvieran ganas.

La nueva empuñadura iba tomando una linda forma. Probó su extremidad en la hoja. Demasiado grande. Tendría que hacerla algo más pequeña, tallar una ranura y meterla dentro. El susurro provocado por el paso de los Varones disminuyó, alejándose a lo

largo de la calle; sin embargo, dos voces quedas e intrigadas hablaban a muy poca distancia. Echó una mirada furtiva.

Estaban muy cerca y le miraban mientras conversaban. El coche estaba… ¡*Gording estaba agachado detrás del coche*!

¿Cómo había llegado hasta allí? Corbell no había oído el menor ruido. Probablemente había visto desde lejos el vehículo y había pasado por encima del muro para llegar hasta allí por el parque. Allí estaba, inmóvil, pero a todas luces culpable para quien le viera.

El muchacho alto, de melena negra y esponjosa, volvió a llamar a Corbell:

—Te pido mil disculpas por la interrupción. ¿Podemos ver tu trabajo?

Corbell estiró las piernas y se levantó con lentitud. Rápidamente dio un brinco hacia el coche.

La portezuela estaba abierta, tal como él la había dejado. Sólo eso evitó que los Varones le detuvieran. Gording se había adelantado, entrando por la otra puerta. Corbell cerró la suya de un golpe y se aferró de la manivela, echándose hacia atrás para mantenerla cerrada, mientras Gording manoseaba el tablero.

El Varón de pelo negro corrió al lado del coche, tironeando de la puerta por más tiempo del que Corbell habría creído posible. Al fin se quedó atrás.

—Cuatro de cualquier cosa, dijiste —observó Gording—. Apreté ése.

Eran las comas cruzadas.

—No sé a dónde nos llevará. Veamos si es posible cambiar el rumbo.

Corbell apretó cuatro veces la pi torcida, diciendo:

—Ni siquiera sé si hay terminal de subterráneo en esta zona. No he visto ningún cubo gigantesco. En todas las demás ciudades había un cubo gigantesco.

—Tranquilo, Corbell. Si no encontramos el subterráneo, al menos tenemos un tchiple. Marca al azar.

—Perdí mi espada.

—Yo todavía tengo la hebra.

—No era eso lo que quería decir. Pensé que la estaba arreglando bien, pero por la forma en que reaccionaron esos Varones debo de haber hecho algún desastre. Pero no importa.

En la alocada fuga por la ciudad vieron sólo a un Varón: un solitario flaco y desarrapado que escalaba tres pisos en las ruinas de un edificio situado hacia el centro de la ciudad. Al pasar el tchiple, sus ojos hundidos sostuvieron la mirada de Corbell hasta que el vehículo se desvió por la calle transversal.

La noche larga estaba aún a un año de la Vieja Tierra. Bien podía ser que aquel solitario y las dos bandas que merodeaban por el parque fueran la población total de Sarash-Zillish. Sería bueno creerlo; bueno y estúpido. Sarash-Zillish tenía que figurar en ese sistema de cabinas a corta distancia. Era demasiado importante como para no figurar. Corbell dijo:

—Tal vez algunos miembros de la tribu de Krayhayft hayan llegado aquí antes que nosotros.

—No saben a dónde íbamos, ¿verdad?

—No saben que queremos llegar al Cabo de Hornos, pero no me gusta subestimarlos.

El coche redujo la marcha y se detuvo, aplastando la maleza. Mientras salían, Gording preguntó:

—¿Dónde estamos?

La escasa hierba de la calle se espesó hasta convertirse en jungla mientras trepaban la cuesta de la derecha. Corbell saltó al techo redondeado del tchiple. Los cítricos

formaban un bosquecillo extrañamente plano y rectangular. Algunos árboles parecían muy viejos.

—No lo sé.

—Pero ¿por qué nos trajo el tchiple hasta aquí? ¿Dónde está el subterráneo?

—Debería estar aquí, erguido ante nosotros. En todas las ciudades que he visto, el edificio de subterráneos era un cubo enorme.

Gording trepó también al techo, juntos observaron el rectángulo de selva.

—Pero los subterráneos están bajo tierra —observó Gording—. ¿Qué necesidad hay de que sean tan altos?

—No sé lo que hay en los pisos superiores. Tal vez oficinas públicas.

O pisos para alquilar. No sabía la forma de decirlo en varones.

—Tal vez construyeron el subterráneo, pero no el edificio.

La extensión de selva era casi tan amplia como los cubos de Ciudad Uno y Ciudad Cuatro.

—Podría ser —dijo Corbell—. Y, en cambio, construyeron un parque. Después sobrevino el deshielo y todo se cubrió de polvo.

Pero ¿dónde habrían colocado las entradas? ¿Escaleras mecánicas en el centro? No, allí los árboles crecían más tupidos aún.

Allí donde el suelo se elevaba desde el nivel de la calle, en mitad de la cuesta, había una depresión; el agua se había acumulado en ella formando un estanque pequeño y sucio, salpicado de hierbas. Corbell pronunció unas pocas palabras en voz muy baja.

—No lo entiendo —dijo Gording.

Corbell señaló el charco.

—Bajo las hierbas, el agua, la basura y el barro, allí deben estar los escalones que llevan hacia las puertas. Tenemos que cavar. Tenemos que buscar palas y sacar toda esa porquería. Luego veremos si abajo hay todavía algo que funcione.

—No.

—¿Cómo que no?

—No nos dejarán —replicó Gording, señalando hacia atrás.

El solitario de cara afilada venía trotando hacia ellos desde el otro extremo de la ancha calle. Traía una espada de hoja ancha, extrañamente curvada. Mucho más atrás, varios Varones salieron de un edificio.

—¿No podrías alcanzarlo con tus piedras?

—No. Está sobreaviso. Sabe que somos peligrosos. Cortará la hebra con la espada.

—Al coche, pues.

Bajaron del techo y entraron. Corbell, frustrado, preguntó:

—¿Cómo pudieron llegar tan pronto?

—No pudo ser en coche. ¿Hay *prilatsil* en Sarash-Zillish?

—¡Oh, claro!, lo debieron utilizar.

—¿Y no podemos usarlo nosotros?

—Sí. ¡Sí! ¡No tenemos por qué cavar! Si es que todo eso funciona todavía. El subterráneo no ha recibido ninguna atención.

El solitario estaba ya muy cerca. Corbell marcó uno de los números que guardaba en la memoria: dos comas cruzadas, una S invertida, un reloj de arena tumbado, una pi torcida. El coche aceleró suavemente. Once muchachos lo vieron marchar.

—Se las arreglarán para seguirnos. Nos seguirán otra vez —aseguró Corbell—. Tenemos algo de tiempo, pero no mucho.

Desde el exterior, aquello era una copia del edificio de oficinas en que Mirelly-Lyra había devuelto a Corbell su traje de presión. Pero en aquella versión, los ascensores funcionaban. Siempre siguiendo el esquema, Corbell probó el tercer piso.

Aquello funcionaba. Hileras de puertas cerradas.

—Mi moneda nominal nos las abre —informó Gording.

Golpearon una puerta a puntapiés. Era sólida. Gording preguntó:

—¿No hay *prilatsil* que no estén encerrados detrás de una puerta?

—Sí, en el techo. Pero los muchachos podrían estar allí a estas horas.

—¿Conservaste al menos la hoja de la espada?

Corbell se la entregó. En ese momento se le ocurrió que los ascensores podían tener indicador. Volvió a entrar al ascensor y oprimió todos los botones. Si se detenía en todos los pisos, los Varones tendrían que buscarlos en cada uno de ellos. Bajaron en el cuarto. Mientras bajaba, de puntillas, oyó una serie de ruiditos sordos por encima, como si fueran carreras de ratas.

Gording había desatado la hebra de las piedras para atar un extremo a la hoja y el otro a su taparrabos. Hecho esto, cortó con el filo la alfombra-nube ante la puerta de una oficina.

—Vigila las escaleras —dijo.

—¿Con qué arma?

Gording no se dignó siquiera a levantar la vista. Corbell se plantó, desarmado, ante la puerta de las escaleras. El primer Varón que pasara le mataría; estaba seguro de ello. Tal vez Cording lograra escapar. Pero ¿qué estaba haciendo?

Gording pasaba la hoja por debajo de la puerta, con los dedos. Después tiró hacia arriba con el extremo atado al taparrabos. Dio tirones hacia los lados. Dio patadas a la puerta y ésta se estremeció. Un nuevo puntapié la hizo ceder, con un tremendo crujido. La hoja era más fuerte que la puerta, y el hilo había cortado el metal de la cerradura.

Por la ventana de aquella oficina, Corbell pudo ver que dos Varones estaban manipulando el motor del tchiple. En seguida se amontonó en la «cabina telefónica» con Gording. Al cerrar la puerta se quedaron sin luz. Abrió una ranura, buscó la pi torcida y mantuvo el dedo sobre ella mientras cerraba la puerta. La apretó cuatro veces.

Al parecer, nada ocurría.

Abrió la puerta y se deslizó por entre la oscuridad absoluta.

—Tendremos que suponer que esto es realmente un subterráneo —susurró—. Quédate aquí. Cuando encuentre las escaleras, te llamaré.

—Está bien —respondió Gording.

Corbell se alejó con cautela, siguiendo la pared con la mano. Sólo descubrió un sofá, al tropezar con él. Se aferró a la alfombra-nube del tapizado para detener su caída, pero el material se desgarró, quedando entre sus dedos. Podrido.

Hubo un ruido por detrás.

—¿Qué fue eso? —preguntó.

Gording no respondió.

Corbell prosiguió su avance. Presentía a Mirelly-Lyra en la oscuridad. No abandonaba las esperanzas de dar con las escaleras, pero la pared seguía y seguía. Esquivó otro sofá y siguió adelante. Aquel lugar permanecía totalmente silencioso. La alfombra-nube amortiguaba el ruido de sus pasos y el rumor de su respiración.

¡Las escaleras!

—Aquí —exclamó, ya en voz alta.

—Bueno —respondió su compañero, a un paso de distancia.

Y agregó, mientras Corbell saltaba como si hubiese recibido una descarga eléctrica:

—Un Varón te acechaba. Le maté con la hebra. Por el olor creo que era el solitario.

—Tal vez esto no funcione. Si las escaleras… ¡Ah...!

Las escaleras se movieron bajo sus pies. Desorientado, falto de equilibrio, se sentó en un peldaño y se dejó llevar en la oscuridad.

Las escaleras se detuvieron. Gording dijo:

—¿Y ahora?

—Sigue el sonido de mi voz. Yo sé dónde están los vehículos: hacia atrás.

Caminó con las manos extendidas hacia adelante. ¿Cómo iba a hallar el coche adecuado? Iba tanteando el camino por entre sofás de alfombra-nube. Rozó una pared sólida. No oía nada, ni siquiera a Gording. ¿Acaso había Varones en la oscuridad, acechándole en tanto Gording les acechaba a ellos? ¿Le habían matado? Corbell avanzaba demasiado aprisa, tropezando. Sólo los Varones de más edad podrían conocer la disposición de aquel lugar, pero tampoco les hacía falta conocerla. Podían seguirle por la respiración.

Pero había encontrado las puertas.

—¡Gording!

Por un momento centelleó una luz en el extremo más alejado. ¿De dónde provenía?

—Todo bien —respondió Gording en voz alta.

Corbell esperó en medio de la oscuridad y el silencio. Al fin su compañero dijo, desde cerca:

—¡Toma!

Tanteó hasta encontrar la mano de Corbell y puso en ella algo pesado, explicando:

—Se la robé al solitario. Es su espada. También le saqué el encendedor. ¿Dónde está esa imagen del mundo?

—A lo largo de esa pared —respondió Corbell, guiándole la mano.

El rayo de la linterna alumbró dos proyecciones polares en las que aún aparecían los casquetes helados. No había luces o números iluminados que indicaran las rutas.

—¿Qué puerta nos corresponde? —preguntó Gording.

—No lo sé.

—Los Varones tienen nuestro tchiple en su poder. No podemos rendirnos, pues hemos matado al solitario. Ellos pueden conocer el modo de paralizar el *prilatsil*. Haz algo, Corbell.

—De acuerdo. Dame la moneda nominal.

La cogió y la insertó en la ventanilla de pasajes. No ocurrió nada.

Probó la otra puerta. Nada. El pánico empezaba a apoderarse de él. Pero las escaleras habían funcionado…

La tercera puerta les dejó pasar. La puerta transparente de entrada al coche subterráneo dejó pasar a Gording, se cerró tras él y no volvió a abrirse hasta que Corbell retiró el disco y lo reinsertó. Tomaron asiento uno frente al otro.

—Ahora nos sentamos un rato.

—De acuerdo.

—No sé cómo puedes estar tan tranquilo.

—Arriesgo menos que tú. Medio año jupiteriano más —dijo, repitiendo la expresión de Corbell— y estaré muerto. O eso, o la inmortalidad de los dikta y la libertad, sin el gobierno de los Varones. A menos que… Corbell, ¿vamos a encontrar la inmortalidad de los dikta allá donde vamos? ¿O tendremos que viajar constantemente a la Antártida?

—Sé que está en Ciudad Cuatro. Tal vez la haya también en otros sitios.

—El riesgo vale la pena. ¿Dormimos?

La risa de Corbell fue temblorosa:

—Buena suerte.

V

Corbell despertó al subirse la puerta. El coche se deslizó en el túnel al vacío; describió una curva hacia abajo, se niveló, siguió en línea recta, tomó hacia la izquierda. Hasta allí todo iba bien.

Gording, que observaba su expresión, se relajó.

—No quería preguntar, pero ¿a dónde vamos?

—No importa. En cualquier parte hay un… una imagen del mundo que se enciende. Así sabremos cómo llegar a Ciudad Cuatro.

—Buena decisión —replicó Gording.

Y volvió a dormirse. Tal vez estaba fingiendo. Pero su respiración era muy suave y regular.

Corbell se desperezó metiendo los tobillos bajo uno de los apoyabrazos. El único ruido correspondía a la respiración de Gording. Dormitó, pero se retorcía en el sueño, agitado: correr, correr… Cuando el coche se inclinó hacia arriba despertó por un momento y volvió a dejarse caer. Pero sintió la disminución de la velocidad y, aturdido como estaba, recordó su primer viaje. Se tapó los oídos con las manos y vio que Gording le imitaba.

El coche se detuvo. Las puertas se abrieron automáticamente. Una bocanada de aire se deslizó velozmente entre ellos, cálido y húmedo.

—¡Vamos! —gritó Corbell, y pasó por la puerta.

El gran vestíbulo estaba en ruinas. Seis o siete pisos del gran cubo habían caído hacia dentro, dejando a la vista un corte vertical del edificio. A Corbell no le importó. Respiraba a cortas bocanadas. El aire caliente se espesaba con el gusto y el olor del moho y los productos químicos. Gotas de sudor le corrían por todo el cuerpo.

El mapa de la pared estaba roto a lo ancho y no tenía luz.

Probó su disco de crédito en tres puertas antes de que una de ellas funcionara. Gording le tiró del brazo y dijo, reteniendo el aliento:

—¡Espera! ¿A dónde va esto?

—Entra de una vez.

Subieron al coche subterráneo. Eso no sirvió de nada. *Uno se puede morir encerrado en un baño turco,* pensó Corbell, mientras se tendía en la hilera de asientos.

—Mirelly-Lyra modificó todo el sistema de subterráneos para que todos los coches de la parte cálida fueran directamente hasta donde está ella. Confiemos en que no se haya olvidado de esta terminal. Permanece quieto y no trates de moverte. Respira poco.

Se echó de espaldas y esperó. El sudor le cosquilleaba en el pecho, pero no lo enjugó.

Algo se puso en funcionamiento. Sintió una ráfaga de aire, demasiado caliente, que se fue refrescando. Corbell suspiró, diciendo:

—Debe de funcionar automáticamente ante el anhídrido carbónico.

El aire era más y más fresco. Mucho tiempo después, Gording dijo:

—Olvidé el encendedor.

—¡Maldición!

Después, de nuevo el silencio, hasta que las puertas subieron.

Los giros de costumbre, hasta que el rumbo se enderezó. Corbell trató de volver a dormir, pero algo le molestaba. No supo de qué se trataba hasta que Gording dijo:

—Me duelen los oídos.

Era eso.

—El coche pierde —dijo Corbell—. Era un riesgo que debíamos correr. Confiemos en que nos quede el aire suficiente para llegar hasta el final.

—Me duele. ¿Se puede hacer algo?

¡Gording nunca había viajado en avión!

—Mueve las mandíbulas —indicó. Y al enseñarle como se hacía se le destaparon los oídos.

El coche disminuyó la marcha antes de lo que Corbell esperaba, pero los dos estaban jadeando y Gording parecía intranquilo. Corbell sintió una culpable satisfacción: hacían falta muchos peligros y muchos riesgos desconocidos para perturbar a su compañero. Se tapó los oídos con las manos y abrió ampliamente las mandíbulas. Sentía la piel fría y húmeda; su tensión era ya insoportable.

Las puertas se abrieron y el aire les azotó, cálido, pero no demasiado. Por la abertura se veían luces mortecinas hacia el fondo, sofás y alfombra-nube. Extendió la mano hacia la ancha espada del solitario.

En ese momento algo se movió en la puerta de entrada. El cerebro de Corbell relampagueó con una frase: *¡Mirelly-Lyra! ¡Demasiado pronto!* Y cerró la puerta del vehículo en el instante en que algo cruzaba el portal a toda velocidad. El tenía lo que ella deseaba; podrían hacer un trato.

¡Era Krayhayft! El Varón de pelo gris se detuvo bruscamente y les miró a través del vidrio, levantando el encendedor.

Gording buscó la protección del baño. Corbell se dio cuenta, pero por su parte estaba petrificado. Krayhayft disparó más allá de él. Una luz centelleó detrás, e inmediatamente percibió el olor del humo químico desprendido del sofá en llamas.

—¡Sal! —gritó Krayhayft—. ¡Sal o te quemaré los pies!

Corbell tenía aún la mano en la puerta, pero respondió:

—No puedo. Vosotros cortaríais el árbol de la vida.

Por un momento Krayhayft se mostró intrigado. En seguida dijo:

—No es eso lo que queremos. Sólo deseamos saber dónde está. Corbell, supón que un desastre acabara con la mayor parte de los dikta y sólo quedaran cinco o seis viejos. Podríamos mantenerlos jóvenes y en condiciones de procrear.

—Pero, mientras tanto, ni siquiera podrían oler la inmortalidad.

La alfombra, junto al pie derecho de Corbell, estalló en llamas. Krayhayft dijo:

—También necesitamos el casco de tu traje de presión. Hablando de desastres…

El Varón se interrumpió. La expresión de su cara había cambiado. Corbell no la había visto antes en ningún Varón; se asustó. Culpa, remordimiento, temor. Krayhayft gimió, y su gemido le llegó apagado a través del vidrio. Le vio mirar a derecha e izquierda, como si buscara… una manera de huir. Era más inteligente que los humanos y la halló en seguida: levantó el encendedor a la altura de la cabeza y disparó. Apareció una llamarada a un lado de su nuca; después, al otro lado. Luego Krayhayft cayó, estiró espasmódicamente las piernas y se quedó inmóvil.

Corbell echó entonces una rápida mirada hacia atrás. Gording seguía oculto, agachado tras la puerta del baño.

En ese momento Mirelly-Lyra Zeelashisthar pasó por el portal. Una túnica informe, un toque blanco iridiscente y una cara marchita: los ojos brillantes se fijaron en él. Allí estaba el bastón.

—¡Mirelly-Lyra! ¡Soy yo!

La impresión estuvo a punto de matarla. Corbell tuvo por un momento la esperanza de que se desmayara, pero se recobró y le hizo un ademán con la vara: *¡Sal!*

Cuando le vio tender la mano hacia la cimitarra, le aplicó un suave toque de lo que había matado a Krayhayft. Corbell, gimiendo, salió por la puerta. Mirelly-Lyra pronunció un galimatías que la voz del anciano tradujo como:

—La hallaste. ¿Dónde está?

—Dame la vara y te lo diré.

Su respuesta consistió en una oleada de culpa y de tormento mental. Corbell lo soportó, estirando las manos hacia la garganta de la mujer. Ella retrocedió. El hombre, gruñendo, prosiguió su avance. De pronto Mirelly-Lyra hizo girar algo en la empuñadura del bastón.

Un sueño irresistible atrajo a Corbell hacia la alfombra. El sueño y la cólera lucharon en su interior. Al fin, de rodillas, avanzó hacia ella, dos pasos, tres…

Olor a moho. Algo suave le presionaba la mejilla.

Mirelly-Lyra permanecía en uno de aquellos informes divanes. Corbell se levantó sobre los brazos y logró despegarse de aquella alfombra-nube para avanzar hacia ella. La mujer trató de encogerse, pero no pudo. Parecía aterrorizada.

—La cogí por la espalda —dijo Gording.

Estaba sentado frente a ella, sujetando el bastón de plata. La vieja habló con rapidez, y la voz del anciano tradujo:

—No os atreveréis a matarme. Tengo algo que vosotros necesitáis.

Corbell se levantó con esfuerzo.

—El casco del traje de presión —dijo—. Si no me lo devuelves, te dejaré vivir… como estás ahora.

—Primero dame la inmortalidad —respondió ella, con los labios apretados.

—¿Cuántos grados tiene ese bastón?

—Cinco. Dos son mortales. Otros serían mortales para mí. ¿Acaso podrás encontrar el casco?

—Es probable —respondió Corbell con una sonrisa, mientras comprobaba, por la expresión de la anciana, que estaba en lo cierto—. ¿Pero qué importa eso? Te haré joven. Después te mataré si no me das lo que quiero.

Y agregó, en varones:

—Ten a punto la vara. Pero creo que no tratará de escapar. Vamos a buscar la inmortalidad de los dikta.

Parecía que Gording no acababa de creérselo.

Corbell no pensaba dejar sola a la Norn en una «cabina telefónica». Los tres se apretaron en un tchiple, con Mirelly-Lyra en medio, para cruzar Ciudad Cuatro. Mientras el coche iba girando y volaba entre vidrios rotos y escombros de cemento, Corbell se preguntaba si no hubiera sido mejor haberla obligado a devolver primero el casco. En realidad, sí. Pero no podía esperar tanto. Necesitaba saber.

Les costó salir del coche. Gording dijo:

—Tenía que haberme imaginado que se trataría de un hospital.

—En vuestro hospital, ¿había un… sitio custodiado en el tercer piso?

—No.

Mirelly-Lyra contemplaba la fachada de vidrio y mosaico.

—¡Pero si he revisado ya este edificio!

—Sí, pero también tú estabas desesperada —dijo Corbell muy ufano—. Pero hacía falta otra clase de desesperación.

Les condujo por las escaleras, levantando una nube de polvo a su paso. En el tercer piso descubrió dos hileras de huellas que le recordaron su aterrorizada huida por aquellas salas. Echó una mirada hacia atrás. Mirelly-Lyra le seguía dócilmente; Gording venía detrás, con el bastón.

Cuando llegó al vestíbulo se vio perdido.

—Mirelly-Lyra, ¿dónde están las «cabinas telefónicas»?

—A tu izquierda, en la próxima esquina.

Encontraron la hilera de *prilatsil*. Corbell se paró un instante para orientarse: allí estaba la esquina tras la cual se había escondido de la búsqueda de la Norn. Reinició la marcha… y allí estaba la puerta blindada, abierta.

—Tenían bien guardada la dichosa inmortalidad —dijo Gording.

—¿Acaso no habrías hecho tú lo mismo? —preguntó Corbell, señalando los esqueletos y el agujero abierto en la pared—. Sin embargo, tanta custodia no sirvió de nada. Es una suerte que no la hubieran destruido después de usarla. Tal vez pensaron que iban a volver en cosa de cincuenta años.

Gording contempló las casillas de los guardias, los estantes vacíos, el tablero del ordenador y el par de «cabinas telefónicas».

—Si no la destruyeron, ¿dónde está? No creo que se vaya allí a través del *prilatsil*, a menos que lleve a algún sitio igualmente bien custodiado.

—Pues es a través del *prilatsil*. Dame primero ese bastón.

Por un momento pensó que Gording se echaría atrás, pero no fue así. Entregó el arma a Corbell y se adelantó para estudiar las cabinas de vidrio. Sólo una de ellas tenía una puerta. Entró en ésa.

Mirelly-Lyra gruñó algo que la caja interpretó como: «¿Se están burlando de mí?»

Corbell agitó el bastón bajo sus narices.

—Supongamos que sí.

Ella le saltó encima con las uñas listas. Corbell ni siquiera se molestó en apretar el gatillo: usó la vara a modo de cachiporra, golpeándola un par de veces en la cabeza, hasta que ella retrocedió para ponerse fuera de su alcance.

Mientras tanto, Gording había hallado el botón y lo apretó.

—¡Iuuujuuu! —gritó Corbell.

En la otra cabina hubo una danza de motas polvorientas. Gording abrió la puerta, diciendo:

—No pasó nada.

—Eso no es cierto —respondió Corbell.

Y agregó, dirigiéndose a Mirelly-Lyra:

—No estás obligada a hacerlo. Puedes creerme o no, haz lo que te parezca.

Vanaglóriate, anda, pensó, burlándose de sí mismo con un poco de vergüenza. ¡Pero había luchado mucho para que llegara ese momento!

La mujer se calló todo lo que tenía en la punta de la lengua. Estaba auténticamente desesperada: entró a la cabina. En ese momento, Corbell captó una muda mirada de Gording y señaló hacia la cabina sin puertas. El polvo que flotaba allí se espesó súbitamente. Gording sonrió, exclamando:

—¡Ah!

También la Norn había captado aquel gesto, pero no comprendía. Corbell borboteaba explicaciones:

—¡Son moléculas inertes de tus células! Las medicinas químicas no pueden llegar a esa materia, pero la «cabina telefónica» sí. Sólo recoge esas moléculas muertas y las transporta instantáneamente. Es todo lo que se acumuló en tu cuerpo a lo largo de noventa años de vida. ¿Entiendes ahora?

—Pero no me siento distinta —objetó ella, vacilante.

—Pues debería ser así. A mí me pasó. Fue como si hubiese repuesto energías, pero tal vez era porque yo estaba huyendo para salvar la vida. No se trata de nada aparente. ¿Qué esperabas? Dentro de un par de días tendrás raíces oscuras en el pelo.

—Rojas —dijo ella—. De un rojo furioso.

—¿Dónde está el casco?

Mirelly-Lyra sonrió. Aún tenía aspecto de vieja, pero ¿no había algo malicioso en esa sonrisa?

CAPÍTULO 9 - PIRSSA POR EL ESTADO

I

El colagato saltó del escritorio de Mirelly-Lyra al verlos entrar. Su cara gris y blanca les miró desconfiadamente desde un sitio seguro, en la lámpara del techo.

El traje de presión de Corbell yacía en una de las sillas para visitantes. Gording y Mirelly-Lyra le observaron mientras cogía el casco y se lo ponía en la cabeza. Corbell se aclaró la garganta y dijo:

—Aquí Corbell por sí mismo llamando a Pirssa por el Estado. Adelante, Pirssa.

Nada, nada, nada.

—Ya debería estar en onda. ¡Pirssa, maldito seas, contesta!

Gording apartó el traje y se sentó en la silla. El bastón de plata seguía fijo en dirección a la anciana, pero ella parecía no darse cuenta. ¡Malicia y victoria! Aquella expresión exasperaba a Corbell.

El colagato saltó desde la lámpara dejándose caer sobre el regazo de la vieja. Aterrizó con la suavidad de un copo de nieve y allí se enroscó, con las orejas erguidas, contemplando a Corbell. Este, tras haberse asustado al verlo caer, parecía avergonzado.

Nada, nada, n… La voz llegó muy débil, borrada en parte.

—Pirssa por el Estado, Pirssa por el Estado llamando a Jotabé Corbell. Por favor, haz una pausa de sesenta y siete segundos al transmitir, Corbell. Tengo muchas cosas que decirte.

—¡Sí, ya lo creo! ¡También yo tengo mucho que contarte! Puedo contarte casi toda la historia del sistema solar. Pero antes, dime: ¿has tomado el control del planeta Urano? Si es así, ¿qué piensas hacer con él?

Y agregó, dirigiéndose a Gording:

—Le estoy preguntando. Pronto lo sabremos.

—¿Por qué tarda tanto?

—Por la velocidad de la luz. Urano debe estar a una distancia de treinta y tres y medio segundos-luz.

Gording asintió. Se mostraba impaciente; incluso el modo en que sostenía la vara parecía negligente. Sin embargo, no perdía de vista a la vieja. Mejor así. Porque ella seguía con esa expresión.

Cuando volvió a oírse la voz de Pirssa, tenía un tono irritantemente plácido.

—Sí, estoy guiando un planeta que parece ser Urano. Estabas en lo cierto al suponer que éste es el sistema solar. Tras perder contacto contigo volé a investigar la anomalía que estaba más a mi alcance: el nuevo planeta situado entre Júpiter y Saturno. Descubrí un satélite cuyo sistema de manejo responde a…

—¡Ya sé lo del motor! La pregunta...

Se mordió los labios. La demora acabaría por volverle chiflado. Pirssa proseguía:

—…mis transmisiones. Conseguí investigar en primer lugar los programas de éxito o fracaso. De lo contrario, habría podido dañar algo. Al fin encontré en la atmósfera superior del planeta un objeto que irradiaba fuertemente rayos infrarrojos. Descubrí un enorme motor, un propulsor a fusión, cuya función consistía en mover todo el planeta. ¡Ah!, estás enterado sobre lo del motor. Bien, ya he iniciado la secuencia de frenado. En un plazo de veintidós días Urano estará en órbita a tres millones de kilómetros con

respecto a la Tierra. Colocaré el mundo algo más lejos de Júpiter, para que recobre su temperatura normal.

—¡No lo hagas! —ladró Corbell, recordando con inquietud que los motivos de Pirssa siempre le habían resultado oscuros—. Escucha, la vida terrestre se ha estado adaptando a esta situación durante más de un millón de años. Si ahora la cambias, la mayor parte de la biosfera morirá, incluyendo la humanidad de esta época.

La anciana parecía ya más joven, aunque sólo se debiera a una mayor tensión de los músculos del rostro y un aspecto menos enfurruñado. Corbell apartó la vista de aquella maliciosa sonrisa gatuna. Levantó su casco y dijo en varones:

—Estábamos en lo cierto. No hay coincidencia. Pirssa me dejó aquí y fue a investigar a Urano. Va a colocarlo todo tal como estaba cuando partió de la Tierra.

Gording le miró fijamente.

—Pero el hielo… ¡El hielo cubrirá…!

—Concédeme un poco de confianza, ¿quieres?

Y bajó el casco sin esperar la respuesta de Gording. La demorada respuesta de Pirssa fue:

—No acepto órdenes tuyas, Corbell. Acepto órdenes de Mirelly-Lyra Zeelashisthar, que en otros tiempos fue ciudadana del Estado.

Podría habérselo imaginado, pero aquello le tomó por sorpresa y le hizo gritar:

—¡Grandísimo traidor!

Mirelly-Lyra echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. Corbell dejó el casco sobre la mesa. Al cabo de un momento recobró la voz:

—Con razón estabas tan satisfecha. ¿Qué pasó?

Ella se divertía con ganas.

—Traté de llamar a tu piloto automático, pero no lo conseguí. A los pocos días volví a probar. Tal vez me haya ayudado el hecho de que mi intérprete usa tu voz. Pirssa y yo charlamos durante varias horas sobre el Estado, sobre el mundo y sobre ti.

Se interrumpió, pues ya llegaba la respuesta de Pirssa:

—Mi lealtad nunca vaciló, Corbell. ¿Hubo algún momento en que tú pudieras decir lo mismo?

—Así te caigas muerto —dijo Corbell al casco—. No te retires. Aquí está Mirelly-Lyra; trataremos de convencerla de que cambie tus órdenes.

Se volvió hacia Gording, explicando:

—Ella gobierna a mi piloto automático. Por tanto, gobierna a Urano. Estoy cansado.

—Debes convencerla para que no permita que esa misión se lleve a cabo. Es urgente, Corbell.

—Ya lo sé.

Corbell cerró los ojos y se recostó. Lo tenía casi ante los ojos. Mientras pudiera sobrevivir, sería joven. Vería cómo la Antártida se cubriría de glaciares, hasta que el hielo alcanzara un kilómetro de espesor. El y Mirelly-Lyra podrían contemplar la huida hacia el norte de los búfalos enanos, los desnudos osos polares, los Varones y los dikta, hasta que quedaran atrapados en las tormentas de nieve o murieran de hambre en tierras calcinadas, desnudas de vida, o por falta de la vitamina D contenida en las semillas de kathope.

Tal vez la cosa se pudiera tomar por ese lado. ¿Acaso aquella vieja recuperada querría la Tierra entera para sí, o preferiría estar acompañada? Sin embargo, había huido ya una vez de los Varones para vivir sola. ¡Hum! ¿Dónde conseguía su comida? ¿No habría algo que le fuese imprescindible?

Abrió los ojos. Gording le miraba, preocupado. Cosa extraña: también la vieja estaba preocupada por él.

—No me duele nada —dijo Gording—. Estaba acostumbrado a los dolores. A veces me quedaba sin aliento. Las articulaciones, los tendones y los músculos me dolían siempre. Corbell, lo conseguiste: somos nuevamente jóvenes.

—Sí. Me alegro.

—Ablándala por el lado de la gratitud. Yo no puedo hablar con ella. Tienes que ser tú. Puedes hacerlo. El destino del mundo está en tus manos.

—Es cuanto necesito.

Cerró otra vez los ojos por un momento, sólo por un momento… y después preguntó a Mirelly-Lyra:

—¿Cómo te sientes?

—Me siento bien. Me siento fuerte. Tal vez sólo se deba a que tengo ganas de creer en tu mentira.

—De acuerdo. Préstame atención.

Corbell colocó el casco entre los dos. Al hablar, quería también que los oídos de Pirssa le escucharan.

—El mundo está muerto y calcinado por doquier, a excepción de la Antártida. La vida que allí crece es del tipo tropical, y ha evolucionado de tal modo que ha conseguido adaptarse a seis años de día y seis de noche. Si la Antártida queda cubierta de hielo, todo volverá a morir. La población que está a cargo del gobierno está constituida por Varones…

Les había designado con el término varonés correspondiente.

—...Son niños de once años que viven eternamente. Hay una población menor de adultos destinados a la procreación. Los hombres son como Gording, o más jóvenes. Son humanos. Hay algunos cambios de menor importancia…

Comenzó a describirlos: la piel pálida, el pelo retirado hacia atrás… Mirelly-Lyra estudió a Gording con aprobación; pero era lógico que le considerara totalmente humano. La mayor diferencia, la línea del pelo, parecía natural dada su edad.

Corbell no la había impresionado todavía.

—Si pensáramos en establecer un nuevo Estado —prosiguió—, tendría que ser con los adultos, los dikta. Los Varones son muy distintos. Ahora vamos adonde quería llegar: hay una oportunidad. En este momento hay unas diez mujeres por cada hombre, pero dentro de cien años la proporción será más o menos de uno a uno.

Aquello podría ser un aspecto interesante; al parecer había captado su atención.

—Naturalmente —continuó—, tu papel no sería muy importante al principio, dado ese gran desequilibrio. Pero serías la única mujer dotada de una cabellera completa. Y la única pelirroja.

—Un momento, Corbell. ¿No dices que los Varones gobiernan a los adultos? No quiero ser esclava. ¿Y qué pasa con las Niñas?

—Las Niñas desaparecieron hace tiempo.

—¡Ahhh!

Era evidente que Mirelly-Lyra las había odiado.

—Bien. Ahora todo se reduce a Varones y dikta. Ahora que hemos conseguido la inmortalidad de los dictadores, podemos hacer que los dikta se trasladen aquí. Lo harán. Sé dónde hay un barco.

Mirelly-Lyra movía la cabeza, con el ceño fruncido. Corbell comprendió que estaba ya medio convencida: ¡entre mujeres semicalvas, su belleza gobernaría a los hombres que gobernaban a los dikta! Pero preguntó:

—¿Cuánto tiempo hace que gobiernan los Varones?

—Desde que llevaron a los dikta hasta la Antártida, como convictos fugitivos. No sé cuándo fue eso; digamos que un millón de años.

La inminente juventud puso música en la risa de la mujer.

—¿Y crees que los dikta se rebelarán ahora, así, de pronto? ¿Que las ovejas se convertirán en lobos porque les ofrecemos un soborno interesante?

Diablos, su argumento era fuerte. Corbell cambió de idioma.

—Gording, ¿crees que los dikta se rebelarán?

—Sí.

—Hasta ahora no lo han hecho nunca.

—Los peligros eran excesivos; las recompensas, pocas.

Tal vez. Corbell volvió al inglés:

—Él dice que lo harán, y yo le creo. Un momento, un momento, deja que te explique. En primer lugar, no han sido criados para la docilidad, sino para engendrar una raza de Varones mejores, y tienen el material genético para hacerlo. En segundo lugar… ¿cómo puedo explicarlo? ¿Sabes cómo se encoge un hombre cuando tiene miedo?

Ella asintió con una sonrisa. Corbell se había encogido ante ella, maldición.

—Bueno, ellos lo hacen, pero es un gesto, una formalidad. Al instante caminan bien erguidos. También los Varones intercambian esa especie de reverencia. Creo que los dikta no se han rebelado en un millón de años porque las oportunidades no estaban a su favor. Ahora lo están.

Ella, ceñuda, guardó silencio.

—¿Qué ganarías tú si Pirssa moviera la Tierra?

—Pensé que… Somos los únicos sobrevivientes del Estado, Corbell. Pensé que podríamos volver a engendrar la raza humana.

—Adán y Eva, con Eva al mando. Mirelly-Lyra, será mejor que formemos pareja con los dikta, porque, francamente, me aterrorizas. No creo que pudiera hacer nada contigo.

—¿Bajo nivel de necesidad sexual?

—Sí. Pero ¿no te gustaría gobernar a los dikta? Tienes algo a tu favor: riges el cielo. Una vez más, una muchacha rige el cielo.

Sorprendió en ella el principio de una sonrisa (*Corbell olvida que puedo regir también a los hombres, sólo con mi belleza*) y decidió presionar.

—Pero ahora tienes que cambiar las órdenes de Pirssa. Ya ha iniciado la secuencia de frenado. Si cambia la Tierra de lugar, será el fin del mundo.

Ella le dirigió una mirada maliciosa y altamente sugestiva:

—Tendría que hacerte esperar.

—Pirssa ya ha iniciado la secuencia de…

—Dame el casco.

—Al diablo con la secuencia de frenado. Toma. No, espera un momento.

Y se quedó con el casco en la mano, sin soltarlo:

—Corbell, ¿no es eso lo que quieres?

—Es que se me acaba de ocurrir una idea…

No la quemes. El destino del mundo está en juego. ¡Cállale!

—Déjame pensar un momento.

Cuando un hombre tiene un genio a sus órdenes le conviene tener cuidado con lo que dice. Corbell dijo:

—Está bien, Pirssa, voy a describirte lo que quiero conseguir. Tú me dirás si puedes cambiar el curso y qué efectos laterales cabe esperar. Después lo dejaremos todo en manos de Mirelly-Lyra. Quiero que el Cabo de Hornos y la región circundante tengan una temperatura quince grados inferior a la actual.

II

Desde la azotea del edificio contemplaron el paso de Urano. El planeta debía ser más pequeño que cuando Corbell nació. Su impulso no había sido perfectamente controlado; probablemente le había hecho perder varios megamegatones de atmósfera durante los muchos siglos de maniobras. A pesar de todo, era un gigantesco planeta gaseoso que pasaba en esos momentos a tres millones de kilómetros de la Tierra.

Fue algo tremendo. Centelleaba como una media luna cerca del horizonte, en un blanco apenas teñido de rosado, surcado y sacudido por tormentas; el lado oscura se recortaba en negro contra las estrellas. Una diminuta e intensa llama, de color blanco violáceo, se extendía a partir de esa sombra, iluminando la cara nocturna, y se expandía, enrojecida, para disiparse en el espacio.

Mirelly-Lyra dijo algo que sonó a música pura. No era de extrañar que hubiese podido mover a los hombres a su antojo. («Glorioso», dijo la voz del anciano.) Su túnica blanca aparecía como una sombra pálida y sin formas en la oscuridad. Corbell se mantuvo algo apartado. Ya no era una vieja, y eso le daba más miedo aún. En verdad, la Norn gobernaba en ese momento el destino del mundo.

Corbell estaba muy inquieto esa noche. Se inclinó hacia el casco que tenía en las manos y llamó:

—Pirssa, ¿cómo marcha eso?

Aguardó la respuesta. Nada. Nada…

—Perfecto —respondió el piloto automático, tranquilo hasta la indecencia—. Resultó difícil trazar un nuevo rumbo que no se interpusiera con ningún satélite, pero lo hice. La nueva órbita terráquea será algo excéntrica. Su temperatura media descenderá aproximadamente en unos diez grados.

—Está bien así.

Corbell dejó el casco. Sentía la necesidad de llamar a Pirssa cada dos minutos. La caída de un planeta gigantesco no era algo glorioso, sino aterrorizante. Pero Mirelly-Lyra volvió a decir:

—¡Glorioso! ¡Pensar que el Estado alcanzó tal altura! Y ahora sólo quedan salvajes.

—Volveremos al espacio —observó él, con una risa demasiado estridente—. Aunque Gording no lo sabe, lo que está haciendo en Ciudad Dikta pone las bases para una explosión demográfica. Dentro de tres mil años volveremos a construir naves interestelares. Nos serán de gran utilidad, pues la Tierra estará demasiado poblada.

—No lo había pensado. Tal vez Gording, sí. ¿Crees de veras que los dikta querrán venir? Después de todo, un millón de años en esclavitud…

—Tendrán que venir —aseguró él, sabiendo que lo había pensado hasta en los más pequeños detalles—. En pocos meses el Cabo de Hornos y Ciudad Cuatro estarán en la zona templada. Las plantas que prosperaron en la Antártida crecerán bien allí, una vez transportadas. Pero en la Antártida hará más frío que lo que los Varones esperan. Tendrán que refugiarse en Sarash-Zillish durante los seis años de oscuridad. Mientras tanto, los dikta se estarán instalando aquí.

—Todo eso está muy bien, siempre que los Varones esperen. Pero tú has dicho que son muy inteligentes. Tal vez ataquen inmediatamente.

—Si tan sólo esperan unos meses, les daremos una gran sorpresa. Por entonces Pirssa estará en órbita. ¿No te lo dijo? Tiene algo que puede hacerlos volar en cuanto traten de cruzar el océano. Creerán que el ataque proviene de las Niñas e intentarán atacar los valles del Himalaya y el mar de Okhotsk. Pero si esperan un poco… Habrá lluvias, muchas lluvias, cuando la Tierra se enfríe. Tal vez desaparezca Ciudad Dikta. Los Varones creerán que los dikta perecieron ahogados.

Urano despidió una llama de color blanco violáceo. Pirssa seguía un complicado curso entre los satélites de Júpiter. La noche estaba llena de luces: Urano en su faz

diurna, la diminuta llama de su lado oscuro; Júpiter, el tropel de lunas. El aire era cálido, húmedo, aromatizado con una extraña esencia. No era almizcle, no eran flores… Corbell se preguntó de dónde vendría. ¿Acaso era la temporada de celo de las ballenas, que hacían el amor mar adentro? Aquel perfume se le subía a la cabeza.

—Corbell…

—¿Qué?

—¿Y si los dikta prefieren envejecer con dignidad?

Apenas pudo distinguir en la oscuridad su traviesa sonrisa. ¿Traviesa? Era siempre la misma sonrisa malévola, desaparecidas ya las arrugas. Tal vez ya desde el principio sólo hubiera sido traviesa.

—De cualquier modo, no tendrán alternativa —respondió.

En ese momento se le ocurrió un pensamiento horrible, y se apresuró a completar la frase:

—No tendrán alternativa en lo referente a venir aquí. En cuanto a la inmortalidad, son muy libres de aceptarla.

De cualquier modo, él les había manejado a voluntad, por el bien de ellos. Acaso Pirssa dijera lo mismo con respecto a Corbell. *¡Ojalá no me haya equivocado! ¡Si dentro de cien años tienen quejas que presentar, aún estaré aquí para escucharlas!*

La sombra preguntó en la oscuridad:

—¿Crees que los hombres dikta me encontrarán hermosa?

—Sí. Hermosa y exótica. Si yo gusté a las mujeres, tú gustarás a los hombres.

Ella se volvió a mirarle.

—Pero tú no me encuentras hermosa.

—Se supone que mi nivel de necesidad sex…

—¡Eso no tiene nada que ver! —estalló ella—. ¡Te acostaste con las mujeres dikta!

El se retiró un paso.

—Ya que quieres saberlo, siempre me dieron algo de miedo las chicas bonitas. Y tú me horrorizas. En el fondo, todavía te veo con ese bastón en las manos.

—Corbell, sabes perfectamente que es posible que los dikta no sobrevivan al cambio de ritmo biológico. En Ciudad Cuatro el sol sale todos los días —observó ella, tocándole el brazo—. Pero aunque sobrevivan, tú y yo somos los últimos humanos. Si morimos sin tener hijos…

Quería apartarse de ella, pero una fuerza simultánea le impulsaba a acercarse. Acalló ambos impulsos y respondió:

—Estás corriendo mucho. Quizá en este momento alguna mujer dikta lleva un hijo mío en su seno. Así sabremos si son humanos o no. Y aunque no lo sean, se parecen bastante.

—Vamos dentro. El calor…

Cuando él señaló al llamativo intruso que surcaba el cielo, ella le tiró del brazo.

—Si cayera sobre la Tierra, ¿te gustaría estar mirando?

—Sí.

Pero recogió el casco y la siguió. Ella ya no tenía la vara. Sólo quería señalarle un planeta cuyo tamaño decuplicaba el de la Tierra.

El ascensor estaba más fresco. Aire acondicionado. Los nervios de Corbell estaban aún excitados, ya fuera por el paso de Urano o por la proximidad de la Norn… De pronto olfateó el aire y tuvo que tragarse una carcajada. Eso era lo que había olido allá, en el techo. Ella nunca había usado perfume hasta entonces.

Se había echado la capucha hacia atrás. Su pelo era exótico: largo, fino, blanco, y brotaba de una base de rojo furioso. Sólo quedaban rastros de las arrugas dejadas por la edad. Tenía pechos… exóticos, sí; altos y cónicos, deliciosamente puntiagudos bajo la

túnica. Cabía preguntarse si los dikta los considerarían poderosamente sensuales o reveladores del origen animal.

El ascensor se había detenido. Las puertas se abrieron. Pero Corbell permaneció apretado contra la pared. Tampoco ella se movía. Le observó con intranquilidad, mientras él aspiraba grandes bocanadas de aire, empleando toda su fuerza para mantenerse quieto.

La deseaba. Era locura, sentía pánico.

—Perfume —dijo, y su voz fue un graznido.

—Sí —respondió ella—. Debería darte vergüenza obligarme a estas cosas. Si te complace herirme en mi amor propio, has ganado.

—¡No entiendo!

—Feromonas. Alteré mi sistema médico para crear feromonas que afectaran tu necesidad sexual. Las feromonas son señales bioquímicas.

Avanzó un paso y le puso las manos en los hombros, agregando:

—¿Crees que me gusta hacer esto…?

Bastó con su contacto. Los lazos de la túnica no estaban atados, a excepción de uno, que se desgarró en seguida. Su propio taparrabos le causó más problemas, pues las manos le temblaban demasiado; la frustración le arrancó un aullido. Tuvo que quitárselo ella. La poseyó en el piso del ascensor, rápida, violentamente. Quizá le hizo daño. Quizá deseaba hacérselo.

La cabeza le burbujeaba aún con aquel perfume. No había tenido tiempo de notar las diferencias que ella acusaba. En ese momento lo hizo. Cincuenta mil años podían provocar cambios en la raza. Mirelly-Lyra tenía los tobillos más gruesos, y su cuerpo era más macizo de lo que se consideraba la belleza ideal de 1970. Y sus ojos eran terribles, con un rasgo oblicuo que no tenía relación alguna con el oriental… Y la boca, suave boca de mujer.

La tomó otra vez. Ella no permanecía pasiva, pero tampoco lo estaba disfrutando por entero; parecía asustada de lo que ella misma había desatado.

Algo después se sintió más tranquilo. Salieron del ascensor y cayeron sobre la alfombra-nube. En aquella tercera vez fue ella quien tomó la iniciativa. Corbell trató de contenerse para dejar que ella escogiera su propia modalidad, pero cuando todo terminó las huellas de sus manos estaban marcadas en nítido blanco sobre las caderas de la mujer.

—¿Estás bien? —preguntó al final.

Ella rió. Cabalgando aún en él, le pasó las manos por el pelo.

—Soy joven —respondió—. Ya pasará.

—Usaste afrodisíacos.

—Sí. Afrodisíacos. Pirssa me sugirió lo de las feromonas.

—¿Qué? *¿Pirssa?* ¡Lo voy a matar! ¡A él… y a ti! Vosotros dos me habéis usado como si yo no fuera más que un manojo de reflejos.

Sentía deseos de llorar.

—No como a un ser pensante —agregó—. Es como esa maldita vara.

—¡Olvida esa maldita vara! Tenemos que tener hijos. Somos los últimos. ¿Qué quieres de mí, Corbell?

—No lo sé. Pregúntamelo cuando vuelva a tener la cabeza clara. Quiero que Pirssa muera, quiero que muera Pierce, el supervisor. ¿Se mataría si se lo ordenaras?

—Hizo lo que debía. Tiene que reiniciar el Estado. Dime, Corbell, ¿no es esto preferible al bastón? ¿Acaso no lo es?

—De acuerdo: sí, es preferible al bastón.

—Entonces ¿qué quieres? ¿Te unirás a mí sin necesidad de feromonas? ¿Puedo decir a Pirssa que obedezca tus órdenes?

Quería (lo descubrió entonces), quería a Mirabelle. Quería el antiguo rito: la cena en un restaurante nuevo, recomendado por algún amigo, seguida de un cóctel Alexander, y la cama de dos plazas. Habían comprado una cama nueva antes de que el cáncer comenzara a desgarrarle el vientre. Y allí estaba, tendido de espaldas en la alfombra-nube de un pasillo, junto a un ascensor, con la más extraña de todas las mujeres.

—No es culpa tuya —le dijo—. Quisiera estar en mi casa.

—También yo —respondió ella—. Pero no podemos. Debemos levantar de nuevo nuestra casa.

Y ya lo estaban haciendo, pensó Corbell. Quizá incluso lo habían hecho bien.

—Ni siquiera las historias de amor son iguales —comentó—. ¡Feromonas! ¡Dios mío, qué manera de salvar el mundo! Por favor, ¿tendrías la *gentileza* de arreglar ese intérprete de modo que me hable con tu propia voz.

—De acuerdo. Mañana —respondió.

—Y dame el mando de Pirssa, si aprecias en algo mi cordura. Estoy harto de que maneje mi vida a su antojo.

—¿Ahora mismo?

—Mañana.

Había otra cosa que le habría gustado hacer: destrozar la vara golpeándola repetidamente contra la caja cerebral de Pirssa. Pero tal vez volviera a necesitar a Pirssa, y también la vara, cuando llegaran los Varones, si lo hacían demasiado pronto.

Se volvió para buscar su taparrabos… Pero, de pronto, cambiando de idea, volvió a acostarse junto a Mirelly-Lyra y aspiró profundamente. Urano habría pasado ya, y la Tierra iba camino a una órbita más amplia. La salvación del mundo podía esperar hasta el día siguiente.

Tal vez fuera posible utilizar el perfume de feromona con más juicio, en cantidades mucho menores…

FIN